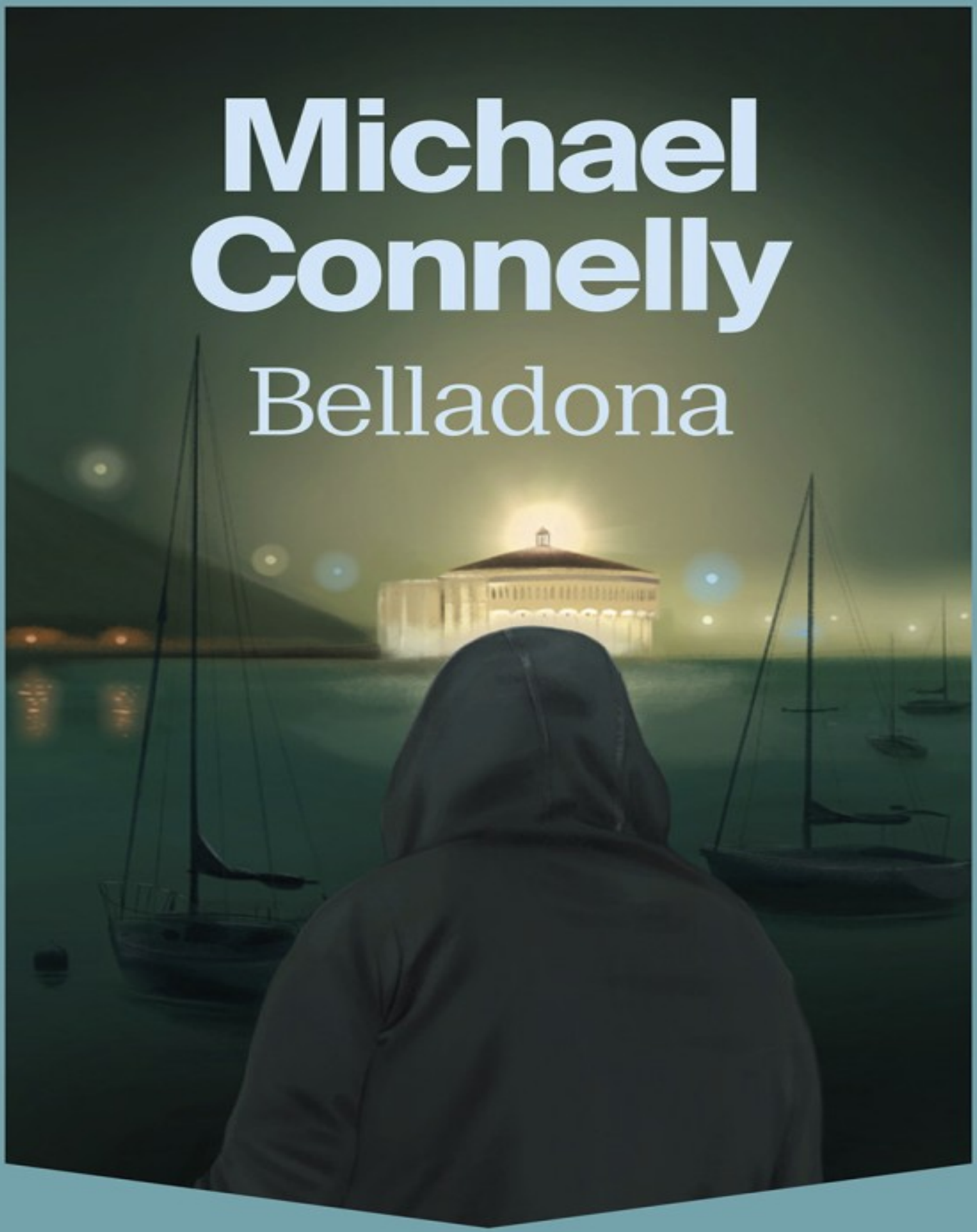


AdN

Michael Connelly

Belladona

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

AdN

Para Callie

1

La capa de niebla era tan espesa como algodón y había formado un muro de trescientos metros que amortajaba el acceso al puerto. El Adjourned llegaba tarde y Stilwell lo esperaba en su John Deere Gator junto al muelle de repostaje, detrás del Casino. El puerto estaba casi vacío. Las boyas de amarre rojas y naranjas flotaban libremente, alineadas sobre una superficie plana como un cristal. Stilwell sabía que, en cuanto se disipara la niebla, empezarían a llegar los habituales del fin de semana. Desde capitanía de puerto se había informado de que todos los amarres estarían ocupados durante el primer fin de semana largo del verano. Stilwell estaba preparado.

Oyó que otro vehículo se detenía detrás del suyo. Un carrito eléctrico. Lionel McKey no tardó en sentarse en el asiento del copiloto, junto a Stilwell.

—Buenos días, sargento —dijo—. Suponía que te encontraría aquí. ¿Esperando el Adjourned?

—¿Qué puedo hacer por ti, Lionel? —preguntó Stilwell.

—¿Algo que comentar sobre las mutilaciones en la reserva? Tengo cuatro horas hasta el cierre.

—Mutilación, no mutilaciones. Una mutilación. La investigación continúa y no tengo nada nuevo de lo que informar ahora mismo. Cuando llegue el momento, serás el primero en saberlo.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa.

Una sirena sonó entre la niebla y recalcó la respuesta de Stilwell. El sargento supo por el tono que el Catalina Express estaba a punto de surgir de la niebla. Le gustaba ir a ver las llegadas y contar el número de turistas que acudían creyendo que el Casino era un

casino, solo para descubrir que en realidad era un gran salón de baile y un cine. Lo hacía casi todas las mañanas que tenía libres. Pero ese día recibir al Adjourned era más importante que contar pardillos.

—Dime, ¿qué vas a poner en el periódico? —preguntó.

—Bueno, no mucho —dijo McKey—. No quiero parecer idiota, la verdad.

—Me parece prudente.

—¿Por qué? ¿Sabes algo?

—No, pero está bien que uses el sentido común, Lionel. ¿En serio crees que fue un encuentro con extraterrestres?

—No, la verdad es que no.

—Pues ahí lo tienes. ¿Cuál es tu hora límite?

—Las dos.

—Si algo cambia antes de esa hora, me aseguraré de hacértelo saber.

—De acuerdo, gracias. Estaré en el *Call*.

—Y tengo tus números.

—Buen fin de semana.

—Ya veremos, será movido.

—Claro. —McKey bajó del Gator y volvió a su carrito eléctrico.

Mientras se alejaba, Stilwell vio el logotipo del *Catalina Call*, con las dos ces unidas, pintado en el panel lateral.

Al cabo de unos segundos, la proa del Express se abrió paso a través de la capa de niebla y se dirigió hacia la terminal de transbordadores, al otro lado del puerto.

Siguiendo su estela, unos cincuenta metros por detrás, iba el Adjourned. Había sido una decisión inteligente seguir al barco más grande a través de la niebla en lugar de entrar a ciegas. El capitán y la tripulación del Express contaban con los instrumentos de navegación más modernos.

El Adjourned era un Viking 35 de cuarenta años. El juez Harrell lo mantenía limpio y bien cuidado. Era blanco, con un característico ribete azul y una lona a juego sobre las ventanas del salón. Stilwell

vio que enfilaba la primera calle de amarres, pasaba el muelle flotante detrás del Black Marlin Club y llegaba a la última boya naranja. Harrell apagó los motores y usó un bichero para enganchar el cabo debajo de la boya. Llevaba un traje de neopreno, lo que le indicó a Stilwell que no necesitaría un bote para ir a recogerlo. El juez amarró el barco con rapidez, luego bajó a la popa lanzada y saltó al agua fría.

Stilwell salió del Gator y fue a abrir la caja de almacenaje de la parte trasera. Sacó dos toallas a rayas verdes y blancas y colocó una de ellas sobre el asiento del pasajero. Para cuando terminó, Harrell ya estaba subiendo la escalera hacia el muelle de repostaje.

Stilwell le lanzó la otra toalla.

—Parece que hay una buena niebla, señoría —dijo.

—He usado el Express de lazarillo —explicó Harrell. Antes de subir al Gator, se secó el traje de neopreno y se cubrió la cabeza con la toalla.

—Lo he visto —dijo Stilwell—. Bien jugado.

—De todos modos, lamento llegar tarde —repuso Harrell—. He llamado a Mercy y ya lo ha preparado todo.

Harrell se sentó en el vehículo sobre la toalla que Stilwell había extendido.

—Sí, señoría —dijo Stilwell—. Solo unos cuantos altercados de borrachos y uno precario.

—Háble me del precario —pidió el juez.

Stilwell rodeó el Casino para dirigirse al juzgado de la ciudad.

—Bueno, técnicamente, es un robo en una vivienda ocupada y con agravante por arma de fuego —contó Stilwell—. Pero la persona que vive en la casa es la exnovia del sospechoso y él asegura que estaba robando su propia Glock, porque tenía miedo de que la mujer pudiera hacerse daño con el arma.

—Qué noble —dijo Harrell—. ¿Conoce a ese hombre?

—Kermit Henderson, nacido y criado aquí. Trabaja en el campo de golf; corta el césped y hace trabajos de mantenimiento. La novia es Becki Trower, también de la isla. Estaba pensando que tal vez su

señoría podría ofrecerle un acuerdo como el de Sean Quinlan y que nos haga mantenimiento en la comisaría. Sobre todo, porque Sean está terminando de cumplir condena.

—De acuerdo, lo escucharemos. Si no hay nada más, puede que vaya a pescar más tarde.

—También está esto.

Stilwell se inclinó hacia delante, metió la mano en el bolsillo trasero y sacó el documento que esa misma mañana había impreso y doblado a lo largo para que le cupiera. Se lo entregó al juez, y este lo desplegó y empezó a leer.

—Orden de registro —dijo Harrell.

Se quedó en silencio al leer el resumen y la declaración de causa probable. Luego negó con la cabeza; no porque no estuviera de acuerdo con nada de lo que había leído, sino porque lo exasperaba.

—¿Tiene un bolígrafo? —preguntó.

Stilwell sacó uno del bolsillo de la camisa y se lo entregó a Harrell. El juez garabateó su firma en la línea correspondiente y le devolvió el bolígrafo y la orden al sargento.

—Hace mucho tiempo que dejé de intentar comprender por qué la gente se hace daño —dijo Harrell—. Pero la crueldad con los animales todavía me afecta. Si este tipo hizo lo que sospecha, más le vale que encuentre un buen abogado y que el caso no me toque a mí.

—Lo entiendo —repuso Stilwell—. Me pasa lo mismo.

Al cabo de unos minutos, estaban en el complejo judicial de Sumner Avenue. Stilwell y Harrell entraron en la comisaría del sheriff, donde el juez guardaba su ropa y su toga negra en una taquilla. Stilwell abrió los calabozos para que Harrell pudiera usar la ducha y vestirse para ir al tribunal. Kermit Henderson, sin recursos para pagar la fianza, estaba en una de las celdas. Observó el paso del juez, que fue dejando huellas mojadas en el linóleo gris.

Stilwell no vio a Sean Quinlan por ninguna parte. Le envió un mensaje de texto para pedirle que fregara el calabozo después de que el juez terminara de ducharse y vestirse. Sería su última tarea,

ya que el magistrado estaba dispuesto a poner fin a su libertad vigilada.

Stilwell entró en la sala del tribunal y vio que Mónica Juárez ya estaba en su sitio en la mesa de la acusación. Mercy Chapa ocupaba la mesa del secretario judicial para cumplir con su empleo de una mañana a la semana. El resto del tiempo era administradora, telefonista y supervisora general de la comisaría del sheriff, y la mano derecha de Stilwell.

Juárez era una mujer bajita, de tez morena. Su cabello negro y rizado enmarcaba un rostro delgado, pero no ocultaba por completo la cicatriz blanquecina que le recorría el lado izquierdo de la mandíbula. Stilwell nunca le había preguntado por ella, pero pensaba que probablemente guardaba alguna relación con el motivo por el que se había hecho fiscal. Tenía unos treinta años y estaba asignada al tribunal superior de Long Beach. Al igual que el juez Harrell, venía a Catalina una vez a la semana para ocuparse de los casos de la isla, pero ella prefería viajar la noche anterior en el Express, alojarse en el Zane Grey a expensas del condado y luego ir directa al juzgado por la mañana.

—El juez se está preparando —le informó Stilwell—. Probablemente, empezará con Henderson. Después, van los delitos menores. ¿Me necesitarás para eso?

—No, parecen bastante rutinarios —dijo Juárez.

—He ido a buscar al juez y hemos hablado de Henderson. Creo que le va a ofrecer una suspensión de condena si se encarga de hacer el mantenimiento por aquí durante unos meses.

—Se lo acusa de posesión de arma.

—Técnicamente, sí. Pero estaba robando su propia arma. No la llevaba consigo.

—¿Y lo crees?

—Sí, porque la víctima, su ex, reconoció que tenía el arma de Henderson y que no se la devolvió cuando lo puso en la calle. Su declaración está ahí.

—Todavía no la he visto. Acabo de empezar a mirar el expediente.

Stilwell se dio cuenta de que la fiscal no había hecho los deberes la noche anterior en el Zane Grey.

—Bueno, ya llegarás. Te dejo que lo leas mientras voy a ver cómo le va al juez.

Lo que realmente quería hacer Stilwell era ejecutar la orden de registro que Harrell había firmado. Volvió al ala del edificio que albergaba la comisaría del sheriff y vio a Ralph Lampley en la sala de trabajo, comiendo una magdalena de arándanos en el escritorio que compartía con los otros ayudantes del sheriff. Lampley era el más veterano de la comisaría de Catalina y la razón de que estuviera en la isla era que el Departamento del Sheriff lo consideraba un lastre en los distritos de alta criminalidad. Aunque solo tenía veintiocho años, ya había estado involucrado en dos muertes por disparos mientras patrullaba en el condado de Los Ángeles. Ambos casos habían acarreado demandas por homicidio culposo, que en ese momento continuaban en litigio y en las que había en juego decenas de millones de dólares. El departamento lo había exculpado en investigaciones internas, porque, de lo contrario, las demandas resultarían indefendibles. A Lampley se le permitió conservar su placa, pero lo trasladaron a la unidad de la isla Catalina, donde confiaban en que mantendría su arma enfundada. Se rumoreaba que iban a despedirlo en cuanto se resolvieran las demandas o se alcanzara un acuerdo prejudicial.

—Lamp, ¿por qué no estás en la calle? —preguntó Stilwell.

—Porque el puto Fernando pasó de cargarme el bugui —dijo Lampley—. Estoy esperando a tener al menos media carga antes de salir a la calle.

Se refería al vehículo utilitario de trabajo que compartía con el ayudante del turno de noche. En otras circunstancias, Stilwell se habría enfadado con Ángel Fernando por no cargar el carrito al terminar su turno esa mañana. Era la tercera vez en un mes. Era el último ayudante llegado del continente, donde no patrullaban en

carritos de golf eléctricos, y tenía la costumbre de olvidarse de cargarlo al final del turno. En lugar de centrarse en la falta de atención de Fernando a las rutinas de su trabajo, Stilwell vio la oportunidad de salir de la comisaría.

—Vale, entonces, ¿puedes terminar ahí y encargarte del tribunal esta mañana? —le preguntó a Lampley—. Tengo que ir a entregar una orden de registro y necesito que alguien lleve a Kermit al tribunal una vez que el juez esté en el estrado.

Lampley habló con la boca llena de magdalena.

—Sí, yo me encargo —dijo—. ¿Esa orden es para el caso de mutilación?

—Sí —contestó Stilwell—. Pero no se lo digas a nadie.

—Claro. Vaya, sargento. Yo me encargo del tribunal.

—No creo que tarde mucho. Una vez que tengas una carga decente, pregúntale al juez si quiere que lo lleves a su barco después del juicio.

—Lo haré.

Stilwell salió de la comisaría, tomando mentalmente nota para volver a recordar a Fernando que dejara el carrito de patrulla cargándose al final del turno. Como sargento detective asignado a la comisaría de Avalon, Stilwell era la máxima autoridad policial de la isla. Esa distinción acarreaba una serie de labores administrativas y de organización que aceptaba a regañadientes. Tener que recordar a un ayudante del sheriff veterano que enchufara su carrito de golf al final de su turno no era una de sus tareas favoritas.

2

Stilwell se dirigió al distrito industrial del sur de la ciudad. Junto a la planta desalinizadora había un laberinto de almacenes, entre ellos la nave de Island Mystery Tours. La puerta del garaje estaba abierta y Stilwell detuvo el Gator delante para que ningún vehículo pudiera salir. Un hombre con un mono azul sucio apareció de entre las sombras de uno de los puntos de carga y Stilwell supuso que probablemente había estado durmiendo allí. Tenía el pelo apelmazado en un lado. Daba la impresión de que no se había afeitado en una semana y los ojos inyectados en sangre detrás de las gafas indicaban que tenía resaca.

—Hola, ¿qué pasa? —preguntó el hombre.

—Soy el sargento Stilwell, de la oficina del sheriff. Tengo una orden de registro para este local.

—¿Orden de registro? ¿Qué coño?

—¿Cómo se llama, señor?

El hombre señaló un parche ovalado en el lado izquierdo de su mono.

—Henry.

—¿Henry qué?

—Gaston.

—Bueno, Henry, aquí está la orden, y voy a necesitar que se aparte y me deje entrar.

Stilwell le entregó el documento que antes había firmado el juez. Gaston alargó el brazo para sostener el papel a distancia suficiente para poder leerlo, a pesar de que llevaba gafas.

—Dice que está buscando sangre de animal —dijo—. Eso es de locos. Aquí no hay sangre.

—Voy a buscar de todas maneras —repuso Stilwell—. El juez ha firmado su autorización esta mañana.

—Es usted el tipo nuevo que pusieron a cargo de la comisaría, ¿eh?

—Si por «nuevo» se refiere a hace un año, entonces, sí, ese soy yo.

—Mire, voy a tener que llamar a Baby Head.

Stilwell se dirigió a la parte trasera del Gator y abrió el compartimento de almacenaje. Sacó un par de guantes desechables, una linterna y la botella de Bluespray que guardaba en el kit que había preparado cuando trabajaba en homicidios en el continente.

—Puede llamar a quien quiera —le dijo a Gaston mientras lo recogía todo—, pero voy a llevar a cabo el registro ordenado por el tribunal ahora mismo.

Cerró el compartimento y se dirigió directamente hacia Gaston, aunque había mucho espacio en la entrada del garaje para rodearlo. Gaston, intimidado por el movimiento, retrocedió y se apartó. Sacó un teléfono móvil del bolsillo y empezó a llamar.

Stilwell entró en el garaje y vio que en el lado izquierdo se alineaban puntos de carga vacíos. Todos los carritos para turistas estaban presumiblemente en uso o, al menos, en el puerto, listos para toda la gente que llegaba en barco. El lado derecho del garaje era el lugar donde se reparaban o se desmontaban para aprovechar piezas. Había dos vehículos de seis plazas en diversas fases de desmontaje. Uno estaba en un elevador porque no tenía ruedas. El otro necesitaba una reparación de carrocería porque la parte delantera de fibra de vidrio se había astillado, al parecer, a consecuencia de un impacto.

Al fondo del garaje, en el lado derecho, un banco de trabajo en forma de L llamó la atención de Stilwell. Detrás había un tablero de clavijas con herramientas colgadas. El sargento rodeó los dos carritos rotos para echar un vistazo. Gaston lo había seguido hasta el interior de la nave y estaba de pie en el centro, hablando por teléfono con alguien.

—Tiene una orden para registrar esto —dijo—. No he podido impedírselo.

Stilwell examinó el tablero hasta que posó la mirada en una sierra con una hoja larga y un mango de plástico azul.

—Eh, ahora mismo está en la parte de atrás, junto a las herramientas —dijo Gaston—. ¿Vas a venir?

Stilwell sacó su teléfono y tomó una foto de la sierra colgada en el tablero. A continuación, se puso los guantes y la descolgó. Bajó el haz de la linterna y examinó la hoja con atención. No tardó mucho en determinar que era nueva. No se apreciaban arañazos en la superficie de acero inoxidable ni corrosión por el aire salado; además, los dientes estaban impecables, no presentaban el menor signo de haber cortado siquiera un trozo de mantequilla.

No obstante, el mango de plástico de la sierra se veía viejo y mostraba las marcas del tiempo y el uso. Solo la hoja era nueva.

—Es una sierra para cortar tubos —explicó Gaston—. La usamos sobre todo con fibra de vidrio y PVC.

Había aparecido detrás de Stilwell. Ya no estaba al teléfono.

—¿Corta algo más con ella? —preguntó Stilwell.

—Las usamos con los carritos —dijo Gaston—. Los personalizamos. A veces los cortamos por la mitad y, con dos de cuatro plazas, hacemos uno de ocho o de seis. Cosas así.

—No parece que nadie haya estado cortando con esta sierra últimamente. La hoja se ve nuevecita. ¿La cambió hace poco, Henry?

—Eh, no.

—¿Está seguro?

—Claro que estoy seguro.

—Hágame un favor: cierre el garaje y apague las luces del techo.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo hace, lo haré yo y podría equivocarme de interruptor.

—Está bien.

Gaston fue a hacer lo que le habían pedido. Stilwell volvió a mirar la sierra. La hoja medía unos cuarenta y cinco centímetros y tenía dientes muy pequeños, adecuados para cortar con facilidad tubos de fibra de vidrio y PVC. Estaba sujeta al mango por dos tuercas de mariposa. Stilwell las giró con el pulgar y el índice para separar la hoja. Gaston tiró de una cadena unida a una polea situada encima de la puerta del garaje y esta comenzó a descender.

Una vez que separó la hoja, Stilwell colocó el mango en el banco de trabajo y examinó primero un lado y luego el otro bajo el haz de su linterna. Las luces del techo se apagaron y la nave se sumió en la oscuridad, salvo por la linterna del sargento y la escasa claridad diurna que se filtraba por debajo de los aleros del tejado ondulado.

Stilwell roció un lado del mango de la sierra con el producto químico del frasco, un compuesto que en presencia de hemoglobina emitía un brillo azul blanquecino. Apagó la linterna y se dispuso a esperar y observar.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaston desde la oscuridad.

—Estoy haciendo una prueba presuntiva de sangre —dijo Stilwell.

La explicación solo produjo silencio en el espacio donde estaba Gaston.

Pasó un minuto y no ocurrió nada. Stilwell encendió la linterna, dio la vuelta al mango de la sierra y roció el otro lado con el producto químico. Barrió el garaje con el haz de luz para localizar a Gaston, que se había alejado de la puerta y se había colocado a tres metros de él, a sus espaldas, tratando de observar lo que estaba haciendo.

—Quédese ahí, Henry —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Gaston—. Yo trabajo aquí. Tengo derecho a estar donde quiera.

—Necesito saber dónde está cuando las luces estén apagadas. Más le vale no joderme.

—Está bien. Me quedo aquí mismo, si eso lo hace feliz.

—Gracias.

Stilwell apagó la luz y miró el banco de trabajo. En los agujeros del mango de la sierra donde había estado fijada la hoja se apreciaba un brillo fosforescente azul pálido. Significaba que probablemente se había filtrado sangre en los agujeros y esta no se había eliminado durante la limpieza.

—Puede encender las luces, Henry —dijo Stilwell.

Gaston volvió al interruptor y las luces del techo se encendieron. Stilwell se acercó a la puerta del garaje sosteniendo el mango de la sierra con una mano enguantada.

—Ábrala —dijo.

Gaston tiró de la cadena y la puerta del garaje empezó a subir.

—¿Qué significa eso de «presumitiva»? —preguntó.

—«Presuntiva» —lo corrigió Stilwell—. Significa que aparentemente hay sangre, pero el laboratorio tendrá que confirmarlo.

—Entonces, ¿se la lleva?

—Con la autoridad que me confiere la orden de registro, sí. ¿Con quién estaba hablando por teléfono, Henry?

—He llamado a Baby Head. Está en camino.

—No va a cambiar nada. Me la llevo de todas formas.

Stilwell se acercó al Gator y sacó una bolsa de pruebas del compartimento de almacenaje. Metió el mango de la sierra en ella, la precintó y escribió la fecha, la hora y el número de la orden de registro con un rotulador rojo. Puso la bolsa en el compartimento de almacenaje y lo cerró con llave.

Se dirigió al asiento del vehículo y cogió un talonario de recibos del estante situado debajo del salpicadero. Gaston estaba de pie en la entrada del garaje, observando.

—Voy a darle un recibo por el mango que me llevo —dijo.

—¿Para qué me sirve? —preguntó Gaston.

—Cadena de custodia de documentos.

—¿«Cadena de custodia»?

—Es un registro de quién ha manipulado las pruebas y adónde han ido.

—¿Pruebas de qué?

—Mire, Henry, no creo que Baby Head fuera allí y mutilara al búfalo él mismo. Es demasiado listo para eso. Supongo que le pidió a alguien que lo hiciera. Enviaré este mango de sierra a un laboratorio del continente. Si la sangre que tiene coincide con la del búfalo mutilado, volveré. Son animales protegidos y matar uno es un delito grave. Vamos a tener un fin de semana complicado y seguramente estaré hasta arriba con borrachos y alborotadores. Estoy pensando en tomarme el martes libre para recuperarme y luego llevaré esto al laboratorio el miércoles o el jueves. Calculo que, a partir de ahí, tardarán unas semanas en ocuparse. Los homicidios de humanos tienen prioridad. Pero, una vez que lo entregue, no hay vuelta atrás. Así que voy a darle hasta entonces, hasta el miércoles, para que venga, hable conmigo y busquemos una solución. Después de eso, ya no estará en mis manos.

Stilwell arrancó la copia amarilla del recibo y se bajó del Gator. Se acercó a Gaston para entregársela.

—El miércoles, Henry —dijo.

Todo era un farol. Sabía que el laboratorio aplicaría prioridad negativa a su solicitud de ADN. Tendría suerte si obtenía resultados antes de fin de año.

—Baby Head no va a permitir esta mierda —repuso Gaston—. Tiene contactos.

—Sí, yo también —repuso Stilwell.

El sargento se subió al John Deere, giró la llave y se alejó de la nave marcha atrás. En la calle, puso la marcha adelante, pero se vio bloqueado cuando otro carrito eléctrico se paró delante de él. Era un vehículo de seis plazas de Island Mystery Tours. Tenía un alienígena de papel maché verde tumbado boca abajo en el techo, con las manos de tres dedos agarrándose a los laterales como si se aferrara a la vida.

Oscar *Baby Head* Terranova, el propietario y gerente de la franquicia, bajó del vehículo y se acercó a Stilwell.

—¿Qué diablos estás haciendo, Stilwell? —preguntó enfadado.

—No me cabe duda de que Henry ya se lo ha contado por teléfono —dijo Stilwell—. Tiene una copia de la orden de registro y el recibo. Puede deducirlo a partir de ahí.

Se estaba formando una línea de sudor en el cuero cabelludo bien afeitado de Baby Head. Tenía un tatuaje de un anillo de diamantes en el cuello, debajo de la oreja izquierda, y todo el brazo derecho cubierto de imágenes de calaveras, flores y un número de tres dígitos que Stilwell no reconoció, pero que supuso que era el código de área de su lugar de origen.

—Te equivocas de persona —afirmó.

—Podría ser —dijo Stilwell—. No sería la primera vez ni la última.

—Sé lo que te traes entre manos. Todos lo sabemos. Estabas en la cuerda floja cuando llegaste aquí y ahora estás a punto de caer. Espero que caigas de pie.

—¿Puede mover su vehículo, señor? Tengo que volver a la comisaría.

—A la mierda.

Terranova subió de nuevo a su carrito y pisó el pedal. Avanzó hacia la nave, lo que obligó a Gaston a apartarse rápidamente.

Stilwell regresó a la ciudad, no sin antes detenerse un momento en la cima del Ada para disfrutar de la belleza de las montañas y del puerto en forma de media luna que se extendía por debajo. El Casino parecía una magdalena con glaseado rojo. Habían llegado varios barcos desde que había ido a recoger al juez.

Al llegar de nuevo a la comisaría, Stilwell vio que Lampley estaba a punto de salir en su carrito de patrulla recién cargado. Se detuvo junto a él.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Lampley.

—He encontrado sangre en el mango de una sierra —dijo Stilwell—. La llevaré al laboratorio a ver qué pasa.

—No se haga ilusiones.

—No me haré ilusiones. ¿Te has encargado de los juicios?

—Sí, ha ido rápido.

—¿Qué ha pasado con Kermit?

—Harrell le ha impuesto tres meses de servicio comunitario. Le ha dicho que trabajaría en comisaría.

—Perfecto. Haré una lista de tareas y la pondré en la pizarra. Todos pueden agregar cosas.

—Vale.

—¿Adónde vas ahora?

—Solo a hacer la ronda. Aún no hay llamadas. La calma antes de la tormenta.

—Entendido.

Stilwell le hizo un saludo militar y llevó su Gator a la plaza de aparcamiento que tenía asignada. Antes de llegar a la puerta de la comisaría, recibió una llamada de capitanía de puerto.

—Soy Tash. Te necesitamos aquí en el muelle de lanchas enseguida.

Tash Dano era la ayudante del capitán de puerto. Stilwell la había conocido en sus rondas cuando lo destinaron a la isla. Se había reunido con todos los que ocupaban un puesto de poder o autoridad en la pequeña comunidad, desde el alcalde de Avalon hasta la segunda del capitán de puerto. La mayoría de ellos se mantuvieron distantes, porque los ayudantes del sheriff asignados a Catalina acostumbraban a ir y venir rápidamente; se marchaban en cuanto quedaban rehabilitados a ojos del personal de mando del continente. La isla tenía fama de ser una estación de paso para los bichos raros y los fracasados del departamento y, por lo tanto, no merecía la pena que los residentes invirtieran tiempo en conocer a su personal. Tash era diferente. Había invitado a Stilwell a comer e incluso le había hecho un recorrido por la isla. Siempre había vivido en Catalina y no tenía ninguna intención de irse. A Stilwell le cayó bien de inmediato.

—¿Qué pasa por ahí? —dijo el sargento.

—¿Conoces a Abbott, el buzo que limpia cascos de barco? —preguntó Tash.

—Sé quién es. Se llama Denzel, ¿verdad?

—Sí. Acaba de llamar y ha dicho que hay un cadáver debajo del Aurora. Dice que tiene una cadena de ancla enrollada. Es un cuerpo humano. No ha podido decir si era hombre o mujer.

Stilwell tardó un momento en entender lo que Tash le estaba contando. Recibía actualizaciones periódicas respecto a los barcos amarrados en el puerto. Recordaba que el Aurora era un yate de alta mar registrado en Venezuela. Había entrado en el puerto dos días antes y había amarrado en la cuarta fila de boyas, donde estaban los barcos grandes.

—De acuerdo, voy para allá —dijo Stilwell—. Dile a Abbott que me espere en el muelle de lanchas.

—Lo haré —contestó ella.

—Y, Tash, ¿hasta cuándo se queda el Aurora?

—Hasta hoy. Se van hoy.

—¿A qué hora?

—En cualquier momento. Tienen la boya hasta las cuatro de la tarde, pero pueden zarpar cuando quieran.

—Puede que tengamos que hacer algo al respecto. Seguramente querré retenerlos en el puerto si lo que Abbott dice que ha visto es cierto.

—¿Quieres que llame a la Guardia Costera? Podrían detenerlos.

—Quiero confirmar que hay un cadáver antes de empezar a llamar a las tropas.

—Entendido. ¿Cómo vas a hacerlo?

—Voy a pedirle a Abbott que me lleve abajo.

—Ah.

—¿Algún problema?

—No. Solo ten cuidado.

—Entendido. Lo tendré.

Stilwell entró en la comisaría para coger su traje de neopreno.

3

El agua estaba fría. Stilwell sentía como si le clavaran agujas de hielo en los oídos mientras descendía. La mayor parte de su cuerpo estaba protegido por el traje de neopreno que había conservado de sus días en el equipo de buceo del Departamento del Sheriff, pero los pies, el cuero cabelludo y las orejas permanecían expuestos a la baja temperatura.

Sintió una sensación de *déjà vu* mientras descendía. El frío. El sonido de su propia respiración mesurada en la máscara de buceo. El movimiento lento y el silencio de las cosas bajo el agua.

Siguió a Denzel Abbott hacia el fondo, ambos con tubos conectados al compresor que estaba en la lancha del buzo. Stilwell notaba en la boca y en los pulmones que el aire que fluía por el tubo era fétido, rancio y aceitoso. Contuvo las náuseas mientras se hundía con la ayuda del cinturón de plomo que le había prestado Abbott.

El sol ya había disipado la niebla cuando Stilwell regresó al puerto después de la llamada de Tash Dano. Abbott le explicó que estaba arrancando percebes del casco del Aurora cuando un destello metálico brillante a veinticinco metros de distancia captó su atención. Bajó más para investigar y lo que vio le produjo arcadas. Estaba casi seguro de que se trataba de un cadáver, envuelto en algo negro y anclado, pero no se acercó para determinar más detalles.

Stilwell y Abbott se sumergieron a unos diez metros de la popa del Aurora. Rayos de luz atravesaban el bosque de algas que se elevaban desde el fondo, hebras de hojas verdes sobrenaturales que se extendían lánguidamente hacia la luz del sol y se mecían con la corriente como una fila de bailarines sincronizados. Stilwell vio en ese momento el reflejo de un ancla de metal pulido.

Avanzaron a través de la sombra del casco del Aurora mientras continuaban descendiendo. El cadáver, si es que era tal, se hallaba a diez metros de profundidad. Abbott lo había descrito bien: una figura humana hinchada a punto de asomar por una raja de lo que parecía una gran bolsa negra cerrada con una cuerda de ancla trenzada y una pesada cadena galvanizada. Esta se extendía un metro hasta un ancla enganchada en un afloramiento de coral. Una larga melena oscura había salido por la abertura en el plástico negro y flotaba en la corriente. Stilwell vio que la melena estaba unida a un cuero cabelludo blanco. Al acercarse, se dio cuenta de que parecía un macabro globo decorado, zarandeado por la corriente del fondo del puerto.

El sargento llevaba guantes de buceo que había sacado de su taquilla de la comisaría junto con el traje de neopreno. Con un dedo abrió el cordón de la bolsa negra hasta que vio un rostro. Tenía un aspecto cerúleo y deforme por la hinchazón producida por los gases de descomposición. Apenas podía reconocerse como un ser humano, pero Stilwell sabía por sus experiencias en el mundo azul que se trataba de una persona.

Se fijó en un reflejo de tinte morado en el cabello oscuro y supuso que se hallaba ante los restos de una mujer. Había líneas de fisura en el rostro que podrían haber sido ocasionadas por la descomposición, una depredación causada *post mortem* por la fauna marina o una lesión sufrida antes de la muerte. La imagen le trajo recuerdos de víctimas que había visto como buzo recuperador de cadáveres, horrores que creía haber dejado atrás. En la jerga de los profesionales, los llamaban flotadores o sumergidos, según las circunstancias. Eran términos que utilizaban para deshumanizar y compartimentar lo que veían en las turbias profundidades. Pero Stilwell no podía olvidarlos: la niña en el fondo del lago Piru, con los ojos mirando hacia la luz y a un dios que no la había salvado; el hombre con traje y corbata, y las gafas de sol aún puestas, con bloques de hormigón atados a los pies en la presa de Bouquet; el bebé en el asiento trasero del coche que habían hecho caer

intencionadamente por la grada del lago Castaic. Todos encontrados en las profundidades de un mundo azul que era tranquilo, silencioso y, sin embargo, letal.

Estaba claro que ese cuerpo llevaba tiempo en el agua. Cuatro días, como mínimo. Stilwell apartó su atención de los ojos pálidos de la mujer muerta y desplazó la mirada por la cadena hasta el ancla que había impedido que el cadáver subiera a la superficie. Era un ancla de arado que se había enganchado a la perfección en la cornisa de coral.

Stilwell conocía las etapas de la descomposición en agua fría. El cuerpo, lastrado y sumergido, había quedado anclado al fondo hasta que los microorganismos de los intestinos empezaron a producir gases. Eso provocó una hinchazón que incrementó la flotabilidad, con lo que el cadáver comenzó a subir a pesar del peso del ancla y la cadena. Quien había arrojado la mujer al agua no había previsto esos cambios.

El cuerpo y la cadena del ancla ganarían la suficiente flotabilidad para moverse fácilmente con las corrientes, saltando a través de los lechos de coral y las algas del fondo hasta que por fin emergiera o se quedara enganchado en algo. Stilwell había recuperado un cadáver del lago Apollo que estaba encajado en una lavadora vieja que habían arrojado desde un barco. El enganche del ancla en la cornisa de coral era solo temporal. Stilwell sabía que podía soltarse con el cambio de corriente en la siguiente marea.

Observó que el ancla no era de un barco grande, como el Aurora. Calculó que pesaba unos cinco kilos. El acero inoxidable que al inicio había llamado la atención de Abbott era para aparentar. No era un ancla galvanizada contra la corrosión y almacenada en un compartimento del barco. Probablemente, había estado colocada sobre unos rodillos de goma en la proa, reluciente y a la vista, unida a un estopor que la bajaba y subía con solo pulsar un botón desde la caseta de gobierno. El ancla no había salido de una embarcación de faena. Era de un barco de recreo, un velero, tal vez. El tipo de

embarcaciones que llenaban el puerto de Avalon todos los fines de semana.

Ya había visto suficiente. Necesitaba salir a la superficie para vaciar los pulmones de los vapores de combustible y llamar al equipo de buceo, a la unidad de homicidios y a los investigadores del forense. No iba a ser su caso y se alegraba de ello.

Se volvió y vio a Abbott de pie en el fondo, a varios metros del cadáver. Tenía los ojos muy abiertos por el susto bajo su máscara de buceo. Stilwell se quitó el cinturón de plomo y se volvió hacia el cuerpo. Envolvió el cinturón alrededor del ancla, con la esperanza de evitar que el cuerpo se alejara con la corriente en caso de que el amarre se soltara del lecho rocoso. No había consultado la tabla de mareas esa mañana y no estaba seguro de cuándo cambiaría de dirección la corriente. Quería asegurarse de que el cadáver no emergiera en el puerto la primera jornada del fin de semana del Día de los Caídos.

A Stilwell le ardían los pulmones por el aire contaminado con gasolina. Señaló la superficie y Abbott asintió y empezó a subir. Él lo siguió y salieron a flote uno a cada lado de la lancha. Stilwell se sujetó a la borda con un brazo y se quitó la máscara. Tragó aire limpio y miró a Abbott, que se aferraba al otro lado de la embarcación.

—Tiene una fuga en el compresor —dijo.

—Ya lo sé —respondió Abbott—, pero no creía que fuera tan grave.

—Pues lo es. Me va a dar un dolor de cabeza del mil.

—Lo siento. Supongo que estoy acostumbrado.

—No se preocupe.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Va a dejarlo ahí?

—Por el momento. Llamaré al equipo de rescate tan pronto como tenga mi teléfono. Le devolverán el cinturón de plomo en cuanto recuperen el cuerpo.

—No me preocupa eso.

Abbott se subió a la lancha, lo que hizo que esta se balanceara violentamente. Stilwell estuvo a punto de recibir un golpe en la barbilla cuando la borda se elevó. Esperó hasta que la embarcación se estabilizó y luego se subió también por el costado.

—Mire a quién tenemos esperando —dijo Abbott.

Stilwell se volvió hacia el muelle de lanchas y vio a Tash Dano de pie junto a Lionel McKey. Con ellos estaba Doug Allen, que cumplía su cuarto mandato como alcalde de Avalon.

—Las noticias vuelan —añadió Abbott.

Stilwell asintió con la cabeza.

—Allá vamos —susurró para sus adentros.

4

El alcalde estaba esperando en el pantalán con los brazos en jarras. Tash y Lionel se mantenían ligeramente separados de Allen. Abbott acercó la proa al embarcadero y Stilwell bajó de la lancha, con una toalla verde y blanca sobre los hombros.

—¿Me van a necesitar más? —preguntó Abbott.

Stilwell se volvió hacia él.

—Los detectives del continente probablemente querrán una declaración —dijo—. Podemos llamarlo. ¿Va a casa o vuelve a sumergirse?

—A casa —respondió Abbott—. No voy a trabajar después de lo que he visto.

Stilwell asintió. Lo entendía. Se volvió y Tash se acercó a él al tiempo que se alejaba del periodista.

—¿Retenemos el Aurora? —preguntó en voz baja—. Quieren irse.

—Pueden irse —dijo Stilwell—. Lo que hay ahí abajo lleva más tiempo en el agua que ellos en la isla. Recuérdales que mantengan el motor al ralentí hasta que salgan del puerto. No quiero que se remueva el fondo.

—Lo haré —aseguró Tash.

A continuación, fue McKey quien se le acercó.

—¿Hay un cadáver? —preguntó.

Antes de que Stilwell pudiera responder, habló el alcalde:

—Espere un momento —dijo—. Un momento. No vamos a decir nada todavía para que se publique. Sargento Stilwell, necesito hablar con usted en privado antes de que se haga ninguna declaración pública.

—De acuerdo —dijo Stilwell—. Por ahora.

—Tiene que volver al muelle —le dijo Allen a McKey.

—Esto es un espacio público, alcalde —se quejó el aludido—. Tengo tanto derecho a estar aquí como usted.

—Claro, claro… —dijo Allen—. Sargento, ¿puede acercarse aquí?

Los dos hombres caminaron hacia el lado opuesto del pantalán, donde no los escucharían.

—¿Ha confirmado que hay un cadáver ahí abajo? —susurró Allen con urgencia.

—Así es —respondió Stilwell con otro susurro.

—¿Y ahora qué pasa? No quiero que salga a la superficie frente al Express. ¿Qué va a hacer?

—Voy a llamar a la unidad de homicidios y al equipo de buceo. No va a salir a la superficie hasta que lo saquemos.

—¿Homicidio…? ¿Está diciendo que se trata de un asesinato?

—El cuerpo está metido en una especie de bolsa con cordón y lastrado con un ancla y una cadena. Eso me dice que es un homicidio.

Allen dio un paso para acercarse más a Stilwell y elevó su susurro a un tono urgente:

—Mire, hay algo que tiene que entender. Los transbordadores están llenos y todas las boyas del puerto están reservadas. Es el segundo fin de semana largo más importante del año para nosotros, después del del Cuatro de Julio, y no quiero que por un crimen este puerto se convierta en un circo.

—Lo entiendo, señor alcalde. Pero vamos a llevar a cabo la investigación que se ordene. Haremos todo lo posible para que los ciudadanos no vean la recuperación del cadáver. Hay formas de hacerlo. Pero, si está sugiriendo que lo dejemos ahí hasta que la isla se vacíe el lunes, está…

—Por supuesto que no estoy sugiriendo eso. Lo que digo es que el asesinato es malo para los negocios. Sean discretos. Y no le digan nada a ese periodista hasta que haya pasado la hora límite. Por mí, puede ponerlo en la edición de la semana que viene. Pero no en la de mañana.

—Haré lo que pueda. Ahora tengo que ir a hacer esas llamadas.

Stilwell se alejó y se dirigió hacia la pasarela del muelle.

—Sargento.

Stilwell se volvió.

—¿Sí? —preguntó impaciente.

—He recibido una queja sobre usted esta mañana —dijo Allen—. Del propietario de un negocio. Oscar Terranova.

—¿En serio? Se ha dado prisa.

—¿Registró su nave?

—Tenía una orden firmada por el juez Harrell. Todo fue perfectamente legal.

—Dijo que no se anduvo con miramientos.

—No sé a qué se refiere. Tenía una orden de registro para las instalaciones. Hice el registro. Baby Head apareció después y no le hizo gracia. Pero eso fue todo.

—De acuerdo, entendido. ¿Puedo preguntar de qué se trataba?

—No, no puede, señor alcalde. Es una investigación en curso. No puedo hablar de ello.

—Nací y crecí en esta isla, sargento. Soy alcalde desde hace dieciséis años. Usted vino y seguro que se irá, como todos los agentes asignados aquí antes. Pero yo seguiré aquí. Amo esta ciudad y quiero protegerla. No me gustan las sorpresas, y menos cuando pueden afectar negativamente la reputación de esta hermosa isla. —Señaló hacia el agua en la dirección donde estaba anclado el cuerpo.

—Lo entiendo —aseguró Stilwell.

—Bien —dijo Allen—. Entonces, estamos en sintonía.

Stilwell asintió y se volvió en lugar de discutir la conclusión del alcalde. Vio que McKey permanecía en el pantalán, pero Tash estaba en el muelle y se dirigía de nuevo a capitanía de puerto.

—Aún no puedo hablar contigo —dijo Stilwell mientras esquivaba al periodista.

—¿Qué quieres decir? —preguntó McKey—. ¿Hay un cadáver ahí abajo o no?

—Aún no puedo decir nada. Habla con Abbott. Él puede contarte lo que vio. Yo no puedo.

—¿Dejas que el alcalde te diga lo que tienes que hacer?

—No. Eso es lo que pasaría estuviera él aquí o no. Estoy siguiendo el protocolo del Departamento del Sheriff, y lo sabes.

Dejó a McKey allí y subió por la pasarela hasta el muelle. Varias personas observaban desde la barandilla. La mayoría de ellos eran lugareños que trabajaban en los puestos de recuerdos del muelle. Se había corrido la voz muy deprisa de que había algo en el agua.

El sargento cruzó Crescent y caminó por Sumner hasta la comisaría. Entró directamente en el vestuario, se quitó el traje de neopreno y se dio una ducha rápida. Luego volvió a ponerse la ropa de trabajo y la cartuchera con su arma. Su despacho sin ventanas, del tamaño de un vestidor, estaba separado de la sala de trabajo y desde allí hizo las llamadas, empezando por la unidad de homicidios. Era un número que se sabía de memoria. No reconoció la voz que respondió y pidió hablar con el capitán.

—Corum.

—Capitán, soy Stil. Tenemos un homicidio aquí. Un cadáver en el puerto. Parece una mujer.

—¿Un flotador?

—Está a unos diez metros de profundidad, sujeta por un ancla.

—¿Está confirmado?

—He bajado y lo he visto yo mismo. Probablemente lleve en el agua unos cuatro días, a juzgar por la descomposición. Aunque es difícil de decir, con la temperatura del agua a quince grados. Necesita a los buzos y a uno de sus equipos aquí.

—Cielo santo, y en viernes.

—Sí, ya tengo al alcalde encima, porque esto se va a llenar hasta la bandera hoy. Los asesinatos son malos para los negocios.

—Vale, escucha: Ahearn y Sampedro son los que están al mando. Tengo que enviarlos. ¿Vas a portarte bien con ellos?

—¿Tengo alternativa?

—No, no la tienes.

—Entonces, envíelos. Puedo llevarlos de la mano si es necesario.

Eso provocó un largo silencio de Corum. Stilwell pensó en la última vez que se había encontrado con Rex Ahearn. Fue cuando había pasado por la unidad de homicidios un domingo por la mañana para vaciar su escritorio. Se sorprendió al encontrarlo allí y la cosa se puso fea bastante rápido y llegaron a las manos.

—¿Sabes, Stil?, creo que no quiero que los lleves de la mano —dijo Corum—. Solo indícales la dirección correcta y déjalos hacer su trabajo.

—Bueno, su trabajo es resolver el caso, capitán. Así que buena suerte para conseguir que lo hagan.

—No voy a entrar en eso contigo, sargento detective.

El hecho de que Corum invocara su rango completo y formal hizo que Stilwell comprendiera que había ido demasiado lejos. Intentó resituarse.

—Capitán, ¿su gente organizará el equipo de rescate y el de criminalística, o quiere que yo me encargue de eso?

—No, nosotros nos encargaremos. Tu trabajo ahora es proteger la escena del crimen lo mejor que puedas. Nosotros nos ocuparemos a partir de ahí.

—Entendido.

Corum colgó sin decir una palabra más. Stilwell lamentó haber sacado a relucir sus agravios con Ahearn y Sampedro, pero dejó de lado esa idea y salió de su oficina. Mercy Chapa estaba en su escritorio. Tenía poco más de cincuenta años y no se molestaba en teñirse el cabello gris. Encajaba con su papel extraoficial de mamá gallina de la comisaría. Se encargaba de todas las tareas no relacionadas directamente con el trabajo policial.

—Mercy, ¿puedes localizar a Lampley por radio y pedirle que se reúna conmigo en el muelle de lanchas?

—Claro. Creo que acaba de llevar a Kermit al campo de golf.

—Bueno, dile que se pase por el muelle. Nos encontraremos allí.

—Enseguida, sargento.

Stilwell sacó una radio de la estación de carga que había en la pared, junto al escritorio de Mercy.

—¿Ha habido alguna denuncia de desaparición de la que no me hayan informado? —preguntó—. ¿Alguna cosa?

—No —dijo Mercy—. Recibe todos los informes.

—Claro. ¿Sabes si hay alguien en la ciudad que tenga el pelo largo y oscuro con un mechón morado? Como si se lo hubiera teñido.

—Eh, no. ¿De verdad hay un cadáver en el agua?

—Sí. Pero no quiero que hables con nadie de eso.

—No le hablo a nadie del trabajo. ¿Es una chica?

—Una mujer, sí, estoy bastante seguro. ¿No has oído hablar de alguien que no se presente al trabajo o a la escuela o algo así? ¿Tal vez alguien que tenía que ir al continente y no volvió cuando se esperaba?

Mercy era isleña de tercera generación y Stilwell había aprendido nada más ser destinado a la comisaría de Catalina que tenía amplios contactos en la comunidad.

—No, nada.

—Vale. Bueno, avísame si te enteras de algo.

—Claro.

—Estaré en el puerto esperando al equipo de homicidios.

5

El equipo de rescate había llegado en barco y traía consigo a un investigador forense. Los buzos estaban en el agua cuando el helicóptero del sheriff llegó desde el continente, sobrevoló el puerto y aterrizó junto al Casino. Stilwell, decidido a pasar el menor tiempo posible con Ahearn y Sampedro, envió a Lampley a recogerlos.

Era tarde y el puerto se encontraba casi a plena capacidad, con embarcaciones de distintos tamaños amarradas unas al lado de las otras a lo largo de tres filas de boyas. Tash Dano había logrado mantener despejada la cuarta. Había llamado a Stilwell y le había dicho que dejaría los últimos barcos con reservas en la bahía hasta que él diera el visto bueno. Él le aseguró que la investigación abandonaría el puerto al anochecer.

Stilwell se sorprendió al ver que solo Ahearn caminaba con Lampley hacia la pasarela del muelle de lanchas. Al parecer, Sampedro se había quedado en el continente. Ahearn se volvió y comenzó a caminar pesadamente por la pasarela. Llevaba traje y corbata, por lo que llamó la atención de muchos de los turistas que se encontraban en el muelle.

La marea estaba bajando y el nivel del agua en el puerto había descendido un metro veinte desde la mañana. La pasarela y el embarcadero de lanchas flotaban libremente con la marea, y el descenso del nivel del mar ponía la pasarela en un pronunciado ángulo descendente. Ahearn era un hombre blanco de gran tamaño, hombros anchos y un cuello grueso que sostenía una cabeza redonda. Tomó un impulso peligroso al bajar. Stilwell dio un paso atrás, para no interponerse.

La pasarela tenía una estera de goma acanalada para evitar resbalones, pero la plataforma del embarcadero de lanchas había

sido reemplazada recientemente por un tablero de fibra y estaba resbaladiza por las salpicaduras de las olas del puerto. En el momento en que sus zapatos de vestir de suela dura tocaron la plataforma, Ahearn empezó a deslizarse. Los pies dejaron de cumplir su función, los brazos giraron como aspas de molino y cayó de espaldas. El traje de seda que llevaba facilitó su deslizamiento a través de los dos metros de plataforma que quedaban y cayó al agua entre dos Zodiac inflables.

—¡Mierda! —gritó Lampley mientras se acercaba por la pasarela detrás de él.

Stilwell se movió con rapidez hacia el borde de la plataforma, listo para rescatar a Ahearn, pero este apareció entre los dos botes, reaccionando inmediatamente al agua fría del Pacífico.

—¡Su puta madre!

Stilwell se agachó y le tendió la mano, y Lampley hizo lo mismo, pero Ahearn, demasiado enfadado y avergonzado para aceptar ayuda, los apartó de un manotazo.

—¡Dejadme, joder!

Stilwell y Lampley retrocedieron, levantando las manos en señal de rendición, y observaron cómo el grandullón aupaba el torso por encima del borde de la plataforma. Su traje oscuro y su cabello peinado hacia atrás le daban el aspecto de una de las focas que a menudo tomaban el sol en esa misma plataforma por las mañanas. Se arrastró para salir del agua y rodó sobre su espalda, aparentemente exhausto por el esfuerzo.

—¡Maldita sea! —gritó—. Apuesto a que te ha encantado, Stillborn.[1]

—La verdad es que no —dijo Stilwell—. Porque ahora tendremos que ocuparnos de conseguirte ropa seca en lugar de trabajar en el caso.

—Vete a la mierda.

—Claro.

Stilwell se volvió hacia Lampley, que tenía los ojos como platos después de lo que acababa de presenciar.

—Cuando se levante, llévalo a la comisaría —dijo—. Que se dé una ducha caliente y consíguele algo de ropa del armario del tribunal, si hay algo de su talla. Yo me quedaré aquí. Llámame cuando esté listo y vendré si el equipo de rescate ha terminado.

Ahearn sacó una cartera mojada del bolsillo trasero.

—Joder —dijo—. Podrías haberme avisado, Stillborn.

—¿De que no hay que llevar zapatos oxford de Men's Wearhouse en un muelle? —preguntó Stilwell—. Sí, supongo que podría haberte avisado.

Ahearn empezó a levantarse despacio, goteando agua desde cada hilo de su traje. Volvió a resbalar y cayó de rodillas.

—¡Maldita sea, ayudadme!

Lampley le tendió una mano y Ahearn la agarró e intentó tirar de él intencionadamente hacia abajo, pero el joven agente fue capaz de mantenerse en pie. Ahearn lo soltó y se levantó por sí mismo. Miró hacia el muelle y vio a varios turistas con sus teléfonos enfocados al pantalán.

—Genial —dijo—. Lo que me faltaba. Quiero que requisen todos esos teléfonos y borren los vídeos.

—Eso no va a pasar —repuso Stilwell—. Vete a la comisaría, date una ducha y ponte ropa de abrigo. Luego hablaremos. —Miró a Lampley y señaló la pasarela—. Llévatelo —dijo.

Lampley extendió el brazo para ayudar a Ahearn a llegar a la pasarela, pero el detective lo apartó de un manotazo y cruzó la cubierta con pasos diminutos, como quien se pone unos patines de hielo por primera vez. Una vez que llegó a la superficie de goma, estuvo a salvo. Se dio la vuelta y miró a Stilwell, como si quisiera decirle algo, pero luego se lo pensó mejor y se dirigió hacia la rampa. Mantuvo una mano en la barandilla, pero levantó la otra, mostrando el dedo corazón a cualquiera que todavía estuviera grabando su embarazoso episodio.

Stilwell los vio irse hasta que su teléfono empezó a sonar con una llamada de Tash Dano, que había visto el resbalón de Ahearn en la cubierta desde la torre de control del puerto.

—Vaya, qué vergüenza —dijo—. ¿Era el hombre de homicidios?

—Sí —contestó Stilwell—. No le pudo haber pasado a un tipo más simpático. ¿Qué pasa, Tash?

—¿El chapoteo de ese tipo retrasa las cosas? ¿Cuánto tiempo falta para que pueda dejar entrar los últimos barcos de la bahía? Pronto oscurecerá y se están cabreando un poco.

—Espera.

Stilwell se guardó el teléfono en el bolsillo de la camisa y cogió la radio del cinturón. Estaba sintonizada en la frecuencia del equipo de buceo, así que no necesitaba hablar en código con el responsable, Gary Saunders, a quien Stilwell conocía desde hacía años.

—Gary, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

Esperó a que contestaran por la radio.

—Eh, sí, la están subiendo. Ya la han embolsado y tenemos la cortina levantada, así que no hay que preocuparse por los mirones. La subiremos aquí y habremos terminado. Chuck ya ha hecho un registro del fondo. No hay nada. La tiraron en otro sitio, probablemente en la bahía, y la marea la trajo hasta aquí.

—Entendido. Lo que pensaba.

—¿El cinturón de plomo es tuyo?

—Me lo han prestado.

—De acuerdo, te lo traeremos.

—Gracias.

—Oye, ¿era A-Hole[2] al que he visto caer al agua?

Ese era uno de los apodos populares de Rex Ahearn. El otro era un juego de palabras con su nombre y su apellido: King A-Hole.

—Exacto —dijo Stilwell.

—Supongo que no le pudo haber pasado a un tipo más amable —repuso Saunders.

—Lo mismo he dicho yo.

—Seguro que se viraliza. Hay mucha gente con teléfonos en el muelle.

—Lo he visto.

—Vale, terminamos aquí y pasamos por tu ubicación.

—Recibido. Corto.

Stilwell sacó su teléfono y transmitió la información a Tash.

—Cualquier cosa que puedas hacer para que se den prisa vendría bien —dijo ella.

—Tienen que volver al continente con el cadáver —explicó Stilwell—. Estoy seguro de que quieren llegar antes de que anochezca.

—De acuerdo.

—Oye, Tash, ya que te tengo al teléfono, ¿recuerdas haber visto a alguien por aquí con el pelo largo y oscuro con un mechón teñido de morado? ¿Una mujer?

—Mmm. —Se quedó en silencio durante unos segundos antes de continuar—. Me resulta familiar, pero no logro situarla. No creo que sea de la isla. Conozco a toda la gente de aquí. Pero creo que recuerdo haber visto a una chica con el pelo así en alguna parte.

—¿Una chica?

—Quiero decir, una mujer.

—Si recuerdas dónde o algo más, avísame.

—¿Es la persona del agua?

—Sí. Edad desconocida por el momento.

—Qué triste.

—Sí.

Ambos colgaron. Stilwell se sentó en una caja de fibra de vidrio para guardar material que había al final del muelle y observó la operación de rescate del cadáver desde la distancia. Saunders había colocado una tienda de campaña del forense para mayor intimidad sobre la cubierta trasera del barco de buceo. Stilwell sabía que allí era donde colocarían el cuerpo para el viaje de regreso a través de la bahía.

Los buzos no tardaron en salir a la superficie y subieron una bolsa para cadáveres sumergible a la popa del barco de buceo. Saunders y un investigador forense que Stilwell no reconoció agarraron las correas de la bolsa y la pasaron por la puerta de la borda a la cubierta de popa del barco, donde se perdió de vista. Los

buzos subieron entonces la cuerda enrollada, la cadena y el ancla, y a continuación el cinturón de plomo que Stilwell había envuelto alrededor del ancla.

Los dos buzos del equipo de rescate subieron al barco por la escalerilla de mano. La recogieron y Stilwell no tardó en oír que los dos motores de 150 CV cobraban vida. Saunders fue a la proa para levar el ancla y la embarcación comenzó a moverse al ralentí hacia el pantalán.

Stilwell llamó a capitanía de puerto.

—Tash, puedes empezar a traer el resto de los barcos.

—Perfecto. Estarán contentos.

—¿Les has dicho por qué ha habido un retraso?

—Eh, no.

—Bien. Tengo que dejarte.

Colgó, agarró el pasamano de proa del barco de buceo cuando este llegaba al muelle y detuvo suavemente la embarcación.

Saunders se acercó con el cinturón de plomo que Stilwell le había pedido prestado a Abbott y se lo entregó por encima del pasamano.

—Hazme un favor, Gary —dijo Stilwell—. Déjame echar un vistazo al ancla y a la cadena.

—Claro —contestó Saunders.

Dio un paso atrás para que Stilwell subiera al barco. Volvieron a la popa, donde el ancla, la cadena y la cuerda estaban en la cubierta, junto a la bolsa amarilla para cadáveres. Stilwell sacó su teléfono y tomó fotos por separado de cada elemento.

—¿Podemos darle la vuelta para ver si hay una marca del fabricante? —preguntó.

Con una mano enguantada, Saunders giró el ancla en la cubierta para mostrar el otro lado. En el metal pulido estaba impresa la marca de un fabricante.

—Es una Hold Fast —dijo—. Las fabrican por miles.

Stilwell estaba mirando la bolsa para cadáveres. Incluso hinchada, el contenido parecía pequeño.

—¿Quieres echar un vistazo? —preguntó Saunders.

—No, lo vi abajo —dijo Stilwell—. Suficiente.

—Sí, apesta.

—Bueno, podéis iros. Estoy seguro de que Ahearn se pondrá en contacto.

—Pues nos vamos.

Stilwell desanduvo sus pasos hasta el pantalán y empujó la proa del barco de buceo con un pie. También él estuvo a punto de resbalar en la nueva plataforma. Mientras el barco se dirigía hacia la bocana del puerto, su teléfono empezó a sonar. Era Lampley.

—Sargento, ¿va a volver a comisaría? —preguntó—. El detective Ahearn se está vistiendo.

—Sí, hemos terminado aquí —dijo Stilwell—. Voy para allá.

---

[1] En inglés, «mortinato» *(N. del T.).*

[2] *A-hole* es una contracción de *asshole,* «gilipollas». *(N. del T.).*

6

Ahearn, en la sala de la comisaría, vestía una camisa hawaiana ajustada y pantalones caqui que le quedaban ocho centímetros cortos y que contribuían a dirigir la atención a las chanclas que llevaba. Era lo mejor que Lampley había podido hacer con la ropa que normalmente se reservaba para personas detenidas cuando estas llevaban una vestimenta inadecuada o insuficiente para comparecer ante un tribunal. Ahearn levantó un teléfono cuando vio entrar a Stilwell.

—Mira esta mierda —dijo—. Ya está en Instagram. Estoy bien jodido.

—¿Te identifica por tu nombre? —preguntó Stilwell.

—Todavía no.

—Entonces, no estás jodido. ¿Quieres hablar del caso o de las redes sociales?

Ahearn le entregó el teléfono a Lampley. El suyo, claro está, se había ido al agua con él.

—Sí, quiero hablar del caso —dijo—. ¿Cuál es la situación?

—El cadáver está en el barco, navegando hacia Long Beach —explicó Stilwell.

—Bien, entonces puedo largarme de aquí. Este sitio… Has aterrizado en un auténtico estercolero, Stillborn, ¿sabes? Joder, mira esto. Está lleno de fracasados, frustrados y defraudadores.

—Muy bonita, la aliteración, pero me gusta estar aquí. ¿Seguro que no quieres hablar con el buzo que encontró el cuerpo o con el capitán de puerto o con cualquier otra persona antes de irte?

—Con esta ropa, no. Esperaré tus informes. Házmelos llegar, digamos, mañana por la mañana a las ocho.

—No hay problema.

Stilwell no iba a dejar que Ahearn lo sacara de sus casillas. Había aprendido mucho desde aquel domingo por la mañana en la sala de brigada de homicidios. Miró a Lampley, que estaba sentado detrás de su escritorio, como si estuviera mirando algo en la pantalla de su ordenador. Mercy estaba haciendo lo mismo en su sitio.

Volvió a mirar a Ahearn.

—¿Dónde está tu compañero?

—Esperando en el puerto de Long Beach, pero no tienes que preocuparte por eso. Este no es tu caso, Stillborn. Lo sabes, ¿verdad?

—En cuanto consigáis una identificación, si la conseguís, necesitaréis ojos y oídos aquí. No hay necesidad de guardar rencor, Ahearn. Tú ganaste. Conservaste tu puesto y a mí me enviaron aquí. Pasemos página y pongámonos a trabajar.

—Que te den, tío. Tu queja sigue en mi expediente. Se va a quedar ahí y nunca me ascenderán. Nunca tendré mi propia brigada. Todo porque se te metió en la cabeza un caso que a nadie le importaba una mierda.

—Excepto a mí.

—Sí, que te jodan, llorón. Me largo de aquí, y, te lo digo desde ya, no te hagas ilusiones. Si me entero de que estás trabajando en mi caso, esta vez no será un traslado lo que te espere. Será *sayonara, baby.*

Stilwell levantó los brazos, con las palmas hacia fuera, en un gesto de contención.

—Ya no trabajo en homicidios —repuso.

—En eso tienes razón —dijo Ahearn—. Eres el sheriff de esta ciudad de mierda y así seguirá siendo durante mucho tiempo.

—Cuando necesites algo de aquí, preferiría que me llamara Sampedro. Así será más fácil para los dos.

—Con mucho gusto.

Levantó una bolsa de basura de plástico de una mesa. Stilwell supuso que contenía su ropa y sus zapatos.

—¿Cómo vas a volver? —preguntó.

—El helicóptero está en camino —dijo Ahearn—. A ver si puedes pedirle a Lampley que me lleve en uno de tus cochecitos de golf.

—Los llamamos UTV, vehículos utilitarios.

—Y yo lo llamo patético.

—Puede ser. Lampley, llévalo adonde quiera ir.

Lampley se levantó para cumplir con esa misión. Stilwell no dijo nada mientras Ahearn se dirigía hacia la puerta.

—Que te den mucho por culo, Stillborn —soltó por encima del hombro.

Una vez que Ahearn salió, Stilwell miró a Mercy, que había permanecido en silencio e inmóvil detrás de su escritorio.

—Bueno, ¿qué opinas, Mercy? —preguntó.

—Creo que es un gilipollas —dijo ella—. Él sí que es patético.

—Los sabes reconocer.

—¿Qué pasó entre los dos?

—Es una historia larga. Tuvimos una diferencia de opinión en un caso y no fue bien después de eso.

—Qué pena.

—Bueno, esto me ha traído hasta aquí, ¿no? A veces, el lugar donde no quieres estar resulta ser el lugar donde deberías estar.

—Estoy de acuerdo. Nunca he querido irme de aquí.

—Me está pasando lo mismo.

—Eso es bueno.

—Voy a ir a capitanía de puerto. Si me necesitas, allí estaré.

—De acuerdo.

Stilwell salió al aparcamiento y lo primero que vio fue que el compartimento de almacenamiento de la parte trasera de su John Deere estaba abierto. Estudió el candado barato y vio que habían forzado el arcón. Revisó el contenido, pero, aparentemente, no faltaba nada. Con las manos, dobló la lengüeta metálica para volver a colocarla en su sitio y cerrar otra vez el arcón.

Se subió al carrito y se dirigió hacia el muelle. Por el camino llamó a Mercy y le preguntó si tenía el número de Henry Gaston en su archivo de contactos. En los años que llevaba trabajando en la

comisaría, había acumulado cuatro cajas de fichas con información de contacto de los residentes de la isla que habían tenido algún tipo de interacción con el Departamento del Sheriff, ya fuera por denunciar un delito o por cometerlo. Stilwell suponía que Gaston estaría en una de las cajas por esta última razón.

Para cuando hubo aparcado en el muelle, Mercy ya le había enviado un mensaje de texto con un número de móvil. Stilwell se quedó sentado al volante y llamó.

—¿Hola?

—Buen intento, Henry.

—¿Quién es?

—Stilwell.

—¿Stilwell? ¿De qué está hablando?

—Ya sabes de qué hablo. Me viste meter el mango de la sierra en la caja de seguridad de mi carrito. Intentaste recuperarlo.

—No, no sé de qué habla.

—Llegaste demasiado tarde. Ya lo había metido en la caja fuerte de pruebas de la comisaría.

—Se lo estoy diciendo, no tengo ni idea de lo que está hablando.

—Aún tienes hasta el miércoles para venir a verme. Después de eso, ya no estará en mis manos. Tendrás que conseguirte un buen abogado en la ciudad.

Eso provocó silencio.

—¿Sigues ahí, Henry? —preguntó Stilwell.

—Voy a colgar —dijo Gaston.

—Espero verte.

—Joder, ni se le ocurra decir que soy un chivato. Eso podría hacer que me mataran.

Stilwell sonrió. Gaston había hecho una especie de confesión.

—Razón de más para venir —dijo.

—Ni hablar —repuso Gaston.

Este colgó. Stilwell volvió a llamar a Mercy.

—Mercy, ¿por qué tenías a Gaston en tus fichas? —preguntó.

—Por un par de incidentes —dijo ella—. Conducir un vehículo en estado de embriaguez y, en 2015, fue acusado de recibir mercancía robada.

—¿Condena?

—Y libertad vigilada.

—Es bueno saberlo. Gracias.

Stilwell colgó y pensó en Gaston. La condena en su expediente era demasiado antigua para que siguiera vigente la libertad vigilada, pero sabía que aún podría ser útil para tratar con él la semana siguiente, porque Stilwell estaba seguro de que vendría a hacer un trato.

Caminó por el muelle, observando el puerto. Las cuatro calles de amarres parecían estar a plena capacidad. Vio que ya habían comenzado varias fiestas en las cubiertas de los barcos más pequeños y en los salones de los yates. El fin de semana largo estaba en marcha.

La torre de capitanía de puerto, al final del muelle, tenía las ventanas de la planta superior iluminadas. Stilwell vio a Tash arriba, en el escritorio de control. En la puerta, marcó los números de la cerradura de combinación y entró.

Subió un tramo de escaleras hasta la sala de control, que era octogonal, con una serie de ventanas que permitían ver todas las calles de boyas, así como el muelle y las montañas que rodeaban el puerto. Tash estaba de pie en el escritorio de control hablando por un micrófono de radio.

—Lo siento, Delilah, estamos completos —dijo—. Todos los amarres de alquiler y de propietarios están ocupados ahora mismo. Puedo ofrecerte un amarre en Descanso o Hamilton hasta que se libere algo en el puerto.

Stilwell sabía que se refería a los amarres disponibles fuera de la protección del puerto. También sabía que la capacidad del puerto interior era de 360 embarcaciones de diversos tamaños. Cuando se ocupaban todos los amarres, la ciudad estaba llena y activa. Los

comerciantes, restauradores y hoteleros estaban satisfechos, el alcalde Allen estaba contento y todo iba bien.

Supuestamente.

Stilwell esperó mientras Tash transmitía por radio instrucciones a la patrullera del puerto para que condujera al Delilah a un amarre frente a la playa de Descanso. Cuando ella terminó, se acercó al escritorio.

—Tash.

—Hola. ¿Alguna noticia sobre el cadáver?

Susurró la última palabra, como si decirla más alto pudiera hacer que cundiera el pánico en el puerto.

—Todavía nada. ¿Has recordado a alguien con un mechón morado en el pelo?

—No, todavía no.

—Sé que estás muy ocupada, pero ¿cuánto tiempo necesitarías para hacer una lista de los barcos que estuvieron en el puerto desde el fin de semana pasado hasta el martes?

—¿Por qué?

—Calculo que el cuerpo llevaba cuatro o cinco días en el agua. Eso nos llevaría al fin de semana pasado. Me gustaría saber quién estaba en el puerto entonces y los días siguientes.

—Pensaba que la investigación la llevaban los sheriffs del continente.

—Sí, pero van a necesitar toda la ayuda que puedan conseguir. ¿Quieres que hable con Dennis para obtener los registros?

Dennis Lafferty era el capitán de puerto y el jefe de Tash. Probablemente, estaría en su oficina, debajo de la sala de control.

—No, puedo hacerlo yo. Es que hoy estoy muy ocupada. ¿Quizá por la mañana, cuando la gente todavía esté en sus literas?

—Eso me serviría. Gracias.

—Haré todo lo posible por conseguírtelo. Me siento muy mal por esa chica. Es horrible.

—Sí, lo es.

—Los vi desde aquí cuando la sacaron. Ya estaba en una bolsa para cadáveres.

—Sí, hacen eso cuando la recuperación es en un lugar público con gente mirando.

—¿Alguna vez lo hiciste de esa manera?

—¿En el equipo de buceo? Sí, varias veces. Curiosamente, se respira cierta paz. Cuando estás bajo el agua, quiero decir.

Tash no comentó nada y Stilwell se preguntó si había dicho algo inquietante. Ella no sabía mucho sobre su época en el equipo de buceo del sheriff. No era algo de lo que a Stilwell le gustara hablar.

—Bueno —dijo—, te dejo que sigas.

—No, es que…, eh, es que me parece muy raro —repuso Tash— que estuviera ahí abajo durante… ¿Cuánto has dicho?

—Probablemente, cuatro días. Tal vez más. La marea la trajo al puerto. Puede que el caso no tenga nada que ver con la isla.

—Pero, entonces, ¿por qué preguntas por una chica con un mechón morado en el pelo?

—Por costumbre, supongo. Pero yo no me voy a meter en esto. Que se encargue A-Hole desde el continente.

—¿A-Hole?

—Así llaman a Ahearn en la brigada de homicidios del sheriff.

—Me pregunto si tú tuviste algo que ver con eso.

—Podría ser. Hablamos luego, Tash.

—Sí, hasta luego.

Stilwell asintió, vaciló y luego se dirigió a las escaleras.

7

Stilwell se despertó el sábado por la mañana con un terrible dolor de cabeza detrás de los ojos. No sabía si culpar a los gases que había inhalado durante la inmersión del día anterior o a los dos dedos de Knob Creek que se había bebido después de salir finalmente del trabajo por la noche.

Entró en la cocina, puso en marcha la cafetera y se dirigió a la puerta principal. Eran las siete de la mañana y no había recibido ninguna llamada de la comisaría durante la noche, así que lo tomó como una señal de que todo estaba tranquilo.

El *Catalina Call* estaba en el porche delantero. Stilwell cogió el periódico y se sentó en una de las sillas adirondack mientras lo desplegaba. Una foto del barco del Departamento del Sheriff con la cubierta trasera tapada por una lona era la imagen central de la portada. El titular decía en letras grandes y en negrita: «Homicidio en el puerto: recuperado un cadáver atado». Stilwell sonrió levemente al pensar en el alcalde Allen desplegando el periódico con la misma imagen y las mismas palabras. Supuso que el director del *Call* no había recibido el mensaje de que el asesinato era malo para los negocios.

El artículo llevaba la firma de Lionel N. McKey y la mayoría de los detalles los había sacado de una entrevista con Denzel Abbott. El Departamento del Sheriff oficialmente se había negado a hacer comentarios y Stilwell creía que eso lo libraba de las sospechas del alcalde.

El *Call* era de formato pequeño y la foto y la noticia del homicidio del puerto solo dejaban espacio para otros dos artículos en primera página. Uno se centraba en que el ayuntamiento estaba empezando a estudiar un proyecto para construir una noria gigante en el muelle,

que estaría iluminada con neón y sería visible por la noche desde el continente. Aunque se anunciaba como un proyecto que impulsaría el turismo en la isla, era una propuesta controvertida. Las encuestas realizadas por el *Call* revelaron una importante oposición de los residentes de Avalon. Era habitual ver carteles en los jardines y en las ventanas que decían: «¡No a la noria!». Y eso antes de que se hubiera visto ningún proyecto real.

La última noticia de la primera página era otro artículo de McKey sobre el misterio que rodeaba la mutilación de un búfalo en la reserva de montaña tres noches antes. El animal había sido decapitado limpiamente y la cabeza seguía sin aparecer. El misterio sacaba provecho de la larga historia de supuestos avistamientos de ovnis y objetos sumergidos no identificados en la isla. Sin ninguna puesta al día oficial de Stilwell sobre la investigación, McKey había recurrido a un coro de autoproclamados expertos en extraterrestres que estaban deseando sembrar la idea de que los alienígenas causaban estragos en la reserva. «Mire, llevan viniendo a Catalina desde siempre —manifestó Jack Sprague, del Centro para el Estudio de Objetos Sumergibles No Identificados—. Están en el aire y en el agua. No me sorprende en absoluto».

También se citaba a otros supuestos expertos en la materia, aunque ninguno ofrecía una opinión, científica ni de otro tipo, sobre por qué los extraterrestres querrían una cabeza de búfalo.

Stilwell estaba a punto de pasar a la continuación del artículo en las páginas interiores cuando oyó que se abría la puerta de la casa detrás de él.

—El café ya estará listo —dijo.

—Tengo que irme —repuso Tash Dano—. Me tomaré uno en la torre.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Dice algo del cadáver?

Stilwell se levantó para mostrarle la portada.

—El alcalde no habló con Denzel Abbott —dijo—. Le contó todo a McKey.

—Uf, vaya —repuso Tash—. Al Excelentísimo Señor no le va a hacer gracia eso.

—Pero también hay una historia de extraterrestres en la portada. Eso debería bastar para que lleguen un par de barcos llenos de verdaderos creyentes a gastar su dinero.

—Los extraterrestres compensan los asesinatos. Bien. ¿Ya tienes sospechosos extraterrestres?

—Tengo sospechosos, pero son más bien terrestres.

—Vaya, qué lástima.

Ya estaba vestida para la jornada con pantalones de camuflaje y un polo negro con la insignia de capitanía de puerto bordada. Tash era una belleza, en opinión de Stilwell. Era una chica isleña delgada y bronceada, de cabello y ojos oscuros, y no necesitaba nada en el mundo más allá de la isla de treinta y cinco kilómetros de largo donde había nacido. Su relación había comenzado poco después de la llegada de Stilwell y su primera cita para comer. Él acababa de divorciarse y ella acababa de romper con otro nativo de la isla.

También era ocho años más joven que él y eso al principio lo hizo dudar. Le preocupaba que no sintonizaran en cosas como la música, el cine o la política. Pero pronto eso pareció no importar. A Tash le encantaba estar al aire libre (navegar, pescar y acampar) y a él también. Ahí conectaban y podían dejar el mundo atrás. Inicialmente habían decidido mantener una relación discreta, hasta que vieran cómo iba, pero ya no eran tan protectores con el secreto.

—¿Quieres que te lleve al muelle en el carrito? —preguntó Stilwell.

—No, es cuesta abajo —dijo Tash—. Un paseo fácil.

—Vale. Pórtate bien.

—Y tú ten cuidado.

Se dieron un beso de despedida y Stilwell la vio caminar por Eucalyptus hacia el puerto. Pensó en qué fase de la relación se encontraban y hacia dónde se dirigían. Había comenzado como algo informal, sin exigencias. Ambos estaban recuperándose de sus relaciones anteriores y avanzaban con cautela. Pero, a medida que

pasaron los meses, su conexión se fortaleció y entonces Tash empezó a quedarse la mayoría de las noches de la semana. Stilwell dejó de ir al continente en sus días libres. Puso a la venta el apartamento que había comprado después de su divorcio. Tash mantuvo su apartamento, pero sobre todo porque un trastero para sus muebles le costaría casi lo mismo que el alquiler. Quedarse con el piso también le ofrecía un refugio si las cosas con Stilwell no funcionaban. Pero ambos sabían que ese era el siguiente paso: si ella renunciaba a su piso, estarían en la vía de una relación seria.

Stilwell sintió que el teléfono móvil le vibraba en el bolsillo. Era Mercy.

—Sargento, tenemos un problema con un visitante del continente.

—¿Qué pasa?

—Parece una intoxicación etílica en el Crescent Hotel. La ambulancia está ahí y están pidiendo una evacuación médica.

Stilwell miró la pantalla de su teléfono. Eran solo las 7:10, pero empezaba el movimiento.

—De acuerdo, Mercy, voy para allá.

8

Stilwell llegó temprano a la comisaría el martes para poder ponerse con los atestados de delitos y detenciones que se habían acumulado durante el fin de semana festivo. Tenía que preparar resúmenes de casos que se presentarían a Mónica Juárez en el continente para que decidiera si se presentaban cargos. Se habían producido veintiséis detenciones durante el fin de semana de tres días. La gran mayoría estaban relacionadas con la embriaguez y la alteración del orden público, aunque tres habían desembocado en agresiones cuando aparecieron los ayudantes del sheriff. También había una serie de detenciones por delitos contra la propiedad y por conducir bajo los efectos del alcohol o las drogas. Según la ley de California, conducir con una concentración de alcohol en sangre superior al 0,08 por ciento conllevaba las mismas sanciones tanto si se iba al volante de un automóvil como si se conducía un cochecito de golf.

En los calabozos de la comisaría había cuatro hombres, tres de ellos por agresión y uno por apropiación indebida; este había salido de un bar el sábado por la noche, se había subido a un cochecito de golf que pertenecía a otra persona y se había ido. El bugui se localizó al día siguiente en el mirador de Hermit Gulch con el hombre que se lo había llevado desmayado en el asiento del conductor.

Stilwell sabía que Mónica Juárez rechazaría la mayoría de los casos. Algunos se presentarían, pero se desestimarían antes de que llegaran a juicio. El trabajo de Juárez consistía en eliminar los casos intrascendentes que no valía la pena procesar en términos de tiempo y dinero. El sistema penitenciario del condado ya estaba abarrotado y bajo supervisión federal. Los fiscales tenían que ser selectivos a la hora de decidir a quiénes querían encarcelar.

Desde una isla a treinta y cinco kilómetros de la costa, Stilwell consideraba que el sistema todavía no estaba quebrado, pero le faltaba poco. Opinaba que instalar una puerta giratoria en la entrada de la cárcel era una invitación a la ruina del sistema.

Stilwell, sabiendo lo que esperaba a los casos del fin de semana en la siguiente parada, concentró la mayor parte de sus esfuerzos en redactar los cargos contra Merris Spivak. Había sido detenido el sábado por la noche por agredir a un agente de la ley: le había roto una botella en la cabeza a Tom Dunne en un bar de Crescent. Dunne estaba prestando su apoyo al ayudante Eduardo Esquivel, que había entrado en el bar tras una llamada relacionada con una pelea entre dos clientes por ver cuál sería la siguiente canción en el karaoke. Spivak se acercó por detrás a Dunne y le golpeó en la cabeza con una botella de vino vacía que había cogido de la mesa de otro cliente. El agente sufrió una conmoción cerebral, le aplicaron nueve puntos de sutura y pasó la noche en una clínica antes de ser trasladado a un hospital en el continente. Y Stilwell se quedó con un ayudante menos durante el resto del ajetreado fin de semana festivo.

La cámara de seguridad del bar había captado la agresión a Dunne y el vídeo sería la prueba clave contra Spivak. Stilwell adjuntó el enlace a su informe y luego decidió volver a verlo. La primera vez que lo había visto le había enfurecido tanto que se dio cuenta de que debía añadir algunos detalles al informe para asegurarse de que Juárez no pospusiera la presentación de cargos.

El enlace de vídeo proporcionado por el bar comenzaba treinta segundos antes de la agresión a Dunne. Mostraba claramente que no medió ninguna provocación. Spivak apareció de repente en el encuadre detrás de Dunne y le golpeó la cabeza con la botella desde arriba. El agente cayó, noqueado por el impacto. Esquivel estaba ocupado y no vio a su compañero desplomarse. Spivak, que aparentemente no sabía que estaba siendo grabado, se volvió, regresó a la barra, se sentó en un taburete y actuó como si no hubiera participado en el altercado. Esa parte del vídeo era extraña.

Stilwell lo vio dos veces más y, aunque seguía provocándole rabia, la singularidad de las acciones de Spivak empezó a abrirse paso entre la emoción. Se levantó y salió de su despacho. Atravesó la sala para llegar hasta el calabozo.

Había dos celdas de detención con cuatro literas. Estaban una al lado de la otra, separadas por un muro de hormigón. Los reclusos de una celda no podían ver a los de la otra. Stilwell había puesto a Spivak solo en la celda uno y los otros tres detenidos ocupaban la dos. Lo había separado porque su agresión a un agente de la ley era más grave que los presuntos delitos de los demás. Se acercó hasta los barrotes de la celda uno y vio a Spivak dormido en una de las literas de abajo. Llevaba dos días encerrado.

—Spivak —dijo—. Despierta.

El susodicho no se movió. Stilwell puso el pie derecho entre los barrotes y dio una patada al armazón de la litera, y Spivak se despertó de golpe.

—¿Qué cojones? —exclamó.

—Spivak, tengo una pregunta para ti —dijo Stilwell.

—¿Voy a salir de aquí?

—No. Tengo una pregunta para ti.

—¿Me vas a llevar al condado?

—Te voy a retener aquí hasta que salga el juez. Eso suele ser los viernes. Pero, si está ocupado en el continente, puede que no sea hasta el próximo lunes.

—Joder. No puedes hacer eso.

—En realidad, sí puedo y lo voy a hacer. ¿Conocías al ayudante del sheriff Dunne?

Spivak se quedó en silencio un momento. Stilwell retrocedió hasta la pared opuesta a la celda y encendió las luces. Aunque estar en la litera de abajo mantenía a Spivak parcialmente en sombra, el sargento le vio los ojos cuando se acercó otra vez a los barrotes. El detenido tenía la cabeza rapada y puntiaguda como una bala, un montón de tatuajes asomando por el cuello y las mangas del mono, y una cicatriz en forma de media luna debajo del ojo izquierdo.

—¿Lo conocías? —preguntó Stilwell de nuevo.

—¿Quién coño es el ayudante del sheriff Dunne? —dijo Spivak.

—El agente al que golpeaste con la botella de vino y mandaste al hospital. ¿Lo conocías? ¿Te habías encontrado con él antes?

El tipo volvió a quedarse en silencio, lo que indujo a Stilwell a pensar que estaba ocultando algo.

—Dime, Spivak —insistió el sargento—. Lo conocías, ¿verdad?

—Joder, ¿no se supone que tienes que leerme mis derechos o algo así antes de preguntarme nada? —protestó Spivak.

—Ya te los leyeron cuando te fichamos.

—Entonces, no voy a hablar contigo. Quiero a mi abogado.

—Ya llamaste a tu abogado, Spivak. Esa fue tu llamada. Si decides que quieres hablar conmigo, veré si puedo dejarte hacer otra llamada.

Stilwell lo dejó pensando en eso y regresó a su despacho. En su ordenador, buscó el nombre de Spivak en el índice de delitos. Tenía cuarenta y cuatro años y contaba con antecedentes policiales en el condado de Los Ángeles por agresión y otros delitos violentos, la mayoría de ellos en el área de Long Beach. Eso reforzó la idea de Stilwell de que había una conexión entre Spivak y Dunne. Buscó todo lo que pudo sobre las detenciones previas, pero no vio el nombre del agente en ninguno de los atestados. El año anterior, Spivak había pasado trescientos días en el centro de reclusión de Pitchess tras declararse culpable de un cargo de agresión con agravantes. Pitchess formaba parte del sistema penitenciario del condado; una sentencia de menos de un año se cumplía en el sistema del condado, mientras que si superaba el año suponía un traslado a la prisión estatal.

Stilwell cogió su teléfono, encontró a Dunne entre sus contactos y lo llamó. Saltó el buzón de voz.

—Tom, soy Stil. Solo quería saber cómo estás. Llámame cuando oigas esto. Venga, tío, hablamos.

Colgó y pensó en Dunne. Lo habían trasladado a la comisaría de Catalina hacía siete meses. A Stilwell le habían dicho que venía de la

división de prisiones, pero no estaba seguro de en cuál de los numerosos centros del sistema había trabajado. Tampoco le habían dicho qué transgresión había provocado su traslado.

Stilwell volvió al trabajo y una hora más tarde envió por correo electrónico todo el paquete de casos a Juárez. No esperaba tener noticias de ella hasta última hora del día: la fiscal tenía un calendario que cubrir en el tribunal de Long Beach y esa sería su prioridad. Catalina no estaba en lo alto de la lista de tareas pendientes de ningún continental.

A continuación, Stilwell empezó a revisar otros atestados que se habían acumulado durante el fin de semana largo. Había estado demasiado ocupado haciendo patrullas extra o fichando detenidos como para mirarlos. Había dieciséis, todos ellos delitos que no implicaban detenciones. Como único detective de la isla, tendría que hacer el seguimiento.

Catalina tenía forma de ocho tumbado, o de símbolo del infinito, como muchos habitantes de la isla preferían verlo. Avalon se construyó en un puerto natural en la costa sur de la isla y constituía, con diferencia, el mayor núcleo de población. Two Harbors era una pequeña localidad en el istmo entre las dos mitades del ocho. A un trayecto lento de treinta kilómetros en coche o más rápido en barco desde Avalon, era un lugar donde los residentes querían tener el mínimo contacto posible con el turismo y la civilización, incluidos los agentes de la ley. El resto de la isla estaba en gran parte sin edificar, salvo por pequeños asentamientos nómadas de personas que huían de algo o de alguien.

Tres de las denuncias de delitos procedían de Two Harbors: un motor fueraborda robado, un cochecito de golf vandalizado y un caso de pesca furtiva de cangrejos. No se trataba de delitos graves, aunque la trampa de cangrejos era el tercer incidente de ese tipo en un mes. Stilwell los dejó a un lado para revisarlos más tarde. Hacía visitas a Two Harbors sin periodicidad fija para llevar a cabo un seguimiento de casos o simplemente para dejarse ver, pero, por lo

general, esperaba hasta que se acumularan varias denuncias. Tenía previsto ir allí a finales de semana.

Los casos restantes eran una mezcla de vandalismo, hurtos y fraudes que afectaban a visitantes que habían hecho reservas en línea para hoteles, barcos de pesca o servicios de la isla que resultaron ser falsas. Sus depósitos habían desaparecido en el éter digital y no había ningún hotel, visita ni barco de pesca esperándolos. La mayoría de las denuncias eran de personas que habían acudido directamente a la comisaría. Mercy atendía y consolaba a las víctimas, y luego llamaba a varios sitios para ver si podía encontrar una habitación de hotel o al menos un asiento en un ferri de regreso al continente.

Stilwell revisó los casos hasta que uno le llamó la atención. Era una denuncia de robo presentada por el gerente general del Black Marlin Club. El BMC era un club privado con más de un siglo de antigüedad. Solo admitía como miembros a familias adineradas del continente que traían sus yates desde Newport Beach, Santa Bárbara, Marina del Rey y otros enclaves lujosos de la costa de California. El club se llamaba así por lo que había sido la captura más preciada de los pescadores deportivos, y sus miembros eran muy parecidos al marlín negro: elegantes, rápidos y poco comunes en las aguas de California. También eran peligrosos (los miembros del club, no los peces) en términos de su influencia en los pasillos del poder y la riqueza. Al ser trasladado a Catalina, a Stilwell le advirtieron que debía evitar a los miembros del Black Marlin Club.

La denuncia del gerente general, Charles Crane, hacía referencia al robo de una pequeña escultura de jade negro de un marlín elevándose desde la superficie del océano. La escultura había estado expuesta en un pedestal en el vestíbulo de entrada de la casa club durante más de cien años. Este se hallaba junto a una vitrina que contenía otros objetos históricos del pasado del club.

El ayudante del sheriff Tom Dunne había tomado la denuncia el sábado, pocas horas antes de ser agredido. Según su informe, se desconocía cuándo habían robado la escultura, porque el pedestal se

hallaba en el vestíbulo delantero, que no se utilizaba habitualmente por socios ni empleados. Los primeros acostumbraban a llegar en barco y entraban o salían de las instalaciones por las puertas que conectaban con los muelles en las fachadas lateral y trasera del edificio. A los segundos no se les permitía utilizar la entrada principal y usaban una puerta lateral.

La escultura se echó en falta el sábado, cuando una empleada encargada de quitarle el polvo una vez a la semana encontró el pedestal vacío. Según la descripción de Crane, la escultura medía unos veinticinco centímetros de alto y pesaba entre un kilo y medio y dos kilos. Aseguró que tenía un valor incalculable debido a su antigüedad, la calidad del jade y su relación con uno de los fundadores del club. Stilwell no se centró en el objeto robado ni en su valor, sino en la sospechosa que Crane había identificado.

Le había explicado a Dunne que la semana anterior a que se reparara en la desaparición de la escultura, había despedido a una empleada llamada Leigh-Anne Moss por conducta inapropiada. La denuncia señalaba que la mujer era camarera a tiempo parcial en el restaurante y el bar privados del club y que había infringido la norma que prohibía relacionarse con los miembros. Crane le dijo a Dunne que sospechaba que Moss se había llevado el marlín de jade al salir del club tras la acalorada reunión que había propiciado su despido.

Crane le dio al ayudante del sheriff la edad y la dirección de Moss que constaban en su solicitud de empleo. También ofreció una descripción. Dijo que Leigh-Anne Moss tenía el pelo oscuro hasta los hombros con un mechón morado en el lado izquierdo.

9

Stilwell buscó en su ordenador los registros de Tráfico de Leigh-Anne Moss. Examinó la foto que figuraba en su permiso de conducir. No había ningún mechón morado en el pelo, pero el carnet se había expedido dos años antes. Debido a la descomposición del cadáver recuperado en el puerto, a Stilwell le resultó imposible hacer una identificación visual. Aun así, su instinto le decía que estaba mirando a la mujer del agua. Cogió el teléfono de la mesa y llamó al número general de la brigada de homicidios del sheriff. Le pidió al empleado que respondió que le pasara con Frank Sampedro. Esperó medio minuto antes de que transfirieran la llamada.

—Detective Ahearn, ¿en qué puedo ayudarlo?

Stilwell estuvo a punto de colgar, pero decidió que debía compartir la nueva información sin dilaciones.

—He preguntado por Sampedro.

—No está disponible… Espera, ¿eres tú, Stillborn?

—¿Has identificado a la mujer del agua?

—No es tu caso, tío, ¿por qué te importa?

—Porque, si no la has identificado, tengo una pista sólida para ti.

—Stillborn, te dije que te mantuvieras al margen de esto. ¿Voy a tener que ir a…?

—Ha aparecido en mi escritorio por un caso no relacionado, Ahearn. ¿Quieres que te dé lo que tengo o prefieres seguir con tu batallita? Puedo esperar a que Sampedro me devuelva la llamada. Tú decides.

Se hizo un silencio hasta que Ahearn volvió con una voz falsamente alegre.

—Está bien, dime. A ver qué se te ha ocurrido.

—Busca a Leigh-Anne Moss. Creo que es tu víctima.

Deletreó el nombre y los apellidos y luego le dio a Ahearn la fecha de nacimiento y la dirección de los registros del Departamento de Tráfico, que coincidían con lo que figuraba en su solicitud de trabajo para el BMC.

—Su nombre surgió el sábado en una denuncia de robo en el Black Marlin Club —explicó Stilwell—. La apuntaron como sospechosa y en la descripción decía que tenía un mechón teñido de morado en el pelo.

—Tengo noticias para ti, listillo. Nuestra víctima estaba muerta el sábado.

—No he dicho que ella cometiera el robo el sábado. He dicho que la denuncia llegó el sábado. La despidieron la semana anterior, y ahí es cuando pudo haberse producido el robo. Así que el momento podría coincidir.

—¿Qué se supone que robó?

—Una pequeña escultura de un marlín. Estaba hecha de jade negro, medía veinticinco centímetros de alto y pesaba casi dos kilos. Te enviaré el informe.

—Jade negro para un marlín negro.

—¿Ya se ha hecho la autopsia?

—Sabes que no voy a hablar contigo del caso, Stillborn. ¿Por qué preguntas?

—Ocurrió en mi territorio, Ahearn. Si vas a hacer esto bien, tendría que estar informado. También puedo…

—No, lo que tendrías que hacer es irte a la mierda. —Colgó.

Stilwell se quedó sentado, callado e inmóvil, hasta que se le pasó la rabia.

Finalmente, aparcó los pensamientos sobre Ahearn, llamó a la oficina del forense y preguntó por un investigador llamado Monty West. Había trabajado con él en muchos homicidios antes de que lo trasladaran a la isla.

—Mi estimado Stilwell —dijo West, su saludo habitual.

—Monty, cuánto tiempo —repuso él.

—Ya lo creo. ¿Qué tal, hermano?

—Nada nuevo, nada nuevo, salvo que ahora lo hago en una isla.

—¿Cómo estás?

—Mientras los cadáveres sigan llegando, yo seguiré cortando.

—Hablando de eso, me preguntaba si podrías buscar un caso en tu ordenador.

—¿Tienes un caso?

—Técnicamente, no. Pero ocurrió en mi territorio y solo estoy comprobando si se ha establecido la causa de la muerte.

—Eres un hombre afortunado. Estoy en mi escritorio y puedo mirarlo mientras hablamos. ¿Nombre?

—Sin identificar, de momento. Un sumergido aquí en el puerto de Avalon. El forense recogió el cuerpo el viernes por la noche.

—Sí, he oído hablar de eso. Espera, déjame buscarlo.

Stilwell oyó el ruido del teclado de West y luego silencio mientras este leía lo que aparecía en la pantalla.

—Todavía no se conoce la causa de muerte —dijo West finalmente—. La autopsia es más tarde, programada para las tres.

—Entendido. ¿Alguna identificación ya?

—Eh, parece que no. Según el informe preliminar, el deslizamiento de la piel impide que las huellas sirvan. Estamos esperando a que los detectives hagan una identificación por otros medios.

—No te hagas ilusiones.

—Sí, aquí dice que es A-Hole quien lo lleva. Apuesto a que se está dejando la piel.

Stilwell notó el sarcasmo. La reputación de Ahearn era conocida en todas partes.

—¿Tienes fotos? —preguntó.

—Sí, el examen preliminar se ha hecho esta mañana —dijo West—. ¿Qué estás buscando?

—La vi en el agua, así que tenía el pelo alborotado. Estoy pensando en un mechón morado que vi. ¿Está en las fotos?

—Sí, lo tengo aquí.

—¿Puedes enviármela?

—Puedo, siempre y cuando nunca digas de dónde la has sacado.

—Nunca saldrá a la luz. ¿Me la puedas mandar por mensaje?

—Sí.

—Gracias, Monty. Te debo una.

—Quizá me pase por allí a cobrar la deuda. Puedes enseñarme dónde se esconden todos los extraterrestres sobre los que he estado leyendo.

—No te creas todo lo que se escribe.

Colgaron y Stilwell esperó a que llegara el mensaje. Su teléfono tardó un minuto en descargar el archivo y entonces vio una foto de la mujer del agua, con un rostro casi irreconocible que apenas parecía humano e imposible de comparar con la foto de Tráfico. No obstante, alguien de la oficina del forense le había peinado el pelo hacia atrás. Stilwell vio el mechón morado. Comenzaba en la línea frontal del cuero cabelludo en el lado izquierdo de una raya al medio y formaba un bucle. Estaba convencido de que estaba viendo una foto del cadáver de Leigh-Anne Moss.

También se fijó en una abrasión en el lado derecho de la frente que desaparecía bajo el espeso cabello. No había sangre a la vista. Stilwell sabía que la abrasión podría haber sido una lesión *post mortem* sufrida cuando el cuerpo fue arrastrado por las corrientes submarinas. O podría haber sido consecuencia del golpe que la mató.

Adjuntó la foto a un mensaje de correo electrónico que se envió a sí mismo. Luego revisó todo lo que sabía sobre Moss. Ni él ni el gerente general del Black Marlin tenían una dirección suya de Catalina. El domicilio que figuraba en el carnet de conducir y en la solicitud del BMC correspondía a una calle del barrio de Belmont Shore, en Long Beach. Stilwell conocía bien la zona porque había sido propietario de un apartamento allí. Se preguntaba si alguna vez se había cruzado con Leigh-Anne en la calle, en la playa, en el Joe Jost o en algún otro restaurante. Se preguntó si el nexo de lo que en última instancia hizo que terminara en el agua con una cadena de ancla alrededor estaba en el continente o en la isla.

Apagó el ordenador y salió de la oficina. Mercy estaba en su escritorio, en la sala de trabajo.

—Mercy, ¿alguna noticia de Tom Dunne? —preguntó.

—No he sabido nada —dijo ella.

—Le dejé un mensaje, pero, si se pone en contacto contigo, dile que necesito hablar con él lo antes posible. No es por lo que le ha pasado. Es por otra cosa.

—Lo haré.

—Y, cuando tengas tiempo, ¿puedes buscar en las redes sociales? A ver si encuentras a una mujer llamada Leigh-Anne Moss. Ya sabes, Facebook, Instagram, donde sea que suelas buscar. —Deletreó el nombre de pila de Moss.

—¿Es la que estaba en el agua? —preguntó Mercy.

—Puede ser —dijo Stilwell—. No está confirmado.

Sacó una radio nueva de la unidad de carga de la pared.

—¿Va a salir? —preguntó Mercy.

—Sí, voy al Black Marlin.

—¿Qué está pasando allí?

—Un seguimiento de la denuncia de robo que tomó Dunne el sábado antes de que lo noquearan en el bar. De eso quiero hablar con él.

—Espero que lo recuerde. Puede ser que todavía esté un poco confuso.

—Quizá. ¿Conoces a alguien que sea socio?

—¿Del Black Marlin? No, todos son de fuera. Nunca han permitido que la gente de la isla se una.

—Pensaba que el alcalde era miembro. Al menos actúa como si lo fuera.

—Creo que es algo ceremonial. Puede ir allí y tomarse un licor y comer su comida, pero nunca le darán una membresía permanente. En cuanto deje de ser alcalde, se irá de allí. Siempre ha sido así.

—Interesante. Vuelvo en un rato.

—Aquí estaré.

10

El Black Marlin tenía su sede en una construcción de tablones de dos pisos que se encontraba en un muelle privado frente a St. Catherine Way, en el lado norte del puerto. El edificio albergaba el club desde hacía más de cien años y el condado lo había catalogado de patrimonio histórico. Stilwell llegó caminando desde la comisaría. La puerta principal estaba cerrada con llave y, recordando lo que se había señalado en la denuncia del robo, Stilwell se dirigió a una puerta lateral. Pulsó un timbre. Pronto, una voz respondió:

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy el sargento detective Stilwell, del Departamento del Sheriff. He venido para hacer un seguimiento de una denuncia que se tomó el fin de semana.

—Sí, claro. Por favor, espere y alguien lo dejará entrar enseguida.

—Gracias.

El «enseguida» se tradujo en unos largos minutos. Mientras esperaba, Stilwell sacó su teléfono y envió un mensaje de texto al móvil de Henry Gaston: «24 horas». Sabría entender el críptico aviso. No había recibido respuesta cuando se abrió la puerta del BMC y un hombre con camisa y corbata le sonrió.

—¿Sargento Stilwell? —dijo—. Soy Charles Crane, gerente general. Pase, por favor.

Le tendió la mano y él se la estrechó.

Crane traslucía un aire de autoridad que iba más allá de ser uno de los pocos hombres de la isla que iban a trabajar con corbata. Caminaba deprisa y hablaba rápido mientras lo conducía por el club.

—Vamos a mi despacho —dijo—. Allí podremos hablar en privado. ¿Ha estado alguna vez en el club, sargento?

—No, nunca —respondió Stilwell—. Antes de que hablemos, ¿puede mostrarme el pasillo donde se produjo el robo de la estatua?

—Ah, sí, claro. Por aquí.

Atravesaron un salón con paredes de paneles oscuros y sillones de cuero antiguo. Olía ligeramente a puros y a dinero. De allí pasaron a un vestíbulo donde se encontraba la puerta principal. Crane giró a la izquierda hacia un amplio pasillo revestido asimismo de madera oscura. A lo largo del lado izquierdo había varias fotos enmarcadas, la mayoría en sepia o en blanco y negro, de hombres del siglo pasado junto a sus capturas de marlines. Por encima de los marcos había un marlín que Stilwell estimaba que medía al menos dos metros y medio de largo, con la espina dorsal negra curvada, congelado en una pelea que había perdido hacía mucho tiempo. Debajo había una placa que rezaba:

MARLÍN NEGRO DE 445 KG
PESCADO EL 14 DE SEPTIEMBRE DE 1931 DESDE EL MARY MAC POR HORACE GRANT, MIEMBRO DEL BMC

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Crane.

—Ya lo creo. Para quienes gusten de la pesca —repuso Stilwell.

Vitrinas de estilo museístico bordeaban el lado derecho del pasillo. Había tres y estaban llenas en su mayor parte de cebos que se habían utilizado a lo largo de los años para pescar el pez que daba nombre al club. Había conchas y trozos de coral singulares, dientes de tiburón y otras fruslerías. Crane señaló un pedestal vacío que se encontraba al final de la fila de vitrinas.

—La escultura estaba justo aquí —anunció Crane—. Desde hace más de un siglo. Donada a uno de los primeros presidentes del club.

Stilwell examinó el pedestal de mármol.

—¿No estaba fijada? —preguntó.

—Esto es un club de caballeros, sargento —dijo Crane—. No guardamos las cosas bajo llave y no esperamos que se las lleven.

Stilwell asintió.

—¿Así que podrían haberse llevado la escultura sin que nadie tuviera que tocar el pedestal? —preguntó—. ¿No había cera contra terremotos ni nada que dificultara llevársela?

—Nada —dijo Crane.

Stilwell empezó a hacer preguntas cuyas respuestas ya conocía, pero era bueno plantearlas, porque a veces salía a la luz nueva información.

—¿Cómo se descubrió que faltaba?

—En realidad, fue una de nuestras limpiadoras la que se dio cuenta de que no estaba. La señora Landry. Una de sus obligaciones es mantener este vestíbulo y su contenido impolutos. Estaba quitando el polvo y vio el pedestal vacío. Me avisó y yo llamé inmediatamente a su departamento.

—Entendido. ¿Es esta una parte concurrida del club?

—Bueno, este es nuestro vestíbulo de entrada, pero la mayoría de los socios vienen en barco y entran desde los muelles de atrás o por el lado de estribor del edificio. Así que este vestíbulo se utiliza con muy poca frecuencia.

—Lo que dificulta determinar cuándo se llevaron la estatua.

—Sí, es cierto.

—Usted le sugirió al agente Dunne que Leigh-Anne Moss se la llevó, ¿verdad?

—El ayudante del sheriff que respondió a mi llamada me preguntó si tenía alguna sospecha sobre quién podría haber cogido la pieza y le dije que una semana antes había invitado a irse a la señorita Moss y que a ella no le hizo gracia. Pero no la acusé directamente de nada. Espero que ella no piense eso.

—Aún no he hablado con ella. Vayamos a su oficina para conversar.

—Por supuesto, encantado.

El despacho de Crane estaba en la parte posterior del piso de arriba. Su escritorio se hallaba delante de una ventana que daba al puerto; le recordó a Stilwell la vista desde la torre de capitanía de puerto.

—Qué bonito —comentó.

—Me permite ver las llegadas de los socios y sus invitados —dijo Crane.

En lugar de sentarse delante del escritorio, Stilwell se acercó a la ventana y miró hacia abajo. Detrás del club, el muelle se extendía hasta una cubierta envolvente con una pasarela que conectaba con un pantalán. Allí, los socios amarraban sus botes después de atracar sus yates. En ese momento, un pequeño velero y otros tres botes y lanchas de trabajo estaban amarrados a las cornamusas del muelle flotante. En el lado norte del edificio, un techo extendido de acero corrugado protegía el muelle y permitía a los socios acceder a la puerta lateral del club, a resguardo de la lluvia o del sol abrasador.

—Apuesto a que ha tenido un fin de semana ajetreado aquí —dijo Stilwell.

Estaba escudriñando el puerto. Vio las líneas de boyas de amarre naranjas. El puerto se había vaciado mucho desde el fin de semana.

—Sí, vinieron muchos socios —explicó Crane—. Estuvo muy concurrido.

—Tienen un restaurante y un bar, ¿verdad? —preguntó Stilwell.

—Sí. Servimos almuerzos todos los días y cenas de jueves a domingo.

—¿Y habitaciones? ¿Los socios pueden dormir aquí o tienen que quedarse en sus barcos?

—Tenemos cuatro habitaciones disponibles para miembros e invitados por orden de llegada. Pero, como puede imaginar, nuestros socios tienen embarcaciones de gran tamaño y la mayoría opta por quedarse en ellas.

—Sí, lo entiendo.

Stilwell veía el lugar donde se había encontrado el cadáver, a diez metros de profundidad.

—Tuvo una vista clara de la recuperación del cadáver el viernes —dijo.

—Sí —contestó Crane—. Terrible. ¿Han averiguado qué ocurrió? He oído que era una chica.

—Una mujer. No la han identificado. Pero no es mi caso. El robo de su estatua sí.

—Bueno, no es mi estatua. Es del club.

Stilwell se alejó de la ventana y se sentó frente a Crane, al otro lado del escritorio.

—Háble me de Leigh-Anne —dijo—. ¿Por qué la despidió?

—Odio esa palabra —repuso Crane—. Despedir, cesar… Suenan muy duras. Pero sí que la invité a marcharse. Se había convertido en… un problema.

—¿Por qué?

—Tenemos normas estrictas sobre la socialización entre el personal y los miembros del club. Ella las conocía, pero decidió romperlas. Repetidamente.

—¿En qué sentido?

—Coqueteaba en exceso con varios socios y se me hizo saber. La advertí una vez al respecto y luego sentí la necesidad de actuar cuando seguí recibiendo noticias de ese comportamiento.

—¿Qué significa que «coqueteaba en exceso»?

—Usando una expresión arcaica, era una cazafortunas, sargento. Intentó varias veces atraer a socios para quedar con ellos fuera del club. Estaba claro que buscaba a alguien con quien casarse o posiblemente alguien al que extorsionar.

—Es una acusación bastante fuerte. ¿Se produjo alguno de esos encuentros?

—No lo sé. Solo sé que hubo varias invitaciones y que actuamos para proteger a nuestros socios.

—Dijo que le hicieron saber su actitud. ¿Quién?

—Bueno, el responsable del bar, por ejemplo, y debo decir que algunos socios también se quejaron.

—¿Quiénes eran los socios?

—Me temo que eso es confidencial, sargento. Y no veo qué tiene que ver con la pregunta de si la señorita Moss se llevó el marlín de jade.

—Háble me de cuando la despidió.

—Bueno, aquí no tenemos un departamento de recursos humanos. Con una plantilla pequeña, yo me encargo de eso. Simplemente la llamé a mi despacho, le dije que se lo había advertido en repetidas ocasiones, que no había hecho caso de esas advertencias y que era el momento de que buscara otro empleo.

—¿Y esto fue cuándo, exactamente?

—El sábado por la mañana, el 17.

—¿A qué hora, diría usted?

—El Marlin Room abre para el almuerzo a las once, lo que significa que ella habría estado aquí a las diez para ayudar a preparar la sala. Dejé un mensaje en la cocina para que viniera a verme en cuanto llegara. Así que diría que nuestra conversación se produjo poco después de las diez de esa mañana.

—¿Y cómo se lo tomó ella?

—No muy bien, como puede imaginar. Estaba enfadada y salió furiosa de aquí.

—Y al salir cogió la escultura.

—Bueno, no podemos decir con certeza que se la llevara. Pero, una semana después, una miembro del personal notó que faltaba.

—La señora Landry.

—Exacto. Y ella me lo notificó.

—¿Está aquí hoy?

—No, viene principalmente los fines de semana, cuando tenemos muchas visitas de socios. Pero puedo llamarla si necesita hablar con ella.

—Creo que podemos dejarlo por ahora. Pero, para el informe, ¿cuál es el nombre de pila de la señora Landry?

—Judith.

—¿Y cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Tendría que buscarlo, pero mucho más que yo, eso puedo asegurárselo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Este es mi decimoctavo año como empleado del club, pero hace ocho que fui nombrado gerente general. Era el segundo al

mando antes de que me ascendieran.

—Volvamos a Leigh-Anne un momento. ¿Había muchos socios aquí cuando la despidió y se fue enfadada? ¿Vieron u oyeron algo de esto?

—En realidad, el club estaba bastante vacío. No servimos desayunos y el almuerzo empieza a las once. No hay mucha gente hasta el mediodía o más tarde. Elegí esa hora para llamarla porque sabía que el club estaría tranquilo.

—Parece que sabía que se iba a enfadar.

—Sospechaba que podría enfadarse e intentar…

—¿Montar un espectáculo?

—Distraernos.

—Antes lo llamó club de caballeros. ¿No hay socias?

—Me equivoqué. Sí tenemos socias.

—¿Cuántas?

—Dos, pero hay que recordar que los estatutos del club limitan el número de socios a cien, y es generacional. Se transmite. Tenemos socios que son bisnietos de nuestros fundadores. Los nuevos miembros solo son admitidos si uno actual renuncia o si no se presenta ningún heredero tras el fallecimiento de un socio. Así que la transición ha sido lenta. En mi época, solo ha habido tres vacantes y dos de ellas fueron para mujeres.

—¿Puedo conseguir una lista de los miembros?

—Eh, este es un club privado, sargento, y mi trabajo es proteger la intimidad de nuestros miembros.

—¿Eso es un no?

—Creo que tendría que volver con una orden de registro para algo así. Me pondría en una posición comprometida si tuviera que entregar la lista de miembros. Estoy seguro de que lo entiende.

—Lo entiendo. Volveré con una orden si necesito la lista. ¿Tiene los papeles que Leigh-Anne Moss rellenó cuando solicitó trabajo aquí?

—Sí, y se lo mostré al ayudante el sábado.

Crane abrió un cajón y sacó un documento de una sola página que estaba encima de una pila. Se lo pasó por encima del escritorio a Stilwell, que lo estudió durante un buen rato.

—¿Llamó a alguna de las referencias que ella menciona? —preguntó finalmente.

—No —dijo Crane—. Debería haberlo hecho. Pero los solicitantes no suelen darte nombres de personas que no van a hablar bien de ellos.

—Cierto. ¿Puedo quedarme con una copia?

—Por supuesto.

Stilwell le devolvió el documento a Crane. Sin levantarse, este rodó sobre la silla de su escritorio hacia una fotocopiadora que tenía a su derecha. Metió el papel y al cabo de un momento tenía una copia para Stilwell.

—¿Qué más puedo hacer por usted, sargento? —preguntó.

—Por casualidad, ¿tiene una foto de la escultura desaparecida? —dijo Stilwell.

—Sí. El ayudante me preguntó eso el sábado y no tenía una disponible, pero en nuestros archivos encontré una foto de la entrega de la escultura al club en 1916. La tengo aquí.

Crane abrió otro cajón y sacó una carpeta. De ella extrajo una foto amarillenta de dos hombres de pie, con uno de ellos pasándole la escultura del marlín negro al otro. Había una leyenda mecanografiada pegada con cinta adhesiva en la parte posterior de la imagen.

Ofrecida este día, 4 de abril de 1916, por Noah Rossmore al presidente de BMC, Padgett Smith

—¿Puede hacer una copia de esto también? —preguntó Stilwell.

—Con mucho gusto —dijo Crane.

Stilwell le devolvió la foto y esperó mientras Crane se acercaba a la fotocopiadora.

—¿Qué más? —preguntó Crane después de entregarle la fotocopia a Stilwell.

Había una nota de impaciencia en su voz. Stilwell sabía que había abusado de su hospitalidad. No le importaba.

—El currículum muestra que Moss dio una dirección en el continente —dijo—. ¿Sabe si tenía una casa aquí en la isla?

—No lo sé —contestó Crane—. Trabajaba aquí los fines de semana, que es cuando estamos más ocupados. Muchos de nuestros empleados lo hacen. Muchos viven en el continente y van y vienen, o se quedan con amigos aquí. No sé cuál era la situación de Leigh-Anne.

—¿Se ha alojado alguna vez en una de las cuatro habitaciones que tienen aquí?

—No, claro que no. Son solo para uso de los socios.

—Pensé que sería así, pero tenía que preguntar. ¿Y las cámaras de seguridad? ¿Hay alguna en el edificio?

—No, no hay. Le repito que somos un club antiguo y protegemos la intimidad de nuestros miembros. No había cámaras cuando se fundó el club. Tampoco ahora.

Stilwell asintió.

—Una última cosa —dijo—. Ha dicho antes que el responsable del bar fue una de las personas que se quejó de que Moss infringiera las normas sobre socializar con los miembros. ¿Cómo se llama?

—Buddy Callahan —contestó Crane—. Lleva aquí casi treinta años.

—Necesito hablar con él. ¿Está aquí ahora?

—Creo que sí. Pero preferiría que hablara con él cuando no esté atendiendo a nuestros socios.

—Señor Crane, esto es una investigación. Usted la inició cuando denunció el robo de un objeto de valor incalculable. La investigación sigue su curso. Necesito ver al responsable del bar ahora mismo.

—Muy bien, sargento.

Crane cogió el teléfono que estaba sobre la mesa y marcó tres números. Dio instrucciones a la persona que contestó para que

enviara a Buddy Callahan a su despacho de inmediato y luego colgó.

—Está en camino —dijo.

—Gracias —dijo Stilwell—. Y quiero hablar con él a solas.

—Creo que debería supervisar la conversación. Por si hay que aclarar algo de lo que diga.

—Es el procedimiento. Tengo que hablar con él sin que nadie escuche, ni siquiera su jefe. ¿Hay algún…?

—No hay problema. Puede quedarse en este despacho. De todos modos, tengo que comprobar algo abajo. Sin embargo, debo advertirle que Buddy es obstinado y muy protector con el club y sus socios.

—¿Qué quiere decir?

Crane se levantó.

—Quiero decir que no se lo piensa dos veces y no se muerde la lengua. Iré a buscarlo.

Rodeó el escritorio y salió de la oficina.

11

Buddy Callahan vestía camisa blanca con una pajarita negra y un chaleco a juego. Estaba listo para una noche de trabajo en el bar del BMC. Stilwell había rodeado el escritorio para ocupar la silla de Crane: prefería la posición de autoridad. Callahan entró en el despacho y se detuvo al ver a Stilwell donde estaba acostumbrado a ver al jefe.

—Cierre la puerta, Buddy, y venga a sentarse.

Callahan hizo lo que le pidieron. A ojos de Stilwell, parecía haber vivido sesenta años duros, y para demostrarlo tenía unas mejillas sonrosadas por la ginebra y una barriga prominente. Después de que se sentó, Stilwell le dio un momento para decir: «¿De qué se trata todo esto?», pero el hombre se quedó sentado en silencio, aparentemente después de que Crane le hubiera puesto sobre aviso. Él completó el resto.

—Soy el sargento detective Stilwell, del Departamento del Sheriff —comenzó—. Estoy investigando el robo de un objeto valioso del club. ¿Sabe de qué estoy hablando?

—Sí, sé a qué se refiere —dijo Callahan—. Esa estatua ha estado ahí todo el tiempo que llevo aquí.

—Que, según me han dicho, son casi treinta años.

—Veintiocho, para ser exactos. Más que nadie, salvo algunos de los socios.

—Supongo que Buddy no es su verdadero nombre. Necesito su nombre formal para…

—No, es Buddy. Lo pone en mi certificado de nacimiento. Mi madre era muy fan de Buddy Guy. Probablemente, nunca haya oído hablar de él.

—Conozco a Buddy Guy. *Damn Right, I've Got the Blues.*

—Eso es. Y escuche esto: mi nombre completo es Buddy Guy Callahan.

—Buenísimo. —Stilwell sonrió y siguió con la conversación—. En fin, ¿qué puede contarme de Leigh-Anne Moss?

—Era una trepa, esa. Le dije a Crane desde el principio que era problemática.

—¿Una trepa? ¿Problemática? ¿De qué estamos hablando aquí?

—Desde el primer día estuvo intentando echar el anzuelo a los socios. Buscaba un *sugar daddy.*

—¿Trabajaba para usted?

—Trabajaba los fines de semana. Hacía el turno de la comida y luego se pasaba a la barra por la noche. Entonces trabajaba para mí, pero la vi venir enseguida. No servía una copa en la mesa sin agarrar un hombro o tocar un brazo. Era indiscutible. Le dije que dejara de hacerlo. No me escuchó.

—¿Y se lo dijo al señor Crane?

—No fui el único. A algunos de los socios no les gustó. Se quejaron.

—¿Significa eso que a algunos de los socios sí les gustó?

—No sabría decirle.

—¿O no quiere decirlo?

—No he durado veintiocho años en este club por irme de la lengua, y, de todos modos, no tiene nada que ver con lo que está investigando.

Stilwell asintió.

—¿Y a usted, Buddy? ¿Alguna vez lo agarró del hombro o le tocó el brazo Leigh-Anne?

—Yo no tengo la cuenta bancaria adecuada para eso.

—¿Eso lo molestó?

Callahan se rio ruidosamente. Un poco demasiado. Stilwell pensó que podría haber metido el dedo en la llaga.

—No, no me molestó —dijo el responsable del bar—. He visto a muchas como ella a lo largo de los años y he conseguido mantener la polla en los pantalones, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Está casado, Buddy? —preguntó Stilwell.

—Ya no. Lo intenté y no funcionó. Pero donde tengas la olla…

—El señor Crane cree que Leigh-Anne robó la estatua al irse. ¿La vio en su último día?

—Claro. Fui yo el que le dijo que el jefe quería verla.

—¿Cuándo fue eso?

—En cuanto entró. Llegaba tarde para la preparación, como de costumbre, así que a eso de las diez y cuarto o así.

—De manera que usted estaba aquí temprano. Pensaba que dirigía el bar.

—Así es. Pero durante la temporada hay mucho trabajo los sábados, sobre todo las primeras semanas. El bar está abierto cuando lo está el restaurante.

—¿Cuáles son exactamente sus funciones como responsable del bar?

—Soy un camarero con pretensiones. Me ocupo del inventario y el mantenimiento, pero también estoy detrás de la barra, cinco noches por semana.

—Apuesto a que una mujer como Leigh-Anne, por la forma en que dice que trabajaba, conseguía muchas propinas. ¿La gente se ponía celosa? ¿Gente como usted?

Callahan volvió a reír, se puso colorado y su nariz adquirió un tono más amoratado.

—¿No se supone que la policía tiene que hacer los deberes? —dijo—. En este club no hay propinas. Los socios no pueden dar propinas. Por nada. Hay un recargo del doce por ciento en cada cuenta. Va a un fondo que se reparte a partes iguales entre todo el personal al final del mes. Esa chica se quejó del dinero, justo lo contrario de lo que insinúa, detective.

Dijo la última palabra con una doble dosis de sarcasmo. Stilwell lo dejó pasar y volvió con otra pregunta.

—¿Por qué iba a quejarse, si todo el mundo recibe una parte igual?

—Porque se prorratea según el número de turnos que trabajas. Ella solo hacía cuatro a la semana, a veces tres. Los que trabajaban a tiempo completo recibían un porcentaje más alto y eso significaba más dinero a final de mes.

Stilwell asintió para indicar que lo entendía y dio un volantazo a la conversación con la esperanza de que un cambio de orientación mantuviera a Callahan incómodo.

—Entonces, ¿qué le dijo ese día después de que Crane la despidiera?

—Nada. Ni la vi irse. Probablemente no quería que nadie la viera. Por eso salió por la puerta principal.

—¿Cómo sabe que salió por la puerta principal?

—Porque, si hubiera salido por la cocina o el restaurante, la habríamos visto.

—¿A quién se refiere?

—Todos sabíamos que la iban a despedir. No había otra razón para que la mandaran a ver al jefe.

—¿Quiénes eran los socios a los que no les gustaba? ¿Quién se quejó de ella?

—Las quejas se dirigían al señor Crane. Tiene que preguntárselo a él.

—¿Dónde vivía Leigh-Anne Moss en la isla?

—Ni idea.

—¿Era amiga de alguien del personal? ¿Alguien con quien pudiera haber compartido habitación?

Callahan negó con la cabeza como si estuviera tratando con un niño.

—No lo entiende. Aquí no le caía bien a nadie. Nadie podía entender por qué la habían contratado, excepto porque era un pibón. Pero nadie iba a dejarla irse a la cama con ellos. Eso no iba a pasar. Debería volver a bajar. Tengo que recibir unas entregas. Ha sido un fin de semana muy ajetreado.

Se levantó para irse.

—Siéntese, señor Callahan —dijo Stilwell—. No hemos terminado.

Callahan volvió a sentarse lentamente, con el enfado reflejado en su rostro. No le gustaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Stilwell había terminado con las preguntas, pero no iba a permitir que Callahan impusiera nada. Volvió a adoptar un tono más cordial con el que esperaba lograr que Callahan siguiera hablando.

—Gracias por su cooperación —dijo—. Las últimas preguntas y luego puede retomar su inventario. ¿Qué cree que hizo Leigh-Anne con la estatua del marlín negro?

—¿Cómo cojones voy a saberlo? —exclamó Callahan—. Probablemente esté en una casa de empeños en Long Beach. Pero le voy a decir una cosa, no robó esa estatua para venderla. La robó para cagarse en este club.

Stilwell asintió, como si Callahan hubiera hecho un comentario importante.

—Última pregunta —dijo—. ¿Dónde cree que está Leigh-Anne ahora mismo?

Estudió los ojos de Callahan en busca de cualquier signo de vacilación o disimulo mientras respondía.

—Lo mismo —repuso—. ¿Cómo cojones voy a saberlo?

Stilwell se calló durante unos segundos, esperando que el hombre enfadado que tenía delante continuara hablando. Pero Callahan le sostuvo la mirada y no dijo nada más.

—Muy bien, señor, hemos terminado aquí —sentenció Stilwell—. Puede irse.

—Ya era hora —se quejó Callahan.

Se levantó y se acercó a la ventana para echar un vistazo al puerto. Luego se dio la vuelta y miró fijamente a Stilwell antes de dirigirse a la puerta.

Él esperó y unos minutos más tarde Crane regresó a la oficina.

—¿Cómo nos ha ido con Buddy, sargento? —preguntó.

Stilwell se levantó para devolver el asiento de autoridad a su legítimo propietario.

—Ha sido de gran ayuda —dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo y la dejó sobre el escritorio.

—Creo que tengo suficiente información por el momento —prosiguió Stilwell—. Si se le ocurre algo más que pueda ser de utilidad, ahí tiene mis números. Ya me voy, conozco el camino.

—Puedo acompañarlo —ofreció Crane.

—No se moleste. Gracias por su cooperación.

—Gracias, sargento. Espero que recupere nuestra escultura. Su sitio está aquí.

A Stilwell se le ocurrió algo y se detuvo en la puerta del despacho. Se volvió hacia Crane.

—¿Sabe?, ha dicho antes que, cuando despidió a Leigh-Anne, lo programó para que no hubiera muchos socios en el club. Por si montaba algún tipo de espectáculo.

—Sí, es cierto.

—Entonces, ¿por qué no la acompañó a la puerta? No sé, para asegurarse de que no montara un número ni hiciera nada que no debía.

—Obviamente, debería haberlo hecho, pero recibí una llamada de un socio y tuve que atenderla.

—¿Era tan importante como para que la dejara salir sin que la vigilaran?

—Sargento, aquí todas las llamadas de los socios son importantes.

—Entendido. Gracias.

Stilwell enfiló el pasillo donde se encontraban las cuatro habitaciones de invitados, dos a cada lado. La puerta de una de ellas estaba abierta. Miró y vio a una mujer con uniforme de camarera haciendo una cama. La estancia parecía escasamente amueblada y básica. Entendió por qué los socios preferían los camarotes de sus yates.

Stilwell bajó las escaleras y echó un vistazo al comedor. Había gente con chaleco rojo, camisa blanca y pajarita negra colocando cubiertos y vasos en las mesas, en preparación para el almuerzo. En el otro extremo de la sala estaba el bar. Todo era madera oscura y lámparas de banquero de vidrio verde sobre estantes de botellas que

contenían licores transparentes o de color ámbar. Mientras estaba allí, vio que Callahan entraba por una puerta que Stilwell suponía que era la cocina y se situaba detrás de la barra. Lo seguía un joven que llevaba algo pesado. Iba con los brazos estirados y las manos por debajo de la altura de la barra. El joven levantó los brazos y vertió un cubo lleno de hielo en un balde situado detrás de la barra. Al hacerlo, se le resbaló el cubo; corrigió en exceso el movimiento y el hielo se deslizó por la parte superior de la barra y cayó al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó Callahan—. ¡Crío estúpido, limpia eso! Estamos a punto de abrir.

El chico parecía muy avergonzado, como si no fuera la primera vez que recibía una reprimenda verbal de su jefe. Se dio la vuelta y se apresuró a regresar a la cocina. Callahan miró hacia el comedor y vio que Stilwell había visto su respuesta al incidente. Asintió con orgullo, como diciendo, de un responsable de personas a otro: «Así se hace».

Stilwell se volvió y salió del club.

12

Antes de regresar a la comisaría, Stilwell se pasó por la ferretería y tienda de suministros náuticos de Marilla. El encargado desde hacía mucho tiempo era Ned Browning y él lo conocía de haber hecho el seguimiento de robos denunciados en el local. Browning estaba en la trastienda, haciendo un inventario de cojines para barcos.

—Sargento Stil, ¿cómo va todo?

—No va mal, Ned. ¿Y a usted?

—Lo del cadáver del agua… Mal asunto. Terrible.

—Sí.

—¿Quiere ver mis registros de ventas recientes de anclas?

Stilwell se sorprendió.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Porque Denzel Abbott ha venido esta mañana a pedir nuevas líneas de aire y filtros —dijo Browning—. Me contó todo sobre la chica envuelta en una cadena de ancla.

—Hágame un favor y no se lo cuente a nadie.

—No hay problema.

—Entonces, ¿ha vendido algún ancla últimamente?

—Eso le alegraría el día, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, lo siento. No vendo muchas anclas. La mayoría de los barcos vienen equipados.

—Pensé que era poco probable.

—Para que lo sepa, hoy ya me han preguntado por anclas.

—¿Quién?

—Ha llamado un detective del sheriff de la ciudad, un tipo llamado Ahearn. Le dije lo mismo que a usted. No vendemos muchas anclas. Tenemos, pero hay poco movimiento.

Stilwell se sorprendió de que Ahearn hubiera tomado esa iniciativa nada más comenzar la investigación.

—¿Le preguntó por algo más?

—Eh, no —respondió Browning—. Solo por el ancla.

—Vale, a ver. ¿Le pidió que lo llamara si alguien entraba a comprar un ancla de arado Hold Fast de cinco kilos?

—No, no me pidió eso.

—Pues llámeme a mí si eso sucede.

—Hecho.

Stilwell salió, pero, mientras caminaba hacia la puerta de la tienda, pensó en algo y se volvió. Browning seguía donde lo había dejado.

—Ned, ¿vende sierras de mano aquí? —preguntó.

—Claro —dijo Browning—. ¿Qué tipo necesita?

—Para cortar PVC, fibra de vidrio. Algo así.

—Pasillo cuatro.

Stilwell volvió hacia el interior y encontró la sección de sierras. En solo unos segundos vio un paquete que contenía una sierra con un mango como el que había requisado. Venía con dos hojas adicionales. Descolgó el paquete y volvió a la trastienda para hablar con Browning por tercera vez.

—¿Sabe quién es Oscar Terranova, Ned? —preguntó.

—Claro, lo conozco —dijo Browning—. Todo el mundo lo conoce.

—¿Tiene una cuenta aquí?

—¿Una cuenta? No, no tenemos cuentas. Si un cliente quiere algo, tiene que comprarlo. No se fía. Tener que perseguir a la gente para que pague sus facturas es como hacer negocios con el diablo.

—¿Hay alguna forma de saber si alguien ha comprado un paquete como este recientemente?

—Si pagó en efectivo, no. Si utilizó una tarjeta de crédito, podríamos revisar los cargos, pero llevaría un tiempo.

—¿Buscaría por nombre de cliente o por producto?

—Por producto sería más fácil. Nuestro inventario es digital. Podríamos sacar las ventas de ese producto en concreto.

—Bien. Me interesaría cualquiera que haya comprado uno de estos en los últimos sesenta días.

—De acuerdo.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Eh, deme un par de días. ¿Esto es por la decapitación del búfalo? ¿Eso es lo que usaron? —Señaló la sierra.

A Stilwell nunca le sorprendía la velocidad con que se corría la voz. Avalon era una ciudad pequeña y todo el mundo parecía estar al tanto de los asuntos de los demás mucho antes de que acabaran en el *Call.*

—Mire, Ned…

—Lo sé, lo sé. No se lo diré a nadie.

—Por favor.

—No se preocupe. Lo llamaré cuando lo haya mirado.

—Gracias.

Fuera de la tienda, Stilwell miró el reloj. La autopsia del cuerpo de la mujer encontrada bajo el agua aún tardaría unas horas. Sacó el teléfono y llamó a Tash.

—¿Crees que puedo usar una de vuestras pantallas y revisar las cámaras del puerto de este mes? —preguntó.

—No debería haber ningún problema —dijo ella—. Puedo preparártelo. Está bastante tranquilo por aquí.

—¿Quieres que lleve comida?

—No estaría mal. ¿Blue Rose?

—Claro. ¿Qué quieres?

—Pollo con mole, por favor.

—Vale, ahora voy.

Después de colgar, Stilwell llamó a Maggie’s Blue Rose e hizo un pedido para pasar a recogerlo. Mientras lo preparaban, volvió a comisaría para hablar con Mercy. La ayudante del sheriff Ilsa Ramírez estaba en la sala de trabajo, inclinada sobre unos papeles.

—Sargento —dijo—, acabo de tomar una denuncia de desaparición de un tipo por el que Mercy ha dicho que preguntó el otro día.

—¿Quién? —preguntó Stilwell.

—Henry Gaston. Trabaja de mecánico en la nave de carritos de una de las empresas de turismo.

Él sintió un golpe sordo en el pecho y se quedó en silencio un momento mientras asimilaba la noticia.

—¿Quién ha denunciado la desaparición? —preguntó finalmente.

—Su mujer —contestó Ramírez—. Dice que no ha vuelto a casa desde el sábado por la mañana.

—¿Qué pasó el sábado por la mañana?

—Nada fuera de lo común. Dijo que se fue a trabajar porque uno de los carritos de los tours se averió y no podían reemplazarlo, porque lo tenía todo reservado para el fin de semana. Dijo que estaría fuera un par de horas mientras lo arreglaba, pero no volvió a casa.

—¿Has hablado por teléfono o has ido en persona?

—En persona. Fui a su casa, en Tremont.

—¿Has preguntado si faltaba algo de ropa?

—Eh, no. No se me ocurrió…

—Puede que esté huyendo. Vuelve allí y echa un vistazo a la casa. Pregunta por sus cosas. A ver si hizo la maleta.

—Pero ¿por qué haría eso y no se lo diría a su mujer?

—No sé si lo haría, pero el viernes le di hasta el miércoles, mañana, para que viniera a hablar de la mutilación del búfalo. Puede que se haya asustado y haya huido. O podría estar realmente desaparecido, quiero decir, por la fuerza.

—Ah, vaya.

—Sí. Tú haz eso y yo me pasaré por la nave.

—Entendido.

Ramírez se levantó para irse. Stilwell se dio la vuelta y vio a Mercy en su escritorio.

—Mercy, ¿algo en las redes sociales sobre Leigh-Anne Moss? —preguntó.

—La encontré en Instagram —dijo ella—. Su perfil no se ha actualizado desde hace tiempo. ¿Quiere que se lo envíe?

—No tengo Instagram. ¿Puedes imprimirlo?

—Creo que sí. Puede que tarde un rato.

—Está bien. Voy a ir al distrito de la desalinizadora para echar un vistazo en la nave de los carritos.

Una vez que estuvo en el Gator y en camino hacia el lugar donde trabajaba Gaston, llamó a Tash.

—Tash, ha surgido algo y tardaré un buen rato —dijo—. Pero he pedido la comida. ¿Puedes pasar a recogerla?

—Eh, ahora mismo no puedo salir —dijo Tash—. Veré si puede ir Heidi.

Heidi Allen era secretaria en capitanía de puerto. También era la tía del alcalde, lo que preocupaba un poco a Tash. Le intranquilizaba que el alcalde la hubiera colocado allí para vigilar el funcionamiento interno de uno de los servicios públicos más importantes y visibles de Avalon.

—Lo siento —dijo Stilwell—. Pasaré a ver las cámaras en cuanto termine con esta otra cosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Tash.

—Una persona desaparecida. Luego te lo cuento.

—Vale. Te mantendré el almuerzo caliente.

Ya estaba en lo alto, coronando la montaña de Wrigley Road. El aire era fresco y claro, y la vista de la bahía solo se veía empañada por la neblina de contaminación que se cernía sobre el continente como una advertencia. A Stilwell le gustaba conducir hasta ahí para contemplar el paisaje y pensar en lo que había dejado atrás, en el aire sucio del continente. Siempre parecía reforzar la idea de que a veces no sabes lo que estás buscando hasta que lo encuentras.

Había descubierto cosas buenas en Catalina. Había conocido a Tash y había encontrado sentido a su trabajo. Al principio se había opuesto a su traslado, pero ahora sabía que no quería volver. Que estaba en casa.

En la nave de los carritos, la puerta del garaje estaba bajada y no había señales de actividad. Stilwell bajó del Gator y se acercó a la puerta peatonal situada a la derecha del garaje. Estaba cerrada con

llave, así que llamó. Esperó y volvió a llamar. Había una cámara sobre la puerta. La miró y supuso que había alguien dentro observándolo. Se quedó mirando la lente sin pestañear durante unos momentos antes de darse la vuelta.

Mientras caminaba de regreso al carrito eléctrico, oyó que la puerta se abría. Se volvió y vio a Oscar Terranova parado en la entrada, apoyado en el marco.

—Has asustado a mi mecánico, Stilwell —dijo—. Ahora tengo que encontrar uno nuevo.

—¿Lo he asustado yo? —preguntó él—. ¿O usted?

Terranova no respondió. Stilwell subió por el camino de entrada y se acercó a él. Se detuvo tan cerca que el otro dejó su posición relajada y dio medio paso atrás.

—No me importa dónde lo ha escondido ni qué ha hecho con él —dijo Stilwell—. No va a detener nada. Esto no termina aquí.

—Ya lo veremos —repuso Terranova.

—Sí, lo veremos. Cuídese, Baby Head. Yo, en su lugar, me buscaría un buen abogado, uno de esos tipos hábiles del continente. Va a necesitarlo.

—Sí, pero no estás en mi lugar, ¿verdad? Así que ¿por qué no te largas y te vas a la mierda?

Stilwell asintió; había notado que era la segunda vez en lo que iba de día que lo mandaban a la mierda. Lo tomó como una buena señal a varios niveles.

13

La enchilada de Maggie's Blue Rose hacía rato que estaba fría cuando Stilwell llegó a la torre de capitanía de puerto, en el muelle. Tash la metió en el microondas de la oficina y el sargento se la llevó en un plato de papel a un escritorio donde ella le había preparado una pantalla con imágenes de las cámaras que estaban enfocadas al puerto desde ocho ángulos diferentes.

—Todo tuyo —dijo Tash—. ¿Buscas algo en particular?

—Solo quiero revisar el fin de semana anterior a este último —explicó Stilwell—. Ver qué barcos iban y venían.

—Mierda. Olvidé prepararte esa lista. Lo siento mucho. He estado muy ocupada aquí hasta hoy.

—No pasa nada. El vídeo me lo mostrará y luego puede que tenga algunas preguntas específicas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bueno, avísame si puedo ayudarte en algo más.

—En realidad, tengo una pregunta: ¿cuántos amarres tiene el Black Marlin Club?

—Tienen las ocho boyas que hay justo detrás del club. Las rojas son todas suyas. Además, tienen su propio muelle y hay sitio para entre dos y cuatro barcos, según la eslora. Por lo general, mantienen el embarcadero libre para dejar y recoger gente.

—¿Qué embarcadero?

—El muelle cubierto que hay al lado del club. La gente que utiliza las boyas de amarre llega en lanchas al muelle lateral y allí mismo hay una entrada al restaurante del club.

—Entendido. Lo he visto cuando he estado allí esta mañana. ¿Se registran los miembros contigo cuando entran y salen del puerto?

—Deberían. Es una buena práctica para saber quién está aquí, pero no siempre funciona así. Algunos socios se creen por encima de las normas.

—Tipos ricos, entiendo. ¿Tienes una lista de miembros?

—La verdad es que no, pero podría revisar los libros de registro y conseguirte los nombres de los barcos que usan sus amarres. Tendré algunos nombres de los propietarios. De los socios más activos. Podrías conseguir la información de registro del estado si no la tenemos.

—Si tienes tiempo, me ayudaría mucho.

—¿Crees que tuvieron algo que ver con la mujer que encontró Denzel? Pensaba que los del continente se estaban encargando de ese caso.

—Sí.

—¿Pero tú estás trabajando en eso de todos modos?

Tash no parecía preocupada, solo interesada por lo que estaba haciendo.

—El club denunció un robo importante durante el fin de semana —explicó Stilwell—. Se llevaron una escultura valiosa y el gerente cree que la robaron el fin de semana que quiero investigar.

—Pero eso no es realmente lo que estás investigando, ¿verdad?

—Eh…

Stilwell hizo una pausa. Tash lo conocía bien, pero, dada la situación, era demasiado pronto para discutir su hipótesis o el riesgo que estaba corriendo al investigar un caso cuando le habían advertido repetidamente que se mantuviera alejado.

—No importa —dijo Tash—. Sé que no puedes contarme lo que estás haciendo. Te dejaré a solas. Hay tan poco movimiento por aquí después del fin de semana festivo que, de hecho, tengo algo de tiempo para trabajar en esa lista para ti.

—Gracias, Tash.

Ella le tocó discretamente la mano al darse la vuelta. Heidi Allen estaba en un escritorio cercano y el tímido movimiento era un vestigio de la época en que mantenían su relación en secreto.

Stilwell se puso a trabajar. El monitor mostraba imágenes en directo de las ocho cámaras. Al mover el cursor a cualquier cuadrado, podía hacer clic y ampliar a pantalla completa. También podía eliminar los cuadrados que mostraban ángulos de cámara que no le interesaban. Redujo su búsqueda a cuatro cámaras, tres de las cuales tenían un alcance que comprendía al menos parte del muelle que rodeaba el Black Marlin Club y sus ocho boyas de amarre.

En una ventana de búsqueda, Stilwell introdujo una fecha concreta y retrocedió hasta el fin de semana en que Leigh-Anne Moss había sido despedida del club. Empezó con la reproducción de los cuatro ángulos de cámara a partir de las ocho de la mañana de ese sábado.

Ajustó la reproducción a velocidad cuádruple, pero luego hizo cuentas y comprendió que aun así tardaría muchas horas en revisar todo el fin de semana. Lo aumentó a doce veces la velocidad normal. El proceso de revisión seguiría siendo largo y sabía que tendría que repetirlo poco a poco cuando tuviera tiempo. Observó distintos barcos y transbordadores que entraban y salían del puerto. Cada vez que una embarcación atracaba en el Black Marlin o amarraba en una de sus boyas, pasaba la reproducción a velocidad normal para estudiar detenidamente la actividad en el barco y en el muelle.

Stilwell no vio nada sospechoso durante las horas diurnas del sábado en que Charles Crane aseguró que había despedido a Moss. Mantuvo la reproducción a alta velocidad durante las horas nocturnas y observó el reflejo de la luna moviéndose rápidamente por las aguas del puerto.

Luego detuvo la reproducción porque le pareció distinguir un movimiento inusual en el agua. Hizo clic en el ángulo de la cámara que ofrecía la vista más completa del Black Marlin Club y retrocedió. Volvió a verlo en tiempo real y se fijó en una pequeña lancha que salía del muelle cubierto en el lado norte del edificio. Una figura en la popa controlaba el timón conectado al motor fueraborda. La

embarcación avanzó hasta la primera línea de amarres y desapareció entre un gran yate oceánico y un velero de dos mástiles.

Stilwell anotó la hora que figuraba en la parte inferior de la pantalla. Eran las 3:13 del domingo. Cerró la transmisión de esa cámara y volvió a la pantalla completa que mostraba las cuatro vistas con las que había comenzado. Las revisó una por una en busca de un mejor ángulo del espacio entre las dos embarcaciones donde había desaparecido la lancha, pero sin éxito.

Volvió al primero y lo amplió de nuevo. Puso la reproducción a velocidad cuádruple, observó y esperó a que apareciera la lancha. Pasaron veinticinco minutos en el contador de tiempo antes de que emergiera de entre los dos barcos más grandes y se dirigiera de nuevo al club. Stilwell hizo zoom en la lancha, pero la imagen perdió claridad y la figura que sostenía el timón del fueraborda seguía sin poder identificarse.

Llamó a Tash y le pidió que viniera a ver algo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Stilwell señaló la pantalla.

—Estos dos barcos —dijo—. ¿Cómo los identifico?

—Bueno, el queche es fácil —repuso Tash—. Es el Emerald Sea. El otro tendré que buscarlo en el registro. ¿Es el fin de semana anterior al pasado?

—Sí, 3:13 del domingo 18.

—Dame unos minutos y te lo consigo.

—¿Cómo sabes que es el Emerald Sea?

—Porque pasa mucho tiempo aquí. Al propietario le gusta dejarlo y va y viene en ferri.

—Entonces, ¿se queda ahí vacío cuando él no está?

—La mayor parte del tiempo, sí.

Stilwell se levantó y miró por la ventana de la torre en dirección al Black Marlin Club. El Emerald Sea ya no estaba.

—¿Cuándo salió del puerto? —preguntó.

—Ayer.

—¿Qué es un queche exactamente?

—Un velero de dos mástiles.

—No soy muy aficionado a los veleros. ¿De quién es? ¿Y de dónde viene?

—Es de MDR y el propietario es Mason Colbrink. Parece que es un abogado de altos vuelos de la ciudad.

Stilwell asintió. Sabía que Tash se refería a Marina del Rey, en Los Ángeles.

—Debe de dedicarse al derecho corporativo —dijo—. Nunca he oído hablar de él.

—Se supone que está jubilado —explicó Tash—. Pero no creo que consigas ser miembro del Black Marlin y un queche de doce metros como ese defendiendo casos penales.

—Probablemente no. ¿Cómo sabes cuándo está él en el barco?

—Porque el señor Colbrink siempre se pone en contacto con nosotros. El puerto no permite el amarre inactivo. Es solo para navegación activa. Él se está pasando de la raya al dejar su queche aquí durante semanas, así que siempre quiere que sepamos cuándo está aquí y lo está usando. Cree que eso lo justifica.

—Entendido. ¿Sus idas y venidas se anotan en el registro?

—Hasta cierto punto. El señor Colbrink es un poco reservado al respecto.

Stilwell volvió a sentarse frente a la pantalla y señaló el Emerald Sea.

—¿Puedes decirme si Colbrink estuvo aquí el fin de semana del 17? —preguntó.

—Lo comprobaré y te daré el nombre y el propietario del otro barco —dijo Tash—. Esto es divertido.

—¿El qué?

—Formar parte de una investigación.

Stilwell la vio regresar a su escritorio. Se sentía incómodo al involucrarla en cualquier parte de su trabajo. Lo último que necesitaba era que su novia pensara que era divertido y quisiera participar. La realidad era que nunca se sabía cuándo una llamada telefónica, un golpe en la puerta o una pulsación de tecla podían

suponer un peligro mortal. Justo el año anterior, había salido una noticia en Los Ángeles sobre una supuesta detective aficionada que acabó muerta a tiros en el armario de su oficina en casa.

14

Mientras Tash se ponía a trabajar en su escritorio, Stilwell volvió al vídeo. Puso la reproducción a veinticuatro veces la velocidad normal y mantuvo la atención en los dos barcos entre los que había desaparecido la lancha. Ya hacía rato que en pantalla había salido el sol de ese domingo y no había visto ningún movimiento de los barcos cuando Tash regresó.

—A ver, por lo que yo sé, el señor Colbrink no estuvo aquí ese fin de semana —dijo—. Vino para el Día de los Caídos y el lunes se llevó el barco a MDR o a algún otro destino.

—De acuerdo —dijo Stilwell—. ¿Y el otro barco?

—Es el Aventura, de Mission Bay. Está registrado a nombre de una empresa que se llama igual y se alquila para excursiones. El capitán es Bernie Contrares.

—¿Mission Bay?

—Entre San Diego y La Jolla.

—¿Viene mucho por aquí?

—Varias veces al año.

—¿Conoces al capitán?

—Un poco, de reservar amarres. Bernie es un veterano de la Marina. Siempre es amable.

—¿Estaba ocupado el barco ese fin de semana?

—Consta que llegó el viernes y salió el lunes siguiente por la mañana, el 19. Supongo que había gente a bordo.

—¿Tienes algo para que anote todo esto?

—Toma.

Tash le dio una hoja de un cuaderno donde ya había anotado todo. Stilwell vio que la información sobre el Aventura incluía la dirección de la empresa propietaria en La Jolla. Debajo de sus

apuntes sobre el Emerald Sea, había anotado una dirección y un número de teléfono de Mason Colbrink en Malibú.

—Fantástico, Tash. Gracias.

—También estoy haciendo una lista de los miembros del Black Marlin con los que tratamos en los amarres. Todos los que han venido este año.

—Eso será útil. Gracias, pero ya puedes parar.

—¿Qué quieres decir? He dicho que es divertido. Quiero ayudar.

—Ya lo sé, y estás ayudando, pero quiero ir con cuidado.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no todo es juego y diversión. No quiero que te metas por un camino que, bueno, podría volverse peligroso.

—Solo estoy compartiendo registros y vídeos.

—Y es fantástico, pero vamos a dejarlo ahí.

—Bueno, me lo has pedido tú.

—Ya lo sé. He sido yo. Y ahora te estoy diciendo que no deberíamos pasarnos de la raya. Significas mucho para mí y no quiero…

Ella se inclinó sobre su hombro y lo besó en la mejilla, aparentemente sin que le importara que Heidi estuviera cerca, y luego regresó al escritorio de control. Stilwell la observó irse y luego miró a Heidi. No estaba atenta a ellos, o al menos actuaba como si no lo estuviera. El sargento volvió a la pantalla y continuó la reproducción a alta velocidad, con la esperanza de ver algo que explicara el motivo de la misión de medianoche del hombre de la lancha.

Empezó a saltar hacia delante, buscando hora a hora y revisando si había algún movimiento en el Emerald Sea o en el Aventura. Una hora más tarde, con un dolor de cabeza que se le formaba detrás de los ojos, Stilwell redujo la velocidad de reproducción y observó un bote que llevaba suministros y una tripulación de tres personas al Aventura. Poco después, el gran yate zarpó del puerto, confirmando los detalles horarios que Tash había escrito en sus notas. Mientras salía lentamente del puerto, los miembros de la tripulación, con

pantalones cortos y polo blanco a juego, se movían por las cubiertas, preparando la embarcación para la travesía que tenía por delante.

Las cámaras ofrecían en ese momento una vista despejada del Emerald Sea. Stilwell acababa de retomar la reproducción más rápida cuando apreció movimiento y pulsó el botón de pausa. El visor de tiempo indicaba que eran la 11:16 del lunes después del fin de semana del despido de Leigh-Anne Moss. Stilwell lo reprodujo a velocidad normal y observó una figura masculina en lo que parecía la misma lancha que antes salía del embarcadero cubierto del club y se dirigía claramente al Emerald Sea. El hombre llevaba un sombrero de pescador y gafas de sol, además de una cazadora verde ancha. Cuando Stilwell hizo zoom, la resolución del vídeo se volvió borrosa y fue imposible identificarlo. Observó al hombre del sombrero amarrar la barca de trabajo a la popa del queche y subir a bordo.

El hombre desabrochó una lona que protegía la cabina de mando y bajó. Se inclinó y se ocupó de algo en el suelo de la cabina que quedaba oculto para Stilwell. Luego se puso de pie, agarró un bichero de un soporte de la cubierta y se movió hacia la proa, donde usó el bichero para soltar el cabo de la boya de amarre.

Con el barco a la deriva, el hombre regresó al puente de mando y se colocó detrás del gran timón y de la palanca. Con el motor en marcha, el Emerald Sea comenzó a dirigirse al ralentí hacia la bocana del puerto.

Stilwell cambió rápidamente de ángulo, pasando a una cámara que estaba situada en lo alto de la torre de capitanía de puerto y que ofrecía la vista más cercana y clara del acceso del puerto a la bahía de Santa Mónica. Mientras el Emerald Sea se movía por la pantalla, Stilwell vio que el sol se reflejaba en la parte posterior del velero y se dio cuenta de que había un ancla de acero brillante fijada a la proa. Miró con atención el barco y la lancha que remolcaba detrás de él. Cuando pasó justo delante de la torre, el hombre al timón se puso de pie en la cabina, pero la botavara de la vela mayor

le tapó la cara por completo. El barco viró hacia la entrada del puerto y se adentró en la bahía.

—Mierda —dijo Stilwell.

Tash se acercó a su escritorio.

—¿Qué? —preguntó.

Él señaló la pantalla.

—El Emerald Sea acaba de salir y el tipo al timón se ha tapado la cara con la botavara —explicó—. Parecía que se estaba asegurando de que la cámara no lo grabara bien.

—Déjame ver —dijo Tash.

Stilwell retrocedió la reproducción y la dejó mirar.

—Desde luego —dijo ella—. Estaba de pie en el puente de mando para ocultarse detrás de la botavara. Nunca hay que hacer eso, porque, si una ola te golpea mal, la botavara podría tirarte del barco.

—¿Crees que podría ser Colbrink?

—No sabría decirte. Pero la cuestión es que él nunca navega sin tripulación. Siempre va acompañado de una o dos personas cuando regresa a MDR.

Stilwell asintió.

—Entonces, ¿habría algún registro de que este barco zarpó? —preguntó.

—Déjame comprobarlo —dijo Tash—. Levántate.

Él obedeció. Tash se sentó, cerró la aplicación de la cámara y abrió el registro del puerto. Stilwell la observó mientras se desplazaba por un listado que mostraba varias fechas, horas, nombres de barcos y contactos de la tripulación.

—No dice… Espera, aquí está —dijo Tash—. Salió a las once y media, pero dice que volvió él solo una hora después. Se contabilizó como una excursión de un día.

—¿Y no hay ninguna explicación de por qué fue una excursión tan corta? —preguntó Stilwell.

—Aquí no hay nada.

—¿Quién estaba en la torre ese día?

Tash normalmente tenía los lunes libres, a menos que fueran festivos.

—Era el turno de Eugene —dijo.

Stilwell sabía que se refería a Eugene Hester, con quien al principio había competido por el interés y el afecto de Tash Dano. Al haber perdido, el tipo no era uno de los mayores admiradores de Stilwell.

—¿Puedes llamarlo y preguntarle si recuerda esto? —preguntó.

—Claro —dijo Tash—. Pero ¿no acabas de decirme que me retire?

—Vale, vale, tú ganas. Te doy permiso, y luego te retiras.

—Lo que tú digas. Voy a llamarlo.

—Pregúntale por qué el barco volvió tan rápido.

Tash sacó su teléfono móvil y realizó la llamada. Stilwell solo oyó una parte de la conversación y no le gustó mucho cómo suavizó ella la voz al hablar con Hester. Se preguntó si estaba dejando abiertas sus opciones o si solo estaba vislumbrando cómo tenían que desenvolverse las mujeres en el mundo de los hombres. Finalizó la llamada en cuanto obtuvo la información que necesitaba.

—Dice que solo era una prueba para comprobar las reparaciones que se habían hecho. El señor Colbrink llamó a la torre y dijo que solo iba a salir a la bahía para acelerar el motor y purgar el carburador.

—Pero no podemos estar seguros de que fuera Colbrink —manifestó Stilwell.

—Podría haber sido el mecánico o uno de los tripulantes que contrata el señor Colbrink para mover el barco. Aun así, podría haber llamado él a la torre.

—No me ha parecido que se hiciera ningún trabajo en el barco. Simplemente salió del club, abrió la lona de la cabina de mando y se fue.

—¿Quieres que vuelva a llamar a Eugene?

—No, solo estoy pensando en voz alta. ¿Puedes poner otra vez las cámaras para que vea cómo vuelve el barco? Quizá tengamos suerte y veamos una cara.

Tash volvió a poner las cámaras y luego se levantó de la silla para que Stilwell se sentara y jugara con los ángulos. Pronto estuvo observando el regreso a puerto del Emerald Sea. La decepción golpeó a Stilwell en dos frentes. Primero, vio claramente que la brillante ancla de acero continuaba unida a la proa del barco. Y, segundo, el hombre al timón estaba usando de nuevo la botavara para ocultar su rostro, esta vez de pie en el otro lado del timón mientras el barco entraba.

Stilwell maldijo para sus adentros. Siguió el barco mediante las cámaras hasta la misma boya roja de amarre. El hombre la enganchó y amarró el barco, y luego regresó en la lancha al embarcadero del Black Marlin Club.

Stilwell miró el reloj. Eran más de las cinco, la tarde se le había pasado volando. Sacó el teléfono, con la esperanza de pillar a Monty West antes de que terminara su turno en la oficina del forense.

—Traumatismo por objeto contundente —dijo West a modo de saludo.

—¿Qué? —preguntó Stilwell.

—Pensé que me llamarías por la mujer no identificada.

—¿La causa de la muerte es un traumatismo por objeto contundente?

—Eso es lo que dice el informe preliminar. Lesión en el cráneo y la corteza cerebral. Hinchazón por contragolpe, edema, todo lo que sigue.

—Entonces, estaba muerta antes de caer al agua.

—Ese sería el caso, sí. Pero todo esto es preliminar. El informe saldrá mañana.

—¿Ha asistido alguien de la oficina del sheriff?

—Déjame comprobarlo.

Stilwell oyó el tableteo del teclado.

—Sampedro, de la oficina del sheriff, estuvo aquí —dijo West.

—De acuerdo —dijo Stilwell—. ¿Algo nuevo en cuanto a la identificación?

—La víctima sigue sin ser identificada.

—¿Algo que pueda ayudar con eso?

—Le hicieron radiografías. Tratamiento dental y dos clavos en el brazo izquierdo de una cirugía para reparar una fractura. Por el material usado, se colocaron en los últimos diez años.

Stilwell se animó. Ambos detalles podían conducir a la identificación si se localizaban los registros médicos de la víctima.

—¿Qué más? —preguntó—. Espero que Sampedro pidiera pruebas de violación.

—Veamos… —dijo West—. Dice que la víctima estaba completamente vestida. Pero, sí, aquí está. No hay indicios de agresión sexual, pero se recogió ADN extraño para analizarlo. Cogieron muestras.

—¿De dónde?

—De la vagina.

Stilwell pensó en lo que eso podía significar. Si estaba vestida cuando la metieron en el agua y no había moratones ni otras lesiones de una agresión sexual, era posible que hubiera mantenido relaciones sexuales consentidas antes de su muerte.

—¿Y la hora de la muerte?

—Teniendo en cuenta la descomposición y la temperatura del agua, el momento de la muerte está en un rango de días, no de horas. De seis a ocho días.

—¿Eso es a partir de hoy o del día de la recuperación?

—De seis a ocho días antes de la recuperación del cadáver.

—Vale.

Stilwell hizo los cálculos y situó el día en que Leigh-Anne Moss fue despedida del BMC al principio de ese intervalo.

—¿Algo más que destacar del informe? —preguntó.

—No —dijo West—. Eso es todo.

—Vale, gracias, Monty. Te debo una.

—Eso es lo que dijiste la última vez. Así que en realidad me debes dos. La pregunta es cuándo vas a pagar.

—Pronto, Monty. Pronto.

Stilwell colgó y reflexionó durante unos momentos. Su investigación confidencial estaba conduciendo a una teoría de asesinato, es decir, a una imagen emergente de lo que sucedió y por qué. Sabía que le faltaban muchos detalles, pero su instinto le decía que Leigh-Anne Moss era la mujer del agua y que la habían matado de un golpe en la cabeza con la escultura del marlín negro que saltaba. Luego, habían ocultado su cuerpo en el Emerald Sea, lo habían sacado del puerto y lo habían llevado a la bahía para lastrarlo y sumergirlo.

Stilwell sabía que ninguna parte de su teoría de asesinato era demostrable en ese momento, ni siquiera la identificación. Pero no se arredró. Continuaría con sus esfuerzos, aunque solo fuera para dejar en ridículo a Ahearn y hacer que Corum se diera cuenta de que se había equivocado al echarlo a él de homicidios. Pasaría las líneas rojas, aunque sabía que los próximos movimientos que tenía que hacer lo llevarían de la isla al continente, donde estaría desprotegido y cualquier cosa podría suceder.

15

Stilwell llamó a Tash desde el muelle del ferri, donde iba a embarcar en el siguiente barco en zarpar hacia el puerto de Los Ángeles.

—Esta noche no estaré en casa —dijo—. Voy a cruzar para hacer un par de entrevistas y debería estar de vuelta en algún momento de mañana.

Stilwell notó vacilación en la voz de Tash cuando esta le preguntó dónde iba a quedarse.

—No lo tengo claro todavía —respondió él—. Probaré con Gary Saunders, a ver si puede alojarme, o simplemente me buscaré un motel.

—¿Qué entrevistas?

—Creo que tengo una pista sobre la víctima y su dirección en el continente está en Belmont Shore. Tengo que ir allí y ver si hay alguien. Luego quiero hablar con el tipo que me mencionaste, Mason Colbrink, en Malibú.

—¿No puedes hacer eso por teléfono?

—Eh, no, siempre es mejor hablar cara a cara con un posible testigo. ¿Por qué? ¿Hay algún problema si voy? Estoy a punto de subir al Express.

—No, es solo que…, bueno, no me gusta que cruces. Solo pasan cosas malas allí.

Era una frase que Tash había oído repetir a sus padres durante años. La habían usado para calmar su curiosidad adolescente y mantenerla cerca. Ahora ella usaba lo mismo para mantener cerca a Stilwell

—No me va a pasar nada —repuso él—. Y ocurren cosas malas a los dos lados de la bahía, Tash. Lo sabes.

—Supongo —dijo ella—. Solo ten cuidado allí.

—Siempre.

Colgó y pensó en la breve conversación. Se preguntó si la preocupación de Tash era realmente por otra cosa, a saber, que su exmujer vivía en Belmont Shore, en el apartamento que estaba en venta.

Stilwell llevaba su bolsa de viaje, que siempre guardaba en la comisaría, una bolsita de lona que contenía una muda de ropa. Fue el último pasajero en subir al Express; tomó los escalones hasta la timonera, donde llamó a la puerta y le hizo saber al capitán que estaba a bordo. Los ayudantes del sheriff, con uniforme o sin él, podían viajar gratis en los transbordadores siempre y cuando no ocuparan un asiento en un barco con todas las plazas ocupadas.

Stilwell se dirigió entonces a la popa, desde donde vería la puesta de sol sobre la isla y los delfines, que siempre parecían seguir la estela de los transbordadores que cruzaban la bahía. El ferri solo iba medio lleno, así que tomó asiento en una de las filas que estaba protegida del viento y las salpicaduras de las olas. En cuanto el barco se alejó del muelle, envió un mensaje de texto a Gary Saunders ofreciéndole unos huevos encurtidos y jugar al billar en Joe Jost's por el uso de la habitación de invitados de su casa en Long Beach. Más que asegurarse un lugar donde quedarse, quería pasar tiempo con Saunders para preguntarle por la mujer que su equipo había sacado del fondo del puerto.

El trayecto hasta el continente duró poco más de una hora y durante ese tiempo el cielo se oscureció y descendió la temperatura. Stilwell sacó una cazadora de su bolsa de lona y se la puso al desembarcar. Caminó hasta el aparcamiento de larga estancia, donde muchos residentes de Catalina guardaban coches para sus visitas al continente. Su Bronco de 1974 estaba cubierto de polvo y suciedad. Habían pasado al menos dos semanas desde que había cruzado y lo había usado, pero el viejo motor cobró vida en cuanto giró la llave. Puso rumbo a la dirección de Belmont Shore que figuraba en el permiso de conducir de Leigh-Anne Moss y en su solicitud de empleo para el Black Marlin Club. Podría haber ido a la

comisaría del sheriff de Compton para sacar un coche sin identificar del garaje, pero quería pasar desapercibido en ese viaje y no arriesgarse a que Ahearn y Sampedro se enteraran de que estaba en el continente y trabajando.

El apartamento de Leigh-Anne Moss se hallaba en un pequeño edificio de seis apartamentos en la esquina de Roycroft y Division. No tenía verja de seguridad y eso permitió que Stilwell accediera directamente a la puerta del apartamento 2. Llamó una vez y un hombre de piel muy bronceada y cabello decolorado por el sol abrió la puerta. Stilwell ya tenía en la mano su tarjeta de identificación.

—Departamento del Sheriff —dijo—. Busco la casa de Leigh-Anne Moss. ¿Vive aquí?

—Eh, no, en realidad no —contestó el hombre—. Quiero decir…, esta era su casa, pero ya no estamos juntos. A veces la dejo quedarse aquí, pero casi siempre se queda en Catalina. ¿De qué se trata?

—Necesito encontrarla y no está en Catalina. Acabo de llegar de allí.

—Bueno, no sé qué decirle.

—Su nombre es…

—Peter Galloway.

—Esta es la dirección que Leigh-Anne Moss puso en su carnet de conducir. ¿Está ahí dentro?

—No, tío, no está. Hace un par de meses que no la veo.

—¿Le importa si entro y le hago unas preguntas, Peter?

—Eh, supongo que no.

Galloway dio un paso atrás; Stilwell entró y miró a su alrededor como si buscara a Leigh-Anne Moss, aunque sabía instintivamente que estaba muerta. El apartamento apenas estaba amueblado, pero el desorden y la suciedad eran los propios de la soltería. Botellas de cerveza vacías, cajas de pizza, una pipa de vidrio rosa que Galloway recogió de una mesa de centro y escondió tras él mientras la llevaba a un armario de la cocina. La pipa no era ilegal, ni tampoco lo que probablemente fumaba con ella. Ocultarla seguro que fue una

reacción producto de la costumbre. Eso le dijo a Stilwell que el hombre tendía a esconder cosas de las figuras de autoridad: padres, jefes, policías.

—Eh, bueno, sí, ¿de qué se trata? —preguntó Galloway—. ¿Qué quiere saber?

—Es una investigación criminal que involucra a la señora Moss —dijo Stilwell.

—No me sorprende. ¿Qué ha hecho?

—¿Le importa si me siento?

—Tome asiento. Lamento el desorden.

—No hay problema. Gracias.

Stilwell se sentó en una silla frente al sofá. Todos los muebles eran de estilos diferentes, lo que proyectaba la impresión de un apartamento universitario, pero Galloway había terminado la universidad hacía diez años.

Galloway se sentó en el sofá y cogió una botella de cerveza sin acabar de una mesita de centro que estaba llena de envases y páginas arrugadas de guiones.

—Se lo preguntaré de nuevo —dijo Stilwell—, ¿tiene idea de dónde está Leigh-Anne Moss?

—Ni idea —contestó Galloway.

—¿Sabe dónde se aloja cuando está en Catalina?

—La verdad es que no. Supongo que se queda con el tío rico que se esté tirando en ese momento.

Stilwell no respondió al principio. El tono de Galloway le dio que pensar. Ya tenía una dirección a la que orientar sus preguntas.

—Eso parece un poco duro —dijo.

—A veces la verdad es dura —repuso el otro.

—¿A qué se dedica, Peter?

—Voy a audiciones, sobre todo. Soy actor. Pero, desde las huelgas, ya casi no hay producciones. Estoy pensando en mudarme a Atlanta, la verdad.

—¿Y dejar atrás a Leigh-Anne?

—No hay nada entre nosotros, así que no hay nada que dejar atrás. Rompimos hace mucho tiempo.

—Pero esta es la dirección que ella puso en una solicitud de empleo.

—Bueno, yo no tuve nada que ver con eso.

—¿Sabe a qué se dedica en la isla? Me refiero a su trabajo.

—Lo mismo de siempre. En un bar, camarera… También hace estriptis, pero he oído que no hay sitios así por allí. Al menos, no oficialmente.

—¿Qué significa eso de «no oficialmente»?

—Digamos que L-A está disponible para fiestas privadas de cualquier tipo. Aquí, allá, donde esté.

Ese tono otra vez. Galloway apenas pudo ocultar su desprecio.

—¿Se hace llamar L-A? —preguntó Stilwell—. ¿Por sus iniciales?

—A veces —dijo Galloway—. Un nombre artístico, se podría decir.

—¿Así es como se conocieron? ¿En un club o un bar? ¿O en un escenario?

—Nos conocimos cuando trabajábamos para la misma empresa de cáterin en Hollywood.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos cinco años. Nos conocimos y al cabo de un tiempo nos mudamos juntos.

—El trayecto para ir y venir de Hollywood es largo.

—Nos mudamos aquí después de dejar ese trabajo.

—¿Lo dejasteis o más bien os despidieron?

—No me despidieron. Conseguí un papel en una película y lo dejé. A ella la despidieron por hacer lo de siempre.

—¿Por ligar con los clientes?

—Veo que tiene todas las respuestas. ¿Para qué molestarse con las preguntas?

—Porque es mi trabajo. Así que parece que seguía este… patrón de conseguir trabajos que la acercaran a gente con dinero.

Stilwell lo dejó ahí, con la esperanza de que Galloway continuara. No lo hizo.

—A lo que quiero llegar es a que parece que utilizaba sus trabajos para contactar con gente, hombres, que pudieran ayudarla —continuó—. ¿Diría eso?

—Creo que ya lo he dicho —repuso Galloway—. ¿Qué ha hecho, estafar a uno de esos viejos verdes? Si quiere saber mi opinión, ha tenido lo que se merecía.

—Así que sabía que ella… era así, ya desde el cáterin. Pero se quedaron juntos y se mudaron aquí.

—Rompimos un montón de veces…, pero siempre volvíamos. Excepto la última vez, supongo.

—Ha dicho que fue hace mucho tiempo, pero también ha dicho que hace un par de meses que no la ve. ¿En qué quedamos?

—En realidad, no la vi. Hablé con ella. Sigo dejándola quedarse aquí cuando no tiene otro sitio al que ir. Tiene llave.

—¿Solo hay un dormitorio?

—Sí.

Pronunció la palabra con un tono largo y frustrado.

—¿Ella duerme en el sofá? —preguntó Stilwell—. ¿O con usted?

—No es de su incumbencia, joder —espetó Galloway.

—Vale, entonces, dígame esto. ¿Fue esa la última vez que se quedó aquí, hace dos meses? ¿Eso sería, cuándo, en marzo?

—Fue en abril. Pero yo no estaba aquí. Tenía un trabajo en Georgia. Ella llamó, dijo que necesitaba quedarse y yo le dije que adelante.

—¿Qué tipo de trabajo? ¿De actor?

—Se podría llamar así. Me contratan como Deadpool en las Comic Cons de todo el país. Es un buen dinero entre los trabajos de verdad. Tengo la misma altura, peso y complexión que Ryan Reynolds.

Stilwell asintió. Sabía que Reynolds era una estrella de cine. Él y Tash habían visto una de sus películas en el Casino. Pero fingió confusión para hacer hablar a Galloway. El actor se lo tragó y empezó a revolver las páginas del guion esparcidas sobre la mesa de centro. Finalmente, levantó una foto de 20 × 25 centímetros de un

hombre con un atuendo rojo y negro que lo cubría de pies a cabeza. Llevaba dos espadas ninja atadas a la espalda.

—Ese soy yo —dijo Galloway—. Como Deadpool.

Stilwell asintió de nuevo y sonrió.

—Entonces, ¿Deadpool es un personaje? —preguntó, como si acabara de entenderlo—. ¿Con qué frecuencia hace esto?

—Una vez al mes, más o menos. Trabajo en el circuito, promocionando las películas. Es un buen dinero.

Que dijera dos veces que era un buen dinero hizo pensar a Stilwell que probablemente no era así.

—¿Y este mes? —preguntó—. ¿Ha hecho un trabajo de Deadpool?

—Sí, un Crucero del Cómic, en un barco que salió de Tampa.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de semanas. Fue un crucero de tres días. ¿Por qué pregunta sobre mí?

Galloway acababa de darle a Stilwell lo que parecía una coartada para el fin de semana en que habían despedido y seguramente asesinado a Leigh-Anne Moss. Supuso que el Crucero del Cómic se habría celebrado durante el fin de semana, es decir, hacía dos fines de semana. Sería bastante fácil comprobar las fechas y confirmar que Galloway había estado en el barco.

—Mi trabajo es hacer preguntas —dijo Stilwell—. Volvamos a Leigh-Anne. ¿De dónde es?

—De Detroit —contestó Galloway—. Vino aquí en busca de fama y fortuna, como todo el mundo. Pero las cosas no salieron exactamente así.

—¿Tiene familia allí?

—Bueno, tiene un padre allí que empezó a violarla cuando tenía trece años. Y una madre que dejó que pasara. Hay un hermano mayor en alguna parte, pero perdieron el contacto cuando él se fue de casa. Y eso es todo lo que me contó.

—Usted fue su familia mientras duró.

—Supongo que sí.

—Pero eso se acabó, ¿verdad?

—Sí, se acabó. Es lo que he estado explicándole.

—Bueno, lo que estoy tratando de averiguar es con quién está ahora. Si lo supiera, lo dejaría en paz e iría a llamar a esa puerta. ¿Entiende?

—Lo entiendo, pero no puedo ayudarlo. No tengo ni idea de con quién está. Solo sé que no conmigo.

—Y eso duele, ¿no?

Galloway negó con la cabeza y se levantó de un salto del sofá.

—¡Se acabó! —gritó—. Tiene que irse ya. No voy a responder más preguntas. —Señaló la puerta del apartamento.

Stilwell no se movió.

—Peter, siéntese —dijo—. Por favor. Esto es una investigación criminal. Tiene que entender que o habla conmigo aquí o lo llevo al palacio de justicia, donde hablaremos en una habitación sin ventanas.

Esperó y Galloway finalmente volvió a sentarse.

—Gracias —dijo Stilwell—. Cuénteme lo que sepa del trabajo de Leigh-Anne en Catalina.

—No sé nada de eso —repuso Galloway—, salvo que curra en un club privado.

—¿Cómo consiguió el trabajo?

—No lo sé. Conoció a un tipo en una fiesta y él le habló del club.

—¿Una fiesta aquí o en la isla?

—Aquí, creo. Yo no estaba.

—¿Ese tipo era socio del club privado de Catalina?

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a ella. No es que quisiera conocer todos los detalles. Lo único que sé es que consiguió un trabajo allí.

—¿Y nunca le habló de ello?

—Solo dijo que era un club elegante lleno de tíos ricos y que se suponía que era de pesca, solo para hombres, pero esos tíos solo van allí para alejarse de sus esposas y follar. Por eso quería el trabajo.

—Quería ligar.

—Vaya, tiene que ser una especie de detective o algo así.

Stilwell no hizo caso del sarcasmo.

—¿Alguna vez cogió un Express para ir a verla allí?

—No, nunca he estado allí. Ya se lo he dicho, coño, ya no estamos juntos. ¿Por qué iba a ir?

—¿Porque todavía quiere estar con ella?

Galloway negó con la cabeza, como si estuviera intentando sacudirse una pesadilla. Apartó la mirada y no respondió. Pero en su silencio estaba la respuesta.

—Peter, tengo que preguntarle una cosa más —dijo Stilwell—. Y luego lo dejaré en paz.

Galloway se volvió hacia él.

—Joder. ¿Qué?

—Tendrá fotos de ella todavía —sugirió Stilwell—. Necesito verlas.

—¿Por qué necesita ver fotos?

—Porque lo único que tenemos es un permiso de conducir. Ayudaría tener algunas fotos informales.

—¿Para qué?, ¿para un cartel de «Se busca» o algo así? ¿Qué demonios ha hecho?

—No puedo hablarle de una investigación en curso, Peter. ¿Tiene fotos?

Galloway metió la mano en un bolsillo y sacó su teléfono. Introdujo una contraseña y abrió la galería. Se desplazó por sus fotos durante casi treinta segundos antes de detenerse.

—Esto es todo lo que tengo —dijo—. Pero son viejas.

Le entregó el teléfono a Stilwell por encima de la mesa de centro. La imagen de la pantalla era un primer plano de Leigh-Anne, sonriendo, sin mechón morado en el pelo. Estaba fechada el 5 de mayo de 2022. Stilwell miró otras tres fotos, todas tomadas a los pocos segundos de la primera y mostrando la misma sonrisa espontánea.

Callahan, el responsable del bar, tenía razón. Era una belleza. Stilwell vio lo que todos los hombres, jóvenes y viejos, vieron. Pero lo que le importaba a él era otra cosa. Vio a una mujer con luz en la mirada y una sonrisa auténtica en los labios. Nadie debería haberle arrebatado el futuro.

16

Servían los huevos encurtidos sobre un lecho de palitos de pretzel salados en una canastita de plástico que quedaba en un hermoso equilibrio en la banda de la mesa donde Stilwell y Gary Saunders jugaban al billar americano mientras hablaban de los flotadores y los sumergidos de antaño. El Joe Jost's estaba lleno de gente y de ruido. El venerable bar celebraba un siglo de existencia con continuas ofertas de cerveza para animar a los asistentes.

Stilwell y Saunders se conocían desde hacía mucho. Saunders había sido el mentor de un joven Stilwell cuando asignaron a este al equipo de buceo del sheriff. Saunders nunca había dejado la unidad que ahora dirigía. Hubo momentos en los que Stilwell lamentó que lo trasladaran. El equipo de buceo era una burbuja en el departamento con una labor muy específica. Por muy sombrías que fueran las misiones a veces, era un refugio seguro frente a la política y la burocracia que parecían surgir por todas partes en el resto del departamento.

Saunders ganó las dos primeras partidas con facilidad. Era una novedad. Las partidas solían ser más igualadas, pero Saunders ya no estaba casado y Stilwell supuso que pasaba buena parte de su tiempo libre en bares con mesas de billar. Al final, Stilwell desvió la conversación disimuladamente hacia el rescate del cadáver en el puerto de Avalon, haciendo preguntas como si solo tuviera un interés pasajero en el caso. Empezó con una cuya respuesta ya conocía.

—¿Cuánto tiempo crees que estuvo bajo el agua?

—Uf, joder, yo diría que de cuatro a seis días, basándome en la cera —dijo Saunders, refiriéndose a la adipocira, la sustancia

jabonosa que se forma en un cuerpo durante la descomposición en agua.

—Sí, yo pensaba lo mismo —dijo Stilwell—. ¿Había algo más en la bolsa que fuera útil?

—No, la verdad es que no. Salvo la bolsa en sí, supongo.

—¿Por qué? Solo era una bolsa de basura, ¿no?

—No, era una bolsa de vela.

—¿Qué?

—Dijeron que era para un foque, la vela de proa de un barco.

—¿Un queche, por ejemplo? ¿La vela de proa de un queche?

—No me conozco la jerga de los veleros, tío. Soy más de esquí náutico. Pero, si un queche tiene una vela de proa, entonces sí. Era para guardar un foque.

—¿Quién la identificó así?

—Creo que fue el investigador forense que estaba en el barco con nosotros. Él sí es más de veleros.

Stilwell guardó silencio mientras preparaba un tiro a la bola siete. Falló estrepitosamente y metió la blanca. No estaba pensando en el billar, sino dándole vueltas a esa nueva información. Significaba que era probable que la mujer encontrada en el agua hubiera sido arrojada al mar desde un velero. Pensó en el Emerald Sea y en la visita de medianoche de alguien del Black Marlin y luego en la extraña excursión de ida y vuelta desde el puerto al día siguiente, todo ello dentro del plazo compatible con la descomposición del cadáver.

Con la blanca bien situada, Saunders golpeó fácilmente la bola ocho y terminó la partida.

—Tienes que venir aquí y practicar más a menudo —dijo—. Me debes otros cinco.

—No va a pasar; lo de la práctica, quiero decir —contestó Stilwell—. Me gusta la isla. Me gusta estar allí.

—Al menos estás lejos de toda la mierda.

—No estoy tan seguro de eso.

Él sabía que Saunders se refería a su pelea con la unidad de homicidios. Si no fuera porque Ahearn se estaba ocupando del caso de Avalon, para Stilwell sería un recuerdo lejano. Pero la estupidez lo había seguido hasta la isla.

Saunders cogió cuatro monedas de veinticinco centavos de la banda y las introdujo en la ranura de la mesa; luego empezó a colocar las bolas para otra partida. Sonó el teléfono de Stilwell y vio que era Tom Dunne, que por fin le devolvía la llamada.

—Oye, tengo que cogerlo. Voy a salir.

—Acabo de colocar las bolas —se quejó Saunders—. Si no jugamos, perdemos la mesa.

—Estoy seguro de que a una de las guapas señoritas de la barra le encantaría quedarse con tu dinero.

—Sí, claro.

Stilwell respondió a la llamada y le dijo a Dunne que esperara; luego recorrió el bar hacia la salida, deteniéndose solo para hablar con una mujer a la que Saunders doblaba la edad.

Señaló hacia la mesa de billar.

—Ese tipo está buscando a alguien que le enseñe a jugar al billar —dijo.

No se detuvo a ver si ella mordía el anzuelo. Abrió la puerta y buscó un lugar tranquilo en la acera para hablar.

—Tom, ¿sigues ahí? ¿Cómo te encuentras?

—Eh, mejorando. Todavía veo doble y me duele la cabeza. Pero hoy ha ido mejor que ayer, eso seguro.

—Bien. ¿Te puedo hacer un par de preguntas sobre el sábado?

—Claro. Pero la verdad es que no me acuerdo de nada. Lo último que recuerdo es entrar en ese bar para cubrir a Eddie E. Después, todo está borroso.

—No pasa nada. ¿Recuerdas algo del turno antes de eso?

—Eh, creo que sí. No sé. La gente solo me ha preguntado por el golpe que me dieron, no por lo que pasó antes.

—Bueno, hice un seguimiento de una denuncia que tomaste en el Black Marlin. ¿Lo recuerdas?

—¿El… robo de una escultura? ¿A eso se refiere?

—Exacto. Me preguntaba si oíste o viste algo que no recogieras en tu informe.

—Eh, la verdad es que no. Quiero decir… No lo creo.

—El informe que presentaste es bastante escueto. Pensaba que tal vez tendrías pensado añadir más después del turno, pero esa noche terminaste en la clínica.

—De verdad que no me acuerdo, sargento. No sé qué pasó con mi libreta. Puedo echarle un vistazo y ver si hay algo que no puse en el informe.

Stilwell tomó mentalmente nota para comprobar si la libreta estaba en la comisaría o en la clínica donde Dunne fue atendido en primera instancia.

—Veré si puedo encontrarla —dijo Stilwell—. La otra cosa es Merris Spivak. ¿Lo conoces?

—Es el imbécil que me golpeó, ¿verdad? —dijo Dunne—. Ni siquiera lo vi. Me atizó por sorpresa.

—Pero ¿no reconoces el nombre?

—No, ¿debería?

—No lo sé. Todo quedó grabado en cámara y a mí me parece un poco raro.

—¿Qué quiere decir?

—Como que tal vez te conocía.

—¿Puedo verlo?

—Le pido a Mercy que te envíe un enlace. Échale un vistazo y dime qué te parece.

—Lo haré.

—Spivak pasó trescientos días en la cárcel del condado hace un par de años. Sé que venías de la división de prisiones. ¿Dónde trabajaste?

—Empecé en Biscailuz, como todo el mundo, y luego estuve en Pitchess hasta que me trasladaron a Avalon.

—Spivak estuvo en Pitchess. Quizá te reconoció de allí.

—Puede ser. Había mucha gente allí, claro.

—Sabes que los expedientes personales son privados, según el acuerdo sindical, así que no siempre sé qué hay detrás de los traslados a Catalina. ¿Algo que deba saber sobre ti y Pitchess? ¿Algo que pueda tener que ver con Spivak?

—Eh, no, no lo creo. Quiero decir…, no conozco ese nombre. Miraré el vídeo, pero dudo que reconozca al tipo. Había demasiada gente en esas celdas.

Para Stilwell estaba claro que Dunne no quería hablar de lo que fuera que lo había llevado a ser trasladado a una comisaría donde operaría lejos del alcance del radar del continente. Decidió dejarlo pasar por el momento.

—Sí, probablemente tienes razón —dijo Stilwell—. Así que mira el vídeo y, si te suena algo, me avisas.

—Lo haré, sargento —dijo Dunne.

—De acuerdo, descansa. Te necesitamos de vuelta.

—En cuanto pueda, sargento.

—Llámame Stil.

—Recibido…, Stil.

Stilwell colgó y volvió al bar. Saunders seguía jugando al billar. La mujer a la que había señalado antes estaba allí junto con otra que se había unido a una partida a tres.

—Justo a tiempo —dijo Saunders—. Podemos jugar por parejas.

—La verdad es que tengo que irme —dijo Stilwell—. Y parece que ya tenéis un trío en marcha.

—Anda, venga. Quédate. Ella es Brenda y ella es… Darlene. Chicas, os presento a Stilwell. La gente lo llama Stil.

Stilwell levantó la mano, incómodo, para saludar.

—Encantado de conoceros, señoritas, pero de verdad que tengo que irme —dijo.

Hizo un gesto a Saunders para que se acercara un momento en privado.

—Yo pagaré la cuenta en la barra —afirmó—. Mándame un mensaje si ves que necesito una habitación de hotel.

—No, la habitación de invitados es tuya —insistió Saunders.

—No si tienes suerte. No quiero interrumpirte.

—No hay problema. De todos modos, ¿adónde vas?

—Quiero hacer un seguimiento de esa bolsa de vela. Tengo que ir a ver a un tipo en Malibú.

—Espera, ¿qué? Ni siquiera es tu caso.

—Sí, pero tengo la sensación de que, si no lo hago yo, no lo hará nadie.

—Qué cabrón, vas a meterte en otro lío por tonto.

—Quizá, pero tengo que hacerlo.

—El mismo Stil de siempre. No puedes dejar las cosas como están. Deberías haberte quedado en el equipo de buceo, pero no, tenías que ir a resolver asesinatos.

—¿Qué puedo decir?

—Buena caza, hermano.

—Y buena suerte para ti.

Stilwell señaló con la cabeza hacia las dos mujeres, que estaban susurrando entre ellas al otro lado de la mesa de billar.

—Bueno, mis perspectivas acaban de duplicarse —dijo Saunders—. Ya veremos qué pasa.

Mientras salía de Jost's, Stilwell pensó en la advertencia que su amigo acababa de plantearle. Sus preocupaciones estaban bien fundadas y él tuvo que considerar qué estaba haciendo y qué motivación había detrás. La mayoría de los policías que conocía se cansaban a los diez o quince años de la profesión. Hasta los más duros se dejaban arrastrar por la corriente. Parecían olvidar por qué se habían puesto la placa: para ser justos; para corregir los errores contra los inocentes; para evitar que esos errores ocurrieran. Stilwell nunca quiso olvidarlo. Tal vez las motivaciones de Leigh-Anne Moss no eran del todo inocentes, pero no merecía acabar en una bolsa negra para velas en el fondo del puerto. Stilwell estaba seguro de que, una vez que Ahearn conociera su historia, la juzgaría y la dejaría allí mientras pasaba a la siguiente, esperando una víctima que le gustara.

Stilwell estaba seguro de otra cosa: Ahearn podía irse al cuerno, porque él no iba a detener su impulso ni su investigación.

17

Mason Colbrink vivía en los acantilados de Carbon Beach, en una mansión de ocho cifras con vistas al Pacífico y a las luces de Catalina en el horizonte. Por alguna razón, la casa se había salvado de los incendios que habían cruzado las colinas desde las Palisades en enero y habían arrasado Malibú hasta el océano. Stilwell llegó a la puerta a las 21:15. Sabía que alguien como Colbrink consideraría que era muy tarde para una visita, pero Stilwell había descubierto a lo largo de los años que presentarse ante testigos y sospechosos cuando no se lo esperaban producía los mejores resultados para obtener información sincera o incriminatoria. Sin citas, sin tiempo de preparación.

La voz que salió del intercomunicador de la verja sonaba recelosa ante la intrusión inesperada, pero Stilwell utilizó las palabras mágicas «Departamento del Sheriff. Necesitamos hablar con Mason Colbrink» y la verja se abrió sin que se oyera ni una palabra más. Stilwell enfiló un camino sinuoso hasta lo alto de la colina. La puerta principal de la mansión ya estaba abierta y había un hombre de pie a la luz que provenía del interior. Stilwell aparcó en la rotonda y apagó el motor, confiando en que el Bronco no derramara aceite en el patio de ladrillos de color crema.

Bajó del coche y se acercó a la puerta y al hombre que lo esperaba.

—¿Señor Colbrink?

—Sí, soy yo. ¿De qué año?

—¿Perdón?

—El Bronco.

—Ah, del 74.

—¿Y no le dan un coche del sheriff o algo así?

—Bueno, acabo de llegar de Catalina y me ahorraba tiempo conducir mi propio coche.

—¿Qué está pasando en Catalina?

—De eso es vengo a hablar. ¿Puedo pasar, señor?

—¿Tiene una identificación?

Stilwell le mostró su carnet de sheriff.

—Sí, pase mejor.

Stilwell sabía por los registros del Departamento de Tráfico que Colbrink tenía cincuenta y seis años y nunca había sido condenado por ningún delito, ni siquiera por una infracción de tráfico. En ese momento vio que era alto y delgado, con el pelo castaño cortado y teñido en la peluquería, gafas de montura negra y un bronceado de Malibú. También desprendía un aura que no dejaba lugar a dudas respecto a su riqueza y posición social. Condujo a Stilwell a lo que los agentes inmobiliarios llamaban un gran salón. Era más grande que la mayoría de las casas, con un techo de dos pisos de altura y chimeneas de piedra idénticas en cada extremo. Cada una tenía su propio grupo de muebles a su alrededor. Era el tipo de espacio en el que podían reunirse al mismo tiempo dos grupos separados sin que uno molestara al otro. Colbrink señaló un sofá en el primer grupo y Stilwell se sentó.

—Supongo que deberíamos empezar por su nombre y de qué se trata todo esto —dijo.

—Sí, señor. Me llamo Stilwell. Soy sargento detective del Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles. Me encargo de todos los casos que se originan en Catalina.

—Acabo de enterarme de que hubo una muerte en el puerto, un posible asesinato.

—Sí, de eso se está encargando la unidad de homicidios. En realidad, estoy aquí por otra cosa. Hemos recibido una denuncia por el robo de un objeto de arte muy valioso del Black Marlin, del que me han dicho que usted es miembro.

—¿Era una de las pinturas *au plein air* que donó mi padre?

—No. Era una estatuilla. Una escultura de un marlín negro que se robó de un pedestal que estaba en el vestíbulo principal. Se describió como un objeto de valor incalculable, así que nos estamos tomando el robo muy en serio.

—Conozco la escultura. También conozco el jade negro y no diría que es una obra de arte de valor incalculable. Quien se la llevó cometió un error. Las pinturas de las paredes de la biblioteca del club son mucho más valiosas.

Stilwell se limitó a asentir. Entendió que Colbrink quería controlar la conversación recurriendo a su riqueza en conocimientos. Contempló la habitación, como si reparara en ella por primera vez.

—Tiene una casa preciosa —dijo—. ¿Vive aquí solo?

—No, no vivo solo —respondió Colbrink.

No dio más explicaciones.

—Bueno, volviendo al marlín negro que fue robado —dijo Stilwell—, como he mencionado, nos lo estamos tomando en serio, sea cual sea su valor real. Creemos que el robo ocurrió hace dos fines de semana. El BMC no tiene cámaras exteriores ni interiores, pero revisamos otras cámaras situadas en torno al puerto y vimos que su queche, el Emerald Sea, estaba allí ese fin de semana. Me gustaría saber si estuvo en el club el sábado o el domingo y si vio algo sospechoso, alguien fuera de lugar o cualquier otra cosa que pareciera…

—Lo voy a detener ahí mismo —dijo Colbrink—. Mi barco estaba allí, pero yo no. Yo estaba aquí. Y puedo proporcionar testigos que lo corroboren, varios. El sábado 17 fue el cumpleaños de mi esposa y teníamos a varias personas aquí para celebrarlo.

Stilwell forzó una sonrisa y levantó una mano para detener la explicación.

—Por favor, no me malinterprete —dijo—. No es usted sospechoso, señor Colbrink. En absoluto. Vi que su barco estaba en el puerto y pensé que podría haber estado allí en el club o en el barco y que había una posibilidad de que viera algo.

—Bueno, no estaba —dijo Colbrink.

—De hecho, tenemos una sospechosa. Leigh-Anne Moss. Trabajaba en el restaurante durante el almuerzo y en el bar por la noche. ¿La conoce, por casualidad?

—Conozco a muchos de los empleados, pero no a todos por su nombre.

—Tiene veintiocho años y un mechón morado en el pelo. El señor Crane la despidió el mismo fin de semana del robo. Cree que ella se llevó la estatua del pedestal después de salir de su despacho.

—Recuerdo a la chica con un mechón morado en el pelo. No tuve ninguna interacción con ella más allá de pedirle alguna copa en el bar. De hecho, me dijeron que era problemática.

«Otra vez la misma definición», pensó Stilwell.

—¿En qué sentido era problemática?

—Oí que era una mujer que iba de pesca, no sé si me explico.

—¿Quién se lo dijo?

—La verdad es que no lo recuerdo. Solo eran habladurías entre los socios en las mesas de juego. A la gente le gusta cotillear mientras juega al póquer. Distrae a sus oponentes.

—Entonces, aparte de pedirle alguna bebida, ¿no tuvo ninguna interacción con Leigh-Anne Moss?

—Ya le he dicho que no. Ahora, si eso es lo único que ha venido a averiguar, le pediré que se vaya. —Colbrink empezó a levantarse.

—En realidad, no es eso lo que he venido a preguntarle.

—Entonces, ¿qué, sargento?

—Lo siento, señor. Intentaré ser breve. ¿Alguien utilizó su barco ese fin de semana mientras usted estaba aquí?

—No. Tengo una tripulación que navega conmigo, pero no había planes para ese fin de semana. Estuve allí este último, como probablemente ya sabrá, y trajimos el Emerald de vuelta a casa.

—¿A Marina del Rey?

—Sí, lo tengo en el CYC.

—¿El CYC?

—El California Yacht Club. Haga su siguiente pregunta.

—Cuando no navega en el Emerald Sea, ¿utiliza el Express?

—Casi siempre. A veces cojo un helicóptero. Puedo proporcionar recibos, si a eso se refiere, pero esto es una tontería. ¿Por qué iba a llevarme esa condenada estatua?

—No creo que lo hiciera, señor. Como he dicho, no es sospechoso. Estoy aquí porque creo que puede ayudarme.

—¿Cómo, sargento Stillwater? No entiendo a qué se refiere.

—Es Stilwell.

—Lo que sea. ¿Qué quiere exactamente de mí, sargento Stilwell?

—Cuando estuve revisando el vídeo de las cámaras del puerto, hubo alguna actividad inusual con su barco en los días que estamos viendo. Me gustaría…

—¿De qué está hablando? ¿Qué actividad inusual?

—En plena noche, alguien fue en una lancha del club a su barco, se quedó allí un rato y luego volvió al club. ¿Sabría quién fue y de qué se trataba?

—¿A mi barco? ¿Está seguro?

—No al ciento por ciento. Había otro barco amarrado al lado, pero parecía que la lancha fue al Emerald Sea.

—¿Qué barco estaba amarrado allí?

—Se llamaba Aventura.

—No lo conozco.

—¿Sabía que el lunes 19 alguien sacó el Emerald Sea del puerto y lo devolvió poco después?

—No lo sabía.

—¿Autorizó a alguien a sacar el barco, aunque solo fuera para poner en marcha los motores?

—No. Y los motores funcionan bien. Pero ¿qué tiene esto que ver con la escultura? Ate ya cabos, sargento.

Stilwell miró a Colbrink durante unos largos segundos antes de responder. Necesitaba su cooperación y la única forma de conseguirla era revelar la verdadera naturaleza de su investigación. Eso suponía un riesgo. No estaba seguro de poder confiar en el hombre y eso podría costarle caro si Ahearn se enteraba de sus movimientos.

Se inclinó hacia delante en el sofá, con los codos sobre las rodillas y las manos juntas en una postura que lo acercaba a Colbrink y, con suerte, indicaba la necesidad de confidencialidad.

—Lo que necesito es subir a su barco —dijo.

—¿Por qué? —quiso saber Colbrink, sonando más perplejo que combativo.

—Leigh-Anne Moss ha desaparecido. Hoy he cruzado la bahía para ir al apartamento en el que vive cuando no está en la isla. Pero no ha estado allí. Añada eso al cadáver que sacamos del fondo del puerto el viernes y creo que verá cómo se atan los cabos, señor Colbrink. La descomposición era extensa. Por ahora, no hay identificación. Es una mujer, pero no hemos avanzado más en la identificación.

—Agradezco su franqueza, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué quiere subir a mi barco?

Stilwell volvió a dudar, pero no vio otra forma de mantener el impulso de su investigación.

—El cadáver del puerto estaba en una bolsa para vela —dijo—. Una bolsa para un foque. Estaba lastrada con un ancla de arado de acero inoxidable de cinco kilos. Quiero subir a su barco para ver si falta alguno de esos objetos.

—¿Y quiere hacerlo sin una orden judicial?

—Quiero su permiso para registrar el barco. Si me lo da, no necesitaré una orden judicial.

Colbrink miró fijamente a Stilwell mientras tomaba una decisión.

—¿Y cuándo quiere hacerlo?

—Me gustaría hacerlo esta noche —dijo Stilwell—. Sé que es tarde, pero la investigación de un asesinato es como una bicicleta: si no pedaleas, te caes.

Colbrink asintió con la cabeza para indicar que lo entendía.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

—No tiene por qué venir —dijo Stilwell—. Solo necesito su permiso por escrito y…

—Por supuesto que voy a ir. No voy a dejar que nadie se pasee por ese barco sin vigilancia. Yo conduciré y usted me seguirá.

—Está bien, señor. Si va a ir, iré con usted.

Stilwell calculó que a esa hora de la noche tardarían media hora en llegar a Marina del Rey. Sabía que ir juntos significaba un viaje de vuelta a Malibú para recoger el Bronco, pero no quería perder la oportunidad de continuar la conversación con un miembro del Black Marlin.

—No, conduce usted —dijo Colbrink—. Quiero ir en ese Bronco. Si me gusta, le haré una oferta que no podrá rechazar.

—Eso es poco probable, señor.

—Ya veremos. Vamos.

Colbrink se levantó, poniendo fin a la discusión.

18

El California Yacht Club era un inmenso complejo de muelles donde los más ricos entre los ricos guardaban sus juguetes acuáticos. Era uno de los varios puertos deportivos privados que compartían la ensenada que era Marina del Rey. Había miles de barcos de todos los tamaños y formas. Sin Colbrink, Stilwell habría tenido dificultades para acceder a los muelles del CYC y luego localizar el Emerald Sea. La insistencia de Colbrink en acompañarlo ahorró tiempo y confusión.

Habían tardado cuarenta minutos en llegar desde Malibú, debido a las obras nocturnas en la autopista de la costa del Pacífico. Durante el trayecto, Colbrink, que aparentemente ya no estaba molesto por la intrusión de Stilwell en su velada, habló de su vida y su trabajo.

Había sido abogado y se había encargado de fusionar empresas de alto nivel con valoraciones de nueve cifras. Se había jubilado pronto y ahora invertía su propio dinero en fusiones y se había construido una vida en la que no faltaban mansiones ni yates de vela en las dos costas del país. Al igual que su padre antes que él, era miembro activo del Black Marlin Club, por el que sentía un amor sentimental. Lamentaba el daño que un asesinato vinculado al club podría acarrear a su reputación.

—Sé que es un anacronismo, pero mi padre fue socio y su padre también —dijo—. Y yo ni siquiera pesco, solo navego. Pero me encanta el club y lamentaría mucho ver su nombre salpicado en los titulares en relación con un asesinato sórdido.

—Bueno, estamos muy lejos de eso —manifestó Stilwell.

Durante el resto del viaje, pensó en el hecho de que Colbrink tachara de sórdido el asesinato de una mujer que habían envuelto

en una bolsa y lastrado con un ancla. Estaba claro que en su colina de Malibú permanecía aislado de muchas realidades duras y violentas.

El vigilante de la puerta del CYC dejó pasar al Bronco una vez que identificó a Colbrink en el asiento del pasajero. Aparcaron el coche en el estacionamiento vacío y se dirigieron por una pasarela a la cuadrícula de muelles bordeados de luces en cada amarre.

—¿Cuánto tiempo tardaremos? —preguntó Colbrink—. Quiere revisar las bolsas de velas y el ancla. ¿Qué más?

—Depende —dijo Stilwell—. Cuando estuvo allí el fin de semana pasado, ¿se quedó en el barco?

—Sí, así es.

—¿Solo?

—Eh, no. Había alguien conmigo.

—Su mujer.

—No.

Stilwell hizo una pausa y esperó.

—Me casé con una mujer a la que no le gusta navegar… ni hacer otras cosas —dijo Colbrink—. Y no diré nada más al respecto.

Stilwell estaba dispuesto a dejarlo pasar por el momento. Pero volvería a ello.

—Lo entiendo —dijo—. ¿Y su tripulación?

—Básicamente, es una persona. Mi chico puede traer a otros si es necesario.

—¿Vive cerca del puerto deportivo?

—No, vive en la isla, en Two Harbors. No se queda en el barco. Viene desde el istmo cuando lo necesito.

—¿Quién es? Si está en Two Harbors, puede que lo conozca.

—Duncan Forbes.

El nombre no le sonó a Stilwell.

—¿Así que vino con usted para traer el barco aquí después del fin de semana?

—Sí, el lunes por la mañana.

—¿Se hizo limpieza después de traerlo?

—Duncan se encargó, sí.

—¿Hizo un buen trabajo?

—No he vuelto a ver el barco, pero, sí, normalmente sí. Hace casi siete años que trabaja para mí. No mantengo a nadie tanto tiempo si no está haciendo su trabajo.

—Entonces, supongo que cualquier tipo de prueba forense habrá desaparecido o estará comprometida. Empecemos por la bolsa y el ancla. Lo llevaré a su casa lo antes posible.

—Gracias.

El Emerald Sea estaba atracado en un muelle al final de la escollera más cercana a la ensenada rocosa que conducía a la bahía. Cuando lo vio de cerca por primera vez, Stilwell se dio cuenta de que se trataba de una embarcación de madera antigua.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó.

—Es un Mayflower de 1960 que hice enviar por piezas desde Wisconsin y luego restauré —dijo Colbrink—. Tardé casi cuatro años de principio a fin. Es un duplicado del barco de mi padre, que se hundió en una tormenta.

Había escaleras de embarque en el muelle. El dueño subió a bordo primero y Stilwell lo siguió. Colbrink abrió la escotilla de la cabina de mando y descendió cautelosamente por unas empinadas escaleras hasta el oscuro interior del barco.

—Deje que encienda algunas luces —dijo.

Desapareció de la vista de Stilwell y, al cabo de unos segundos, se encendieron las luces en el interior del camarote y luego en lo alto de ambos mástiles. Toda la cubierta del barco quedó iluminada. Colbrink volvió a salir.

—Todo lo que le interesa está en cubierta —dijo—. Vamos a empezar revisando las velas. —Se dirigió a la proa del barco, donde abrió y deslizó hacia atrás una escotilla que se desplazaba sobre rieles—. Aquí guardamos velas mayores de repuesto, junto con el foque y el balón.

—¿El balón?

—Vela de balón. Se llama espináker y se hincha como un balón cuando se llena de aire.

—Entendido.

Stilwell se acercó y miró dentro del compartimento de almacenaje. Había dos bolsas blancas de cordones, una roja y otra negra. Colbrink señaló el espacio.

—Por lo que veo, no falta nada —dijo—. Tenemos dos velas mayores en las blancas, el espináker en la bolsa roja y el foque en la negra. Están codificadas por colores para que sepamos cuál es cuál. A veces hay que cambiar las velas sobre la marcha.

Stilwell miró a través de la escotilla, pero el contenido estaba en la sombra. Vio los colores de las bolsas, pero pocos detalles.

—¿Puedo sacar el foque?

—Adelante.

Stilwell se agachó, agarró el cordón de la bolsa negra y la subió a la cubierta, donde había mejor iluminación. Todavía agachado, sacó su teléfono y encendió la linterna. Enfocó la bolsa con el haz de luz y se fijó en un entramado de pliegues.

—Parece una bolsa nueva —dijo—. Todavía tiene los pliegues de haber estado doblada. ¿La compró hace poco?

—No —respondió Colbrink—. Hace años que tengo esa vela y la bolsa.

Stilwell aflojó el cordón y abrió la bolsa para ver el foque doblado en su interior. La vela era blanca, pero estaba desgastada por el uso al sol y al viento. Tuvo claro que la bolsa era más nueva que la vela. Sintió un cosquilleo en la columna vertebral al darse cuenta de que no estaba acelerando en punto muerto. Había dado un salto significativo en el caso. A la mujer hallada en el agua la habían metido en una bolsa para velas de ese barco.

—Se ha cambiado la bolsa —dijo, más para sí mismo que para Colbrink.

—De acuerdo —dijo este—. ¿Qué significa eso?

Stilwell giró el cuello y miró hacia la proa del barco. Había un ancla de acero inoxidable asegurada sobre rodillos de goma.

—Significa que quiero ver sus anclas —dijo el sargento—. Tiene esa en la parte delantera. ¿Alguna otra en el barco?

—Sí, llevamos un ancla de popa y una de repuesto —contestó Colbrink—. Hay que poder anclar el barco con seguridad. Los vientos de las islas de barrera son formidables.

—¿Anclas de diferentes tamaños?

—No, todas iguales. Así son intercambiables.

—¿Puede mostrarme las otras?

—Por aquí.

Stilwell mantuvo la linterna de su teléfono encendida mientras regresaban a la popa. Colbrink bajó a la cabina, donde estaba el timón. Detrás de este había un banco con un cojín blanco. Colbrink levantó el cojín y reveló así otra trampilla que daba a otro espacio de almacenamiento. Esta no contaba con ningún dispositivo de bloqueo. Se agachó para abrirla.

—Espere un segundo, señor Colbrink —dijo Stilwell.

Colbrink se enderezó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Stilwell ya estaba sacando un par de guantes desechables del bolsillo de su cazadora.

—Las bolsas de las velas no habrían mantenido huellas —dijo—. Pero la tapa de ese compartimento sí. Déjeme abrirla.

Colbrink dio un paso atrás y Stilwell abrió la escotilla, revelando dos anclas con cadenas y cuerdas enrolladas.

—No falta nada —anunció el dueño.

Stilwell apuntó el haz de luz hacia la escotilla. Las dos anclas parecían iguales a la que se había utilizado para lastrar el cuerpo en el puerto. Quería sacarlas para examinarlas más a fondo, pero se lo pensó mejor. Aunque el barco se había limpiado recientemente, podría haber huellas dactilares en ellas.

—¿Conoce el peso y la marca de estas anclas? —preguntó.

—Cinco kilos cada una —dijo Colbrink—. Fabricadas por una empresa llamada Hold Fast.

Stilwell asintió y se inclinó más, valiéndose de la linterna del móvil para estudiar las dos anclas en busca de cualquier indicio de que una fuera nueva.

—¿Significa eso algo para usted? —preguntó Colbrink.

Stilwell no hizo caso de la pregunta.

—Señor Colbrink —dijo—, le voy a dar mi tarjeta para que podamos estar en contacto. Le pido que se mantenga alejado del barco y que mantenga a los demás alejados de él hasta que pueda traer a un técnico de criminalística.

—Pensaba que había dicho que ya no quedaría ninguna prueba —dijo Colbrink.

—He cambiado de opinión. Sobre todo, con estas anclas en el compartimento. Ha abierto la escotilla de proa con una llave. ¿La trajo usted?

—No. Está colgada de un gancho en el camarote, junto a la mesa de cartas.

—Entonces, siempre está en el barco.

—Sí.

—¿Y la escotilla de la cabina no está cerrada con llave?

—Normalmente no. El CYC tiene seguridad armada en el puerto las veinticuatro horas del día. Nunca cierro el barco con llave. Así puedo pedirle a Duncan que salga y se asegure de que la batería de la bomba de sentina no se haya descargado.

—No sé muy bien qué significa eso.

—Los barcos viejos, como este, tienen fugas, sargento. La bomba de sentina achica el agua para que se mantengan a flote. Si la bomba de sentina se avería, el barco podría hundirse. Es importante mantener la batería cargada.

—Entendido.

Stilwell miró las anclas con atención y pensó en la cronología. Habían pasado diez días desde que se produjeron las inusuales actividades relacionadas con el Emerald Sea en el puerto de Avalon. Si suponía que esas actividades implicaban trasladar un cadáver al queche y luego sacarlo del puerto hasta el lugar donde lo metieron

en una bolsa, lo envolvieron con una cadena de ancla y lo arrojaron por la borda, había habido tiempo de sobra para reemplazar el ancla y la bolsa del foque por duplicados.

—¿En qué está pensando, sargento? —preguntó Colbrink.

Stilwell estaba pensando en que le gustaría que fuera su caso para poder hacer los movimientos que sabía que había que hacer. Pero no lo dijo.

—Estoy pensando en que me gustaría echar un vistazo dentro del camarote —dijo en cambio.

Y pensaba que necesitaba hablar con el miembro de la tripulación y hombre de la limpieza de Colbrink, Duncan Forbes.

19

Two Harbors era poco más que un pueblo de pescadores en el istmo de la isla. Había una serie de pequeños hoteles, restaurantes y mercados independientes que abastecían a las casas de las colinas, los campamentos y los guías de pesca. Duncan Forbes podría haberse mudado allí en un intento de pasar desapercibido para las agencias policiales. En la isla no se necesitaba carnet para conducir un barco o un carrito de golf. No se necesitaba licencia alguna si eras tripulante de alguien que contaba con la licencia adecuada. Y no había necesidad de cuentas bancarias ni de otros medios electrónicos rastreables para un jornalero que cobraba en efectivo por su trabajo en el agua.

Sin embargo, con un nombre como Duncan Forbes, no podías escapar completamente de la red. Solo había dos personas llamadas así en el ordenador del Departamento del Sheriff. Uno tenía setenta y cuatro años y vivía en Sacramento. Entre sus antecedentes penales, había condenas por violencia doméstica, conducción bajo los efectos del alcohol y agresión a un agente de policía. El otro Duncan Forbes tenía treinta y dos años y estaba buscado por saltarse la libertad provisional por una detención por marihuana antes de que California legalizara el uso recreativo de la droga en 2016. En la jerga policial, era una orden de pacotilla, pero aun así estaba fichado y era todo lo que Stilwell necesitaba para hablar con el tripulante a tiempo parcial del barco de Mason Colbrink.

Después de regresar a la isla el miércoles por la mañana, Stilwell envió a los ayudantes del sheriff Lampley y Ramírez en una lancha Zodiac a Two Harbors para localizar a Forbes, detenerlo por la orden pendiente y traerlo a Avalon. Podrían haber tomado uno de los dos todoterrenos del sheriff de los que disponían para usar fuera de

Avalon, pero el trayecto por tierra hasta el istmo requería el doble de tiempo que el trayecto por mar y Stilwell no quería dilaciones.

Mientras Lampley y Ramírez cumplían sus órdenes, él despejó la única sala de interrogatorios de la comisaría, que rara vez se utilizaba para su propósito declarado y se había convertido más bien en un almacén de material de oficina y de objetos perdidos de la comunidad. Había tablas de surf de remo, cañas de pescar, chalecos salvavidas, ordenadores portátiles y maletas abandonadas en los muelles del ferri. Unas cajas de cartón contenían gafas de sol, teléfonos móviles y carteras que se habían entregado en torno al último año. Stilwell tenía una estrategia para su interrogatorio con Forbes y quería que la sala estuviera limpia y despejada cuando se sentaran cara a cara.

Una vez preparada la sala, Stilwell llamó por radio a Lampley para conocer su hora estimada de llegada. Lampley respondió que tenían a Forbes bajo custodia, pero que todavía no habían salido de Two Harbors. En ese momento se dirigían a la Zodiac, lo que suponía que llegarían en unos treinta minutos.

—¿Algún problema con él? —preguntó Stilwell.

—El único problema ha sido encontrarlo —dijo Lampley—. La gente de aquí no quería colaborar. Pero lo conseguimos. Dice que nos equivocamos de persona.

Cuando los agentes preguntaron por qué tenían que ir hasta Two Harbors por una orden de pacotilla, Stilwell les había comunicado la verdadera razón, pero esperaba que no se la hubieran contado a Forbes.

—¿Quieres decir que dice que no es el tipo de la orden? —preguntó Stilwell.

—Sí, el de la orden —dijo Lampley.

—Dile que se lo explicaré todo cuando llegue a Avalon.

—Recibido.

La demora le dio tiempo a Stilwell para salir de comisaría e ir a la torre de capitanía de puerto. Al salir, le dijo a Mercy que estaría disponible en la radio.

Después de que le abrieran la puerta, vio a Tash Dano y a su jefe, Dennis Lafferty, en la sala de control. Stilwell solo quería pasarse para ver a Tash y decirle que había vuelto, pero la presencia de Lafferty hizo que el momento resultara incómodo. Lafferty sabía que Stilwell y Tash eran pareja, pero no le gustaba que eso se exhibiera en el lugar de trabajo. Stilwell mantuvo una actitud profesional.

—Solo he venido a ver cómo se presenta el fin de semana —dijo.

—La temporada está en marcha —contestó en voz alta Lafferty desde el escritorio de control—. Otro lleno total.

Stilwell asintió.

—Bueno, estaremos listos —repuso—. ¿Está pasando algo más que tenga que saber?

—Aquí no —dijo Tash.

—¿Han identificado a la persona que estaba en el agua la semana pasada? —preguntó Lafferty.

—Que yo sepa, no —contestó Stilwell—. Los sheriffs de Los Ángeles se están encargando.

Le guiñó un ojo a Tash sin que su jefe lo viera. Ella contuvo una sonrisa.

—Ya me lo imagino —dijo Lafferty—. Pasa algo aquí y lo investigan desde allí. No me extraña que nunca se resuelva nada.

—No depende de mí —dijo Stilwell—. De todos modos, avisadme si me necesitáis. —Lo dijo mirando a Tash.

—Lo haré —afirmó Lafferty.

—Dennis, voy al baño —dijo Tash.

—Ve con Dios —dijo Lafferty.

En las escaleras que conducían a la planta de abajo, donde estaban los baños y el despacho de Lafferty, Tash apretó el brazo de Stilwell y susurró:

—Bienvenido. ¿Cómo te fue por ahí?

—No ha ido mal. Conseguí hacer algunas cosas. ¿Cómo va todo por aquí?

—Lo mismo de siempre. Esperando el bullicio del fin de semana.

Al llegar a la salida, ella le apretó el brazo con más fuerza y luego lo hizo girar para besarlo apasionadamente. Stilwell lo aceptó.

—Solo recuerda que tu lugar está aquí —dijo ella cuando se separó.

—Lo sé —dijo él—. ¿En tu casa o en la mía esta noche?

—En la tuya. Allí estaré.

—Vale; trae más de esto.

Tash sonrió y él le devolvió la sonrisa mientras abría la puerta. La vio meterse en el baño y luego, con una sonrisa en el rostro, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Lionel McKey.

—Sin comentarios —dijo antes de que el periodista pudiera hablar.

—¿Sin comentarios sobre qué? —preguntó McKey.

—Sobre lo que me vas a preguntar.

Comenzó a caminar por el muelle. McKey lo siguió.

—Ni siquiera sabes lo que voy a preguntarte.

—Vale, adelante.

—¿Alguna novedad sobre el cadáver del agua?

—Antes de responder a eso, ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Estaba por aquí y te vi entrar.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Entonces…, ¿qué pasa con el cadáver del agua?

—Sin comentarios. No es mi investigación.

—Eso no es verdad, por lo que he oído.

—Ya, ¿qué has oído?

—Que el otro día revisaste todos los vídeos del puerto. Probablemente, por eso estabas ahí ahora mismo.

Por la pregunta, Stilwell supo que McKey tenía una fuente. Solo Dennis Lafferty, Heidi Allen y Tash Dano sabían que él revisaba las cámaras, y no creía que la filtración procediera de Tash.

—Solo estaba recibiendo un informe de los amarres para este fin de semana —dijo Stilwell—. Pero tengo una pregunta para ti, Lionel.

—Está bien, pregúntame —repuso McKey.

—¿Cómo se tomó el alcalde la portada del sábado?

—Uf. Te devuelvo el «Sin comentarios».

—Ahora ya sabes cómo funciona.

—Pero, hablando del alcalde, ¿estás indagando sobre la propuesta de la noria gigante?

La pregunta pilló a Stilwell a contrapié. Estaba intrigado, pero no quería demostrarlo.

—¿Debería investigarlo?

—Bueno…, parece que hay primos cercanos involucrados en ese trato.

—¿Qué significa «primos cercanos»?

—Supongo que es un término periodístico. Pero he estado investigando quién está exactamente detrás de lo de la noria y hay humo ahí.

—¿Y esperas que muerda el anzuelo y averigüe si hay fuego? Así te llevas el titular sin hacer el trabajo.

—Bueno, hay algunos cortafuegos que no puedo superar, pero alguien con una placa sí. Siempre puedes darme información extraoficial, ¿sabes?

Stilwell se detuvo y se volvió para quedar cara a cara con McKey.

—Quiero dejar algo claro para que no acabe en el periódico —dijo—. No estoy investigando el proyecto de la noria. Si publicas que lo estoy haciendo, vamos a tener un problema importante. ¿Entendido?

—Entendido —dijo McKey—. No estoy intentando provocarte. Solo digo que… hay algo que no cuadra, nada más. Y quizá las fuerzas policiales de la isla deberían tomar nota.

—Pero, que yo sepa, ser primos cercanos no es un delito. Así que tú ocúpate de tus asuntos y yo de los míos.

—Vale, vale. Solo estaba charlando.

Estaban cerca de la entrada del muelle. Stilwell vio a Lampley y a Ramírez en el carrito eléctrico de cuatro plazas conduciendo por Crescent hacia la comisaría. Un hombre que supuso que era Duncan Forbes iba en la segunda fila, con las manos esposadas a la barra situada detrás de los asientos delanteros.

—Tengo que irme ya, Lionel —dijo.

—Claro —dijo McKey—. Pero una última cosa. ¿Alguna novedad en el caso de la mutilación? He oído que anoche cruzaste. Me preguntaba si eso tenía algo que ver con…

—No, no tenía nada que ver con nada. Era un asunto personal del que debía ocuparme y he vuelto aquí en el primer ferri esta mañana. No tengo nada nuevo para ti sobre el caso de la mutilación. Sigo trabajando en ello, pero no hay comentarios por el momento. Hablamos luego.

Dejó a McKey allí y se dirigió a la comisaría para interrogar a Duncan Forbes.

20

Forbes ya estaba en la sala de interrogatorios cuando Stilwell llegó a la sala de trabajo de la comisaría. Lampley había encendido la cámara y estaba mirando al sospechoso en la pantalla del ordenador de su escritorio.

—¿Estás grabando? —preguntó él.

—Todavía no —dijo Lampley—. ¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Dónde está Ramírez?

—Ha vuelto a salir. Mercy tenía un trabajo para ella.

—¿Qué trabajo?

—Alguien se fue sin pagar su cuenta en el Bluewater y ella ha ido a tomar la denuncia y tal vez atrapar al tipo antes de que se suba al ferri.

—Entonces, podría necesitar refuerzos.

—Lo dudo. Además, quiero ver al maestro hacer el interrogatorio.

—Solo estate preparado. Si te necesita, quiero que estés allí.

—Recibido.

Stilwell miró la pantalla de Lampley. Forbes estaba sentado a la mesa, pero de espaldas a la cámara.

—Lo has puesto en el sitio equivocado. La cámara debería estar enfocando su cara, no la mía. Y no debería estar junto a la puerta. Debería tener que pasar por delante de mí para llegar a la puerta.

—Mierda, tiene razón. No estaba seguro de dónde estaba la cámara, no hemos usado esta sala desde que estoy aquí. Volveré y…

—No, yo me encargo. Asegúrate de que Ilsa no te necesita. Puedes ver el vídeo de esto más tarde. Está grabado.

—Recibido.

Stilwell entró en su despacho, guardó su arma en un cajón con llave y cogió su portátil. Luego fue a la sala de interrogatorios,

donde fue recibido por un cartel en la puerta que decía «NO GUARDAR COMIDA». Lamentó no haberlo quitado al despejar la sala.

Entró y sobresaltó a Forbes, que en ese momento tenía la cabeza apoyada en la mesa.

—Ya era hora —dijo Forbes—. Me estoy quedando dormido aquí.

—Lamento la espera —dijo Stilwell—. Levántate, Duncan.

—¿Adónde vamos?

—Solo al otro lado de la mesa. Levántate.

Forbes se levantó lentamente de su asiento, confundido por la necesidad de cambiar de sitio. Stilwell vio que no era un hombre grande. Poco más de un metro setenta, de complexión delgada. Tenía el cabello largo y rizado y una tez oscura.

Tenía las muñecas esposadas por delante, lo cual era otro error de Lampley. Sin embargo, Stilwell no estaba preocupado. Había sopesado a Forbes y sabía que podría manejar cualquier confrontación. Le sacaba al joven al menos diez centímetros y más de diez kilos. También contaba con la preparación de combate físico del departamento.

Forbes rodeó la mesa y se sentó al otro lado.

—Esto es una estupidez —dijo—. No hay ninguna orden contra mí. Es cosa del pasado.

Stilwell tomó el asiento frente a él.

—En realidad, la orden sigue siendo válida —explicó.

—Ni hablar. La marihuana es legal ahora, por si no se ha enterado.

—Tienes razón. Pero te saltaste la libertad vigilada antes de que eso sucediera. La orden no es por posesión de marihuana. Es por la violación de la vigilada, ¿entiendes? La orden sigue siendo válida y por eso estás sentado aquí.

—Entiendo que es una estupidez.

—Bueno, no puedo decir que no esté de acuerdo contigo, pero la cuestión es que hay una orden de detención con tu nombre. Creo que hay una forma de solucionarlo sin tener que enviarte a la cárcel del condado. Pero tienes que cooperar conmigo, Duncan.

—¿Cooperar cómo? ¿Qué cojones es esto?

—Dame las manos y te quitaré las esposas. Luego podemos hablar.

Forbes extendió las manos sobre la mesa y Stilwell sacó sus llaves y lo liberó.

—Está bien, vamos a hablar —dijo—. Para empezar, soy el sargento detective Stilwell y…

—¿Hablar de qué, tío? —soltó Forbes—. Yo estaba con mis putos asuntos cuando aparecieron y me llevaron a rastras.

—Lo primero es lo primero. Si quieres hablar conmigo y volver a Two Harbors esta noche, tienes que renunciar a tus derechos.

—¿Qué coño? No puede estar hablando en serio. Esto es una trampa.

Stilwell no respondió. Dio la vuelta a un papel que había colocado sobre la mesa después de despejar la habitación. Leyó la advertencia Miranda y luego miró a Forbes.

—¿Entiendes tus derechos tal y como se te han leído? —preguntó.

—¿Y si digo que no? —preguntó Forbes.

—Entonces, irás en el Express al continente y a la cárcel del condado. Alertaré al departamento de libertad vigilada y ellos se encargarán a partir de ahí. Necesitarás un abogado.

—Eh, tío, no puedo hacer eso. No tengo tanto dinero.

—¿Has escuchado lo que te acabo de leer? Si no puedes pagar un abogado, se te asignará uno para que te represente.

—¿Y cuánto tiempo va a durar esta mierda?

—Unos días, como mínimo.

—¿Y yo tengo que quedarme en la cárcel por una orden de mierda? No, tío, no pienso comerme ese marrón.

—Mira, lo que puedo decirte es que no voy a hablar contigo ni a ayudarte hasta que me digas que entiendes tus derechos y que renuncias a ellos.

—Vale, da igual, renuncio.

—Responde a la pregunta, Duncan. ¿Entiendes tus derechos tal y como te los he leído?

—Sí, sí, los entiendo. Y renuncio a ellos. Acabemos con esto de una vez.

Stilwell sacó un bolígrafo del bolsillo y le dijo a Forbes que tenía que firmar el formulario de derechos que acababa de leerle. Aquel agarró el bolígrafo y garabateó una firma.

—¿Bien? —dijo—. ¿Podemos hacerlo ya?

—Podemos intentarlo —manifestó Stilwell.

—Entonces, haga las preguntas.

—Empecemos con Leigh-Anne Moss. Dime de qué la conoces.

—¿A quién?

Forbes negó con la cabeza y abrió las manos. Stilwell estudió su reacción. No vio ninguna señal que indicara que el hombre conocía el nombre o que la pregunta no lo hubiera pillado por sorpresa.

—Leigh-Anne Moss —dijo Stilwell de nuevo—. La conoces. —Una vez más, no lo planteó como una pregunta.

—Tengo noticias para usted, ayudante como se llame —informó Forbes—. No conozco a nadie llamado Leigh-Anne Moss. Esta era fácil. ¿Puedo irme ya?

—Todavía no —dijo Stilwell—. Trabajas en el Emerald Sea, ¿verdad?

—A veces, sí. Cuando me necesitan. Es un curro a tiempo parcial.

—¿Qué haces en ese curro a tiempo parcial?

—Lo mantengo limpio y ayudo al dueño en la navegación de ida y vuelta desde MDR. Nada más. ¿Qué tiene que ver con esta orden de mierda?

Stilwell no hizo caso de la pregunta. Abrió su portátil y sacó la foto de Tráfico de Leigh-Anne Moss. Giró la pantalla hacia Forbes.

—¿La reconoces? —preguntó.

—Lo siento, no —dijo aquel—. ¿Es esa la chica? ¿Leigh-Anne?

—¿Estás seguro de que no la conoces, Duncan? Si me mientes, te voy a meter en la cárcel del condado. Dejaré que tu agente de la condicional se encargue de la orden. Esos tipos tienen una cantidad

de casos impresionante. Tendrás suerte si tu agente te visita antes de un mes.

—Bien, es un condado de fianza cero. Aún no han cambiado eso.

—Está bien que lo sepas, Duncan, pero la orden especifica retención sin fianza. Estarás allí hasta que tu agente de la condicional decida aparecer. Y no tendrá ninguna prisa.

—No pueden hacer eso. Es fianza cero.

—Pueden hacerlo por violaciones de la libertad vigilada. Y lo harán contigo.

Stilwell vio que el pánico asomaba en los ojos de Forbes.

—Mire, no estoy mintiendo, joder —dijo este—. No la conozco. Si la conociera, se lo diría, ¡pero no he visto a esa chica en mi vida!

—¿Con un mechón morado en el pelo? —sugirió Stilwell.

—No, no la conozco, joder.

—Bueno, volveremos a ella. Mientras tanto, hablemos de ti. ¿Dónde estabas hace dos fines de semana?

—No lo sé. Aquí. No, hace dos semanas estaba pescando. Teníamos reservado el fin de semana anterior al Día de los Caídos.

—Estamos hablando del sábado 17 de mayo.

—Sí, el 17. Estaba pescando.

—¿Dónde?

—Teníamos clientes. Estuvimos fuera todo el fin de semana. Cerca de Anacapa. Fondeamos frente a Frenchy's el sábado por la noche. Tengo fotos en mi teléfono.

Anacapa era una de las islas del Canal, entre las que estaba Catalina. La isla, situada al norte, estaba deshabitada y era una de las más pequeñas del archipiélago, pero Stilwell sabía que Frenchy's Cove era un refugio popular donde echaban el ancla los que pasaban la noche allí.

—Vale, ¿dónde está tu teléfono? —preguntó Stilwell.

—No lo sé —dijo Forbes—. Esos dos ayudantes me lo quitaron. Y, por cierto, ninguno de los dos tiene ni idea de cómo manejar esa Zodiac. Tengo suerte de que no la volcaran. Y yo iba esposado. Podría haberme ahogado, tío.

—Olvídate de la Zodiac, Duncan. Estás aquí, a salvo. Cuando dices «teníamos clientes», ¿de quién estás hablando?

—Soy tripulante de un barco en Two Harbors. Como con el Emerald Sea, pero hay más trabajo ahí. Es pesca, no navegación.

—¿Qué barco?

—Se llama Sea Mistress. El capitán es un tipo llamado Tracey Bonnette. Él responderá por mí. Estuvimos fuera todo el fin de semana.

Stilwell se levantó.

—Ahora vuelvo —dijo.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Se dirigió al escritorio de Lampley y vio una bolsa de pertenencias que contenía un iPhone, una cartera, unas llaves y un pequeño fajo de dinero. La abrió, sacó el teléfono y regresó a la sala de interrogatorios. Cuando se sentó, deslizó el móvil por la mesa hacia Forbes.

—Desbloquéalo —dijo.

—Se las mostraré —dijo Forbes.

—Desbloquéalo y devuélvemelo. Tengo el mismo teléfono. Encontraré las fotos.

Forbes introdujo una combinación para abrir el teléfono. Stilwell captó la secuencia (231192) y supo que era su fecha de nacimiento.

Forbes deslizó el móvil de nuevo sobre la mesa y él abrió la aplicación «Fotos». Pulsó el botón «Todo» y se le presentó una cuadrícula de imágenes que podía recorrer por fecha. Cuando llegó al 17 de mayo, abrió una de las fotos y vio la popa de un barco de pesca deportiva abarrotado de hombres sonrientes que sostenían su captura. Fletán, pargo, bacalao y lubina: habían tenido un buen día en el agua.

Stilwell deslizó el pulgar para ver las otras fotos de la excursión. Forbes no aparecía en ninguna de ellas, pero era su teléfono y probablemente él había sido el fotógrafo. Una de ellas se había tomado desde un ángulo ascendente y captaba al capitán del barco —Bonnette, supuso— mirando hacia abajo desde el timón del puente. Llevaba gafas de sol de espejo. Stilwell amplió la foto con

los dedos y en las lentes de espejo vio un reflejo del fotógrafo. Era Forbes.

La última imagen del día mostraba una puesta de sol desde lo que Stilwell supuso que era Frenchy's Cove en Anacapa. La marca horaria decía 17 de mayo, 19:52. Pasó a las fotos tomadas el 18 de mayo y vio a hombres sosteniendo peces y latas de cerveza. También se encontró con una selfi tomada por Forbes en el puente de mando, al timón del barco. La marca horaria de esa imagen decía 18 de mayo, 10:13.

Stilwell pensó que era una coartada casi perfecta, a pesar de que había varias horas entre el atardecer del sábado y las primeras fotos de la pesca del domingo. Se podría argumentar que Forbes había regresado a Avalon durante esas horas, tomado la lancha del Black Marlin Club hacia el Emerald Sea en plena noche y regresado a Anacapa a tiempo para una mañana de pesca. Pero Stilwell consideró que las posibilidades de que eso fuera así eran escasas o nulas. Creía que Forbes estaba diciendo la verdad.

21

Al dejar de ser un potencial sospechoso, Stilwell empezó a ver a Forbes como testigo. Tuvo que replantearse y reestructurar su táctica. El interrogatorio se había convertido en una conversación. Empezó por decirle a Forbes lo que quería escuchar.

—Voy a ponerme de tu lado, Duncan —dijo—. Hablaré con los de la libertad vigilada y con la fiscalía para que esta orden desaparezca. Les diré que has cooperado mucho en esta investigación.

—Es una estupidez —dijo Forbes—. Más vale que lo arreglen.

—Bueno, cuanto más me ayudes, más posibilidades habrá de que eso suceda.

—Pero ya se lo he dicho, no sé nada de esa chica.

—Está bien. Pero quiero hablar contigo sobre el Emerald Sea.

—¿Qué pasa con el barco?

—Navegaste en el barco de vuelta a Marina del Rey el lunes pasado, ¿verdad?

—El lunes por la mañana, sí.

—¿Cómo se organizó eso?

—Como siempre. El propietario, el señor Colbrink, me llamó y me dijo que quería volver a cruzar. Eso fue el domingo, quería ir el domingo. Pero yo estaba trabajando en el Mistress y le dije que no podía. Entonces me propuso el lunes por la mañana y yo le dije que sí.

—¿Por qué quería salir en pleno fin de semana festivo?

—Simplemente dijo que había demasiada gente.

—Entonces, el lunes, ¿estabais solos en el barco?

Forbes vaciló. Echó la espalda atrás y escudriñó los confines de la sala, hasta que posó los ojos en la cámara montada en la esquina, sobre el hombro izquierdo de Stilwell.

—Joder, esto podría costarme el trabajo con el señor Colbrink.

—Todo en una investigación es confidencial, Duncan.

—Quiere decir hasta que deje de serlo.

—Mira, te lo he dicho. Si quieres que te ayude con la orden, tienes que ayudarme tú a mí. Te estoy preguntando si solo fuisteis tú y Colbrink en el viaje de vuelta a Marina del Rey.

—No, tenía una amiga que volvió con nosotros.

—¿Quién era?

—No lo sé. Yo solo soy el ayudante contratado. No me presentó a nadie. Lo oí llamarla Bree, creo. O Breezy. Puede ser que de las dos maneras.

—¿Y ella se había quedado en el barco con él durante el fin de semana?

—Sí, supongo. Yo llegué el lunes, así que solo sé lo del lunes.

—¿Qué edad tiene Bree o Breezy?

—Por lo menos cuarenta.

Forbes solo había confirmado la información que Stilwell había obtenido de Colbrink durante el trayecto desde la mansión de Malibú hasta el barco en Marina del Rey. Pero la confirmación sirvió para aumentar la confianza de Stilwell en la sinceridad de Forbes.

—Quiero enseñarte algo —dijo Stilwell.

Escribió unas órdenes en el portátil y abrió el vídeo que Tash le había enviado por correo electrónico del bote desplazándose desde el BMC al Emerald Sea y luego giró la pantalla para que Forbes lo viera.

—¿Quién crees que es? —preguntó.

Forbes vio el vídeo hasta el final del clip antes de responder.

—No lo sé —dijo—. Es raro.

—¿Es Mason Colbrink? —preguntó Stilwell.

—No lo creo. Eso es la fecha y hora, ¿verdad? ¿Esto es el 18?

—Sí, el 18.

—Pero me acaba de preguntar sobre este último fin de semana.

—Te estoy preguntando por los dos fines de semana. Mira el vídeo. ¿Podría ser Mason Colbrink?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque no creo que estuviera en la isla entonces.

—Vale, bueno, sea quien sea el tipo, ¿qué crees que está haciendo?

—Ni idea. Puede que esté intentando robar algo.

Stilwell dio la vuelta al ordenador y lo cerró. No se le había ocurrido que el hombre de la lancha pudiera estar robando cosas de los barcos del puerto. Era un recordatorio de la facilidad con la cual la visión de túnel se apoderaba de una investigación.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Bueno, porque faltaba algo.

—¿De dónde?

—Del Emerald Sea.

—¿Como qué?

—Un ancla, por ejemplo.

—¿Qué más?

—Alguien trasteó con las velas. Sacó una vela de la bolsa y luego no pude encontrar la bolsa.

—¿Algo más?

—No, creo que eso fue todo.

—¿De dónde se llevaron el ancla?

—Era una de repuesto que se guardaba en un armario con el ancla de popa.

—¿Notaste tú la falta del ancla y la bolsa de la vela o fue Colbrink?

—El lunes, cuando dejamos el barco en MDR, lo limpié y abrí los armarios por el moho. Siempre dejo que todo se airee; al señor Colbrink no le gusta nada el moho en el barco. Así que abrí las escotillas y vi que faltaban cosas y que habían tocado otras.

—¿Qué hiciste al respecto?

—Bueno, el señor Colbrink tiene una cuenta en la tienda de náutica. Fui a comprar los repuestos.

—¿Cómo se llama la tienda?

—Topsail Chandlery. El señor Colbrink me deja firmar en la cuenta para comprar suministros y esas cosas.

—¿Le contaste lo del ancla y la bolsa de vela?

—Todavía no. La verdad es que se me había olvidado. Ese día me dejé el teléfono en Two Harbors, así que iba a llamarlo cuando volviera, pero se me pasó. De todos modos, a él no le importan esas cosas. Solo quiere que el barco esté listo y limpio para la próxima vez que zarpe y no quiere señales de que haya estado nadie más en él.

—¿Y eso qué significa?

—Por si su mujer revisa el barco. No quiere pintalabios en los vasos de la cocina ni cepillos de dientes de más en el camarote. Cosas así.

Stilwell asintió. Forbes estaba ayudando a que las piezas encajaran en la investigación, pero la información no lo acercaba a averiguar quién era el hombre de la lancha o quién había usado el ancla y la bolsa de vela del Emerald Sea para sumergir el cuerpo de una joven.

—Muy bien, Duncan —dijo—. Quiero que lo pienses bien. ¿Faltaba algo más o había algo inusual en el barco cuando lo revisaste para limpiarlo?

Forbes negó lentamente con la cabeza.

—No —contestó—. No se me ocurre nada.

—Vale, retrocedamos un segundo —dijo Stilwell—. Piensa en cuando estabas limpiando el barco. ¿Por dónde empezaste?

—Bueno, siempre empiezo por dentro, por los camarotes de proa, y luego voy hacia atrás. Me ocupo de la cubierta y limpio todo el acero inoxidable.

—Vale, empecemos por los camarotes. ¿Nada inusual o fuera de lugar?

—Nada que recuerde, no.

—¿Ningún cepillo de dientes del que deshacerte?

—No, esta vez no.

—¿Y luego qué, el salón? ¿Así es como lo llamas?

Stilwell estaba utilizando una técnica de interrogatorio muy usada y eficaz, consistente en hacer que el testigo recuerde lo que se percibió como una experiencia mundana y extraer detalles con preguntas que hagan avanzar el relato momento a momento.

—Lo de siempre —dijo Forbes—. Platos en el fregadero. Lo limpié todo, puse todo en el estante. Saqué la basura y luego fregué.

—¿Dónde conseguiste la fregona? —preguntó Stilwell.

—Hay un armario en la cocina donde están los productos de limpieza. —Chasqueó los dedos al recordar algo—. Es verdad —dijo—, el mocho no estaba y yo nunca lo dejo así.

—Explícame eso —insistió Stilwell.

—Lo último que hago es meter el mocho en lejía o poner uno nuevo para que esté limpio y listo para la próxima vez. Al señor Colbrink le gusta que todo esté superlimpio. Tiene fobia a los gérmenes. Siempre lleva desinfectante de manos y limpia el teléfono constantemente. La mitad de las veces lleva mascarilla. Hasta en el barco. Él fue quien me dijo que siempre tuviera una fregona limpia. Si empiezas con una fregona sucia, no vas a conseguir un barco limpio. Me lo dijo el primer día que me contrató, hace unos seis años.

Stilwell recordó que, cuando habían conducido desde Malibú hasta el puerto deportivo la noche anterior, Colbrink se había puesto una mascarilla.

—Así que faltaba el mocho —dijo.

—Exacto —contestó Forbes—. Tuve que poner uno nuevo, y no es así como dejo las cosas.

Stilwell pensó en cómo ese detalle aparentemente insignificante de la fregona encajaba con su teoría del crimen en evolución.

—¿Es eso importante? —preguntó Forbes.

Stilwell salió de su ensimismamiento.

—Eh, podría ser —dijo—. Cada detalle cuenta. ¿Recuerdas algo más? ¿Encontraste el mocho que faltaba en la basura o en algún sitio?

—No, simplemente había desaparecido.

—Vale. ¿Habían utilizado otros utensilios de limpieza?

—Sí, tuve que abrir una botella nueva de Three-Oh-Three —dijo Forbes.

—¿Qué es Three-Oh-Three?

—Es el limpiador que pongo en el cubo para fregar. Alguien dejó una botella vacía en el armario de suministros, así que abrí otra.

Stilwell sintió otra descarga en el pecho.

—¿Qué pasó con la botella vacía? —preguntó.

—Se tiró con las cosas que saqué de la nevera —dijo Forbes.

La esperanza de Stilwell de encontrar una superficie con huellas dactilares se desvaneció de inmediato.

—¿Quieres decir que la llevaste a un contenedor de basura o algo así en el puerto deportivo? —preguntó.

—Sí, tienen cubos de basura allí —explicó Forbes—. Al final del muelle.

Stilwell asintió. Pensó que había obtenido de Forbes todo lo que podía en una primera ronda de interrogatorio.

—De acuerdo, vamos a tomarnos un descanso —dijo—. Voy a llamar a tu agente de libertad vigilada y a ver qué podemos hacer con la orden. Puedes quedarte aquí o puedo meterte en una celda donde hay una cama si quieres tumbarte. No sé cuánto tiempo me va a llevar resolver esto.

—Tío, ¿no puede dejar que me vaya? —suplicó Forbes—. Quiero decir, ya sabe dónde vivo. No voy a desaparecer ni nada.

Stilwell negó con la cabeza.

—No puedo —dijo—. Estás oficialmente bajo custodia. No puedo dejarte ir sin aclarar esto. Entonces, ¿aquí o en la celda?

—Supongo que me quedaré en la celda —dijo Forbes abatido.

—Buena elección.

—No lo parece.

—Vamos.

Stilwell se levantó, abrió la puerta de la sala y condujo a Forbes hacia el calabozo. Lo metió en la celda contigua a la de Merris Spivak, que continuaba detenido. En la celda dos ya no estaban los

otros tres hombres arrestados durante el fin de semana festivo, ya que uno había pagado la fianza y Mónica Juárez había declinado presentar cargos contra los otros dos: una sentencia extraoficial de pena cumplida. Después de encerrar a Forbes, Stilwell se acercó a la celda uno para controlar a Spivak, que estaba tumbado boca arriba en una litera. Este, sin mirarlo, le levantó el dedo corazón.

—¿Sigues sin hablar, Spivak?

—No hablo con polis.

—Sabes que lo vamos a averiguar.

—¿Averiguar qué?

—De qué conoces al agente Dunne.

—No sé de qué estás hablando, jefe.

—Sí lo sabes. Fue en Pitchess, ¿verdad? Sé que los dos estuvisteis allí al mismo tiempo. ¿Qué te hizo para que lo atacaras por la espalda de esa manera?

—¿No hemos tenido ya esta conversación? No te voy a decir nada de nada.

—Sí, bueno, agredir a un agente de la ley ante las cámaras… Esta vez no volverás a Pitchess, Spivak. Te vas al norte del estado. A ver qué te parece.

Spivak volvió a levantar el dedo corazón, esta vez sacudiendo la mano con fuerza, como si eso hiciera el movimiento más insultante. Stilwell se limitó a asentir y se dirigió de nuevo a las celdas para llamar a la oficina estatal de libertad vigilada.

22

El agente del caso que había emitido la orden de detención contra Duncan Forbes por violación de la libertad vigilada llevaba mucho tiempo jubilado. Stilwell necesitó quince minutos y cuatro llamadas telefónicas diferentes para localizar al heredero del archivo, inactivo e intrascendente desde hacía mucho tiempo. Se llamaba Rodney Willingham y trabajaba en una oficina satélite en el sur del condado. Las dos primeras llamadas de Stilwell fueron desviadas a un centro de mensajes que informó de que el buzón del receptor estaba lleno. Finalmente, se comunicó con él en la tercera llamada.

—Willingham.

—Eh, sí, soy el detective Stilwell, del Departamento del Sheriff. Tengo a un tipo aquí con una de tus órdenes.

—¿Número de caso?

—Quince-guion-siete…

—Vaya, vaya, vaya… ¿Está hablando de 2015?

—Sí.

—Entonces, tiene que esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—Deje que encienda el ordenador.

Stilwell oyó que dejaba el teléfono sobre un escritorio y esperó. Oyó teclear y luego Willingham cogió el teléfono y volvió a preguntar por el número de caso. Él se lo dio, oyó de nuevo el teclado y a continuación el otro empezó a leer en su pantalla.

—Forbes, Duncan. Infracción del 3 de mayo de 2015.

—Es él.

—Este es un caso de pacotilla. Solo fíchelo y yo me encargaré de él.

—De eso quiero hablarte. Quiero que retires la infracción y traspapeles la orden.

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Stilwell. Necesito que lo retires, porque Forbes es un testigo importante en un caso en el que estoy trabajando.

—¿En serio? ¿Qué caso?

Había confiado en que no le preguntara eso. Tenía que haber mucho en juego para convencer a Willingham de que retirara la orden. Decirle que era una investigación por robo no bastaría. Stilwell necesitaba algo más serio, pero sabía que, si mencionaba el asesinato, estaría creando un testigo más de que estaba cruzando los límites de su autoridad.

—Es un homicidio —dijo—. Y necesito a Forbes limpio cuando testifique. No quiero que suba al estrado vestido de azul de Wayside. ¿Me explico, Rodney?

Wayside era el antiguo nombre del Centro de Detención de Pitchess y Stilwell lo usó para indicarle a Willingham que llevaba mucho tiempo en el sistema y sabía que el agente de libertad vigilada podía hacer lo que él quisiera que hiciera.

—Entiendo —dijo Willingham—. Aquí dice que dejó de venir a mear y faltó a sus sesiones de rehabilitación. Este cabrón es un imbécil de manual.

—Eso ya lo sé. Me lo ha dicho él. Pero esto fue en una redada por algo que ya ni siquiera es ilegal. Esto es de pacotilla. Tú lo has dicho y lo sabes. Entonces, ¿puedes hacerme un favor o no?

—Oh, sí, puedo hacerle un favor. La pregunta es qué hará usted por mí.

Stilwell negó con la cabeza. Parecía que todo el mundo quería algo de él.

—No te conozco, Rodney. ¿Qué quieres?

—Le diré una cosa, voy a quedarme con este número, ¿es su móvil?

—Sí, es mi móvil.

—Entonces, voy a quedarme con su número y lo llamaré la próxima vez que necesite que trinquen a alguien, y no quiero que me trate con condescendencia, como les gusta hacer por ahí en la oficina del sheriff. Diré que tengo a un tipo al que hay que devolver a la cárcel del condado y que tiene que ayudarme a ir a buscarlo. Ahí es cuando me dice: «Me pongo con eso, Rodney».

Willingham no tenía ni idea de que Stilwell estaba destinado en Catalina, a treinta y cinco kilómetros del continente y aún más lejos de la brigada de homicidios del sheriff. El tipo pensaba que un ayudante del sheriff del centro de Los Ángeles le debía un favor.

—Vale —dijo Stilwell—. Trato hecho.

—Muy bien, entonces, estamos de acuerdo —dijo Willingham—. Estamos de acuerdo.

—Entonces, ¿puedo dejar que Forbes se vaya?

—Puede dejarlo libre.

—Estupendo. Gracias.

—Que le vaya bien. Y, recuerde, lo llamaré.

—Cuando quieras.

Stilwell colgó. Abrió el cajón del escritorio y sacó su arma. La enfundó y se levantó para soltar a Forbes. Pero el teléfono de su línea directa sonó y en la pantalla apareció HOMICIDIOS SHERIFF. Se volvió a sentar y contestó la llamada.

—Stillborn —oyó.

—A-Hole —dijo—. ¿Qué quieres?

—Lo que quiero es quitarte la placa, y esta vez creo que lo he conseguido.

—No tienes una mierda, Ahearn. ¿Por qué no intentas trabajar en el caso en lugar de en mí?

—Estoy trabajando en el caso, y ¿adivina con quién acabo de hablar?

—No lo sé, Ahearn, pero estoy seguro de que te mueres de ganas de decírmelo.

—Con tu amigo Peter Galloway, y me ha contado que llamaste a su puerta anoche. Casi no me habló, porque dijo que ya te contó

todo lo que sabía sobre la chica.

—Ya, eso es una gilipollez.

—No, tú sí que eres gilipollas. Has cruzado la línea, Stillborn, y puedo demostrarlo. Ya he ido a ver a Corum y tiene todo lo que necesita para empapelarte. Y eso será solo el primer paso.

—Ahearn, escúchame, puedo ayudarte. Tengo información, pero me mandaste a la mierda. Ahora, si quieres cerrar el caso, compartamos lo que tenemos…

—No somos compañeros y tú no eres de homicidios. Vas a ser un don nadie en cuanto Corum te quite la placa. Y, ¿sabes qué?, voy a ver si puedo montarla aquí en la pared, encima de mi escritorio.

—Eres patético, Ahearn. Prefieres meterte conmigo en lugar de resolver…

Se detuvo. Le había colgado. Se quedó quieto, tratando de controlar la ira que se estaba apoderando de él. El teléfono volvió a sonar y vio que era otra llamada de la oficina de homicidios. Respondió con toda su energía:

—Ya te he dicho que eres patético. Pondrías por delante nuestra rencilla en vez de resolver…

—Soy Denise, de la oficina del capitán Corum.

Stilwell se dio cuenta de su error.

—Oh, mmm, lo siento, pensé que era…

—El capitán Corum quiere que venga hoy a una reunión. ¿A qué hora puedo programarla?

—Eh…, ¿puedo hablar con el capitán?

—Me ha pedido que lo organice yo.

—No voy a ir, Denise. Así que, por favor, pásemelo por teléfono. Esperaré.

—Muy bien.

La mujer puso a Stilwell en espera y él ensayó lo que le diría al capitán Corum si atendía su llamada.

Pasaron al menos cinco minutos antes de que Denise volviera a la línea y dijera que el capitán lo atendería en breve. Pulsó el botón de espera de nuevo y Stilwell se preguntó si Corum estaba ocupado

de verdad o simplemente jugando a un juego de poder y haciéndolo esperar.

Cuando por fin estuvo en línea, echaba humo.

—Maldita sea, Stil. Te mandé allí para que estuvieras fuera del radar y tú vas, te la sacas y meas por todas partes.

—Capitán, solo ha escuchado una versión. Puedo darle el caso a Ahearn, pero solo está interesado en quemarme, no en resolver un asesinato.

—Ahí es donde te equivocas. No es tu caso, pero estás fuera de la isla, recorriendo todo el condado persiguiéndolo. No me dejas otra opción, Stil.

—¿Puedo explicar algo antes de que decida lo que sea que vaya a decidir?

—No sé de qué servirá, pero, adelante, di lo que tengas que decir.

—¿Está Ahearn ahí? Parece que estoy en el altavoz.

Hubo una pausa antes de que Corum confirmara lo obvio.

—Está aquí, pero le he dicho que se calle. ¿Vas a explicarte o no?

—Claro, y me alegro de que esté ahí —dijo Stilwell—. Para que escuche y se calle por una puta vez.

—Que te jodan, Stillborn —espetó Ahearn.

—Ahearn, ya basta —intervino Corum—. Stil, adelante.

Él respiró hondo, intentó borrar de su mente la imagen de la cara engreída de Ahearn y comenzó:

—El sábado recibimos un informe de un robo de una obra de arte supuestamente de valor incalculable del Black Marlin Club, aquí —dijo.

—¿Un cuadro? —preguntó Corum.

—No, una pequeña escultura de un marlín negro. Se la llevaron de un pedestal del vestíbulo principal del club, donde había estado durante más de cien años. ¿Sabe algo de ese club, capitán?

—He oído hablar de él, sí. Gente con dinero y poder.

—Exactamente. Así que el informe lo tomó el agente Dunne y se perdió durante un par de días, porque Dunne fue el ayudante al que

agredieron el sábado por la noche y está de baja por una conmoción cerebral. El informe no llegó a mi mesa hasta ayer y entonces empecé a trabajar en él.

—¿Qué tiene que ver esto con que hayas venido aquí a hablar con testigos del caso de asesinato?

—Llegaré a eso, capitán, si me deja contar la historia.

—Adelante, pero no tengo todo el día. Tienes que ir al grano.

—Fui al BMC y hablé con el gerente general, que había presentado la denuncia inicial. Se llama Crane y dijo que nadie echó en falta la escultura hasta el sábado, cuando puso la denuncia, pero que probablemente hacía una semana que no estaba. Luego apuntó a una empleada a la que había despedido la semana anterior, Leigh-Anne Moss. Dijo que sospechaba que ella robó la estatua al salir del club justo después de que él la despidiera.

—¿Despedida por qué?

—Dijo que estaba confraternizando con los socios y eso está prohibido.

—Vale, continúa.

—Bueno, investigué a Leigh-Anne Moss y descubrí que se había teñido un mechón de pelo de color morado. Había visto a la víctima que sacamos del puerto, así que sumé dos más dos y llamé a Ahearn para darle el nombre. Me invitó a que me fuera a la mierda, según sus palabras. Así que lo hice y seguí con mi caso. Pero allí adonde iba, se rozaba con el caso del puerto.

—¿Es eso cierto? ¿Te dio el nombre? —preguntó Corum.

Stilwell sabía que estaba hablando con Ahearn.

—Lo mencionó —dijo el aludido—. Pero hicimos la identificación a través de Tráfico con una huella dactilar. Fui a la dirección que aparece en su carnet de conducir y el novio me dijo que el Departamento del Sheriff ya había estado allí. Stillborn debería haberme llamado antes de subirse al ferri.

—¿No le dijiste que se fuera a la mierda? —preguntó Corum—. Y deja de usar ese nombre. Me parece ofensivo.

—Le dije que se mantuviera al margen de mi caso, y no lo hizo —respondió Ahearn.

—Cielo santo, ¿qué voy a hacer con vosotros dos? —exclamó Corum—. Stilwell, ¿llegaste más lejos?

Él hizo una pausa para componer una respuesta verdadera y que le abriera un camino a través de esa maraña y le permitiera conservar su trabajo.

—No hay cámaras en el BMC, así que no había forma de confirmar quién robó la escultura que estaba expuesta —dijo—. Pero fui a la torre de capitanía de puerto y revisé el vídeo de las cámaras que tenían ángulos del club. Vi algo sospechoso la noche después de que Moss fuera despedida y se produjera el robo, presumiblemente. Se trataba de un barco que pertenecía a un miembro del club. Un hombre llamado Mason Colbrink. Vive en Malibú. Lo investigué y esta misma mañana confirmé que se habían llevado del barco un ancla y una bolsa de vela, y se habían sustituido por otras nuevas.

—¿Tienes un sospechoso? —preguntó Corum con urgencia.

—No. Colbrink y su tripulación de un solo hombre, un tipo llamado Duncan Forbes que vive aquí, parecen tener coartadas bastante sólidas para todo ese fin de semana —dijo Stilwell.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría? —insistió Corum.

—Creo que Leigh-Anne Moss fue asesinada dentro del Black Marlin Club —explicó Stilwell—. Luego, metieron el cadáver en el barco en plena noche y al día siguiente lo sacaron del puerto. Metieron el cuerpo en la bolsa de la vela, lo lastraron con el ancla y lo arrojaron a la bahía. Las corrientes submarinas trajeron otra vez el cadáver hacia el puerto cuando comenzó a hincharse.

Stilwell oyó que Ahearn soltaba una risita burlona. No respondió, pero Corum sí.

—De acuerdo, paremos aquí —dijo—. Has hecho un buen trabajo, Stil, pero es un homicidio y no es tu caso. Hay circunstancias especiales, porque estás allí y el caso está allí y conoces el terreno. Quiero que formes parte de la investigación.

¿Cuándo puedes volver aquí para reunirte con estos chicos? Tenéis que debatir esto y decidir el siguiente…

—No lo necesitamos —interrumpió Ahearn—. Sampedro y yo podemos encargarnos del caso.

—Ya te lleva cuatro jugadas de ventaja —dijo Corum—. Es la situación perfecta. Lo tendrás en la isla. Conoce a la gente de allí. Está dentro del perímetro.

—Podemos encargarnos —insistió Ahearn.

—¿Olvidas quién está al mando de esta unidad? —preguntó el capitán.

—No, señor —respondió Ahearn con docilidad.

—Esto no es una sugerencia —dijo Corum—. Es una orden.

—Sí, señor —dijo Ahearn, con la voz casi inaudible a través del altavoz.

Stilwell lamentó no poder verle la cara.

—Estamos hablando de un asesinato, caballeros —continuó Corum—. Vamos a dejar de lado las pequeñas diferencias. Dejad de lameros las heridas y haced el trabajo. Si no podéis hacerlo, encontraré a gente que sí pueda. ¿Está claro?

—Está claro —dijo Stilwell.

—Como el agua —dijo Ahearn.

—Stil, ¿cuánto tardarás en llegar? —preguntó Corum.

—Cogeré el próximo Express —dijo Stilwell.

—Bien —dijo el capitán—. Me ocuparé de que Ahearn y Sampedro te recojan en el muelle y te traigan.

—Tengo un coche en un aparcamiento allí.

—Deja que los envíe. Para cuando vuelvas aquí, espero que los tres estéis trabajando como una máquina bien engrasada. Si me entero de algo que sugiera lo contrario, habrá consecuencias. Eso es todo.

La llamada se cortó. Stilwell se quedó sentado en el escritorio inmóvil durante casi un minuto. Estaba preocupado por la situación. No esperaba que Ahearn cambiara su actitud hacia él, pero le complacía estar oficialmente en el caso. Pensó en la mujer con el

mechón morado en el pelo y en que alguien le había arrebatado sus esperanzas y sus sueños de una vida mejor. Stilwell sabía que podía aguantar a Ahearn y a Sampedro mientras juntos llevasen al asesino ante la justicia.

23

Frank Sampedro esperaba a Stilwell en el muelle del Express en Long Beach. Estaba apoyado contra un coche gris sin identificar, con los brazos cruzados sobre su pecho fornido. Medía más de un metro ochenta y era corpulento. Los trajes siempre le quedaban mal: holgados en los hombros, demasiado anchos en la cintura. Se teñía el pelo y el bigote de negro azabache. En cuanto vio que Stilwell se acercaba, se enderezó y, sin saludar, rodeó el coche hasta la puerta del conductor.

Stilwell se alegró de que Ahearn no hubiera venido a buscarlo, porque a ningún policía le gusta sentarse en la parte de atrás de un coche en el que se ha transportado a toda clase de delincuentes, pero se preguntó qué significaba eso en relación con la máquina bien engrasada de Corum. Aun así, fue un alivio para Stilwell no tener que pasar la hora de trayecto hasta la unidad de homicidios, en el centro de Los Ángeles, escuchando los insultos y las amenazas de Ahearn.

Sampedro se mantuvo callado en un primer momento, pero, en cuanto llegaron a la 110 en dirección al centro, se sinceró inesperadamente.

—Mira, solo para que lo sepas, me pusieron de compañero de Rex después de que te fueras —dijo—. Así que lo único que he oído es su versión, ¿me explico?

Una grieta en la pareja de compañeros; Stilwell no había visto eso antes.

—Sí —dijo—. Y sé exactamente lo que dijo sobre mí y ese caso.

—Sí, bueno, ahí lo tienes —respondió Sampedro—. Pero, como dijo el capitán, hemos de resolver este caso, así que voy a dejar de

lado todo lo demás. Parece que has hecho un buen trabajo hasta ahora. Sigamos así.

—¿Significa eso que también estabas en la oficina de Corum durante la llamada de hoy?

—Sí. Quería que estuviéramos los dos allí.

A Stilwell le molestó que el capitán no le hubiera dicho que había más gente en la llamada hasta que él preguntó, pero había dado resultado. Estaba en el caso, que era donde quería estar. Aceptó la rama de olivo que le ofrecía Sampedro como una buena señal de franqueza. Le hizo pensar que al menos podría trabajar en igualdad de condiciones con él, si no con Ahearn.

Al cabo de unos minutos más de silencio, Sampedro sacó a relucir el caso, del que solo conocía una parte de la historia.

—Solo para aclarar las cosas, lo que oí fue que pensabas que había motivo para acusar a un tipo de asesinato, y Rex, que estaba al frente del caso, dijo que no lo había. Que fue en defensa propia. Lo llevó a la fiscalía del distrito y ellos lo rechazaron como defensa propia. Entonces tú trataste de esquivarlos y se armó una buena.

—Por decirlo de forma suave. Pero, para aclarar las cosas, como dices, te contaré exactamente lo que pasó. Lo acusé sin rodeos de hacer la vista gorda en el caso.

—Es una acusación bastante fuerte.

—Sí, bueno, es la verdad. ¿Conoces a un tipo llamado Carl Dobbin? Era un ayudante del sheriff que trabajaba en Lennox hasta que lo pillaron en cámara extorsionando a camellos para sacarles dinero y coca.

—No lo conocía. Nunca trabajé en Lennox, pero tenían muchos problemas allí con ese tipo de cosas.

—Sí, y Asuntos Internos vino a hacer limpieza. Dobbin fue uno de los tipos a los que echaron. Eso fue hace siete años, ocho tal vez.

—Vale, ¿y qué tuvo que ver con el caso por el que tú y Rex os encarasteis?

—Todo. Después de dejar el departamento, Dobbin consiguió una licencia de investigador privado, porque lo dejaron jubilarse con un

expediente limpio. Luego, hace dos años, acaba matando a un tipo en un caso de divorcio en el que estaba trabajando. Alegó defensa propia, dijo que el tipo al que seguía se le enfrentó y sacó una pistola, pero Dobbin sacó la suya y disparó primero. Como era un exagente, todo nuestro equipo se puso a trabajar en el caso. Así que esa noche estuve allí. Ahearn era el jefe, pero yo trabajé la primera noche. Me encargaron tratar con los familiares del muerto. Fui a casa de su hermana para notificarle el fallecimiento y ella me dijo que creía que era una trampa. Su hermano le había dicho que creía que la que pronto iba a convertirse en su ex intentaría matarlo para quedarse con todo el dinero.

—¿La creíste?

—Creí que había que investigarlo, pero Ahearn no. Simplemente aceptó la palabra de Dobbin y presentó el caso al fiscal como defensa propia. El fiscal dio el visto bueno y ahí terminó todo. Pero adivina qué pasó entonces. Recibí una llamada de la hermana. Todavía tenía mi tarjeta de cuando hice la notificación. Estaba furiosa porque Ahearn nunca habló con ella y ni siquiera investigó sus sospechas de que se trataba de un asesinato orquestado.

—No me digas más: lo investigaste tú.

—Sí, indagué un poco. El arma con la que la víctima supuestamente apuntó a Dobbin constaba como robada diez años antes. Saqué los registros, porque Ahearn nunca los revisó. Se la llevaron en un robo en Lennox y adivina quién se ocupó de la denuncia.

—¿Dobbin?

—Sí, Dobbin. El arma figuraba en un informe complementario. Habían saqueado la casa, se habían llevado infinidad de cosas y el propietario no estaba seguro de todo lo que había perdido. Así que, dos días más tarde, acudió a la comisaría de Lennox con una lista de cosas que dijo que habían desaparecido y el arma estaba entre ellas.

—¿Tu teoría es que Dobbin se sumó al robo, que vio el arma cuando estaba allí para tomar la denuncia y se la llevó?

—Algo así. Luego se la guardó por si alguna vez necesitaba colocarle un arma a alguien. Al final lo echan, saca su licencia y se produce el tiroteo. El arma robada acaba en manos del muerto.

Stilwell dejó unos segundos para que Sampedro lo asimilara antes de continuar.

—Había mucho en juego en el divorcio —explicó—. El muerto era un ex pandillero y traficante de drogas que se había reformado y había invertido en negocios por todo el sur de Los Ángeles. Había mucho dinero sobre la mesa que no quería compartir con la esposa. Así que ella contrató a Dobbin para que supuestamente le sacara información que ella pudiera utilizar. Pero ¿y si Dobbin le dijo que podía ocuparse de que no hubiera reparto de dinero y que ella se quedara con todo?

—Me parece que son muchas coincidencias y conjeturas.

—No lo discuto, pero debería haberse investigado y no se hizo. Ahearn, o bien se dejó sobornar, o simplemente miró para otro lado. También investigué un poco eso y resulta que él y Dobbin estuvieron en la misma clase de la academia. Se conocían desde hacía mucho. Así que ahora tienes otra coincidencia, y son demasiadas para no investigarlas.

—¿Se lo dijiste al capitán?

—No, ese fue mi error. Fui directamente a Asuntos Internos, cuando debería haber empezado por Corum.

—Y en Asuntos Internos se desentendieron.

—Usaron las mismas palabras que tú: «coincidencia» y «conjetura». Eso es lo que dijo nuestra cacareada Oficina de Asuntos Internos. No fue más allá. Ahearn terminó con una «denuncia infundada» en su expediente y a mí me enviaron a la Isla de los Juguetes Rotos. Fin de la historia.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora. Ahearn me culpa por la mancha en su expediente y no puede dejarlo de lado para trabajar el caso como es debido. Seguro que está echando pestes porque Corum nos hace trabajar juntos.

—No está muy contento, pero es un profesional. Todo irá bien.

—Me alegro de que uno de nosotros lo piense.

—¿Qué pensaste entonces? ¿Que Dobbin sobornó a Ahearn?

—O miró para otro lado sin más por un amigo de la academia. Y, una vez que lo hizo, Dobbin lo controló. Pero en realidad no me importa qué pasó exactamente y, para que conste, tampoco me importó demasiado el exnarcotraficante muerto. Pero Dobbin sigue en libertad y la gente que se sale con la suya tiende a pensar que puede volver a hacerlo.

Sampedro condujo en silencio durante unos momentos más antes de hablar.

—Agradezco el detalle —dijo.

—Y yo aprecio la posición en la que estás —dijo Stilwell—. Quiero que sepas que, en este momento, lo único que me importa es la mujer del agua. Nada más. No me interesa engancharme con Ahearn por ese viejo asunto. Quiero cerrar este caso.

—Bueno es saberlo.

Stilwell no creía en todo lo que había dicho, pero suponía que Sampedro acabaría resumiéndole la conversación a Ahearn. Eso era lo que hacían los compañeros. Con suerte, eso tranquilizaría a Ahearn para que la investigación de Leigh-Anne Moss pudiera seguir adelante sin verse afectada por la fricción entre ellos.

La unidad de homicidios estaba en el antiguo edificio del palacio de justicia, en Temple Street, enfrente del tribunal penal. Stilwell lo conocía bien por su anterior destino allí. Sampedro aparcó en el garaje del condado y llamó a Ahearn para decirle que estaban subiendo. Este estaba esperando en una de las salas de reuniones. Ya había traído una pizarra con el nombre de Leigh-Anne Moss escrito en rojo en la parte superior. Había algunas fechas y otras anotaciones debajo, y luego una línea trazada en el centro que separaba los encabezados «Catalina» y «Condado». Estaba claro que Ahearn entendía que había trabajo que hacer a ambos lados de la bahía.

Ahearn no dijo nada cuando entraron Stilwell y Sampedro. Estaba sentado a la mesa ovalada en el centro de la sala, en la silla más cercana a la pizarra, una señal de que estaba a cargo de decidir lo que se escribía en ella. Stilwell vio una pila de documentos en la silla más alejada de la pizarra y entendió que ese era su sitio. Al parecer, la pila estaba formada por copias de documentos elaborados por el equipo de Ahearn y Sampedro durante los primeros cinco días de la investigación. El informe preliminar de la autopsia estaba encima de todo. Stilwell lo tomó como un buen comienzo para la tensa colaboración y se sentó en la silla que le habían asignado.

—Hasta ahora, esta es toda la documentación del caso —confirmó Ahearn—. Lo que me gustaría hacer con esta reunión es establecer líneas de responsabilidad claras para los tres y planificar nuestros próximos pasos.

Stilwell podría haber dicho que esa era la orden del capitán Corum, pero decidió no incitar a Ahearn. Se limitó a asentir.

—Stilwell, parece que llevas la delantera en esto, al menos según el capitán —dijo Ahearn—. Así que ¿por qué no empiezas? ¿Qué deberíamos estar haciendo Frank y yo? ¿Qué vas a hacer tú?

Stilwell se fijó en que podría haber sido la primera vez en años que Ahearn se dirigía a él por su apellido correcto. Otra señal de cooperación.

—Bueno, ya que lo tienes dividido entre aquí y allá, creo que hay algunas cosas por aquí que tenemos que hacer de inmediato —comenzó—. El barco que mencioné en la llamada con el capitán se llama Emerald Sea. Es un queche de doce metros de eslora que está atracado en el California Yacht Club de Marina del Rey. He hablado con el propietario, Mason Colbrink, y ha accedido a no tocarlo hasta que enviemos un equipo forense para procesarlo.

Ahearn se levantó y anotó el nombre del barco en la columna del condado. Se quedó de pie.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó.

Stilwell sabía que tenía que proteger a Monty West, de la oficina del forense.

—No he visto la autopsia —dijo—. ¿La víctima tenía algún corte? ¿Algún indicio de pérdida de sangre?

—Frank se encargó de la autopsia —aclaró Ahearn.

—La causa de la muerte es un traumatismo por objeto contundente —dijo Sampedro—. La golpearon con un objeto desconocido antes de morir. Las heridas en la cabeza suelen sangrar. Por supuesto, como el cuerpo estuvo en el agua varios días, perdimos todo rastro de eso.

—Hay un tipo en Catalina que trabaja en el Emerald Sea —explicó Stilwell—. He hablado con él esta mañana y me ha dicho que, cuando limpió el barco después de traerlo de vuelta al puerto deportivo el lunes, descubrió que alguien se había llevado el ancla de repuesto y una bolsa de vela. También dijo que faltaba un mocho.

Ahearn se volvió hacia la pizarra y escribió «escena del crimen» debajo del nombre del barco.

—Enviaremos al equipo de criminalística —indicó.

—Pero ¿limpió el barco? —preguntó Sampedro.

—Sí —dijo Stilwell—. Lo que significa que se limpió dos veces: una vez por quien usó la fregona y luego por él.

—Todavía tenemos que dejar que los de criminalística hagan su trabajo —intervino Ahearn—. Si hay sangre, la encontrarán.

—El tripulante también dijo que encontró una botella vacía de un producto de limpieza llamado Three-Oh-Three —añadió Stilwell—. Pero la tiró. Probablemente se usó durante la primera limpieza.

—Buscar en contenedores —dijo Ahearn—. Esa es la especialidad de Frank.

—Ya… Que os den —dijo Sampedro.

—El testigo dijo que lo puso junto con otras cosas de la nevera del barco en un cubo de basura al final del muelle —informó Stilwell.

Ahearn escribió «303» en la pizarra y luego se volvió hacia Stilwell.

—Bueno, Stilwell, ¿cuál es tu teoría sobre el asesinato? —preguntó.

—¿De verdad queréis oírla? —preguntó Stilwell a su vez.

—Por supuesto que sí —repuso Ahearn—. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Lo dijo cargado de un sarcasmo al que Stilwell no hizo el menor caso.

—Como he dicho en la llamada con el capitán, creo que la mataron en el Black Marlin Club con la escultura de jade —expuso—. Su cuerpo estuvo escondido allí en algún lugar hasta la medianoche y entonces lo trasladaron al Emerald Sea. Al día siguiente, lo sacaron a la bahía y lo arrojaron.

—¿A plena luz del día? —preguntó Sampedro.

—A más de veinte millas de la costa —dijo Stilwell—. Hay mucha agua abierta ahí una vez que sales del puerto.

—¿Y dices que la corriente la trajo de vuelta? —preguntó Ahearn—. ¿Como una especie de fantasma submarino que regresa para atormentar la escena del crimen?

Había dejado de ser sarcástico, pero había puesto una nota de incredulidad.

—No sé nada de fantasmas submarinos, pero sí creo que la marea la trajo de vuelta —dijo Stilwell—. El puerto de Avalon tiene una boca ancha y fuertes corrientes de marea.

—Bueno, me gustan las bocas anchas —soltó Ahearn—. Vale, ¿qué más?

—Por ejemplo, ¿dónde está la estatua de jade? —preguntó Sampedro.

—Probablemente acabó en la bahía con ella —dijo Stilwell.

—Qué estupidez —comentó Sampedro—. Si la mataron en el club, ¿por qué el asesino no limpió la estatua y la dejó en su sitio?

—He estado pensando en eso —dijo Stilwell—. Puede que entrara en pánico. Es posible que nada de esto estuviera planeado. O tal vez la estatua se rompió cuando la golpeó y no pudo devolverla.

—Todo son conjeturas hasta que sepamos más —dijo Ahearn—. Necesitamos algo sólido para seguir adelante ahora mismo.

—Su teléfono móvil —propuso Stilwell—. Debía de tener uno y probablemente también acabó en la bahía cuando la tiraron. Pero necesitamos sus llamadas, mensajes de texto y contactos. Y el GPS podría darnos la ubicación donde la tiraron al agua.

Ahearn escribió «móvil» en el lado del condado de la pizarra.

—Nos quedamos con eso —dijo—. ¿Qué más?

—Los amigos de Leigh-Anne —añadió Stilwell—. Cualquiera a quien le haya contado con quién estaba involucrada en la isla y en ese club. Con suerte, su teléfono o Galloway pueden llevarnos a su grupo de amigos de aquí. Y todavía tengo que averiguar dónde se alojaba en Catalina. También podría haber aplicaciones de citas y redes sociales que comprobar. La secretaria de mi oficina la encontró en Instagram, pero la cuenta no se había actualizado recientemente.

Ahearn lo puso todo en la pizarra, incluidas las primeras adiciones a la columna de Catalina: «amigos» y «dirección».

—Y luego está Colbrink, el dueño del barco —dijo Stilwell—. Tiene coartada para el fin de semana en cuestión. Estaba aquí en Malibú para el cumpleaños de su mujer. Tenemos que confirmar todo eso y después hemos de hablar con su amante, una tal Bree o Breezy, que estaba con él en Catalina el fin de semana pasado. Tal vez vio algo raro en el barco. No podemos pasar nada por alto y ella forma parte de esto.

Ahearn lo escribió obedientemente en la pizarra del lado del condado.

—Eso nos mantendrá ocupados —dijo—. No te toca mucho a ti, Stilwell. ¿Algo más por allá?

—Sí —contestó Stilwell—. Tengo que entrar en el Black Marlin.

—¿Te refieres a una orden de registro? —preguntó Ahearn—. Buena suerte con eso.

—Ya veremos —dijo Stilwell—. Conozco a un juez que podría aceptarla.

24

Después de que Sampedro lo dejara en el puerto, Stilwell tomó el último Express de vuelta a Catalina. Estaba oscuro cuando llegó al muelle. Pasó por la comisaría para recoger el Gator y ver cómo iban las cosas. Tuvo que usar una llave para entrar, porque el ayudante de guardia del turno de tarde no estaba allí; probablemente estaba de patrulla o respondiendo a un aviso. Stilwell echó un vistazo a su despacho y al tablón de anuncios por si había mensajes, pero no encontró ninguno. Sacó una radio de las que estaban cargándose y, tras consultar el horario del personal en un tablón de anuncios separado, se comunicó con el agente de servicio.

—TT Uno, contesta.

Unos segundos más tarde, el agente Eduardo Esquivel respondió:

—Hola, jefe.

—¿Cuál es tu ubicación?

—En el Zane Grey para un desalojo.

El hotel boutique Zane Grey era uno de los mejores lugares para alojarse en la isla. Lo que había sido la casa del famoso escritor de novelas del Oeste y gran aficionado a la pesca deportiva también constituía un gran atractivo para la isla. Aunque Catalina servía como último recurso para mucha gente que se enfrentaba a problemas económicos, el Zane Grey era un establecimiento que atraía a los visitantes más adinerados. Sus propietarios rara vez llamaban a la comisaría por problemas con huéspedes que no pagaban.

—¿Qué pasa? —preguntó Stilwell—. ¿Quieres refuerzos?

—Afirmativo —respondió Esquivel—. No creo que este tipo se vaya sin más.

—Voy para allá, entonces.

—Recibido.

Stilwell pensó en coger su chaleco de la taquilla, pero decidió que solo serviría para provocar una confrontación si la situación en el Zane Grey era simplemente un malentendido. Lo dejó allí y se dirigió a la puerta, pero se detuvo cuando oyó un grito procedente de las celdas. Spivak permanecía retenido hasta su comparecencia ante el tribunal el viernes. Stilwell volvió al calabozo y se lo encontró de pie, agarrando los barrotes con las dos manos.

—Oye, ¿me vais a dar de comer esta noche o qué?

—¿No te han dado de comer?

—Llevo horas esperando, tío.

Al parecer, Esquivel se había olvidado de darle la cena. Stilwell miró el reloj y vio que eran las 20:20.

—¿Por qué no te sientas, Spivak? —dijo—. Iré a buscar algo.

Cruzó rápidamente la sala de trabajo hasta la cocina que estaba junto al pasillo de atrás. Empezó a abrir armarios, buscando algo que pudiera darle a Spivak para salir del apuro hasta que él o Esquivel pudieran comprar algo en una de las tiendas de comida para llevar. Encontró dos paquetes de galletas Lance ToastChee en un estante en el que decía «Dunne. No tocar». Los cogió y los llevó al calabozo. Spivak seguía en los barrotes.

—Te he dicho que te sientes —dijo Stilwell.

—No tengo que sentarme. Puedo hacer lo que quiera aquí. ¿A esa mierda lo llamas cena?

—Es un aperitivo, Spivak. Alguien te traerá la cena dentro de un rato. Siéntate y relájate. No son ni las ocho y media y pronto tendrás una comida caliente.

Stilwell lanzó los paquetes de galletas a través de los barrotes hacia la litera que había visto usar a Spivak antes. Un paquete rebotó en la cama y cayó al suelo.

—Mira —se quejó Spivak—. Así es como se rompen.

—Mantén la calma —dijo Stilwell—. Alguien volverá con la cena.

—Oye, probablemente va contra las normas que me dejes aquí solo. Si hubiera un incendio, nadie podría sacarme.

—O una inundación repentina o incluso un tsunami.

—No es broma.

—Entonces, será mejor que empieces a rezar, Spivak. Porque me voy.

—Podría ahorcarme y seguro que te costaría el cuello.

—Es una idea interesante. Habría una investigación extensa, estoy seguro. Pero al final se reduciría a un tipo que intentó matar a un ayudante del sheriff con una botella de vino y luego se suicidó en una celda, y a nadie le importará una mierda. Pero estoy seguro de que me darían un tirón de orejas; tú decides si te merece la pena.

Stilwell cogió las llaves del John Deere al salir y cerró la comisaría. Spivak tenía razón. Iba contra las normas dejar a alguien bajo custodia sin supervisión. Si ocurría algo, el sargento recibiría algo más que un tirón de orejas. Lo irónico era que el turno de guardia se había reducido a un único agente porque Spivak había dejado fuera de servicio al segundo: Dunne.

El Zane Grey estaba en Chimes Tower Road y ofrecía a sus huéspedes una de las mejores vistas del puerto tanto de día como de noche. Stilwell vio el carrito de Esquivel aparcado cerca de la entrada. El vestíbulo estaba vacío y no había nadie en la recepción, pero oyó voces elevadas procedentes del ala derecha del hotel y se dirigió hacia allí.

Vio a Esquivel y a otro hombre de pie en el pasillo frente a la puerta abierta de una de las habitaciones. Se unió a ellos.

—¿Qué pasa, Eddie? —preguntó.

—Sargento, él es Fred Nettles, el encargado nocturno —dijo Esquivel—. Y él es el señor Starkey, que dice que no saldrá de la habitación.

—Cuando cargamos la primera noche de estancia en su tarjeta de crédito, se aceptó —explicó Nettles—. El cargo de la segunda noche fue rechazado y dijo que lo pagaría. No lo hizo. El cargo de la tercera noche también fue rechazado y ahora lleva aquí cinco noches y solo ha pagado una.

—¡Estoy solucionando el problema! —gritó Starkey.

Era el más pequeño de los cuatro hombres y Stilwell sabía que no iba a haber ningún problema en echarlo del hotel si la cosa se ponía fea.

—He estado en constante comunicación con mi banco y la compañía de la tarjeta de crédito —dijo Starkey—. Están procesando el pago, pero ya es muy tarde en la Costa Este y esto no se resolverá hasta mañana.

—Lleva tres días diciendo lo mismo —se lamentó Nettles.

—Tiene que irse, señor —dijo Esquivel—. No puede quedarse. Arréglelo y luego puede volver.

—¿Adónde voy a ir? —gritó Starkey—. Esta noche no hay más barcos y no puedo registrarme en ningún otro sitio.

Stilwell dio un golpecito en el hombro de Nettles y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Caminaron por el pasillo hasta un punto donde Starkey no podría oírlos. Stilwell habló en voz baja.

—Tiene razón —dijo—. Si lo echamos ahora, no podrá salir de la isla y no podrá registrarse en ningún sitio si su tarjeta de crédito no funciona.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó Nettles—. ¿Que tengo que comerme otra noche con él?

—Quiero darle hasta mañana por la mañana. O lo arregla y le paga, o lo acompañamos al muelle y se va.

—Eso suena como una gran victoria para él y una gran pérdida para mí.

—Lo entiendo. ¿Sabe algo de él? Como a qué se dedica o qué está haciendo aquí.

—Dice que es escritor. Aquí vienen muchos. No todos son unos holgazanes. Volvió la cabeza hacia la habitación de Starkey mientras vociferaba la última palabra.

—Solo lo está empeorando —dijo Stilwell—. No vamos a echarlo. Así que decida si quiere discutir con él toda la noche y molestar a otros huéspedes, o darle de plazo hasta mañana.

Nettles, frustrado, negó con la cabeza.

—Los bancos abren a las nueve —dijo—. Le daré hasta las diez si promete venir a llevárselo si no paga.

—Hecho —dijo Stilwell—. Iré a decírselo.

Caminó por el pasillo hasta la puerta abierta donde estaba Esquivel. No había señales de Starkey.

—¿Adónde ha ido? —preguntó.

—Está ahí dentro haciendo una llamada, creo —dijo Esquivel.

Stilwell entró en la habitación, recorrió un corto pasillo y pasó junto a la puerta del baño. Starkey estaba sentado en la cama, con el teléfono de la habitación en la oreja. Stilwell hizo una señal de que quería hablar con él.

—Estoy en espera —dijo Starkey.

—¿Con quién? —preguntó Stilwell.

—Mi agente. Estoy intentando ver si paga.

—Señor Starkey, el hotel ha accedido a dejarlo quedarse una noche más. Tiene hasta las diez de la mañana para pagar su factura o lo desalojaremos del hotel y lo llevaremos al Express, ¿entendido?

—¿Y si pago? ¿Tendré que irme de todas formas?

—Eso será entre usted y el hotel. Pero ahora mismo necesito que me diga que entiende que, si no paga antes de las diez de la mañana, se irá del hotel.

Starkey colgó el teléfono.

—Lo entiendo —dijo—. Y no será un problema. Solo quiero que me dejen en paz para escribir.

—Está bien, señor, pero tiene que pagar la habitación —insistió Stilwell—. Volveré mañana a las diez. Espero que lo solucione. Buenas noches, señor Starkey. ¿Quiere que cierre la puerta?

—Por favor. Ya he tenido suficiente de ese hombre de ahí fuera.

Stilwell se fue y cerró. Nettles se había ido y solo Esquivel estaba esperando.

—Nos ocuparemos de esto por la mañana —dijo Stilwell—. Puedes retirarte.

—Entendido —dijo Esquivel.

—Mientras tanto, dale algo de comida a nuestro prisionero. Tiene hambre.

—¿Quién, Spivak? Ya le di de comer.

—¿Cuándo?

—Sobre las seis. Le compré una hamburguesa en Luau Larry's.

—El imbécil intentó sacarme otra comida.

—Que se joda. Está alimentado.

—No lo conocías de antes de la otra noche, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Tengo curiosidad por saber por qué se abalanzó sobre Dunne y lo golpeó. En la grabación da la sensación de que va a por él, como si lo conociera de algún sitio. Me preguntaba si te conocía a ti.

—Que yo sepa, no. ¿Le ha preguntado a Dunne?

—Sí, pero todavía está confuso. No importa, asegúrate de dejar un informe sobre esto para el turno de día. Quiero que se cumpla el plazo de Starkey. Me voy a casa. Necesito que vuelvas a comisaría y cuides de Spivak. Si recibes una llamada importante, no una tontería como esta, llámame y vendré.

—Lo haré.

Stilwell tomó el Gator hasta su casa. Tash Dano estaba sentada en una de las sillas Adirondack en el porche delantero, con una copa de vino tinto en la mano.

—¿Cómo te ha ido allí? —preguntó.

—Como esperaba —dijo Stilwell—. Estoy en el caso.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—No me quejo.

—¿Pero tienes que trabajar con A-Hole?

—Ahearn, sí.

—Es la primera vez que te oigo llamarlo por su verdadero nombre.

—Sí, bueno, él ha empezado a llamarme por mi nombre, así que, bueno…

Le quitó la copa de la mano y dio un sorbo.

—Queda más en la botella —dijo ella—. Y medio sándwich de pollo del Sandtrap, si tienes hambre.

Era el restaurante favorito de Stilwell en la isla. Asintió.

—Pinta bien —dijo.

Tomó otro trago de vino y le devolvió la copa. Se inclinó y se besaron.

—Necesito ducharme —se disculpó Stilwell.

—Puedo esperar —dijo ella.

Él entró por la puerta abierta. Ella lo siguió poco después.

25

Stilwell se comió el sándwich del Sandtrap por la mañana con café recién hecho. Se lo terminó enseguida, llenó un termo con más café y salió de casa temprano, mientras Tash aún dormía, para ir al juzgado y empezar a trabajar en una orden de registro para el Black Marlin. Sabía que necesitaba una declaración de causa probable sin fisuras para que el juez Harrell la aprobara, pero eso sería solo el primer reto al que se enfrentaría. Si alguna vez se llevaba a juicio a un acusado por el asesinato de Leigh-Anne Moss, la orden de registro sería la primera parada del abogado en un esfuerzo por echar abajo la acusación, y eso sin siquiera tener en cuenta las apelaciones que muy probablemente vendrían después. Los enjuiciamientos a menudo tenían éxito o fracasaban en función de lo fundamentada que estuviera la causa probable. Stilwell lo sabía y no iba a dejar que su orden fuera el talón de Aquiles del caso.

Mercy ya estaba en su escritorio cuando él llegó.

—Buenos días —saludó alegremente.

—Buenos días, Mercy —dijo Stilwell—. Hoy voy a instalarme en mi despacho para escribir un poco. Intenta mantener a la gente alejada de mí si puedes.

—No hay problema.

—¿Está pasando algo que deba saber?

—Todo tranquilo, excepto ahí atrás en la celda. Ese hombre me está poniendo de los nervios.

Stilwell se había olvidado de Spivak. Dejó el termo en el escritorio de su oficina y volvió al calabozo. Una vez más, Spivak estaba de pie junto a los barrotes, como si lo estuviera esperando.

—El jefazo —dijo—. Pensé que me traerías la cena anoche.

—Lo iba a hacer, hasta que me enteré de que ya habías cenado —dijo Stilwell—. Escucha, Spivak, hoy no voy a perder el tiempo contigo. Necesito que cooperes y eso significa que te quedes callado aquí. Si eso es un problema para ti, tenemos los medios para mantenerte callado.

—¿Vas a amordazarme?

—Si es necesario… Tengo una mordaza y estoy autorizado a usarla. Si te pones a gritar aquí, eres una amenaza para la gente que trabaja en este edificio. Estoy autorizado a hacer lo que tenga que hacer para contener esa amenaza. Si quieres que te aten a los barrotes con una mordaza en la cara, será decisión tuya.

—Inténtalo y acabarás en el hospital junto a tu ayudante.

—Si tengo que llamar a todos los ayudantes de la isla, lo haré. Mi gente tiene trabajo que hacer, Spivak. Y no voy a dejar que lo hagan en un entorno en el que no se sientan seguros. Considérate advertido.

—¿Cuándo tendré mi puta vista?

—Mañana. Me aseguraré de que seas el primero.

Stilwell se volvió y se alejó del calabozo. En la sala de trabajo le dijo a Mercy que vigilara la cámara de la celda de Spivak. Luego entró en su oficina y cerró la puerta: una clara señal de que no quería que lo molestaran.

Durante las tres horas siguientes, Stilwell trabajó en su ordenador. Primero resumió los hechos y las pruebas acumuladas: la víctima del puerto había sido identificada como Leigh-Anne Moss y había sido despedida del Black Marlin probablemente el mismo día en que la asesinaron y desapareció la estatua de jade. Señaló que la nueva ancla y la bolsa para vela del Emerald Sea eran similares a las utilizadas para sumergir el cuerpo. Añadió descripciones de una persona no identificada que hizo un viaje en mitad de la noche desde el club hasta el Emerald Sea y luego un corto trayecto en el queche a la bahía y de vuelta el lunes siguiente, todo ello sin la autorización del propietario del barco.

A continuación, Stilwell se devanó los sesos en internet buscando algún tipo de informe sobre mareas o corrientes oceánicas que respaldara su convicción de que el cuerpo de Moss había sido arrojado desde el Emerald Sea a la bahía y luego devuelto al puerto por ese movimiento submarino. Renunció al cabo de cuarenta minutos de búsqueda infructuosa, pero sabía que era un punto débil en su teoría del crimen que posiblemente podría hacer que un juez o un jurado levantaran una bandera roja. Tomó nota de que tenía que encontrar un experto en oceanografía que testificara sobre la posibilidad de que el cuerpo de Leigh-Anne Moss hubiera regresado a la escena del crimen, según había dicho Ahearn, como un fantasma.

Por último, se puso a trabajar en un argumento que mostrara la causa probable para registrar el BMC en busca de indicios del asesinato, la escultura desaparecida, y todos los registros de socios, personal y uso de las habitaciones de invitados del club durante el fin de semana en cuestión. Su objetivo era hacer que la declaración fuera completa y concisa. Era una perorata para camelar al juez, instándolo a que se creyera su teoría sobre el crimen, y para mostrar la necesidad de llevar la investigación a los sagrados confines del rico club privado.

Cuando terminó el primer borrador, se dio cuenta de que estaba muerto de hambre. Miró el teléfono y vio que había trabajado durante más de tres horas seguidas. Envió el documento a la impresora y salió de su oficina para cogerlo de la bandeja antes de que nadie más lo viera.

Ralph Lampley estaba trabajando en un ordenador y eso le recordó la hora límite de las diez que había impuesto a Starkey en el Zane Grey.

—Ralph, ¿recibiste el informe sobre el desalojo en el Zane Grey? —preguntó—. ¿Qué ha pasado allí?

—Iba a contárselo, pero Mercy me dijo que no llamara a su puerta —dijo Lampley.

—¿Contarme qué?

—El tipo hizo que su banco transfiriera dinero al hotel, así que todo salió bien.

—¿Cómo te has enterado?

—Llamé al encargado. Me dijo que el banco había transferido suficiente dinero para dos semanas, así que va a dejar que ese Starkey se quede, y ahora todo el mundo está contento. El hotel tiene el dinero y él puede terminar de escribir su libro o guion o lo que sea.

—Bueno, pues muy bien. ¿Qué estás escribiendo?

—Solo un montón de tonterías. Alguien pintó grafitis en el Casino anoche. Los están borrando hoy, pero quieren un informe para el seguro.

Stilwell se preguntó si el vándalo era de la zona. No había bandas callejeras en Catalina, pero eso no impedía que de vez en cuando vinieran pandilleros en los transbordadores.

—¿Qué ponía en el grafiti?

—Solo dos nombres, Sleepy y Mako.

—No estaría mal que te pasaras por la escuela y hablaras con los de mantenimiento. Han tenido algunos problemas de grafitis allí este año. Puede que les hayan salido esos nombres. Así averiguaremos si son de aquí o de fuera de la isla.

—Recibido —dijo Lampley—. Iré en cuanto termine esto.

Stilwell se acercó al escritorio de Mercy y ella levantó cuatro notas rosas.

—Tengo esto —dijo.

La primera nota era del alcalde Allen. No había mensaje, solo un número, y Mercy había marcado la casilla de devolución de llamada.

—Creo que deberías haber llamado a mi puerta para esto —dijo él—. ¿Tienes idea de lo que quería?

—En realidad ha llamado una de sus secretarias —dijo Mercy—. Se le escapó que el consejo acababa de aprobar una recompensa de diez mil dólares por el caso del puerto. El alcalde quería decírselo y darle los parámetros.

Stilwell miró el mensaje, tratando de decidir si la recompensa era algo positivo o negativo. Probablemente, generaría múltiples llamadas con información que tendría que verificar y que supondrían una pérdida de tiempo considerable. Pero también podría aportar una pista sólida. Cuando estaba en la unidad de homicidios, se había encontrado con recompensas que habían servido y con otras que no.

El siguiente mensaje era de Ned Browning. Decía: «No hay nada en los registros de ventas». Stilwell entendió que Browning no había encontrado ningún registro de la compra de una sierra de mano por parte de Henry Gaston u Oscar Terranova. Eso habría sido demasiado fácil, pensó.

El tercer mensaje era de Lionel McKey y Stilwell supuso que llamaba para pedir su comentario sobre la recompensa. Arrugó la nota y la tiró a la papelera que había junto al escritorio de Mercy.

El último mensaje era de una tal Leslie, sin apellido ni número de teléfono. Mercy había escrito: «Quería saber si la chica muerta era Leigh-Anne Moss».

—¿Ella tenía el nombre? —preguntó—. ¿Qué le has dicho?

—Me dijo que no diera información sobre los casos —respondió Mercy—. Así que le conté que aún no teníamos una identificación y, antes de que pudiera preguntarle nada más, colgó.

—Maldita sea.

—Bueno, estoy casi segura de que trabaja en el Sandtrap, si quiere hablar con ella.

—¿Por qué dices eso?

—Porque oía platos y voces de fondo y a alguien diciendo: «Leslie, recogida». Creo que por eso colgó tan rápido.

—Vale, una cocina de restaurante. ¿Por qué dices que es el Sandtrap?

—Bueno, es una suposición, pero allí trabaja una chica que se llama Leslie. Me ha atendido alguna vez.

Fue Mercy quien le había dicho a Stilwell cuando llegó a la isla que el Sandtrap era el mejor lugar para almorzar. Ella iba allí a menudo a mediodía.

—Eso está muy bien, Mercy —dijo él.

Stilwell se había comido medio sándwich del restaurante esa mañana, pero todo indicaba que iría allí a almorzar. Le dijo a Mercy que lo llamara si surgía algo y salió de la comisaría.

En el restaurante, contiguo al campo de golf, pidió una mesa y solicitó que Leslie fuera su camarera. Aún no era mediodía y la hora punta del almuerzo no había comenzado. Stilwell se había traído la copia impresa de la orden de registro para pulirla mientras comía, por si la pista de Leslie no llevaba a ninguna parte.

Enseguida, una mujer de veintitantos años con el pelo castaño recogido en una coleta se acercó a la mesa. La etiqueta con su nombre enganchada a su camisa de golf azul claro decía «LESLIE». La reconoció de sus anteriores visitas al restaurante, pero se dio cuenta de que nunca se había fijado en su nombre. Stilwell llevaba su vestimenta habitual —pantalones cargo de color tostado, arma enfundada y placa en el cinturón, polo verde con una placa de sheriff bordada en el pecho izquierdo—, pero ella no dio la impresión de reconocerlo.

—¿Qué le apetece hoy? —preguntó Leslie.

—Un sándwich de beicon, lechuga y tomate con pan de trigo tostado —dijo Stilwell.

—¿Algo de beber?

—Té helado.

—Marchando.

—¿Es usted la Leslie que ha llamado a nuestra oficina esta mañana por Leigh-Anne?

La joven levantó la vista de su bloc de pedidos y pareció fijarse por primera vez en la insignia bordada en la camisa de Stilwell.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—La mujer con la que ha hablado es una clienta habitual de aquí —dijo él—. Sé que ahora está en mitad del trabajo, pero necesito preguntarle por Leigh-Anne.

—Eh, vale. ¿Era la chica que encontraron en el agua?

—No puedo responder a eso ahora mismo. Pero ¿por qué ha llamado preguntando por ella?

—Porque me debe dinero y he oído que van a dar una recompensa por, bueno, por información que ayude con el caso.

—¿Cómo se ha enterado de la recompensa? Acaban de aprobarla.

—Eh, se oyen muchas cosas en las mesas. La gente del ayuntamiento desayuna aquí casi todos los días. Esta mañana los he oído hablar de la recompensa.

Stilwell asintió.

—Ha dicho que Leigh-Anne le debía dinero. ¿Por qué?

—Me alquiló una habitación y dejó de pagar.

—¿Cuándo fue eso?

—Empezó a alquilarla en enero, pero dejó de quedarse allí hace un par de meses y no me pagó el mes anterior a su marcha.

Stilwell se echó hacia delante, totalmente concentrado en el cambio de suerte.

—¿Cuál es su nombre completo, Leslie?

—Leslie Sneed.

—¿Así que Leigh-Anne se quedaba en su casa mientras trabajaba en el Black Marlin Club?

—Normalmente estaba aquí los fines de semana. A veces los jueves, si tenía turno. Y luego dejó de quedarse y decidió que no tenía que pagarme el último mes.

Stilwell asintió.

—Escuche, necesito seguir hablando de esto, pero la verdad es que este no es el lugar adecuado —dijo—. ¿Puede venir a la comisaría conmigo?

—¿Quiere decir ahora?

—Sí, ahora.

—Eh…, no creo que el encargado me deje ir. Esto está a punto de ponerse a tope y también necesito el dinero de las propinas.

—Entiendo. ¿Cuándo terminará la hora punta del almuerzo?

—Probablemente, alrededor de las dos.

—Vale, a las dos. Cuando termine de comer, me iré, pero volveré a las dos para llevarla a la comisaría.

—Así que era ella.

—Ya hablaremos de eso.

—Sabía que se iba a meter en problemas.

Stilwell volvió a sentir un cosquilleo en la nuca. Empezaba a pensar que encontrar a Leslie Sneed podría hacer avanzar significativamente la investigación.

—Bueno, de eso también hablaremos —dijo.

Leslie se fue a llevar su comanda a cocina. Stilwell sacó un bolígrafo del bolsillo y empezó a leer y corregir la orden de registro. Pero pronto se detuvo. No podía concentrarse después de la emoción de haber encontrado a Leslie Sneed y, además, sabía que ella podría proporcionar información que tendría que incluirse en la solicitud de registro del Black Marlin Club.

Dejó el documento a un lado y empezó a pensar en cómo manejaría las cosas a las dos.

26

Después de terminar su sándwich de beicon, lechuga y tomate, Stilwell disponía de una hora libre mientras Leslie Sneed trabajaba en la hora punta del almuerzo en el Sandtrap. Fue en el Gator hasta Crescent y se apostó en el arcén de la carretera, desde donde veía la puerta principal del Black Marlin Club y el embarcadero lateral. Sacó su teléfono y llamó al número de móvil que le había dado Frank Sampedro.

—Solo llamaba para ver cómo va —dijo—. ¿Ya estáis en el barco?

—Sí, estamos en ello —contestó Sampedro—. Y tenemos sangre.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En la parte inferior de la cabina de mando. Lo limpiaron, pero los de criminalística la han encontrado en una bisagra de una de las escotillas del suelo. Tenemos suficiente para comparar el ADN. Solo esperamos que no sea sangre de pescado.

—Tiene que ser de la víctima. Colbrink me dijo que no pesca.

—Bueno es saberlo.

—¿Algo más del barco?

—Seguimos trabajando. Los de criminalística están ahora en el camarote.

—¿Y el limpiador? El Three-Oh-Three.

—Nada. Hemos revisado los cubos de basura del muelle y hasta el contenedor de basura donde se vacía todo. Ayer lo recogió la empresa de limpieza del condado.

—Lástima.

—Sí, pero tenemos la sangre de la cabina.

«Habría sido mejor encontrar huellas dactilares», pensó Stilwell.

—¿Está Colbrink ahí? —preguntó.

—Estaba —aclaró Sampedro—. Rex se lo ha llevado al centro para un interrogatorio formal.

Stilwell no dijo nada al respecto. Estaba pensando en lo que recordaba de las técnicas de Ahearn. Por lo general, eran de mano dura y esperaba que no fuera a ofender a un testigo cooperador y perder el acceso con el que contaban, tanto a él como a lo que probablemente era una escena del crimen flotante.

—Cuando hablaste con Colbrink, ¿te dijo algo del Yacht Lock? —preguntó Sampedro.

—No. ¿Qué es eso? —respondió Stilwell.

—Es un localizador antirrobo para embarcaciones. Se roban muchos de estos barcos grandes; es como un GPS oculto para poder localizar el barco. Colbrink dijo que tiene uno, porque es un barco único construido por encargo. Estamos pensando que podríamos determinar dónde se detuvo cuando salió a la bahía y se arrojó el cadáver.

Stilwell se puso en alerta.

—¿Es así de preciso? —preguntó.

—Supuestamente tiene un radio de precisión de quince metros —explicó Sampedro—. Eso es mucho mejor que el GPS del teléfono.

—¿Cómo obtenemos la ubicación?

—Llamé a la empresa de San Diego. Necesitan una orden de registro. Me pondré con eso cuando vuelva.

—Buen trabajo. Si conseguimos la ubicación, probablemente encontremos el arma homicida.

—Y tal vez el teléfono.

Stilwell se quedó un momento en silencio. Sabía que las órdenes de registro tardaban una eternidad con los proveedores de servicios de telefonía móvil, y sus datos solo revelaban los números a los que se había llamado o enviado mensajes de texto. Los mensajes en sí estaban almacenados en el propio teléfono.

—Sé en lo que estás pensando —dijo Sampedro—. Agua salada. Ya he hablado con los servicios técnicos. Con agua dulce, no hay

problema, pero dos semanas en agua salada van a hacerlo casi imposible.

—Bueno, supongo que primero tenemos que encontrarlo.

Stilwell tenía esperanzas con el Yacht Lock. Podría reducir una búsqueda de una aguja en un pajar a una zona contenida y viable.

—¿Cómo van las cosas ahí? —preguntó Sampedro.

—Tengo la orden de registro para el club casi lista —dijo Stilwell—. El juez viene por la mañana. Y en una hora voy a interrogar a una camarera que alquiló una habitación aquí a Leigh-Anne Moss a principios de este año. Hasta que, al parecer, empezó a quedarse con otra persona.

—¿Sabemos con quién?

—Eso es lo que voy a intentar averiguar. Os mantendré informados.

—Cuéntanos lo que consigas.

—Vosotros también. Y una última cosa. Si el juez firma la orden mañana, me vendría bien algo de ayuda aquí con el registro. Habrá mucho terreno que cubrir en el club. ¿Vais a venir vosotros o debería contar con algunos de mis hombres? No creo que tengan mucha experiencia en investigación ni que hayan ejecutado órdenes de registro antes. También me vendría bien alguien de criminalística por si encontramos pruebas biológicas.

—Hablaré con Rex.

—Me vendría muy bien la ayuda. Hay que hacerlo bien.

—Mira, yo seguro que iré y llevaré al técnico que tenemos trabajando en el barco. Así habrá cierta continuidad. Avísame cuando tengas la orden firmada, sellada y entregada.

—Te llamaré.

Stilwell colgó. Le agradaba la cooperación que parecía estar obteniendo de Sampedro. Pero sabía que era frágil. Ahearn era el más veterano de la pareja y podía cambiar el nivel de apertura en cualquier momento.

No había visto a nadie entrar o salir de la parte delantera o lateral del BMC durante su breve vigilancia. Sospechaba que, al día

siguiente, cuando empezaran a llegar los del fin de semana, habría más actividad. Dio la vuelta al carrito eléctrico en Crescent y se dirigió de nuevo al campo de golf. El Sandtrap estaba casi vacío cuando entró y no había señales de Leslie Sneed, pero otro camarero le dijo que estaba en la sala de descanso y le indicó el camino a través de la cocina. Stilwell empujó una puerta giratoria y la encontró en una mesa cerca del fondo. Estaba contando las propinas.

—¿Cómo le ha ido hoy? —preguntó.

—No está mal para ser jueves —dijo ella—. Pero necesito un buen fin de semana.

Stilwell apartó otra silla de la mesa y se sentó. No había nadie más en la sala de descanso.

—Pensé que había dicho que teníamos que ir a la comisaría —dijo Sneed.

—Iremos —dijo Stilwell—. Pero primero quería hacerle algunas preguntas.

—Está bien.

—¿Me ha dicho que Leigh-Anne dejó de quedarse con usted hace un par de meses?

—Sí, simplemente dejó de venir y de pagarme.

—¿Volvió a por sus cosas o se dejó algo?

—Me quedé con sus cosas. Cambié la cerradura y le dije que podría recuperar todo cuando pagara lo que debía.

—¿Así que sus cosas siguen en su apartamento?

—Eso es. Supongo que ahora son todas mías.

—¿Qué hay?

—Solo algo de ropa y algunos libros. Creo que lo que realmente quería era el cargador de su teléfono, pero le dije que podría tenerlo cuando pagara el alquiler atrasado. Me colgó y esa fue la última vez que supe de ella.

A Stilwell le parecía poco probable que Moss quisiera recuperar un cargador de teléfono.

—¿Recuerda cuándo fue eso? —preguntó.

—Hace un par de sábados —dijo Sneed—. Me acuerdo de que estaba aquí cuando llamó. Había intentado colarse en el apartamento, porque sabía que los sábados por la mañana trabajaba. No había contado con el cambio de cerradura.

—¿Así que no se llevó sus cosas?

—No.

—¿Y tenía su propio dormitorio allí?

—En realidad, no es un dormitorio. Es más bien un porche cerrado. Mi casa es bastante pequeña.

—¿Podemos ir allí primero? Quiero ver lo que dejó.

—Supongo. Aunque tengo que estar de vuelta a las cuatro y media para preparar el turno de la cena.

—La dejaré aquí a tiempo. ¿Puede salir ahora?

—Sí, se lo he dicho a mi jefe. Le parece bien siempre y cuando vuelva a tiempo para la cena.

—Bien. Podemos ir en el carrito.

Leslie Sneed vivía en Eucalyptus Gardens, un complejo de apartamentos en Banning Drive. En el año que llevaba en la isla, Stilwell había ido conociendo poco a poco las características de los barrios de Avalon. Sabía que Eucalyptus Gardens era uno de los cinco proyectos residenciales para personas con bajos ingresos donde vivía mucha gente del sector del turismo y los servicios.

El apartamento de Sneed era pequeño y estaba escasamente amueblado. Había un póster de Taylor Swift pegado a la pared sobre un sofá heredado que podría ser más viejo que su propietaria. Swift sostenía un gato en el póster y había un innegable olor a arenero en el apartamento.

La sala de estar daba a una cocina pequeña que disponía de un frigorífico de tamaño medio y dos fuegos. Había un dormitorio contiguo, un único baño y un pequeño porche junto a la sala de estar que se había cerrado con ventanas de celosía. No había puerta en el porche, solo una cortina en la entrada para dar intimidad. Sneed corrió la cortina y extendió la mano para indicar a Stilwell que entrara.

—Siento lo de la arena del gato —dijo—. Tengo que cerrar cuando me voy a trabajar. —Entró en el porche y empezó a abrir las ventanas.

El arenero estaba en la esquina y un gato negro dormía en un sofá cama al otro lado del porche.

—Entonces, ¿esta era la habitación de Leigh-Anne? —preguntó Stilwell.

—Sí —dijo Sneed.

—¿El gato es suyo o era de ella?

—Es mío. Puse el arenero aquí cuando ella dejó de venir.

No había ningún armario, pero sí un aparador viejo de madera contra la pared, junto a la cama.

—¿Me da permiso para abrir el mueble y echar un vistazo por esta habitación? —preguntó Stilwell.

—Adelante —dijo Sneed—. Si encuentra drogas, eran suyas, no mías. Llevo sobria desde que me mudé aquí.

—No se preocupe, no busco drogas. ¿De dónde se mudó?

—Crecí en el valle de San Fernando.

—¿En qué parte?

—En Panorama City.

Stilwell asintió. No sabía mucho de Panorama City, salvo que había sitios donde podías comprar drogas sin bajar del coche. Mudarse a una isla para alejarse de todo eso probablemente había sido una buena idea.

Sacó un par de guantes desechables del bolsillo y se los puso. Abrió las dos puertas del armario. En el lado izquierdo había estantes y en el derecho una barra para colgar ropa. Vio algunas blusas y pantalones chinos negros en perchas. Primero registró los bolsillos de los pantalones, pero estaban vacíos. Revisó las etiquetas de las blusas y no vio nada que pareciera caro.

—¿Cuánto lleva viviendo en la isla? —preguntó.

—Hará cuatro años en julio —dijo Sneed.

—¿Y ha estado todo el tiempo en este apartamento?

—Al principio no. Tienes que residir en la isla durante noventa días antes de poder alquilar. Así que primero tuve que quedarme en sofás. Algo parecido a lo que estaba haciendo Leigh-Anne.

Mientras hablaba, Stilwell observó la ropa doblada en los estantes del armario, así como unas cuantas cajas de cartón con el logotipo de Amazon. En un estante había una pequeña colección de libros apilados en horizontal.

—¿Cómo se puso en contacto con Leigh-Anne para alquilar esta habitación? —preguntó.

—Tenía un amigo que trabajaba en el Black Marlin y él nos puso en contacto —dijo Sneed.

—¿Quién era?

—Solo un tipo que trabajaba en el Trap, pero luego consiguió un trabajo allí durante un tiempo.

—¿Ya no está allí?

—No, volvió al continente. Un amigo suyo abrió un bar en Studio City y se fue a trabajar ahí.

—¿Cómo se llama? Puede que quiera hablar con él sobre Leigh-Anne.

—Todd Whitmore. No recuerdo el nombre del sitio en el que trabaja ahora.

Stilwell cogió una de las cajas de Amazon del estante y la abrió en la cama junto al gato dormido. Contenía varios productos para el cabello todavía cerrados, entre ellos dos tubos de tinte de pelo Colors. Ambos tenían tapones de rosca rojos y una etiqueta que decía «Belladona». Stilwell pensó en las flores silvestres púrpuras que crecían en algunas de las laderas de la isla.

—Belladona —comentó Sneed—. Le encantaba ese color. Como la flor. Una vez le dije: «¿No sabes que la belladona es venenosa?». Pero no le importó.

Stilwell cerró la caja y pasó a la siguiente.

—Me ha dicho que ella quería recoger sus cosas, pero no la dejó entrar.

—Eso es —dijo Sneed—. Me debía doscientos cincuenta por el último mes que se quedó aquí, eso fue en marzo, y luego le dije que me debía otros dos cincuenta por el mes que dejó de quedarse sin avisarme. Podría haber intentado encontrar a otra persona si lo hubiera sabido.

La segunda caja contenía más productos de cuidado personal. Después de revisarla, Stilwell volvió a colocarla en el estante.

—¿Dijo que quería algo en particular?

—No, solo que quería sus cosas.

—¿Dijo que le pagaría el dinero?

—Sí, que tenía un novio que apoquinaría, pero eso nunca sucedió.

Stilwell recordó a Peter Galloway y le pareció poco probable que él fuera el novio que pudiera soltar quinientos dólares.

Pasó a la pila de libros. El primero lo reconoció porque Tash lo había leído cuando fueron de acampada a Little Harbor, al otro lado de la isla. Se llamaba *If I'd Known Then.* Tash le había explicado que era una colección de cartas que mujeres de veintitantos y treinta y tantos años habían escrito a sus yoes más jóvenes con palabras de consejo que les hubiera gustado recibir en aquel entonces. El borde de una tarjeta de visita utilizada como marcapáginas sobresalía del centro del libro. Stilwell lo abrió y vio que era una tarjeta de Charles Crane, el gerente general del Black Marlin Club.

El siguiente libro se llamaba *Todo lo que sé sobre el amor,* de Dolly Alderton, y su marcapáginas estaba cerca del final del libro. Era una tarjeta de visita de un abogado de Los Ángeles llamado Daniel Easterbrook. El último se llamaba *Su cuerpo ha florecido,* de Kathryn Harlan. También tenía una tarjeta de visita como marcapáginas, esta de un oncólogo de Century City llamado Leonard Koval.

Stilwell colocó las tarjetas de visita en la cama e hizo una foto de cada una antes de devolverlas a las páginas donde las había encontrado. No estaba seguro de por qué volvía a marcarlas, cuando sabía que Leigh-Anne Moss nunca terminaría los libros.

—Parece que era lectora —dijo, más para sí mismo que para Sneed.

—No tengo televisión —repuso Sneed—, así que leía mucho.

—¿Guardaba alguna de sus pertenencias en algún otro lugar del apartamento?

—No, solo aquí.

—¿Podemos mover al gato? Quiero revisar la cama.

Sneed se acercó y cogió al animal, que protestó levemente por haber sido despertado, y lo sostuvo mientras él revisaba debajo de las almohadas y luego levantaba el colchón para mirar. No encontró nada.

A continuación, Stilwell se puso a gatas y miró debajo de la cama. Vio una caja de zapatos y nada más. La deslizó hacia afuera y la abrió. Contenía un par de zapatos de tacón negros.

—Prada…, muy bonitos —comentó Sneed.

Stilwell vio la marca de la plantilla.

—¿Suyos o de ella? —preguntó.

—De ella, sin duda —dijo Sneed—. Demasiado pequeños para mí. —Se rio.

—¿Qué? —preguntó Stilwell.

—Es gracioso —dijo—. Nunca la vi usarlos y no se me ocurre ningún lugar en esta isla donde ponértelos. Salvo en el Ada, tal vez.

El Mount Ada era el único hotel de cuatro estrellas de Catalina. Había sido la mansión Wrigley y estaba situado en lo alto de la colina, con vistas al puerto y a la bahía de Santa Mónica. Tenía un comedor formal, pero Stilwell sabía que Sneed tenía razón: la isla no era un lugar para zapatos de tacón de lujo. La pregunta era por qué Leigh-Anne Moss tenía ese calzado en la isla. No creía que los hubiera traído del continente. Tenían que haber sido un regalo de alguien de allí.

—No los usaba para trabajar, ¿verdad? —preguntó.

—No, imposible —dijo Sneed—. No puedes trabajar con esos tacones si has de pasarte todo el día de pie.

—Probablemente sea un regalo, entonces. ¿Alguna idea de quién pudo comprárselos?

—Ninguna. Ni siquiera me los mencionó. Nunca los había visto antes de que los sacara.

—¿Cree que son la razón por la que quería volver al apartamento? Las cosas de Prada son caras, ¿verdad?

—Mucho. Seguro que esos le han costado a alguien mil dólares, como mínimo. Probablemente, a uno de los tipos con los que tonteaba.

Stilwell la miró durante un buen rato.

—Vamos a la comisaría —dijo—. Quiero hablar con usted sobre eso.

—Por mí, vale —repuso Sneed.

—Voy a llevármelos, a ver si podemos averiguar de dónde vienen.

—Lléveselos. A mí no me caben.

Stilwell cerró la caja de zapatos y se levantó del suelo.

27

Stilwell metió la caja de zapatos en una bolsa de plástico grande para pruebas que sacó del arcón de almacenamiento del Gator. En comisaría, la dejó en el escritorio de Mercy mientras acompañaba a Leslie Sneed a la sala de interrogatorios. Le indicó que se sentara en la silla de los testigos.

—Siéntese y enseguida estaré con usted —dijo—. ¿Quiere algo? ¿Café, una Coca-Cola?

—Una Coca-Cola Light estaría bien —contestó Sneed.

La dejó allí, cerró la puerta y volvió al escritorio de Mercy.

—Mercy, hay números en el lateral de esa caja de zapatos. ¿Puedes intentar rastrearlos hasta un punto de compra?

Sabía que era un tipo de petición que a ella le encantaba, porque no la obligaba a salir de la oficina e interrumpía la ingrata tarea de contestar el teléfono y la radio todo el día. También sabía que Mercy era una tenaz guerrera del teclado. Era la ama de internet cuando se trataba de investigar.

—Probablemente, se compraron en Amazon —dijo Stilwell—. Pero vale la pena intentarlo.

—¿Fue un regalo para nuestra víctima? —preguntó ella.

—Seguro. Son caros. ¿Por qué?

—Porque dudo que puedas conseguir unos Prada en los almacenes de Amazon. Tendrías que pasar por un vendedor externo y luego siempre existe la posibilidad de las falsificaciones. Puedes comprarlos usados en webs de reventa, pero dice que fueron un regalo, y ningún hombre le regalaría zapatos usados a una chica. Probablemente, los compraría en una tienda.

Stilwell asintió. Tenía sentido.

—Bueno, a ver qué encuentras —dijo—. ¿Cómo está nuestro cautivo? Falta un día más.

—Ha estado callado desde el desayuno —explicó Mercy.

Stilwell volvió al calabozo y miró dentro de la celda que ocupaba Spivak. Estaba en el suelo, sin camisa, haciendo abdominales con los pies enganchados bajo el armazón metálico de la cama.

—Spivak, tu primera comparecencia es mañana por la mañana —dijo Stilwell—. ¿Va a venir tu abogado?

Spivak interrumpió el ejercicio y se quedó tumbado en el suelo, con el pecho agitado por el esfuerzo.

—Vete a la mierda —espetó.

—Últimamente he oído eso muchas veces —repuso Stilwell—. ¿Sabes lo que es una LCT, Spivak?

Este no dijo nada. Se levantó y se acercó a los barrotes, en un intento de intimidar a Stilwell con su respiración pesada y sus pectorales hinchados. Stilwell vio los numerosos tatuajes que cubrían su torso, todos descoloridos, todos hechos con lo que parecía tinta azul opaca de prisión. Se preguntó si había estado en la cárcel en México u otro país, ya que en la búsqueda que había hecho en la base de datos del Centro Nacional de Información sobre Delitos no aparecían antecedentes en prisión, aparte de los trescientos días en Pitchess, lo que apenas parecía tiempo suficiente para completar las imágenes entrelazadas que cubrían casi cada centímetro de su torso.

—Una LCT es una lesión cerebral traumática —explicó Stilwell—. Parece que Dunne podría tener eso, lo que probablemente le costará su carrera. Nos aseguraremos de que el juez lo sepa mañana.

No vio ninguna reacción por parte de Spivak más que una vena pulsando en su sien izquierda.

—¿Por qué lo hiciste, Spivak? —preguntó—. Alguien te metió en esto, ¿verdad?

Fue un disparo a ciegas. Stilwell estaba convencido de que la agresión a Dunne no había sido aleatoria. Spivak esbozó una media sonrisa.

—Lo dicho, vete a la mierda —dijo.

—Claro —dijo Stilwell.

Se alejó, fue a la sala de descanso y cogió dos latas de Coca-Cola Light de la nevera. De camino a la sala de interrogatorios, encendió la cámara que grabaría la sesión con Sneed.

Dejó las dos latas sobre la mesa y se sentó frente a ella. De camino a la comisaría desde el apartamento, Stilwell había confirmado su sospecha de que Leigh-Anne Moss estaba muerta y había sido identificada como la mujer encontrada en el fondo del puerto. Sneed había permanecido callada el resto del camino.

—En primer lugar, gracias por su tiempo —dijo—. Ya ha sido de gran ayuda.

—¿Cree que podría recibir parte de la recompensa si lo ayudo? —preguntó Sneed.

—Bueno, me aseguraré de que todos sepan que ha sido de gran ayuda. Por lo general, esas cosas se pagan solo si se efectúa una detención. A veces no pagan hasta que consiguen una condena. Pero se acaba de anunciar, así que no estoy seguro de cómo funcionará.

Sneed asintió.

—Es muy extraño —dijo.

—¿El qué? —preguntó Stilwell.

—Que ahora esté muerta. Me siento un poco culpable, porque al final no fuimos amigas y dije algunas cosas que probablemente no debería haber dicho.

—¿A ella o a otra persona?

—A ella. Quiero decir, no a la cara. Pero, cuando dejó de contestar mis llamadas y cambié la cerradura, las cosas se pusieron tensas. Seguro que ha oído los mensajes que le dejé en el teléfono. Y ella me dejó algunos muy desagradables.

—No hemos encontrado su teléfono y estamos trabajando en una orden para conseguir sus registros. ¿Todavía tiene algún mensaje suyo?

—Me quedé con el último. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—No sé. Por si me pasaba algo. Ella estaba muy enfadada.

—¿Puedo escucharlo?

—Supongo que sí.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo trasero de sus pantalones caqui y reprodujo el mensaje por el altavoz. Stilwell sabía que lo estaba grabando con la cámara y el sistema de sonido de la habitación: «Zorra, no me jodas. No puedes quedarte mis cosas. Joder, te vas a arrepentir. Y, si crees que cambiar la puta cerradura va a detenerme, estás muy equivocada, cariño. No juegues conmigo. Vas a perder».

Stilwell se quedó en silencio unos momentos después de escuchar la airada voz de la víctima.

—No se anduvo con rodeos, ¿verdad? —dijo finalmente.

—No —contestó Sneed—. Por eso lo guardé.

—¿Qué fecha y hora pone en ese mensaje?

Sneed miró la pantalla de su teléfono.

—Diecisiete de mayo a las 9:41 —dijo—. Estaba trabajando en el turno de desayuno.

—¿No contestó la llamada a propósito?

—No, el jefe no nos deja tener los teléfonos encendidos cuando estamos trabajando, así que no oí la llamada y ella dejó el mensaje.

—¿Le respondió? ¿La volvió a llamar?

—Sí, la volví a llamar después del turno de la comida, pero no contestó. Le dejé un mensaje. Volví a decirle que, en cuanto me pagara los quinientos dólares que me debía, recuperaría todas sus cosas. No sabía lo de los zapatos de debajo de la cama. Probablemente eso era lo que quería en realidad. El resto de sus cosas eran una mierda.

Stilwell consideró la cronología de las llamadas. Lo más probable era que Moss hubiera dejado el mensaje antes de ir al Black Marlin Club el sábado 17 y que Sneed le hubiera devuelto la llamada después de que ella muriera.

—A ver, cuando estábamos en su apartamento, dijo algo sobre los hombres con los que estaba saliendo. ¿Puede contarme más

sobre eso?

Sneed abrió su lata de Coca-Cola Light y tomó un sorbo antes de responder.

—Me siento un poco rara diciendo algo malo sobre los muertos —dijo.

—Leslie, necesito saber todo lo que haya que saber sobre Leigh-Anne —repuso Stilwell—. No importa qué tipo de persona fuera, no se merecía lo que le pasó. Estoy tratando de encontrar a la persona que la mató y, para hacerlo, necesito toda la información que pueda conseguir sobre ella. No quiero información limpia y bonita. Estoy buscando la verdad y creo que puede ayudarme.

Sneed asintió y miró la lata que tenía delante, sobre la mesa. No apartó la vista de ella mientras hablaba.

—Ella… no era buena persona. Hablaba de todos esos tíos. Le daban cosas si se los tiraba. Pero el caso es que creo que no le gustaba ninguno. Volvía al apartamento y presumía de que solo los estaba utilizando. Como cuando dijo que en el continente tenía un antiguo novio que la dejaba quedarse en su casa y que estaba perdidamente enamorado de ella.

—Pero ella no le correspondía.

—No, claro que no. Lo llamaba «el imbécil». No quería a nadie, en mi opinión.

—¿Y aquí en la isla? ¿Estaba haciendo lo mismo?

—Uy, sí, hablaba de un par de tíos con los que salía de vez en cuando.

—¿De dónde?

—Del club, estoy segura. Bueno, no lo dijo específicamente, pero me contó que se había cansado de tratar con tíos que no tenían dinero.

—Y estamos hablando del Black Marlin, ¿verdad?

—Exacto. Por eso consiguió el trabajo allí. Dijo que era como pescar en un barril. Todos esos viejos de allí engañando a sus esposas… Se iba con ellos si tenía algo que ganar.

—¿Mencionó alguna vez algún nombre?

—No, fue lo suficientemente inteligente como para no hacerlo. Las chicas así conocen las reglas del juego, creo.

Parecía que Leigh-Anne podría haberlas roto o al menos haber amenazado con hacerlo, pensó Stilwell.

—¿Recuerda algo más que dijera sobre los hombres con los que estaba saliendo? —preguntó.

—Comentó que a veces era difícil mantener todo separado —dijo Sneed.

—¿Qué cree que significaba eso?

—Bueno, que estaba saliendo con diferentes hombres y tenía que mantenerlos a todos separados para que no supieran nada unos de otros.

—¿Mencionó alguna vez que tuviera problemas con alguno de ellos?

—La verdad es que no. Creo que el tipo del continente sabía lo que estaba pasando aquí y estaba celoso. Ella dijo algo al respecto, pero también dijo que era un perrito faldero al que tenía atado con correa.

—¿Se refiere al tipo al que llamaba «el imbécil»?

—Estoy casi segura de que se refería a él.

Stilwell transmitiría esa información a Sampedro y Ahearn, ya que ahora se estaban encargando de los aspectos continentales del caso.

Intentó sacarle más información a Sneed.

—¿Pero ella nunca mencionó haber tenido problemas con alguien de aquí? —preguntó—. ¿Con nadie del club?

—La verdad es que no —dijo Sneed—. Con ella, era como un acto de equilibrio.

—¿Sabe si salió con alguien de aquí que no fuera del club?

—No lo sé, pero no creo. Recuerdo que una vez se refirió a ese club como «un entorno lleno de presas fáciles».

—¿Lo dijo con esas palabras? ¿«Un entorno lleno de presas fáciles»?

—Sí, eso es lo que dijo.

Stilwell estaba a punto de poner fin al interrogatorio, pero pensó en otra cosa.

—Esos zapatos de Prada probablemente fueron un regalo —dijo—. ¿Recuerda si hubo otros regalos de esos hombres?

—Recibió algunas cosas —contestó Sneed—. La mayoría de las veces simplemente las vendía para conseguir dinero. Con eso me pagaba, hasta que dejó de hacerlo.

—¿Cómo lo hacía? Me refiero a vender las cosas.

—Por internet. Fashionphile y RealReal. Hay muchos sitios donde se revenden cosas buenas como esas.

Stilwell asintió con la cabeza. Sabía que tenía que añadir parte de esa información a la declaración de causa probable de su solicitud de orden de registro. Apoyaría la necesidad de entrar en el club.

—De acuerdo, creo que tengo suficiente por ahora, Leslie —dijo—. Gracias por su ayuda. La llevaré al Sandtrap o a su apartamento o adonde quiera ir. Deme un minuto.

—¿Y me darán la recompensa? —preguntó Sneed.

—Si hacemos una detención, creo que tendrá derecho a recibir al menos una parte.

—De acuerdo, gracias.

Stilwell se levantó y salió de la sala de interrogatorios, con la esperanza de encontrar en el sótano a uno de los ayudantes del turno de día que pudiera acompañar a Sneed de regreso a la colina.

Solo estaba Mercy.

—¿Se han ido todos? —preguntó.

Se dio cuenta de que Mercy llevaba guantes desechables y que la caja de zapatos estaba fuera de la bolsa de pruebas, abierta sobre su escritorio. Junto a la caja vio los zapatos y el papel de seda en el que estaban envueltos.

—Todo el mundo está fuera —respondió Mercy—. Encontré esto en el fondo de la caja de zapatos. ¿Lo ha visto antes?

Levantó una tarjeta con el dibujo de un gatito sonriente en el anverso. Stilwell no llevaba guantes, así que no la tocó.

—No, no la he visto antes —dijo—. ¿Qué pone dentro?

Mercy abrió la tarjeta, sosteniéndola con cuidado por los bordes. Había una nota escrita a mano: «Para ti, Belladona. Dan».

Stilwell sacó su teléfono y miró las fotos que había tomado de las tarjetas de visita utilizadas como marcadores. Se concentró en la que tenía el nombre de Daniel Easterbrook, el abogado de Los Ángeles.

—Tenemos que embolsarla por separado y mandarla al laboratorio para que busquen huellas dactilares y ADN de contacto —dijo.

—La enviaré esta noche en el Express —manifestó Mercy.

28

Después de dejar a Leslie Sneed en el Sandtrap, Stilwell volvió a bajar a Crescent y luego subió por Wrigley Road hasta el hotel Mount Ada. Coincidía con la chica en que, en una ciudad de carritos de golf, era el único sitio lo bastante formal para unos zapatos de tacón de Prada y decidió echar un vistazo. El pequeño pero lujoso *bed and breakfast* de dos plantas recibía a los visitantes de la isla más adinerados. Las habitaciones costaban fácilmente mil dólares por noche los fines de semana de temporada. La opulencia del entorno quedaba realzada por el hombre situado detrás del mostrador de recepción, vestido con algo que rara vez se veía en Catalina: traje y corbata. Stilwell se presentó y luego le enseñó la foto del carnet de conducir de Leigh-Anne Moss en su teléfono. El recepcionista llevaba una placa en el bolsillo de la chaqueta que decía «GILBERT».

—Quería saber si reconoce a esta mujer —dijo Stilwell—. Esta foto no lo muestra, pero podría tener un mechón morado en el pelo que le caía sobre el lado izquierdo de la cara.

Gilbert no dudó.

—Claro, ha estado aquí —dijo.

—¿Quiere decir que se alojó aquí? —preguntó Stilwell.

—Varias veces. Yo la registré.

—¿Estaba sola o había alguien con ella?

—Solo recuerdo haberla registrado. No sé con quién estaba ni a quién podría haber conocido, señor.

—¿Y está seguro de que es la mujer de la foto?

—Al mencionar el mechón morado, la he recordado, sí.

—¿Pagó con tarjeta de crédito?

—Es obligatorio, sí.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí?

—Tendría que buscarlo.

—¿Puede hacerlo por mí? El nombre es Leigh-Anne Moss.

—¿Necesito una orden de registro para eso?

—No, si ofrece la información voluntariamente. Estoy seguro de que quiere ayudar a la policía local, Gilbert.

—Lo que no quiero es meterme en problemas.

—Si no puede hacerlo por mí, tendré que hablar con su jefe. No sé si eso le causará problemas o no.

Gilbert dio un paso a su izquierda y empezó a escribir en el teclado de un ordenador.

—Es L-e-i-g-h, guion y luego Anne, con dos enes —dijo Stilwell—. M-o-s-s.

—Entendido —dijo Gilbert.

Stilwell no podía ver la pantalla del ordenador. El recepcionista la estudió un momento antes de hablar.

—La última vez que estuvo aquí fue el 9 y el 10 de mayo —dijo finalmente—. Y antes estuvo el 2 y el 3 de mayo.

—¿Algo antes de eso? —preguntó Stilwell.

—Sí, otras dos veces, dos fines de semana de abril. ¿Quiere las fechas?

—Sí, por favor.

Gilbert proporcionó los detalles de dos estancias más, una de tres noches y otra de cuatro. Stilwell comprendió que las estancias de Moss en el Ada coincidían con el momento en que dejó de vivir en el apartamento de Leslie Sneed.

—¿Necesita algo más? —preguntó Gilbert.

—¿Qué tipo de habitación reservó? —preguntó Stilwell.

—Siempre se alojó en la gran suite. Tiene un balcón con una panorámica preciosa del puerto.

—Seguro que sí. ¿Qué tarjeta de crédito utilizó para pagar la habitación?

El recepcionista miró su pantalla.

—Una Visa.

—Voy a necesitar ese número, Gilbert.

Este leyó el número en la pantalla del ordenador sin hacer preguntas ni protestar. Stilwell le pidió que lo anotara. El hombre lo hizo en un pequeño bloc con el nombre del hotel estampado en relieve.

—¿Quién era el titular de la tarjeta? —preguntó Stilwell.

—Era ella —dijo Gilbert—. Siempre pedimos una identificación.

—Por supuesto. ¿Está ocupada la gran suite ahora mismo?

Gilbert tecleó de nuevo tras la pregunta.

—La habitación está reservada a partir de mañana —informó Gilbert—. Para el fin de semana.

—Entonces, ¿ahora está vacía? —dijo Stilwell—. Me gustaría echarle un vistazo.

—¿Por qué sería necesario?

—Porque se trata de una investigación de asesinato, Gilbert, y necesito ver la habitación.

—¿Quiere decir que está muerta? ¿Leigh-Anne Moss está muerta?

—Sí. Asesinada. Entonces, ¿puede darme la llave de la habitación, por favor?

Gilbert se dio la vuelta, metió la mano en un viejo estante de casilleros y sacó una llave tradicional atada a un llavero de cuero con el número 4 impreso. Se la entregó a Stilwell.

—Puede subir por la escalera —dijo.

—Gracias —repuso Stilwell.

Subió por la escalera hasta un corto pasillo con puertas a ambos lados. La suite 4 estaba al fondo a la izquierda. Dentro había una pequeña sala de estar con chimenea y una puerta abierta que conectaba con un dormitorio a la izquierda. Stilwell imaginó que en su día había sido el dormitorio principal de William Wrigley, el magnate de Chicago que había sido propietario de la isla y construyó la mansión como refugio de invierno. El Ada se llamaba así por su esposa y, durante un tiempo, Wrigley llevó a su equipo de béisbol, los Chicago Cubs, a Catalina para los entrenamientos de primavera.

Stilwell sabía que grandes del béisbol, como Dizzy Dean, Hack Wilson, Roger Hornsby o Grover Cleveland Alexander, jugaron en el campo de Avalon Canyon. Diecinueve miembros del Salón de la Fama se habían entrenado en la isla. Stilwell sabía todo eso por Tash, que no era tan aficionada al béisbol como a la historia de la isla.

Echó un vistazo rápido a su alrededor y luego pasó al otro lado de las puertas de doble hoja de la sala de estar para acceder al balcón privado. Salió y contempló la amplia vista del puerto y el emblemático Casino, que estaba debajo. Veía el Black Marlin Club y, detrás, la fila de boyas de amarre en el agua. Imaginó a Leigh-Anne Moss de pie en ese mismo lugar y mirando hacia allí. Solo podía conjeturar lo que ella habría estado pensando.

El instinto le decía a Stilwell que Moss había reservado la habitación para una aventura con alguien que había conocido en el club. Supuso que los cargos de la tarjeta de crédito también los había pagado esa persona. Los círculos que estaba dibujando alrededor del caso se iban cerrando cada vez más y el Black Marlin seguía en el centro. Leslie Sneed le había contado que Leigh-Anne había dicho que encontrar hombres en el club era como pescar en un barril. Empezaba a creer que uno de los peces del barril era un tiburón.

Cuando regresó a la recepción, le preguntó a Gilbert si había alguna cámara de seguridad que tuviera imágenes de las fechas en que Leigh-Anne Moss se alojó en el hotel.

—Solo tenemos una cámara aquí en el vestíbulo —dijo Gilbert—. Pero graba en bucles de catorce días. Ella no se ha alojado aquí en las últimas dos semanas.

Stilwell asintió. Eso habría sido demasiado fácil.

—¿Puede buscar otro nombre en el ordenador y ver si se ha alojado aquí? —preguntó.

Gilbert pareció muy molesto por la petición, pero no se negó.

—¿Cuál es el nombre?

—Daniel Easterbrook.

Gilbert tecleó y luego frunció el ceño.

—Aparece que no se ha alojado aquí en al menos un año —dijo.

—¿Cuál fue la fecha de esa estancia? —preguntó Stilwell.

—Se quedó cinco días en mayo del año pasado. El fin de semana del Cinco de Mayo.

Stilwell sabía que eso había sido antes de que Leigh-Anne Moss estuviera en la isla. Pero la información sí confirmaba que Easterbrook estaba familiarizado con el Mount Ada.

—¿Reservó la gran suite? —preguntó Stilwell.

—Pues no —dijo Gilbert—. Ocupó la habitación Windsor. Supongo que no querrá verla también.

—No, eso no será necesario.

—Bien.

El recepcionista pareció aliviado. Stilwell dejó la llave en el mostrador.

—Gracias por su ayuda, Gilbert —dijo.

29

Stilwell tenía un invitado inesperado esperándolo cuando regresó a comisaría. Mercy informó que el desaparecido Henry Gaston había entrado y le había dicho que estaba en peligro y que necesitaba hablar con él. Ella le dio una Coca-Cola Light y lo llevó a la sala de interrogatorios.

—Está nervioso —dijo ella—. Dice que necesita protección.

Stilwell asintió mientras miraba la pantalla de su ordenador, que mostraba la imagen de Gaston sentado en la sala de interrogatorios, últimamente muy concurrida. Estaba inclinado hacia delante, con los brazos sobre la mesa y agarrando con las dos manos la lata que Mercy le había dado.

—Está bien, voy a hablar con él —dijo Stilwell—. ¿Has conseguido algo sobre los zapatos de Prada?

—La verdad es que sí —repuso ella—. Los he identificado como unos zapatos de salón de satén que cuestan mil cuatrocientos dólares nuevos.

Stilwell no podía entender que unos zapatos con unas pocas tiras y tacones de diez centímetros costaran tanto.

—También tenía razón cuando dije que no se pueden conseguir directamente en Amazon —continuó Mercy—. Están disponibles en puntos de venta como Nordstrom, Neiman Marcus y las propias tiendas de Prada. Hay una en Rodeo Drive, en Beverly Hills. Pero aquí hay algo interesante que puede ayudarlo: llevan un chip.

—¿Qué significa que llevan un chip?

—Hay un enorme mercado de falsificaciones de artículos de diseño. Prada pone chips de identificación por radiofrecuencia en sus productos para ayudar a detectar falsificaciones y para el seguimiento de la cadena de suministro. Así que, si compras algo

que crees que es de Prada, puedes ir a una tienda de la marca y ahí tienen un lector de chips que te dirá no solo si es auténtico, sino también cuándo se fabricó y dónde se vendió.

—Eso es perfecto.

—Pero los lectores de chips solo están en Prada, no en Nordstrom. Llamé a la tienda de Beverly Hills y me dijeron que podían comprobar el chip de estos zapatos, pero que tenía que ir en persona.

—De todos modos, parece que tendré que cruzar para otras cosas. Podría ir a Beverly Hills. Buen trabajo, Mercy.

—Eso no significa que puedan decirle quién los compró, pero, si lo reduce al punto de compra, podría tener suerte.

—Nunca se sabe. Definitivamente, vale la pena intentarlo. —Señaló la pantalla—. ¿Estás grabando?

—Estaba esperando a que volviera. Empezaré a grabar ahora.

Stilwell fue a buscar otra Coca-Cola Light. Ya tenía dos pistas en el continente —los zapatos de tacón de Prada y Daniel Easterbrook— que podía pasar a Sampedro y Ahearn, pero se mostraba reacio a renunciar a ellas. Sabía que se arriesgaba a desatar la ira de sus dos socios temporales, así como del capitán Corum, si no lo hacía, pero tenía impulso y no quería perderlo mientras esperaba a que actuara gente en la que no confiaba. Sabía que, una vez más, estaba cruzando una línea, pero lo iba a hacer sin dudarlo.

Stilwell cogió un formulario de renuncia de derechos del estante montado en la pared, junto a la sala de interrogatorios. En el momento en que abrió la puerta y entró, Gaston se levantó de un salto y empezó a hablar en ráfagas entrecortadas como una ametralladora.

—Tiene que ayudarme —dijo—. Van a acabar conmigo. ¿Y por qué? ¿Por un puto costillar? ¿Van a acabar conmigo por un estúpido búfalo?

Stilwell levantó su mano libre e hizo un gesto tranquilizador.

—Vale, calma, Henry —dijo—. Vamos a sentarnos y a hablar de esto racionalmente. ¿Vale?

—No puedo sentarme, tío. Estoy acojonado. Me están buscando. Los vi.

—Siéntese. Por favor. Luego hablaremos.

Stilwell puso la Coca-Cola sobre la mesa y se sentó. Cogió otra que había al lado de Gaston y la agitó. Estaba vacía.

—No sé si debería darle otra de estas. Está tomando demasiada cafeína.

—La necesito. Sigo teniendo sed.

—Vale, tómesela. Pero bébasela despacio, ¿de acuerdo?

—Vale, vale.

Gaston al fin se sentó. Stilwell notó que su mono azul estaba sucio y grasiento y que posiblemente era el mismo que llevaba puesto la última vez que lo había visto en la nave de carritos de Island Mystery Tours. Gaston abrió la segunda lata y tomó un buen trago.

—Vale, Henry, me han dicho que quiere hablar conmigo. ¿Es eso cierto?

—Estoy aquí, ¿no? Se lo contaré todo, pero tiene que protegerme.

Stilwell deslizó el documento de una sola página a través de la mesa hacia Gaston.

—Muy bien, esto es una renuncia de derechos. Tiene que firmarla si va a hablar conmigo. Pero primero voy a leérsela. —Deslizó la página hacia atrás y la leyó lentamente y en voz alta, y luego dijo—: ¿Entiende sus derechos tal y como se los he leído?

—¿Qué quiere decir?

—Que tiene derecho a un abogado. Y que lo que me diga hoy puede ser utilizado en su contra en un tribunal de justicia. ¿Entiende todo eso, Henry?

—Pero va a conseguirme un trato.

—Bueno, antes de que podamos hablar de eso, tiene que firmar que entiende sus derechos.

—Está bien, firmaré. Deme un bolígrafo.

—Primero tiene que responder. ¿Entiende sus derechos tal y como se los he leído?

—Sí, los entiendo. Dios, ¿por qué es tan complicado?

—En realidad, no lo es. Entonces, ¿entiende y está dispuesto a renunciar a sus derechos para que podamos hablar?

—Sí, ya se lo he dicho.

Stilwell sacó el bolígrafo del bolsillo de la camisa y lo pasó por encima de la mesa.

Gaston firmó el documento y dejó el boli encima. Stilwell volvió a guardarse el bolígrafo en el bolsillo y llevó el documento a su lado de la mesa.

—De acuerdo, Henry, empiece por decirme dónde ha estado estos últimos días. ¿Sabía que su mujer ha denunciado su desaparición?

—No podía decirle a ella dónde estaba. Se lo habrían sacado.

—Entonces, ¿dónde estaba?

—Estaba acampando cerca de Eagle's Nest.

Stilwell había estado allí, en el lado oeste de la isla. Había ido a una ecovisita de la Catalina Island Conservancy como parte de su proceso de aprendizaje cuando lo trasladaron desde el continente.

—¿Qué lo ha hecho volver? —preguntó.

—No puedo quedarme allí para siempre. Tengo una esposa y he de resolver esto.

—¿Qué quiere de mí, Henry?

Gaston levantó las manos con las muñecas juntas, como si estuvieran esposadas.

—Joder, quiero evitar la cárcel. Solo hice lo que me dijeron. Era eso o perder el trabajo, y ahora estoy jodido. Me quiere muerto.

—¿Quién lo quiere muerto?

—Baby Head. Sé demasiado. He oído que ha traído a alguien para hacerlo.

—¿A quién?

—No lo sé.

—Bueno, ¿quién se lo ha dicho?

—No quiero meter a nadie más en problemas. Solo lo sé. Después de que usted viniera a la nave y se llevara el mango de la sierra, se armó una buena. Me di cuenta de que me miraba raro. Como si ya no estuviera en el equipo, ¿entiende? Yo era alguien del que había que ocuparse.

—Matarlo es un poco extremo, ¿no le parece?

—No conoce a esa gente como yo. Hacen lo que quieren. Estoy jodido.

—Está bien, Henry. Esto es lo que puedo hacer. Si me cuenta lo que pasó con el búfalo, me pondré de su parte. No puedo prometerle un trato que lo mantenga fuera de la cárcel, pero lo protegeré aquí. Mañana por la mañana, cuando venga la fiscal al juzgado, nos sentaremos con ella. Ella evaluará lo que tiene y decidirá si propone un trato o no. ¿Entiende cómo funcionará eso?

—Eso no me sirve. Necesito algo sólido. Necesito que me saque de la isla y me lleve a un lugar seguro. Y a mi esposa también.

Stilwell negó con la cabeza.

—No funciona así. Puedo meterlo en una celda aquí esta noche. Mónica Juárez, la fiscal adjunta que se encarga de los tribunales aquí, vendrá esta noche para estar en el juzgado mañana. Me reuniré con ella esta noche o a primera hora e intentaremos llegar a un acuerdo. Pero, antes de eso, tiene que decirme qué puede darle para llegar a un acuerdo.

—Estoy jodido.

—Sí, no lo niego. Pero tiene que elegir qué camino quiere tomar. ¿Debería dejarlo aquí para que lo piense? Puedo traer un teléfono si quiere llamar a su mujer para hablarlo.

—No, tío, he hablado con ella. Está muerta de miedo, tiene miedo de que vayan a por ella para llegar a mí.

—Eso parece poco probable. Estamos hablando de un búfalo muerto.

—No, joder, sé más. He oído cosas. Esto es gordo, tío. Se trata de la noria gigante. Él y el alcalde tuvieron sus reuniones en la nave, y yo estaba allí.

—¿El alcalde? ¿De qué está hablando? ¿Qué reuniones?

—No lo diré hasta que haya un trato.

—Henry, estamos dando vueltas en círculos. No hay trato; ni siquiera vamos a hablar de ello hasta que me diga qué puede darnos. Lo llamamos oferta. Le llevo la suya a la fiscal y ella decide lo que está dispuesta a hacer. ¿Entiende?

—Estoy jodido.

—Sí, ya lo ha dicho. Ahora tiene que decidir si quiere mi ayuda o no.

Gaston levantó las manos y se frotó el rostro sin apenas energía. Estaba hecho un lío, pero a Stilwell le intrigaba lo que estaba insinuando: las cosas que había oído, su mención del alcalde. Y luego el chivatazo que Stilwell había recibido de Lionel McKey sobre el proyecto de la noria gigante. Stilwell tenía la sensación de estar pescando en aguas oscuras y de que algo estaba mordisqueando el cebo. Lo percibía. Tenía que ser paciente y esperar antes de clavar el anzuelo.

—Le dejaré que lo piense un rato —dijo Stilwell—. Llame a la puerta si…

—No, joder, no necesito pensarlo más —soltó Gaston—. Vamos a hacerlo. Le contaré todo lo que sé.

—¿Está seguro?

—Estoy seguro.

30

Stilwell tenía la cabeza gacha, con la mirada puesta en el mensaje que estaba escribiendo a Tash, cuando Mónica Juárez se le acercó en el pequeño vestíbulo del Zane Grey.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dijo.

Stilwell levantó la vista. Se había sentado a esperarla allí porque conocía su rutina semanal de venir a la isla la noche antes de ir al tribunal.

—Mónica, hola, ¿te has registrado? —preguntó.

—Estoy a punto —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—Necesito hablar contigo sobre un caso. Un acuerdo, en realidad. ¿Por qué no te registras mientras yo termino esto? Sube a tu habitación y baja cuando estés lista.

—¿Estás seguro? Podemos hacerlo ahora.

—Puede que tarde un rato en explicártelo todo. Adelante, regístrate, yo estaré aquí abajo.

—De acuerdo, dame veinte minutos.

—Perfecto.

Juárez fue a la recepción y Stilwell volvió a centrarse en su teléfono. Envió un mensaje de texto a Tash diciéndole que probablemente trabajaría hasta más tarde de lo habitual. Al cabo de un momento recibió una respuesta de ella.

¿Quién es ella?

Tash hacía eso a menudo, una forma divertida de ocultar su inseguridad sobre la relación. Él le siguió el juego.

Una fiscal dura de pelar llamada Mónica.

En respuesta a esto, recibió un emoji de cara verde que simbolizaba los celos y luego:

¿La invitas a cenar?

Al menos una vez al mes invitaban a Juárez a cenar. Había sido una de las primeras personas a las que revelaron su relación.

Preguntaré.

Stilwell dejó el teléfono y abrió su portátil, que había traído por si la espera se alargaba. Se conectó al wifi del hotel, entró en la web de la Secretaría de Estado de California y buscó Wheelmen LLC, la empresa mencionada en el artículo del *Catalina Call* sobre la propuesta de construir una noria gigante en el puerto de Avalon.

En la pantalla apareció una lista de documentos de constitución presentados en nombre de la empresa. Abrió la solicitud de constitución de Wheelmen, presentada el 7 de febrero de ese año. El documento mostraba que la empresa se había constituido inicialmente como sociedad en Delaware dos meses antes y luego había solicitado un traslado de sede a California. El domicilio estaba en Wilshire Boulevard, en Los Ángeles, y la agente corporativa registrada se llamaba Ellen Sparks. Stilwell abrió un documento de Word y anotó la información. La solicitud clasificaba a la empresa como una iniciativa de entretenimiento público.

Stilwell empezó a revisar el resto de los documentos del sitio web del estado e identificó a los directivos de la empresa. También los escribió en el documento de Word.

Presidente y director ejecutivo: Marcus Rifkin
Vicepresidente: Stanley Banks
Secretario: Nathan Cabot
Directora de operaciones: Susan St. Jacques

El abogado que presentó los documentos se llamaba Bryson Long. Stilwell no reconoció ninguno de los nombres, salvo el de Marcus Rifkin, que se mencionaba en el artículo del *Call.* Rifkin, con el respaldo del alcalde Allen, había presentado los planos y otros documentos relacionados con el proyecto de la gran noria a la junta de planificación de Avalon para su revisión inicial.

Después de cerrar la página web de la Secretaría de Estado de California, Stilwell empezó a buscar los nombres uno por uno en Google para ver si aparecía algo más. Encontró varias referencias a Rifkin, la mayoría proyectos relacionados con otras ciudades en las que su empresa había propuesto construir norias gigantes o sistemas de tirolinas. Algunos habían sido rechazados, pero la mayoría seguían en marcha o habían sido aprobados inicialmente y estaban en fase de diseño. Según lo que Stilwell averiguó, ninguno había entrado aún en funcionamiento. Los proyectos correspondían a ciudades de Florida, Tejas y Luisiana que dependían en gran medida del turismo.

Introdujo la dirección corporativa de Wheelmen en Los Ángeles en el buscador y enseguida vio la foto de un edificio de oficinas en Koreatown.

—¿Qué es eso?

Stilwell levantó la vista de la pantalla y vio a Juárez, que se había cambiado la ropa que utilizaba en la fiscalía por unos vaqueros azules y una blusa blanca.

—De esto quería hablarte —respondió—. ¿Te parece bien que charlemos aquí o prefieres que vayamos a la comisaría?

Juárez echó un vistazo a su alrededor. No había nadie más en el pequeño vestíbulo y el empleado que la había registrado había dejado el mostrador.

—Podemos hablar aquí —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que tengo a un tipo en el calabozo que confiesa que mató al búfalo de la reserva hace un par de semanas —explicó Stilwell—. Quiere hacer un trato para que no lo condenen por lo del búfalo. A cambio, nos entrega al hombre que le ordenó hacerlo y, por si fuera poco, nos contará lo que sabe sobre el alcalde, que es socio silencioso de ese mismo tipo en un proyecto multimillonario que tiene que aprobarse en un procedimiento público.

Juárez asintió con entusiasmo, como habría hecho cualquier fiscal ante un caso de corrupción pública servido en bandeja.

—Bueno, cuéntame más —dijo.

—¿Quieres empezar por el búfalo o por el proyecto municipal? —preguntó Stilwell.

—Vamos con el búfalo.

—Vale, sé que esto fue noticia en el continente y puede que lo hayas visto, pero hace dos semanas alguien mató a uno de los búfalos de la reserva natural. Lo decapitó y se llevó la cabeza. Son animales protegidos y eso lo convierte en un delito grave. El tipo que está en la cárcel se llama Henry Gaston. Lo tengo allí en custodia preventiva porque no hay otro sitio donde meterlo. Es el mecánico que se encarga de los carritos que utiliza Island Mystery Tours. Esa empresa obtuvo una licencia de franquicia del ayuntamiento hace unos cinco años. Yo no estaba aquí entonces, pero me han dicho que fue controvertido.

—¿Por qué?

—El dueño de la franquicia es un tipo llamado Oscar Terranova. Los isleños lo llaman Baby Head.

—¿Qué?

—Tiene la cabeza rapada y supongo que la gente piensa que parece un bebé recién nacido.

Juárez se rio y negó con la cabeza.

—Al menos es original —dijo.

—La cuestión es que otros operadores turísticos se opusieron a la concesión de la licencia, alegando que ya había demasiadas franquicias en la ciudad —explicó Stilwell—. Afirmaron que perjudicaría a todos sus negocios, pero el alcalde Allen apoyó la solicitud, diciendo que la competencia haría crecer el mercado. El ayuntamiento votó y Baby Head obtuvo la licencia.

—¿Y el mercado creció, como dijo el alcalde?

—No mucho. Dos de las otras empresas quebraron, pero el alcalde culpó convenientemente de eso a la pandemia de covid. El turismo se desplomó aquí entonces. El caso es que Gaston dice que él y Baby Head sabotearon esos negocios. Dice que hicieron todo tipo de cosas, desde pinchar neumáticos de los carritos de la

competencia hasta robárselos directamente y tirarlos por los acantilados de la otra punta de la isla.

—¿Y testificará todo eso?

—Si consigue un trato. Pero eso es poca cosa en comparación con lo que dice que tiene, empezando por el búfalo muerto. Dice que Baby Head le ordenó matarlo para que saliera en las noticias y se culpara a los extraterrestres.

Juárez se rio de nuevo.

—Y, por supuesto, eso traería más clientes a sus mágicos tours misteriosos —dijo.

—Exactamente —confirmó Stilwell.

—¿Qué pruebas tienes de todo esto?

—Bueno, la semana pasada obtuve una orden de registro firmada por el juez Harrell y fui a la nave de carritos de Terranova. Ahí conocí a Gaston. Confisqué un mango de sierra que dio positivo en sangre. Lo tengo guardado bajo llave, pero aún no lo he enviado al laboratorio para compararlo con la sangre del búfalo.

—¿Por qué no?

—He estado ocupado con una investigación de asesinato y el caso del búfalo tendrá tan poca prioridad en el laboratorio que tardaré seis meses en recibir un informe. A menos que un fiscal le dé un empujón. Eso es lo que estaba esperando.

Juárez negó con la cabeza.

—Es un pez que se muerde la cola —dijo—. No creo que pueda presentar cargos sin resultados. Y no puedo presionar para obtener resultados sin presentar cargos.

—Pero ahora Gaston quiere cooperar.

—Para salvar el pellejo. No pinta bien si fue él quien mató y mutiló a ese pobre animal.

El recepcionista reapareció detrás del mostrador. Stilwell vio que era Fred Nettles, el encargado nocturno con el que había tratado durante el altercado del desalojo. Al parecer, acababa de entrar en servicio. Stilwell bajó la voz para que no lo oyeran.

—Gaston dice que también estaba trabajando en la nave cuando Terranova se reunió con Allen por esta propuesta de construir una noria gigante más allá del Casino. Públicamente, el alcalde ya lo apoya como un gran impulso para el turismo. Pero Gaston dice que Allen y Terranova son socios en la sombra. El alcalde se lleva una parte del pastel por apoyar el proyecto y le da una porción a Terranova.

El lenguaje corporal de Juárez cambió. Se inclinó hacia Stilwell y su rostro perdió la alegría que había mostrado antes al mencionar a Baby Head.

—¿Podemos confiar en este Gaston? —preguntó.

—Todavía no lo sé —dijo Stilwell—. Está desesperado. Lo presioné la semana pasada cuando estuve en la nave haciendo el registro. Un par de días después, la esposa denunció su desaparición. Pensé que tal vez se había escapado, pero hoy entra en comisaría y dice que ha estado escondiéndose porque Terranova va a matarlo para que no abra la boca.

—¿Por un búfalo muerto?

—Dice que Baby Head teme que ceda a la presión que le he puesto y que hable. Que cuente todo. Lo del búfalo, lo de la noria y todo lo demás que sabe. Y eso es exactamente lo que está dispuesto a hacer si le ofrecemos un acuerdo.

—¿Tiene Baby Head algún antecedente que respalde este tipo de reacción?

—Ninguno.

—¿Es de la isla?

—He oído que vino aquí cuando solicitó la licencia para los tours.

—¿De dónde vino?

—Del continente. Tiene un tatuaje en el brazo. Seis-seis-uno. Es el código de área de Bakersfield.

Juárez se quedó callada mientras pensaba en cómo manejar la situación. Stilwell miró su reloj. Se estaba haciendo tarde y quería volver a la comisaría para ver cómo estaba Gaston antes de ir a casa a cenar.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Quieres hablar con Gaston? Tengo que comprar algo de comida para él y otro tipo que tengo encerrado. De ese otro te encargarás mañana. Agresión a un agente de la ley con traumatismo craneoencefálico.

—Bueno… —comenzó Juárez—. Claro, podemos ir a hablar con él, pero esto es algo que debería llevar a la Unidad de Integridad Pública. Todos los casos de corrupción de funcionarios públicos van ahí. Tendrían que decidir ellos.

Stilwell asintió. Lo sabía, pero estaba decepcionado, porque llevar el caso a la UIP frenaría considerablemente el impulso. Una investigación de un funcionario electo siempre estaba plagada de consecuencias por cualquier paso en falso de los fiscales o sus investigadores.

—¿Por qué no vamos a hablar con él para que te hagas una idea del tipo y de la situación? —dijo—. Si después quieres pasárselo al equipo de corrupción pública, será decisión tuya. Podemos reunirnos con Tash más tarde y cenar.

—Vale —dijo Juárez—, buen plan.

31

Stilwell inmediatamente sintió que algo iba mal. La puerta de la comisaría estaba cerrada con llave y no debería haberlo estado. Tenía a dos ayudantes del sheriff de guardia para el turno de tarde, Esquivel y un hombre llamado Porter, al que había sacado del turno de noche. Le había dicho al primero que se quedara en la comisaría mientras el segundo se encargaba de las tareas de patrulla. Si Porter necesitaba refuerzos, Esquivel debía alertar a Stilwell. En resumen, Stilwell quería a un hombre en la comisaría en todo momento como protección para Gaston.

Pero cerrar la puerta de la calle no formaba parte del plan. Se suponía que la comisaría estaba abierta al público las 24 horas del día, los 7 días de la semana, y se cerraba solo cuando todo el personal estaba fuera.

—Esto no pinta bien —dijo Stilwell.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Juárez.

—Esquivel tendría que estar aquí y la puerta no debería estar cerrada.

—¿Es un agente? ¿Puede que haya recibido un aviso o algo así?

—En ese caso, me habría llamado.

Stilwell dejó en el suelo la bolsa que contenía las comidas que habían recogido para Gaston y Spivak y sacó sus llaves.

—Quédate aquí fuera hasta que lo compruebe —dijo.

Abrió la puerta y entró. Cruzó la sala de espera y accedió a la sala de trabajo. No había rastro de Esquivel y lo primero que notó fue que la puerta del armario para equipos informáticos estaba abierta. Miró dentro y vio que no había ningún equipo en el estante del medio. El disco duro externo había desaparecido.

Stilwell desenfundó el arma y se dirigió al calabozo. En primer lugar, llegó a la celda donde se suponía que estaba Spivak. Pero no estaba. En cambio, vio a Esquivel tumbado boca abajo en el suelo de cemento, con las manos esposadas a la espalda y la cabeza envuelta en una camisa de faena naranja empapada de sangre.

Stilwell abrió rápidamente la puerta y se acercó a Esquivel. Le quitó la camisa de la cabeza y le puso dos dedos en la carótida para comprobar si tenía pulso. Esquivel estaba vivo, pero inconsciente. Stilwell usó la llave de las esposas para liberarle los brazos y luego le dio la vuelta. El ayudante del sheriff presentaba un corte profundo en la frente y la sangre le chorreaba hasta la línea de nacimiento del cabello. Stilwell se acercó a la cama, retiró la almohada y la manta, colocó la almohada debajo de la cabeza de Esquivel y utilizó el borde de la manta para intentar contener la hemorragia.

Esquivel empezó a gemir.

—Eddie, estás bien —dijo Stilwell—. Voy a buscar ayuda. Aguanta.

Cogió el *walkie-talkie* del cinturón de Esquivel, llamó a Porter y le ordenó que volviera a la comisaría. Luego dejó la radio en el suelo y empezó a darle al agente unos golpecitos en la mejilla. Esto produjo otro gemido.

—Eddie, despierta. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Cómo…?

—¡Dios mío!

Stilwell se volvió. Juárez había entrado en la zona de calabozos.

—Mónica, mira en la otra celda —ordenó Stilwell—. Gastón está ahí. ¡Ve!

Juárez se acercó a la otra celda e inmediatamente se llevó una mano a la boca para reprimir un grito. Había un muro de bloques de hormigón entre las dos celdas y Stilwell no podía ver lo que ella veía.

—¿Qué? —preguntó.

—Está… Está muerto —dijo ella—. Creo.

Stilwell se puso en pie de un salto y salió de la primera celda para reunirse con ella en la segunda. Miró al interior a través de los barrotes. Henry Gaston estaba muerto, sin duda. Permanecía

sentado en el retrete de acero de la celda. Tenía la cabeza echada hacia atrás, lo que dejaba a la vista una herida abierta en el cuello y una cascada de sangre que bajaba por la pechera de la camisa. Casi lo habían decapitado.

—¿Qué está pasando? —gritó Juárez con voz de pánico.

—Escúchame —dijo Stilwell con calma—. Necesito que vayas a la estación de bomberos de al lado. Diles que hay un oficial caído que necesita atención médica.

Juárez no se movió.

—¡Mónica! —gritó Stilwell—. Ve a buscar ayuda médica. ¡Ya!

Juárez pareció reaccionar. Fijó los ojos en los de Stilwell y asintió.

—Sí, sí —dijo—. Voy.

Se marchó y Stilwell sacó su teléfono. Llamó al centro de comunicaciones del sheriff en el continente para informar de un homicidio y un agente caído. Solicitó que se alertara al capitán Corum y a la unidad de homicidios y que los enviaran a Catalina.

En cuanto Stilwell terminó la llamada, oyó otro gemido desde la primera celda. Volvió junto a Esquivel y lo encontró tratando de levantarse del suelo.

—Espera, Eddie —le dijo—. No te levantes. Ya viene ayuda. Deja que los enfermeros te examinen antes de intentar levantarte.

—Creo que voy a vomitar —dijo Esquivel.

—No pasa nada, no pasa nada. Probablemente significa que estás en estado de *shock*. Quédate tumbado y tranquilo, y gira la cabeza hacia un lado. Ya viene la ayuda.

—Está bien.

—¿Recuerdas lo que pasó, Eddie?

—Eh, me han golpeado.

—¿Quién? ¿Fue Spivak?

—Sí, Spivak. Me ha golpeado. Estaba gritando por algo. Vine a ver qué pasaba y me acerqué demasiado. Me agarró de la camisa. Me empujó contra las rejas y me golpeó la cabeza. Y luego… ya no recuerdo nada más.

—Vale. Ya te acordarás. Tranquilo. Ya viene la ayuda.

—¿Se ha escapado? Creo que me quitó las llaves.

—Sí, se ha ido.

Stilwell pensó en la huida de Spivak. Miró el reloj. El último ferri al continente había salido cuarenta y cinco minutos antes. Las heridas de Esquivel eran recientes y sangraban, por lo que supuso que la agresión y la huida habían ocurrido hacía pocos minutos, después de la salida del ferri. Eso significaba que Spivak todavía estaba en la isla o que se había ido en un barco que había escondido en algún lugar. Stilwell asumió la segunda opción. Su instinto le decía que todo había sido una trampa desde el principio. Que Spivak había planeado su encarcelamiento para poder acabar con Gaston si este se rendía o era detenido.

Sonó su teléfono. Era el capitán Corum.

—Stil, ¿qué diablos está pasando ahí?

—Es un desastre, capitán. Tenemos a un ayudante herido pero vivo, un detenido muerto y otro detenido que ha huido.

—¿Puedes cerrar la isla?

—Creo que es demasiado tarde. Esto ha sido un asesinato planeado y lo más probable es que la fuga formara parte del plan.

—¿Quién es la víctima?

—El muerto era un hombre que dijo que podía acabar con un mafioso local y con el alcalde si le conseguíamos un trato.

—¿Y lo creíste?

—Sí, y alguien más también, al parecer.

—Voy a ir con un equipo. Prepárate para informarnos.

—Estaré aquí y listo.

32

El equipo llegado del continente se reunió en Avalon y la investigación se prolongó durante toda la noche. Dos parejas diferentes de detectives al mando del capitán Corum interrogaron repetidamente a Stilwell. También se hizo un interrogatorio exhaustivo a Mónica Juárez. A Eduardo Esquivel lo llevaron a la única clínica de la isla abierta las veinticuatro horas y le diagnosticaron una conmoción cerebral que se sumaba a la profunda laceración que un barrote de metal le había producido en la frente. Su relato de lo ocurrido en el calabozo tendría que esperar.

Los investigadores de Corum revisaron el vídeo de la agresión de Merris Spivak al agente Dunne el sábado anterior, vieron la intencionalidad y entendieron lo que Stilwell había llegado a comprender demasiado tarde: que el violento ataque fue planeado y que Spivak buscaba ser detenido y mantenido en la comisaría para estar allí si Henry Gaston salía de su escondite y era encarcelado por Stilwell.

—Yo mismo se lo entregué a Spivak —se lamentó Stilwell.

—No tenías forma de saberlo —dijo Corum y rápidamente añadió—: Al menos esa es mi opinión.

Lo que quería decir que, si se necesitaba un chivo expiatorio en el caso, Stilwell seguiría siendo el principal candidato.

La investigación se prolongó hasta la mañana del viernes, y eso impidió a Stilwell recoger al juez Harrell en el puerto y conseguir que firmara la orden de registro para el Black Marlin Club. Al sargento no le molestó. La ley exigía que las órdenes de registro se ejecutaran en un plazo de cuarenta y ocho horas a partir de la firma de un juez. Y lo más probable era que no tuviera ocasión de llevarla a cabo con el caso Gaston dominando su tiempo y atención. Decidió que

esperaría hasta la semana siguiente, luego iría al juzgado de Harrell, en Long Beach, conseguiría que le firmara la orden y volvería con Sampedro y Ahearn para llevar a cabo el registro.

No era ideal retrasar una investigación de homicidio por otra, pero las circunstancias dictaban sus movimientos. Se lo explicó a Corum y luego a Ahearn, quien llamó después de enterarse de lo que había sucedido en la comisaría. Stilwell no estaba seguro de si llamaba para burlarse de la situación en la que se encontraba o simplemente para asegurarle que la investigación de Leigh-Anne Moss continuaba en el continente.

—Seguiremos adelante —dijo Ahearn—. Te unirás a nosotros cuando quedes libre de esta mierda y luego registraremos el club.

Stilwell y los investigadores no habían dormido en toda la noche y era poco probable que los residentes de Avalon hubieran descansado mucho. Habían enviado a la isla dos helicópteros del sheriff para que sobrevolaran la ciudad, las playas y las aguas costeras en una búsqueda del hombre fugado para cubrir el expediente. No fue ninguna sorpresa que no encontraran a Spivak. O estaba bien escondido o ya hacía mucho que se había ido.

Lo que también faltaba desde hacía mucho tiempo era el disco duro externo del armario de material informático y, con él, la grabación del interrogatorio de Gaston. Con este muerto y la grabación desaparecida, cualquier caso contra Oscar *Baby Head* Terranova estaría en riesgo. Stilwell no había tomado notas durante el interrogatorio porque sabía que contaría con una grabación. Una reconstrucción de lo dicho por Gaston horas después invitaría a una impugnación legítima si se ofrecía como prueba en el tribunal.

—Estamos jodidos —dijo Corum cuando le explicaron el problema.

—Puede que no del todo —respondió Stilwell.

Le habló al capitán del registro que había realizado en la nave de Terranova y que el mango de la sierra había dado positivo en sangre. Reveló que aún no se había enviado para análisis forense y el capitán accedió a llevarlo personalmente al laboratorio y usar su

posición para priorizar la comparación de ADN con la sangre del búfalo.

—Aunque coincida, no nos llevará muy lejos —dijo Corum—. Resuelve el asunto del búfalo, pero no el asesinato de nuestro testigo cooperador.

—Es un comienzo —repuso Stilwell—. Nos da cierta ventaja con Terranova. Tal vez la suficiente para que pacte y subir al siguiente peldaño de la escalera.

Corum asintió a regañadientes. Stilwell le había informado anteriormente de lo que Gaston había dicho sobre la supuesta relación de Terranova con el alcalde.

—Nos mantendremos alejados de esa escalera hasta que tengamos más pruebas y sean sólidas como una roca —dijo.

A media mañana, la prensa —encabezada inicialmente por Lionel McKey, del *Call,* pero pronto seguido por periodistas y cámaras de los canales de noticias del continente y del *Los Angeles Times*— estaba encima de la noticia. Como Spivak se había fugado, la sesión en la sala del tribunal contigua a la comisaría terminó en cuestión de minutos. El juez Harrell y la fiscal Juárez se ocuparon de una breve lista de casos de delitos menores en los que los acusados habían sido puestos en libertad sin fianza tras su detención. Una vez que se levantó la sesión y Harrell y Juárez regresaron a los barcos, se pidió a los miembros de los medios de comunicación que se reunieran en la sala del tribunal y esperaran una conferencia de prensa que ofrecería Corum.

A McKey, el único periodista local, no le hizo gracia que lo metieran en el mismo saco que a los oportunistas del continente. Empezó a llamar al móvil de Stilwell cada diez minutos. Aparte de sentirse frustrado por las repetidas llamadas, que dejó que fueran directamente al buzón de voz, Stilwell estaba molesto por el hecho de que McKey de alguna manera hubiera conseguido su número privado. Stilwell nunca se lo había dado.

Finalmente, cuando la quinta llamada comenzó a sonar en su teléfono, Stilwell respondió con un tono bajo pero intenso. Estaba

sentado en la sala de trabajo con varios de los investigadores a su alrededor.

—¿Quién te ha dado este número?

—Eh… La verdad es que no me acuerdo. Creo que fuiste tú, en realidad.

—Buen intento. No tengo nada que decir por ahora, Lionel. Y quemarme el teléfono con tus constantes llamadas y mensajes no me va a dar ganas de hablar contigo.

—Mira, te pido disculpas, ¿vale? Pero, tío, esta es una noticia local increíble y tenemos a todos los peces gordos viniendo de fuera de la ciudad, y mi límite es en unas tres horas. Necesito algo que ellos no tengan. Es una cuestión de orgullo y lo necesito ya. Pensé que lo entenderías y le darías algo al periódico local.

—Bueno, te has equivocado. Esto es una investigación de asesinato y hay un asesino fugado por ahí. Sin comentarios.

—Mira, podemos hacer un trato. Te garantizo que algún día me necesitarás para escribir un artículo que te ayude con un caso, y, si me ayudas ahora, lo recordaré entonces.

Stilwell lo dejó en vilo durante unos largos segundos antes de responder.

—¿Eso es todo? —dijo finalmente—. ¿Esa es tu mejor oferta?

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó McKey.

—Quiero que dejes de llamarme.

Colgó y miró al detective sentado en el escritorio frente a él. Se llamaba Crockett, como el detective de *Corrupción en Miami.*

—Putos periodistas —soltó Crockett.

—Sí —dijo Stilwell.

Se levantó y entró en su despacho, que había sido requisado por Corum. El capitán estaba escribiendo en un bloc de notas amarillo.

—¿Necesitas recuperar tu despacho? —preguntó Corum.

—No, en realidad, no —dijo Stilwell—. ¿Qué le va a dar a la prensa?

—Les voy a dar mierda y les va a encantar.

—¿Vamos a publicar la foto de Spivak?

—Por supuesto.

—¿Qué va a decir que pasó?

—Que sometió a un agente, le arrebató las llaves y escapó. Limpio y sencillo.

—¿Va a nombrar a Esquivel?

—Debería, pero no lo haré. Aunque no va a importar. Está acabado en el departamento.

—No es un mal policía. ¿Qué tal una suspensión?

—No será decisión mía. Pero dejó que un detenido escapara y matara a un hombre. Y Spivak puede matar a otros. Es difícil recuperarse de eso.

—¿Y Gaston?

—¿Qué pasa con él?

—¿Va a decir que lo teníamos bajo custodia de protección?

—Joder, claro que no, ¿estás de broma? Estaba detenido por mutilar al búfalo, fin de la historia. Ese caso está resuelto y ese es el lado positivo de todo esto. Casi le cortaron la cabeza al tipo que le cortó la cabeza al búfalo.

Stilwell asintió.

—¿Necesita algo? —dijo—. ¿Un café o una Coca-Cola?

—Ya estoy flotando, he tomado demasiado café —dijo Corum.

—De acuerdo.

—Escucha, te quiero ahí fuera conmigo delante de los medios de comunicación. Eres la máxima autoridad policial aquí en la isla y deberías acompañarme. No tienes que decir nada. Te presentaré y te quedarás ahí.

—Lo que necesite, capitán.

Stilwell cogió su taza del escritorio y salió de la oficina. Pero no fue a la sala de descanso a por café. Entró en el calabozo y ya no vio allí ni el cadáver ni el equipo forense. Enseguida sacó su teléfono y volvió a llamar a McKey. El periodista respondió con un tono de entusiasmo.

—Sargento Stilwell. ¿Qué pasa?

—No lo has conseguido de mí.

—De acuerdo.

—Dilo.

—No lo he conseguido de ti. Es extraoficial, información confidencial. Lo que sea que me digas no te rebotará.

Stilwell se dio la vuelta para vigilar la puerta y ver si entraba alguien. Bajó la voz cuando volvió a hablar.

—De acuerdo, demuéstrame que puedo confiar en ti —dijo—. En la conferencia de prensa, el capitán va a declarar que el detenido al que mataron estaba en la cárcel porque había confesado que mató al búfalo de la reserva la semana pasada.

—¿Fue ese el motivo del asesinato? —preguntó McKey.

—No hagas preguntas. No voy a responder ninguna. Lo que el capitán no dirá es que el tipo muerto trabajaba para Island Mystery Tours en el mantenimiento de carritos.

—Vale…

McKey obviamente no estaba atando cabos.

—Así que el búfalo mutilado alimenta las historias de extraterrestres en Catalina en los medios de comunicación… —apuntó Stilwell.

—Mierda —dijo McKey—. Y eso a su vez da credibilidad al negocio de Island Mystery Tours.

—Causa y efecto.

—¿Admitió el tipo que mató al búfalo que lo hizo por eso?

—Te he dicho que no voy a responder preguntas. Pero ¿por qué otra razón lo haría?

—Es el negocio de Baby Head. ¿Lo estáis investigando?

—Escribe un buen artículo, Lionel. Solo mantenme al margen.

Stilwell colgó antes de que McKey respondiera y se guardó el teléfono.

33

Cuando el sol se estaba poniendo el viernes, Corum y su equipo de investigadores se subieron a dos helicópteros para volar de regreso al continente. Los periodistas habían abandonado la isla antes, al igual que el cadáver de Henry Gaston, que fue escoltado a través de la bahía de Santa Mónica por una lancha del sheriff, desembarcado y llevado a la oficina del forense para la autopsia. El sicario Merris Spivak seguía en libertad y tan posible era que hubiera salido de la isla como que continuara en Avalon o escondido en las montañas. Stilwell no tenía opinión al respecto. Su atención estaba puesta en cómo presentar cargos contra el hombre que creía que había llevado a Spivak a la isla con el propósito de que matara a Gaston.

Stilwell llevaba treinta y ocho horas despierto cuando llegó a casa. Esperaba que Tash Dano estuviera allí, pero estaba todo a oscuras. Ella no había respondido a sus mensajes de texto anteriores sobre los planes para la noche ni a su aviso de que estaba de camino a casa. Lo cierto era que se sentía demasiado cansado para comer o para comentar cómo le había ido el día. Quería dormir. La llamó, pero, cuando saltó directamente el buzón de voz, se sintió aliviado: estaba demasiado agotado incluso para entablar una conversación telefónica básica.

—Hola, Tash —dijo—. Estoy en casa y estoy destruido. Voy a meterme en la cama y dormiré unas diez horas. Pásate si quieres, pero no te prometo que vaya a ser buena compañía. Te quiero.

Colgó, preguntándose si su agotamiento había provocado que sus defensas bajaran lo suficiente como para decir las dos últimas palabras del mensaje. Nunca le había dicho esas palabras antes y se preguntaba cuál sería la reacción de ella.

Hacía aproximadamente un mes, habían llegado a un punto en su relación en el que habían acordado permitir que cada uno tuviera acceso a la ubicación del teléfono del otro. Lo había propuesto Tash, reconociendo que se sentía un poco insegura por estar en una relación con un hombre que a menudo salía de la isla para viajes de trabajo o para abordar la disolución final de la propiedad y las emociones de su matrimonio. Stilwell lo entendió y aceptó el rastreo mutuo. Le pareció una adición moderna a avanzar hacia una relación cada vez más profunda, aunque no sentía la necesidad personal de saber siempre dónde estaba su amante. Sin embargo, en ese momento, por primera vez, intentó rastrear a Tash.

Abrió su contacto en el teléfono y pulsó la foto que había asignado a su número: apareció su información y un mapa. Este la mostraba en el Buffalo Nickel, un bar que estaba cerca de la planta desalinizadora, en la sección industrial de la isla. Era un punto de reunión de los lugareños lejos del sector turístico —él había estado allí con ella al menos un par de veces— y no le sorprendió que Tash hubiera ido allí después del trabajo un viernes por la noche. Pero debajo del mapa decía que la ubicación tenía más de dos horas de antigüedad. Normalmente diría «Ahora mismo» debajo si fuera una ubicación actual, así que ella había apagado su teléfono y eso era desconcertante.

Stilwell se dio cuenta de que estaba tropezando con la misma trampa en la que había caído Tash y que la tecnología moderna solo servía para aumentar la inseguridad. De nuevo, lo atribuyó al cansancio y trató de no darle importancia. Conectó el teléfono al cargador de la mesita de noche, programó una alarma para las siete de la mañana siguiente, se quitó la ropa y se metió en la cama. Cinco minutos más tarde estaba dormido.

El teléfono lo despertó al cabo de una hora. Miró la pantalla y vio que era Tash quien lo llamaba. Esperaba que no intentara convencerlo de que fuera al Buffalo Nickel. Intentó responder con voz alegre.

—Hola, ¿sigues en el Nickel? ¿Recibiste mi mensaje?

No hubo respuesta.

—¿Tash?

—Así que la quieres, ¿eh?

Era una voz masculina que estaba amortiguada de alguna manera. Stilwell no la reconoció. Tenía un tono burlón.

—¿Quién es?

—No importa quién sea. Lo que importa es lo que vas a hacer para salvar a la chica a la que amas.

—Pásame a Tash.

—No puedo.

—¿Dónde está? ¿Qué es esto?

—Tienes algo que queremos.

—¿De qué estás hablando? No…

—La herramienta. Queremos la herramienta.

La niebla del agotamiento se disipó y de repente supo lo que estaba ocurriendo.

—¿El mango de la sierra? No lo tengo. Fue al laboratorio de Los Ángeles.

—No me mientas, Stilwell. Si mientes, no volverás a ver a Natasha.

El uso formal del nombre de Tash subrayaba de alguna manera la seriedad de la llamada. Ese hombre la tenía en su poder y había leído su nombre en una tarjeta de crédito o en algún documento. Ella no tenía carnet de conducir, porque nunca había conducido nada más que un carrito de golf o un barco.

Stilwell se levantó y empezó a caminar de un lado a otro para que el pánico no se notara en su voz.

—Vale. ¿Qué quieres que haga?

—Queremos que saques la herramienta de la caja de pruebas y la destruyas.

Stilwell creyó reconocer la voz. Merris Spivak. Sus neuronas se dispararon y le entraron sudores fríos. La imagen de Henry Gaston con el cuello rebanado se abrió paso en su cerebro.

—Escúchame, Spivak. Si le haces daño, te perseguiré hasta el fin del mundo.

—No me amenaces. Esto son simplemente negocios. Un intercambio. Tenemos una cámara instalada en la grada. Ve allí con la herramienta y te vigilaremos. Hay un cubo de basura. La dejas dentro y te vas. Después de eso, recuperas a tu chica, de una pieza. Si nos la quieres jugar, serán dos piezas. No sé, tal vez tres o cuatro.

Stilwell sabía que la grada formaba parte del astillero Catalina Boat Yard, en el sector industrial, detrás del Buffalo Nickel y no muy lejos de la nave de Baby Head.

De repente, se dio cuenta de que Spivak había encendido el teléfono de Tash para llamarlo. Usar su móvil garantizaba que Stilwell contestaría. Stilwell puso su teléfono en altavoz y, mientras hablaba, abrió el contacto de Tash para rastrear su ubicación.

—De acuerdo —dijo—. Necesito hablar con ella primero. No voy a hacer esto sin una prueba de vida. ¿Me entiendes?

—Si quieres una prueba de vida, tendrás una prueba de vida —dijo Spivak.

El teléfono mostraba su ubicación en un punto situado detrás de la planta desalinizadora.

Stilwell oyó un susurro y luego su nombre. Sabía que era la voz de Tash. Sus siguientes palabras quedaron amortiguadas por una mordaza o una mano sobre su boca. Spivak volvió a coger el teléfono.

—Ahí tienes tu prueba de vida —dijo—. Ahora, ¿tenemos un trato o me pongo manos a la obra?

—Quiero hablar con ella —repuso Stilwell.

—Imposible.

—Podría ser una grabación y ella podría estar muerta. Quiero hablar con ella.

—Está bien.

Volvió a oír un susurro y una instrucción de Spivak fuera del teléfono: «Responde solo sí o no. Si dices cualquier otra cosa, lo lamentarás».

Volvió al teléfono.

—Está bien, detective, habla —dijo Spivak—. Tienes diez segundos.

—Tash, ¿estás bien? —preguntó.

—Sí —contestó ella, con la voz tensa por el miedo.

—¿Confías en mí? —preguntó Stilwell.

—Sí —dijo ella.

—Voy a llevarte a casa. Lo prometo.

—Sí —repitió Tash.

Entonces Spivak volvió a coger el teléfono.

—En la grada —dijo—. Si no te veo en la cámara en una hora, dala por muerta, tío.

—Allí estaré —afirmó Stilwell.

La línea se cortó. Stilwell miró su teléfono, fue al menú «Ajustes» y dejó de compartir su ubicación con el teléfono de Tash. No quería que Spivak supiera cuándo ni cómo iría a buscarlo.

34

El mar estaba liso y el reflejo de una luna creciente iluminaba la senda de Stilwell a través del agua negra. Tardó quince minutos en llegar en la Zodiac desde el muelle del sheriff en el puerto hasta el punto situado detrás de la planta desalinizadora donde el teléfono de Tash había aparecido por última vez en la aplicación de rastreo. Avanzó sin luces y desaceleró al virar hacia la planta desde una distancia de mil metros. Levantó los prismáticos y examinó la orilla. La ubicación obtenida del teléfono de Tash no sería exacta. Necesitaba encontrar un objetivo. Pero Spivak, y ella, podía estar en un radio amplio.

El exterior de la planta estaba bien iluminado y había varias estructuras pequeñas alrededor de grandes tanques de almacenamiento azules y un bosque de tuberías y sistemas de filtración que les suministraban agua dulce. La mayoría de las casas prefabricadas y remolques estaban a oscuras, pero, detrás de la ventana de una pequeña estructura, vio el brillo blanco azulado de una pantalla electrónica. Era un remolque con laterales metálicos apoyado sobre bloques de hormigón apilados hasta un metro y medio de altura, un parapeto contra las inundaciones de la ocasional marea alta del perigeo. Entre esos pilones había secciones de muros de ruptura, concebidos para ceder en caso de inundación sin dañar la estructura. Stilwell contó seis escalones hasta un rellano. La puerta principal tenía una ventanita cuadrada a través de la cual se atisbaba un resplandor. Mantuvo los prismáticos en el remolque durante varios segundos, pero no vio ningún movimiento. Entendió que podría tratarse simplemente de un ordenador que se había dejado encendido después de la jornada de trabajo, pero la mayoría

de los ordenadores desatendidos tenían temporizadores para activar la suspensión de pantalla.

Stilwell decidió que tenía que echar un vistazo al remolque.

Estaba a trescientos metros de la costa. Aceleró para ganar impulso y, unos segundos después, apagó el motor para acercarse en silencio. Cuando la Zodiac redujo la velocidad a cien metros de la costa y empezó a ir a la deriva, echó el ancla por la borda, esperó a que se enganchara y luego ató el cabo. Llevaba puesto el traje de neopreno de su equipo de buceo. Se colgó una mochila impermeable al hombro, se bajó la máscara de buceo de la frente y se deslizó por el costado de la embarcación al agua fría y oscura. Notó una cuchillada gélida en los oídos y en el cuero cabelludo. Se impulsó con las piernas y empezó a acercarse a la orilla.

Diez minutos después salió del agua y se abrió camino por la orilla rocosa hacia la zona asfaltada que rodeaba la planta desalinizadora. Ni una valla ni ningún otro elemento impedía una aproximación desde el agua.

Había un viejo cobertizo de madera para guardar herramientas en el borde exterior del asfalto. Stilwell llegó allí primero y lo utilizó como parapeto para echar un cauteloso vistazo al remolque que había estado observando. Tampoco esta vez vio ningún movimiento, pero decidió que seguía siendo su objetivo. Miró el reloj. Le quedaban diez minutos de la hora que le habían concedido.

Dejó la mochila en el suelo y la abrió. Se quitó la máscara de buceo y el traje de neopreno, y los dejó en el suelo como una serpiente al mudar de piel. Sacó unos vaqueros negros, una camisa y zapatos, y se vistió con rapidez. Se guardó el teléfono y una navaja en los bolsillos. A continuación, sacó la pistola y se la metió debajo del cinturón en la parte trasera de los pantalones.

El remolque objetivo se hallaba a cuarenta metros de distancia a través del asfalto abierto. Stilwell se movió a la otra esquina del cobertizo para ver si encontraba un camino menos expuesto. Vio que necesitaría una carrera mucho más corta para llegar hasta el

depósito de almacenamiento de agua más cercano y desde allí bastaría un esprint hasta el otro extremo del remolque.

Stilwell respiró profundamente y arrancó hacia el depósito de agua. Cubrió la distancia deprisa y, sin perder el ritmo, siguió la curva del enorme depósito hasta la mitad de su circunferencia. No se detuvo. Mantuvo el impulso y esprintó los últimos diez metros hasta el extremo del remolque objetivo. Se acurrucó contra la celosía del muro de ruptura y esperó, atento a que se abriera la puerta o a cualquier otra señal de que lo hubieran visto.

Lo único que oyó fueron las olas golpeando la orilla rocosa.

Miró a través de la celosía para intentar ver debajo del remolque, pero estaba demasiado oscuro. Tiró de la celosía y vio que estaba suelta; la madera se estaba pudriendo por la exposición prolongada al aire marino.

Agarró la celosía con ambas manos, soltó una sección y la colocó con cuidado sobre el asfalto. De nuevo esperó para ver si sus acciones habían llamado la atención, pero solo oyó el sonido de las olas. Echó un vistazo a la puerta del remolque. Seguía cerrada y el resplandor de la ventana era constante.

Stilwell se metió en el espacio oscuro que había debajo del remolque. Estaba lleno de tuberías oxidadas y otros escombros. Mirando hacia arriba, a la cara inferior del suelo del remolque, buscó alguna otra entrada, pero estaba demasiado oscuro para ver. Cuando empezó a retroceder, sonó un teléfono móvil. El segundo tono se interrumpió cuando alguien respondió. Oyó una voz masculina apagada desde arriba. No pudo entender las palabras, pero la llamada le recordó que se le había acabado el tiempo.

Salió de debajo del remolque y sacó la pistola. Examinó el lateral de la estructura. Estaba frente a las escaleras y la puerta quedaba a la derecha en el rellano. No podía ver las bisagras de la puerta, lo que le indicó que se abría hacia adentro, un golpe de suerte.

Stilwell corrió hacia las escaleras y las subió de dos en dos. En lo alto, apoyó su peso contra la barandilla de madera, levantó la pierna izquierda y clavó el talón en un punto situado justo encima del

pomo. La madera se astilló con un fuerte estallido y la puerta se abrió de golpe. El impulso de Stilwell lo llevó hacia delante y entró, con el arma preparada y en posición de combate.

Barrió el espacio de izquierda a derecha y vio a Spivak allí, de pie en medio del remolque. Estaba con el torso desnudo y tenía las dos manos en la cintura, inmóvil en el acto de desabrocharse el cinturón. En el escritorio que tenía a su lado había una pistola, visible a la luz de la pantalla de un portátil. Los dos hombres se miraron fijamente durante una fracción de segundo antes de que Stilwell abriera fuego.

La cabeza de Spivak se propulsó hacia atrás y el hombre cayó al suelo. Fue entonces cuando Stilwell vio a Tash en un catre en el otro extremo del remolque. Estaba amordazada y tenía las manos atadas a la estructura metálica del cabezal de la cama.

Stilwell se acercó a ella, mirando a Spivak al pasar. El disparo lo había alcanzado por encima de la ceja derecha: un tiro que lo había matado en el acto y lo había dejado con los ojos abiertos.

Stilwell se acercó a Tash y le bajó suavemente la mordaza por la barbilla.

—Estás a salvo, Tash —le dijo—. Estás a salvo.

En cuanto se liberó de la mordaza, un grito salió de su boca y brotaron las lágrimas. Stilwell le desató los nudos para liberarle las muñecas.

—No va a hacerte daño —prosiguió—. Nadie va a hacerte daño.

Le liberó una mano y pasó a la otra.

—Ha dicho que se había acabado el tiempo y ha empezado a quitarse la ropa. Iba a matarme después.

—Lo sé, lo sé —dijo Stilwell con voz tranquilizadora.

No podía desatar el último nudo. Metió la mano en el bolsillo, sacó la navaja, se arrodilló y cortó con cuidado la atadura mientras trataba de sacudirse la imagen que se había apoderado de su cabeza y en la que veía a Spivak encima de Tash en la cama.

Una vez que estuvo finalmente libre, Tash se deslizó al suelo, se enganchó al cuello de Stilwell y lo abrazó como si le hiciera una presa de judo. Sollozaba y toda ella temblaba.

—Lo siento mucho —dijo Stilwell—. Es culpa mía. Todo es culpa mía. —La abrazó tan fuerte como ella a él—. Tengo que sacarte de aquí.

—Aún no —dijo ella.

Se negó a separarse y mantuvo la cabeza hundida en el pecho de Stilwell.

—Me hizo escuchar tu mensaje —dijo ella—. Dijiste que me querías. Entonces supe que vendrías.

Stilwell la besó en la coronilla.

—Era imposible que no viniera —dijo.

Finalmente, ella lo soltó y levantó la cabeza para mirar por encima de su hombro el cuerpo de Spivak en el suelo. Stilwell se puso de pie, tirando de ella para levantarla.

—Vámonos de aquí —dijo—. Tengo que pedir refuerzos.

La rodeó con un brazo mientras se acercaban al cuerpo para ir a la puerta. Vio el portátil. La pantalla estaba dividida en dos cuadrantes de cámara. Una era una vista de la grada y una mesa de pícnic y un cubo de basura cercanos. La otra mostraba la entrada del astillero. Eso le confirmó que el acercamiento por el agua había sido el movimiento correcto.

En el escritorio, Tash se detuvo de repente.

—Espera —dijo.

Había una caja de cartón encima que contenía pañuelos de papel. Sacó uno y lo usó para levantar el arma. Luego se agachó y la dejó en el suelo junto al cuerpo de Spivak.

—No deberías… —empezó Stilwell y luego se detuvo.

Asintió y se dirigieron a la puerta, todavía abrazados como si nada pudiera separarlos.

Antes de llegar, el sonido de un móvil los detuvo. Stilwell miró de nuevo el cuerpo en el suelo. Vio la luz de un teléfono que sobresalía del bolsillo izquierdo de los pantalones de Spivak.

Retrocedió, agarró el pañuelo que había usado Tash, lo sacó y lo dejó en el suelo. En la pantalla ponía «No identificado». Pulsó el botón «Aceptar» y puso la llamada en altavoz.

La persona que llamaba no dijo nada. Stilwell creyó oír el leve sonido de una música de fondo lejana.

—Baby Head, sé que eres tú —dijo Stilwell—. Tu hombre está muerto… y ahora voy a por ti.

Hubo silencio en la línea durante unos segundos y luego la persona que llamaba colgó.

35

El capitán Corum no estaba contento ante la perspectiva de pasar otra noche y otro día en Catalina dirigiendo la investigación por una nueva muerte. Dos de los investigadores asignados al asesinato de Henry Gaston seguían en el equipo, pero esta vez se les unieron dos ayudantes del equipo de Tiroteos con Agentes Implicados. Stilwell y Tash Dano fueron interrogados por separado y en repetidas ocasiones. Stilwell guio a los investigadores en un recorrido por la escena del crimen, desde la rocosa orilla por donde había salido del agua hasta el interior del remolque donde el cuerpo del hombre al que había matado yacía en el suelo.

Desde el inicio de la investigación, ni Corum ni Stilwell temieron que hubiera otro veredicto que no fuera que el disparo se había producido dentro de la normativa del departamento. El único problema era su decisión de llevar a cabo el rescate de la mujer secuestrada por su cuenta, sin pedir refuerzos hasta que hubo terminado. Corum le dijo a Stilwell que probablemente sería sancionado con una suspensión por esa acción.

En un momento dado, el capitán recibió una llamada telefónica y se alejó de los investigadores para hablar en voz baja. La llamada fue breve y Corum escuchó más de lo que habló. Cuando terminó, se guardó el teléfono en el bolsillo e hizo una señal con la cabeza a Stilwell para que se uniera a él.

—Era el alcalde Allen —dijo—. Quiere que te saque de la isla. Para siempre.

—Seguro que sí —dijo Stilwell—. ¿Qué le ha dicho?

—No mucho. Le he dicho que lo consideraría al concluir nuestra investigación.

—Le van a entrar los sudores en cuanto atrapemos a Terranova y lo apretemos.

—Si lo encontramos.

Stilwell sabía que Corum había puesto a dos de sus investigadores a buscar a Baby Head para detenerlo e interrogarlo. Hasta el momento, no habían encontrado ningún rastro.

—Seguro que un tipo como él tenía un plan de fuga —dijo Stilwell—. Probablemente, estaba en el continente cuando esto sucedió.

—Bueno, no tenemos mucho de qué acusarlo, ¿verdad? —apuntó Corum.

—Él ordenó a Spivak que raptara a Tash, lo sé. Él fue quien llamó para verificar que se había hecho.

—Y no podemos probar nada de eso.

—Tenemos el mango de la sierra.

—Sí, tenemos el mango de la sierra, pero eso no prueba nada en lo que respecta a lo que le pasó a Gaston ni a lo ocurrido esta noche. Si lo encontramos, veremos qué podemos sacarle.

—Pedirá un abogado desde el primer momento —dijo Stilwell—. Tenemos que acusarlo. Meterlo en una celda.

—Pues vamos a necesitar más pruebas.

Stilwell negó con la cabeza. Estaba frustrado, pero sabía que Corum tenía razón y que estaba igual de frustrado.

—Las conseguiré —repuso.

El capitán sacó su teléfono y revisó un mensaje de texto.

—No, ahora no —dijo—. Estás en la nevera hasta que termine esta investigación. Y están listos para hacer un interrogatorio formal en la comisaría. Pediré a Ramos que nos lleve.

Quince minutos más tarde, Stilwell estaba sentado frente a dos investigadores de Tiroteos con Agentes Implicados, Batchelor y Harrington, en la sala de interrogatorios de la comisaría. Era la reunión formal y oficial y lo que contara allí quedaría registrado de manera permanente en el expediente. Sería el interrogatorio al que

se haría referencia en caso de que se produjera alguna acción legal tras el disparo.

Corum observaba el vídeo desde la sala. Harrington era el que más hablaba y más preguntas hacía. Era casi mediodía del sábado y habían averiguado todo lo que podían averiguar de la escena y las pruebas. Stilwell sabía por experiencia que ahí era donde las cosas podían complicarse. A pesar de que había dormido una hora en los últimos dos días, creía que estaba preparado.

—Empecemos por el proceso de toma de decisiones —dijo Harrington—. Recibe esta llamada, le dicen que tienen a su novia, pide una prueba de vida, la recibe y luego decide convertirse en un equipo de rescate unipersonal. ¿Puede explicarnos por qué decidió actuar de esa manera?

—Claro —respondió Stilwell—. La clave era el tiempo. La persona que llamó me dio una hora. Sabía que eso significaba que no tenía ni un minuto que perder. No podía esperar a que viniera nadie del continente, ni siquiera en helicóptero. Solo había una ayudante del sheriff de servicio en la isla en ese momento, y no creía que estuviera a la altura.

—La ayudante del sheriff Ramírez. ¿En qué sentido creía que no estaba a la altura?

—En cuanto a su experiencia. Todos sabemos que los agentes asignados a esta isla han mostrado algún tipo de… deficiencia en su trabajo. He trabajado con Ramírez durante los últimos nueve meses y esta iba a ser una misión de rescate, no una patrulla. Simplemente no confiaba en ella y pensé que podría resultar herida. No quería eso.

Harrington tenía un bloc amarillo sobre la mesa frente a él y puso una marca de verificación junto a una nota escrita que Stilwell no podía leer desde su posición.

—¿Cuánto tiempo lleva saliendo con Natasha Dano? —preguntó.

Stilwell comprendió que el interrogatorio saltaría de un lado a otro para intentar pillarlo con la guardia baja. Sabía que lo

importante era no ocultar ni mentir descaradamente. Si lo hacía, la situación podría torcerse en un abrir y cerrar de ojos.

—Empezamos a tener citas hace unos diez u once meses —explicó—. Yo diría que las cosas empezaron a ponerse serias hace unos seis meses.

—¿Viven juntos? —preguntó Harrington.

—Técnicamente, no. Cada uno tiene su propia casa, pero acabamos juntos en una casa o en la otra casi todas las noches. La mayoría de las veces en la mía. Hay más espacio y una cocina mejor.

—¿Y era una relación secreta?

—En realidad, no. No lo anunciamos por ahí, si se refiere a eso. Pero tampoco nos esforzamos por ocultarlo. A Tash… A Natasha no le gusta viajar al continente, así que eso suponía quedarnos en la isla si salíamos a cenar o a socializar.

—¿Habían estado juntos en el Buffalo Nickel antes?

—Sí. Algunas veces. Es un local para gente de la isla. Ahí no llegan los turistas.

—¿Sabía que ella iba a ir allí anoche?

—Sí y no. Había estado tan ocupado con el trabajo de ayer que le envié un mensaje de texto en el que le decía que probablemente no me vería. Ella me respondió diciendo que estaba bien… Seguro que han mirado nuestros teléfonos. No supe que ella estaba en el Nickel hasta que llegué a casa para dormir. Miré su ubicación y vi que había estado allí esa tarde.

—¿No le había contado a ella qué lo mantuvo trabajando todo el día? ¿No sabía lo del asesinato de Gaston ni que Spivak había escapado?

—Ayer había muchos periodistas por aquí. Puede que viera algo al respecto. Pero no hablamos de eso. No hablo de mi trabajo con ella.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Tash creció aquí en la isla y fue compañera de clase de un periodista del *Call,* Lionel McKey. Siguen siendo amigos y nunca me

gustó la idea de ponerla en una posición en la que supiera cosas que a él le gustaría saber.

—¿Sabe de algún caso en el que ella le pasara información que oyera de usted?

—No, en absoluto. Cuando nuestra relación se volvió más seria, hablamos de eso y ella lo entendió. Pero yo seguí con la práctica de no contarle cosas del trabajo.

—Entonces, ¿nos está diciendo que ella no tenía ni idea de lo que le estaba pasando cuando decidió ir al Buffalo Nickel anoche?

—Que yo sepa, no. El *Catalina Call* es el único periódico de la isla y se publica los sábados, así que, a menos que ella oyera algún rumor en el trabajo, o que McKey se pusiera en contacto con ella y le preguntara al respecto, probablemente no lo sabía. Estoy seguro de que se lo han preguntado a ella.

—Bueno, estamos intentando averiguar cómo supieron que podrían raptarla cuando saliera del bar anoche. ¿Alguna idea de cómo supieron que ustedes dos eran pareja?

—Eh, como he dicho, no anunciamos que estábamos juntos, pero no habría sido tan difícil averiguarlo. Desde la mutilación del búfalo en la reserva hace un par de semanas, seguro que he estado en el radar de Oscar Terranova como una posible amenaza. Él podría haber ordenado que alguno de los suyos me vigilara, posiblemente siguiéndome. De ser así, me habría visto con Tash. Puede preguntárselo cuando lo detengan.

Esa respuesta arrancó las primeras palabras de Batchelor en esa ronda de preguntas.

—No nos ocupamos de ese aspecto de la investigación —dijo—. Solo se trata del tiroteo con un agente implicado.

—Sí, lástima —se lamentó Stilwell—. Porque deberíamos centrarnos en ese aspecto de la investigación.

—Ese aspecto está controlado —repuso Batchelor.

Él apartó la mirada de ellos y levantó la cabeza a la cámara, sabiendo que estaba mirando a Corum.

—Continuemos —dijo Harrington—. Queremos pasar a lo que ocurrió en el remolque. Hay algo que no nos cuadra.

—¿Qué? —preguntó Stilwell.

Se preparó. Esos hombres habían tenido horas para analizar las acciones que él había efectuado en cuestión de segundos.

—Nos dijo que dio una patada a la puerta y entró en el remolque —expuso Harrington.

—Así es —contestó Stilwell.

—No se identificó ni le dio instrucciones a Spivak para que se quedara quieto, ¿verdad?

—Así es. No hubo tiempo para eso. Pero no tuve que identificarme, él sabía quién era yo.

—Casi no había luz en el remolque. Solo la que salía de la pantalla del ordenador. ¿Él habría podido verle la cara e identificarlo?

—Buena pregunta. No lo sé. Estoy seguro de que entró más luz por la puerta abierta. Pero yo sí lo identifiqué. Le vi la cara.

—Ha dicho que acababa de quitarse la camisa y se estaba desabrochando los pantalones.

—He dicho que no llevaba camisa. No sé si se la acababa de quitar, porque yo no estaba allí. Puede que esté confundiendo lo que dije yo con lo que dijo Tash…, eh, Natasha.

—Fallo mío. No llevaba camisa cuando usted entró en el remolque. Tenía las manos en la hebilla del cinturón, ¿es eso lo que nos dijo?

—Es lo que les dije y es lo que pasó.

—¿Por qué disparó su arma si él tenía las manos ocupadas en el cinturón?

Stilwell estaba preparado para la pregunta, aunque sabía que su respuesta rompería su propia regla de no mentir descaradamente.

—Llevaba el arma metida en los pantalones —dijo—. Soltó el cinturón y la estaba cogiendo cuando disparé.

—¿Metida en la parte delantera o trasera de los pantalones? —preguntó Harrington.

—En la delantera.

—¿Y estaba de cara a usted cuando ocurrió?

—Sí.

—¿No es extraño que no dejara el arma antes de desabrocharse el cinturón?

—No lo sé, la verdad. No puedo hablar por lo que él estaba pensando, solo por lo que yo vi.

—Y nos ha dicho que estaba de cara a usted.

—Así es.

—Entonces, de cara a usted, ¿en qué lado del cuerpo de Spivak estaba el arma?

Stilwell sabía que Tash había puesto el arma en el suelo, en el lado izquierdo del cuerpo de Spivak, pero también sabía que solo una de cada diez personas era zurda. Se basó en los porcentajes.

—Su lado derecho, a mi izquierda —contestó.

Harrington miró sus notas y algo en su rostro le dijo a Stilwell que los porcentajes se la habían jugado.

—Qué curioso —dijo finalmente Harrington.

—¿El qué? —preguntó él.

El hombre miró de reojo a su compañero antes de responder.

—Bueno, hemos examinado el arma y tenemos una huella de la palma en la empuñadura —dijo—. Aún no la hemos comparado con la de Spivak, pero está en el lado izquierdo de la empuñadura, lo que indica que era zurdo. Pero acaba de decirnos que la llevaba metida en el lado derecho del pantalón. Eso…

—Tenía la empuñadura girada hacia dentro —explicó Stilwell—. Creo que lo dije cuando vimos la escena.

Harrington y Batchelor se miraron.

—No lo recuerdo —dijo Batchelor.

—Yo tampoco —convino Harrington—. Entonces, está diciendo que apartó la mano izquierda del cinturón y la extendió hasta el arma.

—Exacto —dijo Stilwell—. La estaba sacando cuando disparé. Luego cayó y el arma terminó en el suelo.

Los dos interrogadores lo miraron en silencio, probablemente esperando que añadiera más detalles que pudieran evaluar en busca de inconsistencias. Pero Stilwell no añadió nada más.

—De acuerdo —dijo al final Harrington—. Creo que tenemos todo lo que necesitamos en este momento.

Terminó informando oficialmente a Stilwell de que quedaba relevado de sus funciones con sueldo hasta que la investigación concluyera y se presentara a la oficina del fiscal del distrito para su revisión. Entonces se determinaría si el disparo se ajustaba a la normativa departamental y a la ley. Stilwell también tendría que concertar una cita con la Unidad de Ciencias del Comportamiento y completar una evaluación psicológica antes de recibir una orden de reincorporación al servicio.

Era la rutina después de un tiroteo en el que había participado un agente.

—Nos pondremos en contacto con usted si necesitamos algo más —dijo Harrington.

—Y cuando concluya la investigación, el capitán Corum se lo notificará —añadió Batchelor.

—Ya saben cómo encontrarme —añadió Stilwell—. ¿Hemos terminado aquí?

—Hemos terminado —dijo Batchelor.

Stilwell se levantó y salió de la habitación. Creía que había manejado bien el interrogatorio, pero también sabía que su futuro estaba en manos de personas y fuerzas políticas del departamento que no podía controlar.

36

Stilwell zarpó de la isla con Tash el domingo por la tarde. Tomaron el Express. Antes de partir había hecho una llamada y le habían informado de que Oscar Terranova seguía en paradero desconocido. Con Baby Head en libertad, Stilwell creía que era más seguro que Tash estuviera con él fuera de la isla. Se alojarían en un complejo turístico del continente e intentarían por todos los medios olvidar los acontecimientos de los dos últimos días. Stilwell también tenía previsto presentarse en la Unidad de Ciencias del Comportamiento a primera hora del lunes para intentar conseguir una evaluación psicológica y acelerar su proceso de reincorporación al servicio.

Aunque lo habían suspendido, Stilwell no tenía intención de detener el impulso de sus investigaciones. Había pistas que investigar en el continente y pensaba aprovechar bien su tiempo. Decidió darse un capricho con Tash y se registraron en una suite del Huntington de Pasadena. Alojarse allí ofrecía varias ventajas. Era un complejo de lujo situado lejos de la abarrotada ciudad, que tanto le disgustaba a Tash, y contaba con un *spa* y fácil acceso a los jardines de Huntington. Stilwell creía que a Tash le encantarían y que podría pasar el tiempo allí mientras él se ocupaba de su trabajo. También estaba muy cerca de la autovía que conectaba Pasadena con el centro de Los Ángeles, adonde tendría que dirigirse para su evaluación psicológica y su trabajo en el caso. Y, por último, la última dirección de Daniel Easterbrook que constaba en Tráfico estaba en Pasadena. Hablar con él era lo primero en su lista de prioridades en el continente y Stilwell creía que hablar con él sobre Leigh-Anne Moss en su casa era preferible a interrumpirlo en su bufete de abogados de Los Ángeles. Quería enfrentarse a

Easterbrook cuando tuviera la guardia baja y no había mejor manera de hacerlo que llamar a su puerta sin que lo esperara.

Sin embargo, sus planes se torcieron poco después de que él y Tash se registraran en la suite de dos ambientes y deshicieran las maletas. Stilwell levantó la vista de su portátil después de conectarse al wifi del hotel y la vio paseándose por el salón de la suite, con los brazos cruzados sobre el pecho. Era una clara señal de que no iba a ser una escapada relajante para Tash y de que podría estar más traumatizada por los acontecimientos del fin de semana de lo que había dejado traslucir. Stilwell sabía que la culpa era suya. Era su relación con ella lo que la había situado en el punto de mira de Oscar Terranova.

—¿Crees que te gustaría hablar con alguien mientras estamos aquí? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —respondió Tash.

—Bueno, yo tengo que ir a hablar con los psiquiatras. Es el procedimiento estándar y todo eso. Pero, cuando he tenido que hacerlo en el pasado, me ha ayudado un poco sincerarme con un profesional. Podría conseguirte una cita con…

—No quiero hablar con nadie. Y menos con un psiquiatra del Departamento del Sheriff.

El tono y las palabras cortantes indicaban que el tema no estaba abierto a debate. Stilwell quería decirle que guardarse el trauma de lo que había sucedido podía ocasionar dificultades en el futuro, pero la respuesta de ella había sido tan firme que lo dejó pasar.

—Estoy bien, Stil —añadió Tash—. Lo digo en serio. No tienes que preocuparte por mí.

—Sé que eres fuerte —dijo él—. Solo pensaba que quizá querrías hacerlo. Nada más.

—Gracias, pero no.

—Vale, no pasa nada.

—Lo que quiero es irme a casa. Estar en mi propio espacio. Esto ha sido un error.

Ahí estaba, la corriente subterránea subiendo a la superficie.

—Tash, acabamos de llegar —dijo Stilwell—. ¿Por qué no vemos cómo va durante un par de días? No sé, relájate, prueba el spa…, espera a ver si detienen a Terranova y…

—No —dijo Tash—. Dijiste que era poco probable que viniera a por mí ahora.

—Lo sé. Es verdad. Pero ¿por qué arriesgarnos? Mira este lugar. Es como estar de vacaciones. ¿Qué tal si nos quedamos…?

—No me gusta este sitio. Me siento más segura en casa.

—Vale, vale, pero hoy es imposible volver a Long Beach para coger el último ferri. Así que vamos a consultarlo con la almohada y por la mañana, si sigues pensando lo mismo, podemos hablar de volver.

Tash dejó de caminar.

—No me estás escuchando. No voy a cambiar de opinión. Todo esto ha sido un error. Quiero volver. —Empezó a dar vueltas otra vez.

—Vale, volveremos —dijo Stilwell—. Pero no quiero que vayas sola, y tengo que ir al psiquiatra primero. Tú intenta dormir y yo a ver si con suerte consigo un hueco para mi evaluación. Y cuando vuelva nos vamos. ¿Qué te parece?

—Está bien —dijo Tash—. Ojalá pudiéramos irnos esta noche.

Stilwell miró el reloj.

—Bueno, no podemos —repuso—. El último ferri sale en veinte minutos y estamos a una hora de distancia. Por eso elegí este lugar. Está lejos de todo y es seguro. Además…

—¿Además qué? —preguntó ella.

Stilwell no estaba seguro de cómo iría la siguiente parte.

—Mañana tenía que hacer una entrevista por aquí —dijo—. Si nos vamos, probablemente debería intentar hacerla esta noche.

—¿Qué entrevista? —preguntó Tash.

—Es sobre mi otro caso. Un tipo que conocía a Leigh-Anne vive aquí. Podría ir ahora mismo y…

—Espera, ¿está aquí en Pasadena?

—Sí, creo que a unos diez minutos de aquí. Estaba a punto de ir a buscarlo. Sería rápido. Podríamos pedir cena cuando vuelva.

—¿Estamos aquí por eso? ¿Para que puedas hacer tu entrevista?

—No, en absoluto. Es decir, sabía que estaba cerca, pero este lugar es…

—No te molestes. —De repente parecía enfadada además de agitada—. Tu trabajo siempre es lo primero. Por eso acabé metida en esta mierda y por eso algún gánster quiere matarme.

—Eh, espera, espera un segundo.

Stilwell cerró su portátil y se levantó del pequeño escritorio de la habitación. Caminó hacia Tash, pero ella levantó las dos manos para mantenerlo alejado. Se detuvo.

—Tash, ¿qué pasa? —preguntó.

—Lo que pasa es que mi vida ha cambiado de repente y no me gusta —dijo ella—. No lo quiero. Mientras ese tipo esté ahí fuera, tengo que mirar por encima del hombro. Y no parece que a ti te importe. Estás en la siguiente entrevista y el siguiente caso.

—Eso no es verdad. Venga ya. En primer lugar, no tienes que mirar por encima del hombro. No hay posibilidad de que vaya a por ti. Está huyendo, Tash. Está escondido y no tendría ningún sentido que fuera a por ti. ¿Por qué iba a hacerlo? Antes, te necesitaba para llegar a mí. Eso ya no funciona.

—Entonces, si estoy tan a salvo, ¿por qué me sacaste de la isla?

—Porque pensé que sería bueno para nosotros alejarnos y estar juntos. Y, sí, tengo que hacer cosas aquí. Tengo que ver al psiquiatra antes de volver al trabajo. Te lo dije.

—Y tienes que hacer tu entrevista. ¿Qué más?

—Todavía tengo mi trabajo, Tash.

—Estás suspendido de servicio.

—Ya lo sé, pero es temporal. Y las cosas no se detienen solo porque esté fuera de servicio.

—Nunca estaré en primer lugar para ti, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que sí.

Ella entró en el dormitorio y abrió el armario. Stilwell la siguió y la observó mientras sacaba su maleta y la dejaba encima de la cama. Empezó a abrir la cremallera.

—Solo quiero volver —dijo—. Quiero irme a casa.

—Tash, no podemos —repuso Stilwell—. Esta noche no.

—Bueno, voy a hacer la maleta de todos modos.

Stilwell se acercó y puso la mano en la maleta para que ella no pudiera abrirla.

—Puede esperar hasta mañana, Tash —dijo.

—Quiero hacerlo ya —contestó ella—. ¿Por qué no haces tu trabajo? Ve a hacer tu entrevista. Quiero estar sola un rato, ya que este sitio es tan seguro.

El sarcasmo de esa última frase le llegó al corazón a Stilwell.

—Estás a salvo, Tash —dijo—. No quiero que pienses lo contrario.

—Bien —dijo ella—. ¿Puedo abrir mi maleta, por favor?

Stilwell retiró la mano.

—Oye, vete —dijo Tash—. Ve a hacer lo que tengas que hacer. De verdad que necesito estar sola ahora mismo.

Él sabía que necesitaba espacio. Se alejó de la cama.

—Vale —dijo—. Seré rápido y luego podemos hablar de esto otra vez.

—Estoy cansada de hablar de esto —soltó Tash—. Solo quiero volver.

Stilwell no podía verle la cara, pero había sonado triste. Asintió. No sabía si ella se refería a volver a la isla o a volver a su situación de antes de conocerlo. Se dirigió a la puerta.

—Por favor, no te cabrees —dijo Tash.

Stilwell se detuvo y se volvió para mirarla.

—No estoy cabreado —afirmó—. Estoy preocupado por ti. Has pasado por algo muy duro y quiero cuidarte. Pero no me dejas.

—Te lo agradezco. De verdad. Pero puedo cuidarme sola. Sé lo que es mejor para mí.

—Eso espero. Sabes que te quiero.

—Lo sé. Y yo también te quiero.

Stilwell se acercó a ella de nuevo con vacilación. Esta vez Tash no levantó las manos para detenerlo. Él la abrazó y no se separó de ella durante un largo momento. La besó en la coronilla.

—Estoy bien, Stil —dijo ella—. Vete.

—Vale, volveré —aseguró él.

La soltó y se dirigió a la puerta.

37

El domicilio que aparecía en el permiso de conducir de Daniel Easterbrook correspondía a una mansión en Orange Grove Boulevard. El camino de entrada estaba bloqueado con una verja y tenía un interfono en un brazo de metal que lo ponía al alcance de la ventanilla del Bronco. Stilwell pulsó el botón dos veces antes de obtener una respuesta.

—¿Sí?

Era la voz de una mujer.

—Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles, señora —dijo Stilwell—. Necesito hablar con Daniel Easterbrook.

—Ya no vive aquí —contestó la mujer. Su tono indicaba que estaba cansada de dar el mismo mensaje una y otra vez.

—¿Puede decirme cuándo se mudó? —preguntó Stilwell.

—Hace un mes —dijo ella.

Stilwell hizo una pausa antes de preguntar.

—¿Es usted la señora Easterbrook? —preguntó.

—Sí —respondió ella—. ¿De qué se trata?

—¿Puede decirme dónde vive Daniel ahora, señora? Necesito hablar con él esta noche, si es posible.

—¿Ha pasado algo malo?

Un tono de preocupación se abrió paso a través de la voz antes dura y cortante.

—No, señora —dijo Stilwell—. Solo necesito hablar con él.

No hubo respuesta. Pulsó de nuevo el botón de hablar.

—¿Señora Easterbrook? —preguntó.

—Lo estoy buscando —dijo ella—. No me sé la dirección de memoria.

Stilwell aguardó hasta que la mujer recitó una dirección en Oxley, en South Pasadena. Le dio las gracias, dio marcha atrás con el Bronco y se dirigió hacia el sur.

La nueva dirección pertenecía a una casa mucho más pequeña que no estaba protegida por una verja y tenía el aspecto característico de una vivienda de alquiler. No había ningún jardín ornamental ni muebles en el porche. Stilwell aparcó en la calle. Había luces encendidas en el interior y esta vez pudo acercarse a la puerta y llamar. Un hombre cercano a los cincuenta años, con la mandíbula marcada y el cabello castaño con un corte de aspecto caro abrió la puerta. Llevaba ropa de entrenamiento, con manchas de sudor bajo las mangas de una camiseta gris que decía «LAKERS» en el pecho en púrpura descolorido.

Stilwell levantó su placa.

—Departamento del Sheriff —anunció—. ¿Daniel Easterbrook?

—Sí —dijo el hombre—. Mi esposa me ha dicho que vendría. Esto es sobre Leigh, ¿verdad?

Había una expresión de angustia en sus ojos. Que se refiriera a Leigh-Anne Moss solo como Leigh dio que pensar a Stilwell.

—Sí —contestó finalmente—. Leigh-Anne Moss. Necesito hacerle unas preguntas. ¿Puedo pasar?

—Es la que encontraron en el puerto, ¿verdad? —preguntó Easterbrook.

—Creo que sería mejor que habláramos dentro.

—Sí, por supuesto.

El hombre dio un paso atrás y dejó entrar a Stilwell. Lo condujo a una pequeña sala de estar donde ninguno de los muebles combinaba. Parecía como si todo hubiera sido tomado de distintas salas de estar que reflejaran diferentes modas y gustos. Easterbrook le señaló un sofá de cuero negro mientras él se sentaba en un sillón con reposabrazos mullidos y un patrón floral. Stilwell empezó por identificarse y decirle que estaba asignado a la comisaría de Catalina. Easterbrook asintió.

—Sabía que era ella —dijo Easterbrook—. Cuando dejé de tener noticias suyas y no me devolvía las llamadas, lo supe.

—Tenía una relación con ella —dijo Stilwell, no como una pregunta sino formulando un hecho.

—Estaba perdidamente enamorado —dijo Easterbrook—. No puedo creer que haya muerto. ¿Quién puede haber hecho esto?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —dijo Stilwell—. ¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Bueno, ya han pasado más de dos semanas.

—¿Fue en Catalina?

—No, aquí. Se quedó aquí conmigo, luego volvió para decirles que había terminado.

—¿Puede ser más concreto sobre la fecha y la hora en que la vio por última vez?

—Sí, tuvo que ser el sábado por la mañana, el… 17. La acompañé en coche hasta el muelle del Express en Long Beach. Tomó el ferri de las ocho y cuarto.

Stilwell no mostró ninguna reacción, pero sabía que probablemente ese era el día en que Leigh-Anne había sido asesinada. El transbordador de las ocho y cuarto la habría hecho llegar a Avalon poco después de las nueve. Coincidía con lo que sabía de sus actividades esa mañana antes de su llegada al Black Marlin.

—Ha dicho que iba a decirles que había terminado —dijo—. ¿A quiénes?

—Al gerente general del club, un hombre llamado Crane —explicó Easterbrook—. Iba a recoger su último sueldo y a avisar de que se iba. Le dije que se olvidara del dinero, que yo se lo daría. Pero había dejado algunas de sus cosas en un apartamento de allí y quería llevárselas también.

—¿No la habían invitado a irse del club, que usted sepa?

—¿Invitado a irse? ¿Quiere decir que si la despidieron? No. Que yo sepa, no. Iba a mudarse aquí conmigo. Yo… lo dejé todo por ella. Destruí mi matrimonio; mis hijos me odian. No me importaba.

Bueno, sí me importaba, pero la quería. La necesitaba. ¿Y ahora qué voy a hacer?

Stilwell no creía que Easterbrook esperara una respuesta de él.

—Señor Easterbrook, ¿cuándo empezó su relación con Leigh-Anne…, con Leigh? —preguntó.

—Eso sería… hace tres meses —dijo Easterbrook—. La había visto allí en el club antes, por supuesto, pero una noche ella estaba detrás de la barra y yo estaba allí solo y empezamos a hablar. No sé, muy informal, solo bromeando, en realidad, como se hace con las mujeres más jóvenes, y entonces algo… simplemente sucedió. Ella mostró interés en mí y sentí algo que nunca había sentido antes. Y sé lo que está pensando: hombre mayor, mujer más joven. Pero era real. Para los dos. Ella era divertida y culta. Era una… flor silvestre. Se puso un mechón morado en el pelo. Dijo que era para mí. Era nuestro secreto, como una señal para mí cuando estábamos en el club, pero teníamos que mantener nuestra relación, bueno, en secreto.

—Belladona.

—Exacto. Al principio pensé que el color era el de la salvia de Catalina, como la que crece en la ladera detrás del Mount Ada. Pero ella me dijo que se llamaba Belladona. Empecé a llamarla así, era mi apodo para ella. Sentí brotar la pasión, una pasión que nunca había conocido. Hizo que me replanteara las cosas, que me replanteara todo en mi vida.

Levantó el pulgar y el índice y se pellizcó el puente de la nariz en lo que parecía un esfuerzo por contener las lágrimas. Stilwell se preguntó si Easterbrook había buscado alguna vez en internet la planta y había descubierto que la hermosa flor también era un veneno mortal.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó Easterbrook de nuevo—. Sé que nunca podré llenar este vacío. No puedo volver a lo que tenía antes. No puedo seguir adelante.

Stilwell creía que su dolor era tan real como su pasión por la mujer a la que llamaba Belladona. Pero el hecho de que la amara no

lo eximía de ser un posible sospechoso. Stilwell sabía por experiencia que muchas mujeres eran asesinadas por hombres que declaraban amarlas. Easterbrook necesitaría un examen más detallado antes de que Stilwell pudiera dar por bueno su instinto de que él no era el asesino de Leigh-Anne Moss.

Dejó pasar unos momentos para que Easterbrook pudiera recomponerse. Stilwell tenía que marcar casillas, cotejar los hechos conocidos del caso con las experiencias y recuerdos de Easterbrook.

—Siento tener que preguntarle esto —se disculpó—, pero ¿cuándo fue la última vez que mantuvo relaciones con Leigh?

—La noche antes de que volviera a la isla —dijo Easterbrook.

—¿Y usó preservativo?

Easterbrook hizo una pausa.

—Odio pensar en por qué necesita esta información —dijo finalmente—. Pero la respuesta es no. Ella se ocupó de eso.

—¿Se refiere a anticonceptivos?

—Sí, tomaba la píldora. ¿Por qué me pregunta esto? ¿La violaron?

La rabia iba abriéndose paso en su voz.

—Solo estoy recopilando todos los hechos —dijo Stilwell con rapidez—. Necesitamos preguntar por todo, porque no sabemos qué podría ser importante para la investigación.

Stilwell ya vislumbraba la complicación que esa información traía al caso. Si era el ADN de Easterbrook el que se había recuperado durante la autopsia, le daba un sospechoso alternativo fácil a un abogado defensor que representara a cualquier otra persona acusada. Intentó dejar ese pensamiento a un lado y continuó con las preguntas.

—Ese sábado, ¿qué hizo después de dejar a Leigh en el muelle del Express? —preguntó.

—Me fui a casa —dijo Easterbrook—. Espere, no. Primero pasé por mi oficina para recoger unos archivos en los que iba a trabajar en casa.

—¿Alguien lo vio en la oficina?

—Eh, no, era sábado. La oficina estaba cerrada.

—¿Y en el edificio? ¿Había seguridad o algún tipo de proceso de registro? ¿Cámaras?

—Hay cámaras y seguridad, pero no recuerdo haber visto a nadie. Me está preguntando si tengo coartada, ¿verdad? No me cree.

—No voy a mentirle, señor Easterbrook. Si tiene una coartada, entonces tengo que comprobarla. Porque, cuando atrapemos a quien haya hecho esto y vayamos a juicio, también se juzgará mi investigación. No importa si lo creo o no. Necesito pruebas de su inocencia antes de que quede libre de sospecha.

Easterbrook asintió.

—Entiendo —dijo—. Lo siento.

—Entonces, ¿el edificio estaba cerrado con llave? —preguntó Stilwell, insistiendo—. ¿Tiene garaje cerrado?

—Sí y sí. Tengo una tarjeta llave que abre tanto la puerta del garaje como las puertas del edificio y de mi oficina. Estoy seguro de que eso se puede comprobar.

—Se puede, pero solo mostrará que se usó su tarjeta. No prueba que fuera usted. ¿Dónde están las cámaras?

—La verdad es que no estoy seguro, pero sé que hay pantallas en el mostrador de seguridad.

—¿Pero no había nadie en ese mostrador cuando usted entró?

—No recuerdo haber visto a nadie. Puede que estuvieran en un descanso o haciendo la ronda. Era sábado, así que estoy seguro de que había poco personal.

—Y, cuando se fue con sus archivos, ¿vio a alguien?

—Creo que no.

—¿A qué hora llegó y a qué hora se fue?

—Probablemente, llegué un poco antes de las diez y me quedé alrededor de una hora. Tenía que imprimir algunos documentos para que los originales se quedaran en la oficina.

Aunque su instinto le decía que Easterbrook estaba diciendo la verdad, Stilwell sabía que sería necesario un esfuerzo adicional para

verificar su coartada y descartarlo como sospechoso. Continuó con sus preguntas.

—Volvamos a la relación que tenía con Leigh. ¿Alguna vez le compró regalos caros?

—Sí —dijo Easterbrook—. Le compré un par de zapatos que quería.

—¿Recuerda la marca?

—Prada.

—¿Y se quedaba con ella en el Mount Ada de vez en cuando?

—Sí, ahí es donde nos encontrábamos en la isla. Nos quedábamos allí para que ella pudiera trabajar. Y yo la esperaba en el hotel. Salía al balcón de nuestra habitación y miraba hacia el club, con la esperanza de verla cuando saliera.

Siguieron cayendo lágrimas y esta vez Stilwell no intentó detenerlas ni ocultarlas.

—¿Conoce a alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Stilwell—. ¿Habló de alguien que la amenazara o algo semejante? ¿En la isla o en el continente? ¿O incluso en el club?

—No, nada de eso —dijo Easterbrook—. Eso es lo que no entiendo. ¿Cómo pudo pasar esto? Estábamos enamorados. Yo estaba enamorado por primera vez en mi vida. Teníamos un plan. Íbamos a irnos en el barco a Tahití. Y ahora no hay nada. No tengo nada.

Stilwell planteó algunas preguntas más sobre el club y los planes que Easterbrook había hecho con Leigh-Anne Moss. Decidió que le diría a Sampedro y Ahearn que debían realizar un interrogatorio de seguimiento con Easterbrook en condiciones formales y grabadas, y luego revisar su coartada. También tendrían que tomarle una muestra de ADN. Pero Stilwell creía que había obtenido todo lo que podía por el momento. El tipo le había indicado su siguiente movimiento. O Easterbrook o Charles Crane habían mentido sobre la última visita de Leigh-Anne al Black Marlin Club y Stilwell iba a averiguar quién.

38

Tash estaba dormida en la cama cuando Stilwell regresó a la suite. Su maleta estaba de pie cerca de la puerta. Stilwell agarró el asa y la levantó: pesaba, estaba llena. Tash estaba lista para volver por la mañana y él sabía que no habría más discusión. Entró en el dormitorio, se desnudó en silencio y se deslizó bajo las sábanas junto a ella. Si la había despertado, ella no lo evidenció. Mientras intentaba conciliar el sueño, la mente de Stilwell se pobló de pensamientos sobre el futuro de su relación y sobre si lo mejor que había encontrado en Catalina iba a desaparecer.

Sabía que esa clase de pensamientos lo mantendrían despierto durante la noche, de manera que cambió de rumbo y empezó a repasar casos. Eso a menudo le funcionaba y lo ayudaba a conciliar el sueño. Primero repasó su conversación con Easterbrook y el trabajo de seguimiento que iba a necesitarse. Ahearn y Sampedro se encargarían de eso. Aunque Stilwell no estaba muy impresionado con sus capacidades, creía que verían lo que él había visto. Tal vez presionarían más a Easterbrook e incluso le pedirían que se sometiera a una prueba de polígrafo, pero Stilwell creía que en última instancia el abogado sería exculpado. El semen hallado durante la autopsia probablemente coincidiría con su ADN, pero no había habido indicios de nada físico más allá de la intimidad consensuada.

A partir de ahí, Stilwell volvió al caso de Oscar Terranova. Al pensar en su confrontación con Merris Spivak y la posterior investigación, recordó una pregunta para la que no había tenido respuesta. ¿Por qué Spivak (y, para el caso, Terranova) pensaba que el mango de la sierra todavía estaba en la isla y no ya en el laboratorio? Mientras reflexionaba sobre la pregunta al borde del

sueño, llegó a una respuesta que no le gustó, pero que sabía que encajaba. Abrió los ojos, dándose cuenta de que no tendría oportunidad de dormir esa noche.

Justo después del amanecer, mientras Tash seguía durmiendo, fue en el Bronco hasta el centro de Los Ángeles. Había dejado una nota en la mesita de noche diciéndole a Tash que volvería al mediodía, y que entonces podrían ir al muelle del ferri. En la autovía, llamó a la Unidad de Ciencias del Comportamiento y le dijeron que los dos terapeutas programados ese día aún no habían llegado, pero que no tenían horas disponibles y no se aceptaban visitas sin cita previa. Dio su nombre y número de móvil y pidió que le avisaran si se producía alguna cancelación.

Siguió conduciendo. Era lo bastante temprano como para que el tráfico en la 110 se moviera a un ritmo lento pero constante, al menos hasta el centro de la ciudad, donde se formaba un embotellamiento como en cualquier momento del día. Una vez que pasó el centro de convenciones, la autovía se despejó, ya que iba en contra de la marea de viajeros hacia el centro. Trazó una diagonal hacia el suroeste a través del condado hasta Long Beach.

El edificio del Tribunal Superior de Long Beach, en Magnolia, era uno de los juzgados más nuevos del condado. Tenía un diseño moderno, con un exterior de vidrio espejado y columnas de hormigón. La división de Long Beach de la oficina del fiscal del distrito estaba en la tercera planta. Stilwell se identificó en la recepción y pidió ver a Mónica Juárez. Le dijeron que estaba ocupándose de la agenda de la mañana en la sala del juez Kyle Hawthorne, en la segunda planta.

Stilwell bajó y encontró la sala de vistas abarrotada de representantes de todos los ámbitos del sistema judicial, desde fiscales hasta policías, pasando por abogados defensores y acusados, y también había familiares que mostraban su apoyo a los acusados o a sus presuntas víctimas. Encontró un hueco libre en un banco del fondo de la sala.

Con un tono monótono que reflejaba lo rutinario de la sesión, el juez fue citando metódicamente los casos para escuchar informes de situación sobre su lento avance a través del sobrecargado sistema. Juárez estaba sentada en una mesa con otros tres fiscales, frente a otra abarrotada con aún más abogados defensores. Stilwell observó cómo se ponía de pie para sus propios casos y se sentaba y esperaba durante los demás. Cada vez que se levantaba, informaba al juez de que estaba preparada para fijar una fecha para el juicio y se quejaba de que la defensa estaba demorando el proceso mediante prolongadas negociaciones de la declaración de culpabilidad, cuestiones relacionadas con la revelación de pruebas u otros pretextos. El abogado defensor se levantaba entonces y protestaba por las insinuaciones de la fiscal, y el juez arbitraba y decidía cómo y cuándo proceder. Era todo tan predecible como la recogida semanal de basura por parte del Departamento de Saneamiento y, en cierto modo, igual de desordenado.

Una hora después de iniciada la sesión, Stilwell recibió una llamada de la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Salió apresuradamente de la sala del tribunal y la atendió en el pasillo.

—Tenemos una cancelación a la una —le dijo la persona que llamaba.

—La acepto —dijo Stilwell.

—No llegue tarde.

—Llegaré a tiempo. ¿Con quién es?

—Pérez.

—Entendido.

Durante sus dieciocho años en el departamento, Stilwell había sido enviado a los psiquiatras en cuatro ocasiones distintas por diversas razones. Nunca había tenido una sesión con Pérez y no sabía si se trataba de un hombre o de una mujer. En anteriores ocasiones le había resultado más fácil hablar con una mujer.

Cuando abrió la puerta de la sala para volver a entrar, se encontró con Juárez, que salía. Se sorprendió al verlo.

—Stil, ¿qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo. ¿Has terminado ahí dentro o es solo un descanso?

—He terminado por hoy, sí.

—¿Tienes unos minutos?

—Claro. ¿Quieres subir a mi oficina?

Stilwell se había reunido allí con ella antes y sabía que compartía el espacio con otros tres fiscales.

—No, necesito hablar contigo en privado —explicó él—. ¿Hay algún otro lugar al que podamos ir?

—Bueno, es un día muy agradable —dijo Juárez—. Salgamos al patio.

Ella fue por delante y Stilwell pensó que Juárez iba a dejar de considerar que era un buen día en breve.

39

Stilwell y Juárez salieron por una puerta lateral a una plaza triangular salpicada de mesas, sillas y macetas con palmeras. Había personas con etiquetas de jurado sentadas o deambulando. Vieron una mesa libre cerca de una de las columnas de hormigón del edificio y Juárez se dirigió hacia ella.

—Me he enterado de lo que pasó el viernes por la noche —dijo—. ¿Cómo está Tash?

—Está bien —contestó Stilwell.

—¿Y tú?

—Yo también. ¿Cómo te has enterado?

—¿Bromeas? Ha salido en todas las noticias.

—Claro.

Juárez se sentó y dejó sobre la mesa la pila de archivos que llevaba. Stilwell ocupó una silla frente a ella.

—Podríamos haber traído café —dijo Juárez—. ¿Quieres que vuelva y coja un par de tazas de la cafetería? Dejan que los fiscales se cuelen.

—No —respondió Stilwell—. No necesitaremos mucho tiempo.

En realidad, no estaba seguro de cuánto tiempo le llevaría, pero no quería que ella tuviera algo que pudiera echarle a la cara, y menos café caliente.

—¿Ya te han dado el alta para volver al trabajo? —preguntó Juárez.

—No, tengo mi sesión en psiquiatría a la una —dijo Stilwell—. Y el equipo de tiroteos sigue trabajando en ello.

—Bueno, buena suerte. Por lo que he visto, parece que no tienes nada de qué preocuparte en lo que respecta a la UDCAP.

La Unidad de Delitos Contra Agentes de Policía de la fiscalía tenía que revisar y aprobar todos los disparos efectuados por policías del condado. Esa clase de incidentes eran de su competencia, porque la mayoría de los disparos de las fuerzas del orden implicaban a policías que reaccionaban ante amenazas percibidas a su seguridad.

—No estoy preocupado por eso —dijo Stilwell.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Juárez.

Él no había estado seguro de cómo iba a jugar sus cartas hasta ese momento.

—Eres de Bakersfield, ¿verdad? —preguntó—. El 661.

—Eh, sí —dijo Juárez con cautela—. ¿Cómo lo sabes?

—He investigado un poco sobre ti esta mañana. He encontrado un artículo que Lionel McKey escribió para el *Call* cuando te asignaron al tribunal de Catalina. Según el artículo, tú misma pediste el puesto. ¿Es eso cierto?

Juárez frunció el ceño y puso una sonrisa incómoda en el rostro.

—Sí —dijo—. Pensé que ir a la isla sería divertido. Pero ¿por qué me has investigado, Stil?

Él no hizo caso de su pregunta y planteó otra.

—¿Fue ahí donde conociste a Oscar Terranova? ¿En Bakersfield?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Tanto su sorpresa como su indignación parecían fingidas, como si se hubiera preparado para ese momento durante mucho tiempo. Stilwell leyó su reacción y supo que iba por buen camino.

—Tenéis la misma edad —dijo—. El artículo decía que sobreviviste creciendo en un barrio de bandas en el este de Bakersfield para llegar a la universidad y luego a la Facultad de Derecho en Davis. Supongo que os conocíais desde entonces. ¿Fue en el instituto o en una banda? ¿En los dos? El artículo del *Call* no lo decía.

Era una suposición, pero fundada.

—Mira —dijo Juárez—, sé que probablemente has estado sometido a mucho estrés, pero ten mucho cuidado con lo que dices.

—Lo mismo te digo, Mónica. Te estoy dando el beneficio de la duda. De hecho, espero poder ayudarte y que tú me ayudes a mí, y tal vez podamos mantener esto entre nosotros.

Lo dijo, pero no estaba seguro de ser capaz de guardar el secreto. Era todo lo que podía hacer para contener la furia que sentía.

—¿Qué es «esto», Stilwell?

—Creo que lo sabes, y tienes que hablar conmigo o no me dejarás otro remedio que seguir el camino oficial. Si lo pongo en mi declaración formal y va a la UDCAP, terminarás delante de la Unidad de Integridad de la Justicia explicándolo.

Juárez empujó su silla hacia atrás y se levantó.

—No voy a escuchar esto —dijo. Comenzó a recoger sus carpetas.

—Siéntate, Mónica —ordenó Stilwell—. Spivak me contó que fuiste tú quien filtró la información a Terranova. Justo antes de que yo lo matara. Dijo que los dos erais colegas en Bakersfield. Por ahora, he dejado lo que sé de ti fuera de la investigación. Y puedo mantenerlo así.

Era un farol. Juárez lo miró fijamente desde su posición de pie. Luego volvió a sentarse, despacio. Era un gesto casi equivalente a una confesión.

—Solo a ti te dije que aún no había enviado el mango de la sierra al laboratorio, que todavía estaba en la isla —agregó Stilwell—. Por eso raptaron a Tash. Les dijiste que estaba guardado en la comisaría.

Mientras Stilwell hablaba, Juárez miraba hacia las otras mesas, como si estuviera viendo cómo su carrera se escapaba como un delincuente en fuga. Pero Stilwell estaba más interesado en utilizarla para llegar a los peces más gordos.

—¿Dónde está Terranova, Mónica?

—No lo sé.

—Háblame. Puedo ayudarte. Podemos ayudarnos mutuamente.

Juárez se cruzó de brazos, como Tash la noche anterior. Stilwell esperó. Sabía que estaba a punto de ceder.

—Mira, cometí un error, ¿vale? —dijo ella—. Me preguntó cuánto tardaría el laboratorio en analizarlo y fui estúpida. Le dije que el laboratorio ni siquiera lo tenía todavía. Nada más. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Fue solo… una conversación.

—Una conversación con el principal sospechoso de una investigación —dijo Stilwell—. Una conversación que llevó a que una mujer inocente fuera secuestrada y aterrorizada por un asesino que había degollado a alguien veinticuatro horas antes.

—¿Crees que no me siento culpable por eso? Pero ni en un millón de años pensé que eso sucedería.

—No eres tan estúpida, Mónica. Le diste información privilegiada a un puto asesino.

—¡Lo sé!

El grito provocó que otras personas en el patio se dieran la vuelta y la miraran. Juárez respiró hondo y continuó con voz tranquila y calmada:

—Me dijo que él no lo hizo, que no mató a Gaston. Que fue otra persona.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Me llamó el viernes por la mañana y estaba tan sorprendido como yo. Dijo que otra persona lo preparó.

—¿Quién?

—No me lo contó. Dijo que era su as en la manga. Solo revelará quién era si le consigo un trato.

—¿Qué le dijiste?

—Que no había trato porque sabía que yo podía ser la damnificada. No podía hacerlo sin acabar yo misma inhabilitada o en la cárcel.

Stilwell negó con la cabeza.

—No —dijo—. ¿No lo ves? No habría acudido a ti si quisiera implicarte en esto. Eso no tiene sentido. Su as en la manga es el

alcalde Allen. Baby Head está dispuesto a canjearlo para salvar el pellejo.

—Eso no lo sé —dijo Juárez.

—Dame el número desde el que llamó.

—No importa. Utiliza móviles de prepago y cambia de teléfono todo el tiempo. Nunca es el mismo número.

—Entonces, ¿dónde está?

—Te lo he dicho, no tengo ni idea. Esto es una pesadilla. Si hubiera sabido lo que iba a pasar, te habría avisado. Lo habría impedido.

—Ojalá lo hubieras hecho.

—Pero no lo sabía. Stil, tienes que creerme.

Él no respondió. Estaba pensando en lo que Juárez acababa de decirle: Terranova estaba dispuesto a hacer un trato para entregar a un pez más gordo que él. Tenía que ser el alcalde.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Cómo es que no tiene antecedentes? Ni siquiera un expediente de menores en Bakersfield. Lo he comprobado.

—Porque es inteligente —dijo Juárez—. Se mantiene limpio y consigue que otras personas le hagan el trabajo sucio. Yo, por ejemplo. Consigue algo sobre ti y entonces no tienes elección. Probablemente, así es como lo ha hecho con el alcalde. Tiene algo sobre él.

—¿Qué tiene sobre ti, Mónica?

—Hicimos…

Juárez negó con la cabeza, asqueada con la pregunta y consigo misma.

—Hicimos cosas cuando éramos más jóvenes —dijo—. Cosas de las que no estoy orgullosa. Él tiene fotos, ¿de acuerdo? Fotos que me destruirían. Eso es todo lo que te diré. Es lo único que necesitas saber.

—Entonces, esta podría ser tu escapatoria. Seguro que puedes hacerle llegar un mensaje.

—¿Qué mensaje? Me matará si sospecha que es una trampa… Y lo sabrá, créeme.

Señaló la cicatriz blanquecina que le recorría el lado izquierdo de la mandíbula.

—Él me hizo esto —dijo—. Cuando le dije que me iba a la universidad, que quería ser abogada algún día. Me hizo esto y, ¿sabes qué?, ni siquiera llamé a la policía. Le mentí a mi madre, le dije que me había caído de la moto, porque sabía que haría algo peor si lo denunciaba.

Era una historia terrible y, a su pesar, Stilwell sintió compasión por Juárez y su dilema de toda la vida. Pero eso no alteraba la contradicción entre sus acciones y su pose de víctima.

—Mira, tienes que encontrar la manera de contactar con él —sugirió—. Dile que lo has pensado y que hay un trato posible. Dijo que no fue cosa suya, así que lo escucharemos. Si viene y entrega al pez gordo, cerrarás el trato.

Juárez negó con la cabeza mientras pensaba en ello.

—¿Y qué pasa conmigo si se llega a un acuerdo? —preguntó—. ¿Qué le impide incluirme para endulzar el trato?

—Has dicho que es inteligente —dijo Stilwell—. Si consigue lo que quiere, ¿por qué iba a quemarte? Querrá guardarte para el próximo chaparrón.

Stilwell vio en la expresión de Juárez que lo consideraba la jugada más inteligente.

—¿Y tú? —inquirió—. ¿En qué situación nos deja esto?

—No lo sé —dijo Stilwell—. Si me ayudas a acabar con estos tipos, intentaré pasar página.

—¿Cómo puedo confiar en eso?

—Tendrás que hacerlo.

Juárez negó con la cabeza.

—Todo esto por un búfalo muerto —dijo—. Es una locura.

—No se trata del búfalo —repuso Stilwell—. Es una cuestión de codicia y poder.

—Supongo que siempre es así.

—Entonces, ¿puedes contactar con Terranova o no?

—Puede ser. Una vez vino a verme porque necesitaba un buen abogado. Por un asunto de negocios. Le di el nombre de un tipo con el que fui a la Facultad de Derecho que se dedica al derecho corporativo. Contrató a Bryson, y eso fue hace unos años, pero el tipo podría tener todavía una forma de localizarlo.

—¿Bryson? ¿Bryson qué?

—Bryson Long. Tiene un bufete unipersonal en Seal Beach.

Stilwell asintió.

—Es el abogado del proyecto de la noria —dijo—. Estuve investigando eso el jueves por la noche en el Zane Grey. Todavía tiene que estar trabajando para Terranova. Tendrá alguna forma de localizarlo.

—Lo llamaré —repuso Juárez.

—Cuando des con él, concierta una reunión dentro del juzgado —dijo—. Así tendrá que pasar por un detector de metales.

—¿Y si quiere traer a Bryson o a un abogado de defensa penal? —preguntó Juárez.

—Está en su derecho. Pero, si nos retrasan con eso, va a estar sentado en una celda hasta que lleguen a un acuerdo. Díselo.

—¿Y tú estarás aquí?

—No me lo perdería.

40

En su camino de regreso al centro de la ciudad, Stilwell llamó a Sampedro para resumirle la conversación con Easterbrook de la noche anterior. Propuso que le hicieran un interrogatorio formal y grabado, que le tomaran una muestra de ADN para compararla con el recuperado durante la autopsia de Leigh-Anne Moss y que llevaran a cabo un análisis exhaustivo de su coartada.

—¿Pero no crees que sea culpable? —preguntó Sampedro.

—Mi opinión es que su pena es legítima —dijo Stilwell—. Pero eso no significa que no la matara.

—Cierto.

—Pero, si él estaba en su oficina de Los Ángeles mientras ella estaba en el Black Marlin Club, creo que está libre de sospecha. Tiene que haber una forma de confirmarlo o de pillarlo en un renuncio.

—El ADN va a ser un problema para él.

—No había indicios físicos de violación. Y no tenemos nada más que lo sugiera. Una coincidencia respaldaría su versión de que fue sexo consentido.

—Sí, pero tal vez se dio un último revolcón con ella y luego le atizó en la cabeza y fin del problema. Según todo lo que estamos oyendo, esta chica era problemática. Tal vez él se dio cuenta.

Stilwell pensó en la belladona, venenosa y mortal.

—Mi instinto me dice que no fue Easterbrook —dijo.

—Tú y tu instinto —repuso Sampedro—. Lo traeremos, lo meteremos en una sala y veremos qué dice. ¿Qué más tienes?

—Eso es todo por…

—Eh, espera. Mi compañero quiere hablar contigo.

Stilwell casi gimió. Sabía lo que se avecinaba. Sampedro le pasó el teléfono a Ahearn.

—Oye, vaquero, ¿qué haces trabajando en esto? —dijo—. He oído que estás suspendido después de tu última aventura de disparar primero y preguntar después.

Stilwell esperó hasta estar seguro de que el otro había terminado con el sarcasmo. No dijo nada más.

—Por una vez, Ahearn, tienes toda la razón —dijo—. Estoy relevado de mis funciones y por eso precisamente le estaba dando a tu compañero el nombre de un testigo para que lo interroguéis. Podéis hacer un seguimiento o no. A mí me da lo mismo.

—¿Sabes lo que me alivia? —dijo Ahearn—. No tener que trabajar más contigo en esto.

Ahearn colgó el teléfono. Stilwell sintió que las mejillas empezaban a arderle. Se miró en el espejo retrovisor y vio su rostro enrojecido. Intentó dejarlo pasar. No había hablado con Sampedro de su conclusión de que, si Daniel Easterbrook decía la verdad sobre Leigh-Anne Moss, entonces Charles Crane había mentido. Stilwell se había guardado eso para sí mismo, porque eso devolvía la investigación a la isla y esa era su parte del caso, estuviera de servicio o no. Se sentía culpable por ocultar información relevante a sus compañeros investigadores; nunca era la mejor manera de llevar a cabo una investigación, pero, para él, era la única vía si Ahearn formaba parte de la ecuación.

Volvió a coger el teléfono y llamó a Tash. Le dijo que había estado en lista de espera y que por fin había conseguido una cita con un terapeuta de la Unidad de Ciencias del Comportamiento. Después de la sesión volvería a Huntington para recogerla y deberían poder coger el ferri de las tres y media a Avalon. Tash parecía más tranquila que el día anterior y sonó satisfecha con el plan.

—Estaré lista —dijo.

—Si quieres adelantarte, mete mis cosas en la maleta —sugirió Stilwell—. Llama a recepción y pídeles que lleven el equipaje al

camino de entrada. Te avisaré con treinta minutos de antelación y estate lista para que te recoja. Ahorraremos mucho tiempo.

—Ya te he dicho que estaré lista.

—Bien. Hasta entonces.

Después de colgar, Stilwell pensó en el tono de las palabras de Tash y en sus respuestas cortas, y tuvo que admitir que no tenía ni idea de hacia dónde iba la relación. Setenta y dos horas antes, le había parecido que era algo que podía durar. Ya no estaba seguro. Tash era demasiado difícil de interpretar en ese momento.

La UCC estaba situada en la novena planta de la torre de transporte del condado, que se encontraba sobre la Union Station, a varias manzanas de las oficinas y las miradas indiscretas de la sede del sheriff en Temple. Al principio, la sesión con la doctora Olga Pérez fue como él esperaba. Ella le hizo preguntas típicas sobre cómo se sentía al acabar con una vida y Stilwell dio respuestas típicas, explicando que no había tenido elección, que era una situación de matar o morir y que la seguridad de una persona inocente también estaba en juego. Pero entonces la terapeuta se centró en su relación con esa persona y en su estado de ánimo en los minutos frenéticos previos al tiroteo.

—Ha usado la expresión «matar o morir» —dijo Pérez—. En una situación como esa, el cuerpo se inunda de una sustancia química llamada epinefrina. Es una hormona del estrés que aumenta la claridad, las reacciones y la velocidad del cerebro. Las decisiones que normalmente tardarían minutos en tomarse se toman en microsegundos. A veces son malas decisiones.

—¿Está diciendo que disparar a Spivak fue una mala decisión? —preguntó Stilwell.

—No, no estoy diciendo eso. Como sabe, no es eso lo que tengo que determinar ni mi propósito hoy. Le estoy preguntando si cree que fue una mala decisión. ¿Se lo está replanteando o tiene algún problema con ello?

—Ninguno. En la misma situación, lo volvería a hacer.

—De acuerdo. Mi propósito también es entender si tiene algún tipo de estrés residual o arrepentimiento en relación con el incidente y asegurarme de que no dudaría si volviera a surgir una situación semejante. Dudar en una confrontación potencialmente mortal podría llevar a su propia muerte.

—No me arrepiento de haber disparado y matado a Spivak, ¿vale? Lo único que lamento es no haberlo visto antes como lo que era y no darme cuenta de que todo lo que hizo formaba parte de un plan. Sabía que había algo raro en la agresión al ayudante del sheriff, pero no lo relacioné. Eso es culpa mía, pero todo lo que vino después es culpa suya y no me siento mal por cómo terminó.

Stilwell y Pérez continuaron con el baile verbal en torno al tema durante media hora más y la sesión terminó con Pérez diciendo que daría el visto bueno a su reincorporación al trabajo, aunque esperaría cuarenta y ocho horas antes de hacerlo. Dijo que quería que se tomara al menos ese tiempo libre antes de volver a trabajar, en caso de que superara sin problemas las otras partes de la investigación oficial.

De nuevo en la carretera a Pasadena, Stilwell llamó a Tash para decirle que la recogería en media hora.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó ella.

—Bien —dijo Stilwell—. La psiquiatra tardará un par de días en redactarlo, pero ha dicho que firmará mi RS.

—¿Qué es un RS?

—Reincorporación al servicio. Significa que cree que estoy listo para volver al trabajo.

—¿En Catalina?

—Sí, claro. Quieres que vuelva allí, ¿verdad?

—Sí. Me lo preguntaba por lo que me contaste de que el alcalde le dijo a tu capitán que te quiere fuera.

—Sí, bueno, el alcalde no tiene voz ni voto. Pero ¿tú estás segura de que quieres que vuelva a la isla?

—Claro.

—Bien. Entonces, nos vemos en unos treinta minutos. ¿Has empaquetado mis cosas?

—Lo estoy haciendo ahora mismo. Tienes suerte de que no me vaya a «olvidar» tu camiseta de Willie Nelson.

Era una camiseta de un concierto en el Hollywood Bowl para celebrar el nonagésimo cumpleaños de Nelson. A Stilwell le había encantado el concierto y adoraba la camiseta, aunque la prenda había conocido días mejores. Solo la usaba para dormir. Pero Tash era una *swiftie* y no le importaba Willie ni la camiseta roja brillante, aunque él le señaló que tanto Willie Nelson como Taylor Swift cantaban sobre el desamor y la resiliencia, solo que de diferentes maneras.

—Nunca te lo perdonaría —dijo Stilwell, retomando su tono de broma—. Hasta ahora.

Después de colgar, se sintió animado. La broma sobre la camiseta de Willie Nelson le recordó a la antigua Tash.

Mientras conducía hacia Pasadena, sintió que las cosas en su vida podrían estar encajando de nuevo.

41

El mar estaba embravecido en el viaje de vuelta a Catalina en el Express, pero las cosas iban bien entre Stil y Tash. Se sentaron en el interior, lejos de las salpicaduras, y estaban tan absortos en su conversación que no se molestaron en levantarse con todos los turistas que fueron a la cubierta de popa para ver un grupo de marsopas saltando en la estela del barco. Cuanto más se acercaban a Avalon, más veía Stilwell que la tensión se desvanecía del rostro de Tash. En ese momento era reconfortante, pero también reforzaba su convicción de que un futuro con ella significaba un futuro en la isla. Eso iba a estar bien a corto plazo. La isla le parecía un hogar. Pero no estaba seguro de que le gustara la idea de que el resto de su vida estuviera predeterminada.

El zumbido de los motores y el ritmo de las olas que subían y bajaban lo ayudaron a sumergirse en un agradable aturdimiento mientras ella le cogía la mano derecha y le masajeaba las articulaciones dedo a dedo. Anunció que quería cocinar esa noche y que iría directamente del muelle a Vons a comprar comida si él podía llevar las maletas y la mochila.

—No hay problema —dijo él—. ¿A qué casa vamos?

—A la tuya.

Otra buena señal, pensó Stilwell.

—¿Qué vas a hacer?

—Aún no estoy segura. Será una sorpresa.

—Vale. Genial.

—Sabes que le dije a Dennis que me iba a tomar unos días libres. Solo le prometí que volvería el fin de semana. ¿Quieres ir de acampada a Two Harbors, ahora que no vuelves al trabajo hasta que la psiquiatra firme tu RS?

—Eh, tal vez. Sí, me parece un buen plan. ¿Cuándo quieres ir?

—Mañana.

—Eh…

—¿Qué?

—Es que no sé si tendré que estar por aquí para responder a las preguntas finales del equipo de tiroteos. ¿Te parece si lo compruebo por la mañana y luego ya hacemos planes?

—Vale.

Su tono se volvió frío con esa sola palabra. Stilwell no quería mentirle, pero tenía que estar preparado para volver a Long Beach si Juárez lograba traer a Terranova.

—Puede que quieran que vaya a otra reunión.

—¿Por qué? Se lo has contado todo. ¿Qué más pueden pedir?

—Así es como trabajan. Te hacen contar la historia una y otra vez en diferentes momentos para ver si te equivocas y la cambias. Va a hacerse pronto, pero déjame consultarlo con ellos mañana. Si estamos acampando en algún sitio y no tengo cobertura, podría ser un problema. Técnicamente, aunque esté suspendido de mis funciones, se supone que debo estar disponible para los investigadores.

—Qué pesadilla.

Stilwell quería detener la cascada de mentiras y conseguir que Tash volviera a estar de buen humor.

—¿Quieres alquilar un barco y vamos a pescar? —preguntó—. ¿O simplemente nos quedamos en tierra?

—Podemos ir a pescar —dijo ella—. Será divertido.

—Entonces, alquilaremos un barco. O uno con tripulación. Conozco a un tipo que trabaja en uno allí.

—No, solo tú y yo. Podemos usar mi kayak y alquilar otro para ti.

—Eso también suena bien.

Parecía que había capeado con éxito los mares agitados de la culpa y la deshonestidad. Pero, como un jugador que quiere hacer una apuesta más, Stilwell puso toda su pila de fichas en una jugada.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió—. Es sobre el trabajo.

—¿Qué? —dijo Tash con valentía.

—¿Conoces a Daniel Easterbrook? ¿Tienes trato directo con él?

—Lo conozco porque es propietario de un barco. Eh, trato con él de vez en cuando. ¿Por qué? Tiene un barco bonito.

—Es el tipo al que fui a ver anoche.

—¿En Pasadena? No sabía que vivía allí.

—Bueno, ahora en South Pasadena. ¿Qué opinas de él? ¿Es un buen tipo? ¿Un mal tipo?

—Bueno, no se puede saber por la clase de interacciones que tenemos con los propietarios de los barcos, pero en general se dividen en dos categorías. Están los ricos que te tratan como si estuvieras allí solo para darles lo que quieren y están los que no actúan así. El señor Easterbrook está definitivamente en el segundo grupo. Parece un buen tipo. Siempre da las gracias por radio cuando trabaja con la torre o los barcos piloto. ¿Por qué? ¿Está relacionado con la chica del pelo morado?

—La conocía… bien.

—¿Es sospechoso?

—Quizá. Al menos es un potencial sospechoso.

Se dio cuenta de que no debería hablar con ella sobre el caso y le preguntó:

—¿Qué tipo de barco tiene?

—Eh, creo que es un Hylas de más de quince metros. Es superbonito.

—¿Es un yate o un velero?

—De vela.

—¿Para navegar por el océano? ¿Podría llegar a Tahití?

—Si sabe lo que hace, sí. Esos veleros pueden recorrer fácilmente doscientas millas en un día en el océano. Pero sigue siendo un viaje largo.

Un viaje largo que Easterbrook tendría que hacer por su cuenta. Stilwell se preguntó si debía arriesgarse a preguntarle a Sampedro sobre el interrogatorio que este había dicho que él y Ahearn le harían. Sabía que podría terminar en otro enfrentamiento con

Ahearn. Decidió que era demasiado pronto. Solo le había hablado a Sampedro de Easterbrook unas horas antes. Esperaría hasta la mañana siguiente para comprobarlo.

—¿Y Charles Crane, el del Black Marlin? —preguntó—. ¿Alguna vez tratas con él?

—Eh, sí, a veces, cuando un miembro del club se queja de algo en el puerto —dijo Tash—. Nos llama y nos explica la queja del socio. Definitivamente, está en el primer bando del que hablaba.

—¿Crane o los miembros que se quejan?

—Crane, y nos reímos un poco de eso. Porque siempre actúa como si tuviera todo el derecho y para mí es solo un sirviente con pretensiones. El tipo no es rico, pero actúa como si lo fuera.

—¿Recuerdas alguna queja en particular?

Stilwell notó y oyó que los motores reducían la velocidad a medida que el ferri se acercaba a la bocana del puerto de Avalon. Había cruzado en el Express tantas veces que sabía que eso significaba que estaban a diez minutos de atracar. Ni él ni Tash hicieron ningún movimiento para levantarse de sus asientos.

—Creo que la última vez fue cuando llamó para quejarse de que el juez Harrell estaba haciendo demasiada estela con su barco —dijo Tash.

—¿En serio? —preguntó Stilwell—. No me imagino a ese viejo Viking haciendo muchas olas. Además, lo recojo casi todos los viernes y no viene arrasando.

—Es cuando se va. Supongo que siempre tiene prisa por volver. Cuando enfila la calle que hay detrás del BMC, el muelle flotante y las lanchas se balancean. A veces hay socios ahí fuera y se enfadan.

—¿Alguna vez le has dicho al juez que tenga cuidado con eso?

—Sí, lo he hecho. Pero creo que solo lo anima. No creo que le gusten esos tipos ricos desde que lo echaron.

—Espera un momento, ¿lo echaron? ¿Cuándo fue eso? ¿Qué hizo?

—En realidad, no hizo nada. Pero, durante unos cincuenta años, estuvieron haciendo socio honorario al juez de turno asignado al

tribunal de la isla.

—Como con el alcalde.

—Exacto, y creo que era sobre todo para que el juez pudiera almorzar en el club después de venir a escuchar los casos. Pero el juez Harrell tiene un barco y eso fue una novedad. Supongo que, antes de él, los jueces usaban el Express. Pero Harrell viene en barco, así que empezó a usar el club de verdad, eh, viniendo los fines de semana, usando sus amarres como un socio de verdad, no como uno honorario.

—Y eso no les gustó.

—No. Así que le dijeron que ya no habría socio honorario y que era una cuestión de apretarse el cinturón. Pero todos conocían la verdadera razón, incluido el juez. A los socios del club no les gusta que los forasteros actúen como si pertenecieran a él.

Stilwell asintió mientras pensaba en la caída en desgracia del juez Harrell en el Black Marlin Club. Que Dios ayudara a cualquier socio que tuviera que comparecer ante el juez como acusado.

La gente empezó a hacer cola en los pasillos para salir antes de que el ferri atracara. Stil y Tash esperaron a levantarse hasta que el barco golpeó los topes de goma del muelle. Él se colgó la mochila al hombro y se encargó de las dos maletas con ruedas mientras bajaban. Tash le preguntó si quería que comprara algo en Vons y él dijo que tal vez necesitarían café para la cafetera de su casa.

Se separaron en Crescent: Stilwell se dirigió a casa y Tash subió por Sumner hasta la tienda de comestibles.

Dos minutos más tarde, Stilwell arrastraba las dos maletas con ruedas a través de una moderada cantidad de turistas cuando el teléfono vibró en su bolsillo. Había un número en la pantalla que no reconoció, pero se detuvo y contestó la llamada de todos modos, anticipando que le diría a alguien que estaba fuera de servicio hasta nuevo aviso.

Pero era Lionel McKey, el reportero del *Call,* que estaba utilizando el truco de llamar desde una línea que no sería reconocida con la esperanza de que una fuente reacia respondiera.

—¿Qué quieres, Lionel? —dijo Stilwell—. Estoy fuera de servicio y, si esto es sobre lo del viernes, ya sabes que no puedo hacer comentarios hasta que se conozca el resultado de la investigación.

—No es sobre el viernes —dijo el periodista—. Se trata del comunicado de prensa que acaba de publicar la oficina del sheriff.

—No sé nada de ningún comunicado de prensa. Tendrás que llamar a…

—Dicen que han resuelto el caso de la mujer del agua. Esa es nuestra historia y esperaba que al menos me hubieras avisado antes de que se enviara a todas las redacciones del maldito condado.

—Espera un momento. Un segundo.

—Vale.

Stilwell miró a su alrededor. Había turistas a ambos lados y no era el lugar adecuado para una llamada de esas características. Vio un banco vacío con vistas al puerto. Se metió el teléfono en el bolsillo de la camisa, agarró las asas de las maletas y las arrastró hasta allí. Se sentó y sacó el móvil.

—Lionel, ¿tienes el comunicado de prensa ahí? —preguntó.

—Sí, acaban de hacerlo público —dijo McKey.

—Vale, léemelo.

—Es un poco largo.

—Tú léemelo. No lo he visto. No puedo opinar sobre él si no sé lo que dice, ¿vale?

Actuar como si estuvieras dispuesto a comentar si el periodista revelaba lo que tenía era un viejo truco de policía.

—Está bien, lo leo —anunció McKey—. Dice: «Hoy, el Departamento del Sheriff del Condado de Los Ángeles anuncia sus hallazgos en el homicidio de Leigh-Anne Moss, de veintiocho años, cuyo cuerpo fue encontrado el 23 de mayo en el puerto de Avalon, en la isla de Santa Catalina. A Moss la mataron de un golpe y después su cuerpo fue lastrado con un ancla de barco y sumergido en el puerto. Tras una intensa investigación de diez días, los detectives de la unidad de homicidios y la comisaría del sheriff de

Avalon han identificado a Daniel Easterbrook, de cuarenta y cuatro años, de South Pasadena, como sospechoso en el caso. Hoy…».

—Ah, joder —soltó Stilwell.

—¿Qué? ¿Quieres que pare?

—No, sigue leyendo.

—«Hoy, cuando los investigadores han ido a casa de Easterbrook para interrogarlo sobre el asesinato, lo han encontrado muerto por un aparente suicidio. El capitán Roger Corum ha declarado que hay pruebas de que Easterbrook, que estaba casado, pero se había separado recientemente de su esposa, mantenía una relación sentimental con la víctima y que ella había intentado romperla. Los investigadores creen que Easterbrook, que era abogado, conoció a Moss en Avalon, donde ella trabajaba como camarera en el Black Marlin Club. Corum declaró que se están analizando pruebas de ADN que, según los investigadores, relacionarán aún más a Easterbrook con la muerte de Leigh-Anne Moss. Corum declaró que la investigación sigue en curso y que no se darán más detalles hasta que finalice. Dio las gracias a los investigadores de la unidad de homicidios y de la comisaría de Catalina por su incansable…», bla, bla, bla, y eso es todo. Ahora, ¿puedes decirme qué te llevó exactamente a Easterbrook?

—No, no puedo.

—¿Era miembro del Black Marlin?

—Sin comentarios.

—Vamos, tío, has dicho que comentarías si lo leía. Necesito algo que nadie más tenga. Este es nuestro terreno. Nuestra historia.

—No es la historia de nadie. Se equivocan.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Eso es *off the record.*

—No, no puedes hacer eso. No puedes decir algo y luego decir que es *off the record.* ¿Qué quieres decir con que se equivocan?

—Tengo que colgar.

Stilwell colgó y se levantó del banco.

42

Stilwell esperó a llegar a casa para llamar a Corum al móvil. No quería molestarse con Ahearn y Sampedro, porque no estaba seguro de poder controlar su irascibilidad si hablaba con uno de ellos. Se dio cuenta de que Corum estaba conduciendo cuando contestó.

—Pensé que tendría noticias tuyas —dijo el capitán a modo de saludo—. Buen trabajo con Easterbrook.

—¿Está de broma? —dijo Stilwell—. No creo que matara a Leigh-Anne Moss y se lo dije a esos dos idiotas esta mañana.

Se produjo un largo silencio mientras Corum lo asimilaba y Stilwell oía los sonidos del tráfico a través del teléfono.

—¿De qué estás hablando, Stil? —soltó finalmente Corum—. Me dijeron que era tu pista. Fueron allí y el tipo se había ahorcado.

—Suicidarse no es prueba de que la matara —dijo él—. ¿Había una nota?

—No, ninguna nota. Pero había fotos de la víctima en el dormitorio, según me han dicho.

—¿Y qué, eso prueba que la mató?

—Dijeron que ella se estaba aprovechando de él por su dinero. Ella era problemática.

—Así que estamos culpando a la víctima.

—Eso no se va a hacer público. Solo te lo digo a ti. Se estaba aprovechando de él, él se enteró, reaccionó mal y terminó matándola.

—El tipo estaba enamorado de ella, sí. Me lo dijo. Me contó que estaban planeando coger su barco y navegar hasta Tahití. Les dije a esos dos que él no era nuestro hombre, pero que tenían que interrogarlo formalmente, obtener una muestra de ADN y verificar su

coartada. Tenía coartada. Esto es una cagada, capitán. Ahearn le está colgando un asesinato. Otra vez lo mismo.

—No, no es lo mismo, Stil, y has de tener cuidado con esto. Te salvé el empleo la primera vez. No puedo volver a hacerlo.

—Va a tener que tragarse ese comunicado de prensa, capitán.

—Stil, el caso está cerrado. Mis chicos harán el informe y se lo llevarán al fiscal del distrito para que lo firme. Y tú vuelve a hacer lo que haces en esa isla. ¿Entendido?

La puerta de la calle se abrió y Tash entró con dos bolsas de plástico de la compra de Vons. Se detuvo en seco cuando le vio el rostro. Sus labios articularon en silencio las palabras: «¿Estás bien?». Stilwell asintió, aunque distaba mucho de estar bien.

—Quiero oírte decirlo, Stil —dijo Corum—. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo él.

—Bien, entonces, creo que hemos terminado. Acabo de llegar a casa y no quiero entrar cargando con esta mierda.

—De acuerdo. Buenas noches, capitán.

—Buenas noches, Stil.

Stilwell colgó. Tash había dejado las bolsas en la encimera de la cocina y las estaba vaciando.

—Queso a la parrilla y chili —dijo—. Comida reconfortante. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Stilwell.

—¿Qué pasa?

—El puto Ahearn.

—¿Qué pasa con él?

—Es un *déjà vu* constante. Le está colgando el asesinato a un inocente. Es un puto incompetente y al capitán no le importa, porque así resuelve fácilmente un caso complicado. Mientras tanto, alguien se sale con la suya.

Tash se detuvo, con una lata de alubias pintas en la mano.

—¿Qué vas a hacer, Stil?

—Aún no lo sé…, pero no puedo quedarme de brazos cruzados.

Agarró el asa de su maleta y la llevó rodando hasta el dormitorio. La abrió sobre la cama y empezó a deshacerla, devolviendo la ropa que no había llegado a ponerse a los cajones y perchas del armario. Estaba a medio camino cuando su teléfono vibró con una llamada de un número que tenía en la agenda.

—¿Qué quieres, Ahearn?

—Quiero saber qué coño haces diciéndole al capitán que nos hemos equivocado con el tipo que hemos pillado.

—Te has equivocado, Ahearn. Siempre te equivocas. Tomaste el camino fácil. Pero era el camino equivocado.

Ahearn se rio.

—¿Sabes qué es esto? Es envidia. Pensé que te alegrarías de que compartiéramos el mérito contigo, pero no, quieres…

—¿No lo entiendes, maldito idiota? No fue él.

—Eso lo dices tú.

—Está bien, tu comunicado de prensa dice que ella estaba rompiendo con él. ¿De dónde sacaste eso, Ahearn? Porque, hace menos de veinticuatro horas, él no dijo nada al respecto. Solo habló de que ella iba a dejar su trabajo en la isla para que pudieran navegar a Tahití.

—Eso es lo que te contó. Te mintió, Stillborn, y no puedes soportar el hecho de que te la metiera doblada.

—¿Intentaste al menos comprobar su coartada? ¿Sabes qué? No importa. Ya conozco la respuesta. No hiciste una mierda. Fuiste a la casa del tipo, lo encontraste muerto y pensaste: «Podemos hacer que este caso desaparezca muy rápido». Has llenado de paja el comunicado de prensa, igual que con el caso. Solo esperabas que fuera verdad. Pero era una farsa, como tú.

—Tú sí que eres una farsa, Stillborn.

—No, ¿sabes lo que soy? Soy el tipo que va a atrapar al verdadero asesino.

—Stilwell, será mejor que no hagas nada…

Stilwell colgó. Levantó el brazo para lanzar el teléfono contra la pared, pero se contuvo en el último momento, cuando Tash entró.

—¿Estás bien? —preguntó ella.
—Estoy bien.
—¿Qué pasa?
—Nada.
Se guardó el móvil en el bolsillo.
—¿Quieres que prepare la cena? —preguntó Tash.
—Claro —dijo Stilwell—. Ya tengo hambre.
—Entonces, abre una botella de vino. Necesito una hora.
—¿Tinto o blanco?
—Tinto.
—Hecho. En cuanto termine aquí.

Tash salió de la habitación. Stilwell cerró la cremallera de su maleta vacía y la puso en un estante del armario, luego se sentó en el borde de la cama y trató de recomponerse. Tenía que quitarse de la cabeza a Ahearn y Sampedro y concentrarse en el caso, no en la traición a Leigh-Anne Moss. Porque era exactamente eso, una traición al vínculo sagrado entre una víctima y los encargados de hacer justicia. Stilwell cerró los ojos y se prometió a sí mismo que no haría lo mismo.

Su teléfono vibró en el bolsillo, un tono corto que indicaba un mensaje de texto. Lo sacó, esperando un mensaje de texto de Ahearn. Pero era de Mónica Juárez: «En marcha. Vendrá a las diez. Sin abogado, por ahora. ¿Estarás aquí?».

Stilwell escribió una breve respuesta: «Allí estaré».

43

Juárez consiguió reservar una sala privada para lo que le había dicho a Stilwell que sería una «conversación» con Oscar Terranova. Stilwell le recordó que, aunque no había ninguna orden de detención ni cargos contra Terranova, se lo buscaba para interrogarlo sobre un homicidio. Dijo que no podía prometer que no lo detendría, que dependía de cómo fuera la conversación. Y Juárez le recordó a Stilwell que había sido suspendido de sus funciones y que realizar una detención probablemente resultaría en una investigación interna y medidas disciplinarias por no cumplir con las órdenes y políticas del departamento.

—Solo vamos a hablar —dijo Juárez—. Y él se irá de aquí cuando hayamos terminado.

—¿Sabe que estaré aquí? —preguntó Stilwell.

—Le dije que tenía que haber un investigador presente.

—Pero no le dijiste que era yo.

—No, eso será una sorpresa.

—Y desagradable.

Stilwell esperaba que Baby Head diera media vuelta en el momento en que lo viera en la sala.

—Entonces, ¿cuál es nuestro mejor escenario? —preguntó.

—Tiene que tener pruebas —explicó Juárez—. No puede ser un «él dijo, el otro dijo». Si sale con esa mierda, ni siquiera la presentaremos.

—¿Ya se lo has dicho?

—Sí, y dijo que tenía algo que nos va a gustar.

—Bueno, hay…

Se detuvo cuando el teléfono de Juárez empezó a sonar. Ella contestó la llamada, escuchó y luego respondió que iría a buscar a

su visitante.

—Allá vamos —dijo mientras se dirigía hacia la puerta.

Se percibía un temblor en su voz. Estaba nerviosa y Stilwell sabía por qué. Terranova ya la había marcado de por vida. No se sabía cómo actuaría si las cosas no salían como él quería en la siguiente hora.

La estancia no se parecía en nada a una sala de interrogatorios de una comisaría. Se utilizaba sobre todo para negociaciones entre fiscales y abogados defensores. La mesa a la que estaba sentado Stilwell era de madera bien pulida con Pledge y no había marcas del sudor y las lágrimas de los sospechosos acusados.

La puerta se volvió a abrir y Juárez entró delante. La seguía Oscar Terranova, vestido con pantalones blancos desteñidos y una camisa Tommy Bahama con un estampado de loros azules sobre un fondo amarillo por fuera del pantalón. Terranova se adentró dos pasos en la habitación, vio a Stilwell y se paró en seco.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó—. No estamos en la isla.

—Te dije que tendría un investigador en la reunión —dijo Juárez.

—Sí, pero él no —dijo Terranova—. Me niego.

Como había predicho Stilwell, se volvió hacia la puerta.

—Siéntate, Oscar —ordenó Stilwell—. Si te vas, rompes el acuerdo. Tengo ayudantes fuera que te cogerán y te meterán en una celda. ¿Es eso lo que quieres?

Terranova se volvió y miró a Juárez para confirmarlo.

—Oscar, siéntate, por favor —dijo—. Creo que la única forma de que salgas como un hombre libre hoy es si cumples nuestro trato. Así que siéntate y muéstranos lo que tienes. Si es tan bueno como dijiste, no habrá ningún problema.

—A la mierda —dijo Terranova.

Pero fue a la mesa, apartó una silla y se sentó frente a Stilwell. Juárez se sentó al lado del sargento.

—Como acordamos, no vamos a grabar esto —dijo—. Solo vamos a hablar y a escucharnos. Me dijiste que no tenías nada que ver con

los crímenes que ocurrieron recientemente en Catalina y que podías demostrarlo. Esta es tu oportunidad.

Terranova se reclinó en su silla, con un brazo sobre la mesa y golpeteando la madera con los dedos como si estuviera meditando una apuesta en una partida de póquer. Finalmente, habló.

—Vale, lo que tenéis que saber es que estoy limpio en lo que respecta a Gaston y a lo que pasó con tu novia, Stilwell. Era otra persona la que llevaba la voz cantante y no me contaba una mierda. Ese hijo de puta de Spivak es su hombre, no el mío.

Juárez miró a Stilwell y asintió levemente, dándole la iniciativa.

—¿Quién estaba tomando las decisiones? —preguntó.

—Ese es mi as en la manga, el jefe. No lo revelo hasta que todos estén dentro.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que quiero un trato garantizado que excluya mi encarcelamiento. Lo que ibais a ofrecerle a Henry Gaston para llegar a mí.

—No haremos ningún trato hasta que sepamos lo que tienes. Deja de jugar, Oscar. Sé que tu socio silencioso es el alcalde Allen y las huellas de tu abogado corporativo están en todo el asunto de la gran noria. ¿Por qué no empiezas contándonos cómo os conocisteis tú y el alcalde?

Stilwell mantuvo la mirada fija en Terranova, buscando una reacción.

Este no mostró sorpresa por el hecho de que Stilwell supiera lo de Allen.

—Sí, tenemos negocios —dijo—. Gané un poco de dinero en casa y fui a Catalina para invertirlo. Eh, quería montar una empresa legal, así que hice mis deberes y vi que necesitaban más carritos de golf y excursiones por allí. Solicité una licencia para operar y fue entonces cuando lo conocí.

—¿Para tu solicitud de licencia comercial?

—Sí. Me reuní con él bastante rápido y me dijo que podría llevar tres años o tres meses obtener la licencia de operador, dependiendo

de cómo quisiera manejarlo.

—Quería un soborno.

—Yo lo llamo hacer negocios. Todo el mundo siempre quiere un pedazo de algo bueno. No me quejo de eso, la verdad. Yo digo: «Vamos a llevarnos bien».

—Sabías que era una calle de doble sentido. Le pagas al tipo y consigues ventaja sobre él en el futuro.

—Así es, sí.

—¿Guardas algún registro de esas transacciones?

—Digamos que tengo suficiente para negociar. Si quieres mi ayuda, no me metas en una celda, nunca.

—Si todo lo que tienes es que el alcalde acepta sobornos de un operador turístico de tres al cuarto, entonces hemos terminado aquí, Oscar. Esto es una investigación de asesinato, no un caso menor de corrupción. Pero puedo llevarte al centro, donde hay gente que quiere hablar contigo.

Terranova sonrió, como si fuera el único en la sala que conocía el terreno que pisaba.

—Ay, grandullón —dijo—. Te crees muy listo y muy duro. Te diré una cosa: si no tuvieras esa placa, esto sería otra historia entre tú y yo, Stilwell.

Stilwell se limitó a observarlo fijamente y los dos hombres cruzaron miradas de desprecio mutuo. Juárez rompió el momento.

—Oscar, tiene razón —dijo ella—. Háblanos del asesinato de Henry Gaston. Y recuerda: cualquier cosa que nos digas será inútil si no puedes respaldarla.

—Ya te lo dije por teléfono —dijo Terranova—. Puedo respaldar cada puta cosa que digo. Tengo documentos y cintas. ¿Quieres oír lo que tengo, Stilwell?

—Sí —respondió Juárez—. Queremos oírlo.

—De acuerdo —dijo Terranova—. Os daré una pequeña muestra.

Dejó caer la mano por debajo de la mesa para meterla en el bolsillo.

Stilwell se levantó de un salto de la silla, dispuesto a abalanzarse por encima de la mesa hacia él. Terranova levantó inmediatamente las manos.

—Tranquilo, tío. Solo voy a por el teléfono.

—Despacio —dijo Stilwell.

Permaneció de pie mientras Terranova cogía su móvil y lo levantaba para demostrar que no era un arma. Stilwell volvió a sentarse.

—¿Qué nos vas a enseñar? —preguntó Juárez.

—No os voy a enseñar nada —dijo Terranova—. Escuchad esto.

Abrió la aplicación de grabación y reprodujo lo que obviamente era una llamada telefónica grabada. Stilwell reconoció tanto la voz de Terranova como la de Douglas Allen, empezando por la del alcalde, que atendía la llamada:

«—¿Hola? —decía el alcalde.

»—¿Qué coño haces? —preguntaba Terranova.

»—Te dije que nunca llamaras a este número.

»—Jódete, es un móvil prepago. ¿Qué coño pasa, tío? Acabo de enterarme de que han matado a Gaston en una puta celda.

»—Iba a delatarte. No era un riesgo que estuviera dispuesto a correr. Te estaba cuidando.

»—Ahora me tienes metido en un asesinato, tío. Deberías haber hablado…

»—No necesito hablar ni aclarar nada contigo. ¿Entiendes? Y no vuelvas a llamar a este número».

La llamada terminó. Terranova escribió un comando en su teléfono y lo dejó caer sobre la mesa.

—Borrada —dijo—. Si la quieres, mi abogado tiene una copia guardada. No la tendrás a menos que lleguemos a un acuerdo.

Stilwell miró a Juárez para ver si iba a responder, pero parecía paralizada. Estaba claro que Terranova todavía la dominaba. Eso le dijo a Stilwell que necesitaba mantener el control de la conversación.

—¿Qué hay del secuestro de Tash Dano? —preguntó—. ¿Qué te contó Allen sobre eso?

—Nada —contestó Terranova—. Lo leí en las noticias.

—¿No fuiste tú quien llamó a Spivak al remolque esa noche?

—Yo no. Nunca hablé con él. Ya te he dicho que era el hombre del alcalde, no el mío. Tampoco tuve nada que ver con eso.

—Y una mierda. La cogieron porque pensaron que el mango de la sierra seguía en la isla y no en el laboratorio. Esa información vino de ti, así que no intentes decir que eres inocente. Todo se vino abajo por tu culpa.

—Bueno, tal vez sí, tal vez no. Pero, si quieres ir por ahí, tu amiga y fiscal aquí presente forma parte de la cadena de culpabilidad. Si eso sale a la luz, no sé cómo quedarán las cosas.

Terranova había pensado concienzudamente en sus movimientos. Stilwell se vería obligado a arrojar a Juárez a los pies de los caballos si intentaba acusarlo por el secuestro de Tash. Era una decisión imposible de tomar, así que la dejó de lado por el momento.

—Háblame de Spivak —dijo Stilwell—. Si todo esto era una jugada del alcalde, ¿de qué lo conocía?

—Por lo que yo sé, se conocían desde hacía mucho tiempo —respondió Terranova—. El alcalde ya lo había utilizado antes. Era como un guardaespaldas a sueldo que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

—¿Incluido asesinar? —dijo Stilwell—. ¿Y agredir a un ayudante del sheriff para que lo metieran en el calabozo y cometiera el asesinato?

—Por el precio adecuado, puedes conseguir que la gente haga lo que sea —dijo Terranova—. No me digas que no lo sabes, señor sheriff.

Terranova lo miró fijamente, y Stilwell vio la amenaza en sus ojos. Luego, el rostro de Terranova se transformó en una sonrisa.

—¿Entonces tenemos un trato o qué? —inquirió Terranova. Miró a Juárez en busca de una respuesta.

—¿Qué tipo de trato estás buscando? —preguntó ella—. Has cometido delitos graves. No puedes esperar…

—Quiero inmunidad —dijo Terranova—. Eso es lo que me llevo. Sin condena y sin cárcel, o no hay trato. Lo intentáis lo mejor que podáis conmigo y ya veremos cómo os va sin testigos y con una… fiscal comprometida.

Esto provocó un largo silencio en la sala. Stilwell no sabía si debía responder, porque las inmunidades eran cosa del departamento de Juárez.

—Vamos a salir un momento —dijo finalmente esta—. Quédate ahí, Oscar.

—No me voy a ninguna parte —repuso Terranova—. Todavía.

Stilwell salió tras Juárez. Ella cerró la puerta de la sala de entrevistas y caminaron varios pasos por el pasillo para que no se oyeran sus susurros. Juárez fue la primera en hablar.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—No me gusta que salga limpio de esta —dijo Stilwell—. Eso me preocupa.

—Puede que sea la única manera.

—No me gusta.

—A nadie le gusta. Pero puede que no haya otra opción. Esa grabación por sí sola es una prueba sólida y dice que tiene más. Estamos hablando de un alcalde corrupto que ordenó matar a alguien.

—Y Baby Head es cómplice de todo.

—Puede que lo sea, pero tiene las mejores cartas y puede que no tengamos elección.

—Sí, resulta que tú eres una de esas cartas.

—¿Crees que no lo sé? No te preocupes. En cuanto superemos esto, si es que lo superamos, dimitiré y no volveré a pisar un tribunal.

Stilwell se apartó un momento para pensar y calmar su ira. Se obligó a concentrarse en lo que tenía entre manos, no en lo que se había hecho en el pasado. Volvió a hablar con Juárez.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué vas a hacer, llevarlo ante un jurado de acusación?

—Posiblemente —respondió Juárez—. Pero esto me supera por mucho. Tengo que llevarlo al centro y ver cómo quieren jugarlo.

—¿Cuándo?

—Hoy no tengo tribunal. Puedo ir en cuanto lo soltemos.

—¿Qué les vas a decir?

—Que este tipo vino con pruebas sólidas de que el alcalde de Avalon es corrupto y probablemente encargó asesinar a un testigo en un caso en desarrollo en su contra. Diré que nuestro testigo es un delincuente, pero compartirá pruebas convincentes e incontrovertibles, incluidas grabaciones, que superan sus propios delitos.

Stilwell asintió. No estaba contento, pero así era como se resolvían la mayoría de los casos. La gente hacía tratos, traicionaba su lealtad para salvar el pellejo. Nunca se hacía justicia por completo. Pero, si Baby Head conseguía su inmunidad y seguía en el negocio y en la isla, Stilwell sabía que tendría otra oportunidad de acabar con él en algún momento. Y entonces se haría verdadera justicia.

44

Ya de regreso en la isla, Stilwell intentó llamar a Tash, pero ella no contestó. Supuso que o bien seguía enfadada, o estaba sin cobertura. O las dos cosas. La noche anterior Tash se había ido a su casa después de que él le hablara de su cita a la mañana siguiente en el juzgado de Long Beach. Acababan de terminar de comer el chili casero y los sándwiches de queso a la parrilla que había preparado Tash. Ella se levantó de la mesa, dejó el plato y el bol en el fregadero y fue al dormitorio a coger su maleta. Sus últimas palabras al salir por la puerta fueron que se iba de acampada sin él y que, si realmente quería, podía unirse a ella más tarde. Él le gritó a sus espaldas que lo haría.

Stilwell quería unirse a la acampada, pero primero tenía trabajo que hacer. Después de entrar en comisaría y desviar las preguntas sobre si se había reincorporado al servicio, fue en el John Deere hasta el Sandtrap para ver si Leslie Sneed estaba trabajando. Era la hora punta del almuerzo, pero no la vio sirviendo mesas. Finalmente, le preguntó a una camarera que pasaba si estaba de servicio y ella le dijo que Sneed no trabajaba los martes.

Diez minutos más tarde llamó a la puerta del apartamento de Sneed y la encontró en casa. Cuando abrió, salió una bocanada de marihuana, lo que hizo que Stilwell recordara su afirmación de que había estado limpia desde que se mudó a la isla. Quizá para ella, fumar marihuana no contaba.

—Enhorabuena —dijo Sneed.

Stilwell estaba desconcertado.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ha resuelto el caso —dijo Sneed—. Lo vi en las noticias.

—Eh, en realidad, para eso estoy aquí. No se ha hecho pública toda la historia y quería preguntarle si me ayudaría con la investigación.

—Bueno, dijeron que el tipo que lo hizo se suicidó.

—Esa no es la historia completa, Leslie. Si puedo entrar, me gustaría explicarle lo que podría hacer para ayudar con el caso.

Sneed miró hacia el interior del apartamento y pareció dudar. Stilwell habló rápidamente.

—No sé si lo ha oído, pero el Black Marlin ha igualado la recompensa. Así que ahora es de veinte mil. Es una buena cantidad de dinero.

—Bueno, joder, eso es mucho.

—Y tengo una idea de cómo podría conseguirla toda.

Sneed dio un paso atrás para dejarlo entrar. Se dirigieron a la salita.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Sneed.

—Quiero que envíe un mensaje de texto y concierte una reunión con alguien.

—¿Y dónde es la reunión?

—En el Zane Grey.

—¿Soy como un cebo?

—Sí, pero yo estaré allí y usted estará a salvo. Si aparece, lo detendré.

—Y, si hago esto, ¿me ayudará a conseguir la recompensa completa?

—Ese es el trato. Si esto sale como creo que saldrá, lo tendrá todo.

—Acepto.

45

Leslie Sneed envió el mensaje de texto a Charles Crane a las tres y media y fijó su reunión para dos horas más tarde en el bar del Zane Grey, donde siempre había una hora feliz que aportaría una garantía de seguridad entre la multitud. Eso le daba a Crane tiempo de sobra para ir al banco a retirar lo que en su mensaje Sneed había llamado un anticipo por su silencio. Crane no contestó, pero el hecho de que no preguntara «¿Quién es?» ni respondiera que se había equivocado de número le indicó a Stilwell que podría estar mordiendo el anzuelo.

Las dos horas también le dieron tiempo a él para llegar al hotel y conseguir la cooperación del encargado, Fred Nettles, en su plan. Necesitaba entrar en el bar antes de que abriera y esconder el micrófono direccional que se había llevado de la sala de equipos de la comisaría entre las botellas de burbon, en el estante situado frente al taburete donde se sentaría Sneed.

El mensaje que Stilwell redactó y que Sneed envió a Crane contenía una clara amenaza: «Sé que fuiste tú. Me habló de vosotros dos. ¿Crees que el sheriff cambiará de opinión sobre el asesino cuando se lo cuente? Hay dinero de recompensa, así que hazme una oferta mejor. Trae un anticipo por mi silencio al Zane Grey a las 17:30. No llegues tarde. Si no te veo, llamo a la poli».

A las 17:15, Stilwell estaba en la oficina del hotel, frente a una pantalla dividida que mostraba dos vistas del bar del vestíbulo. Había parejas sentadas a dos mesas y Leslie Sneed estaba sola en la barra, frente a la fila de botellas de burbon, con una copa de sauvignon blanc delante. A cinco taburetes de distancia estaba Starkey, el escritor que había estado involucrado en la orden de desalojo la semana anterior. Aparentemente, se había congraciado con el hotel

desde el punto de vista económico y seguía siendo el escritor residente.

Stilwell hizo rodar su silla para apartarse del escritorio y se acercó a una ventana que ofrecía una buena vista de Chimes Tower Road, la carretera que ascendía desde el puerto. No era el único camino hacia el Zane Grey, pero era la ruta que Crane probablemente tomaría desde el Black Marlin Club, si es que venía.

La señal de vídeo estaba siendo grabada, al igual que el audio del micrófono oculto entre botellas de Blanton's y Pappy Van Winkle. Stilwell escuchaba con auriculares conectados a una grabadora inalámbrica mientras Starkey trataba de entablar conversación con Sneed. Stilwell le había mostrado una foto del permiso de conducir de Charles Crane para que supiera con quién se iba a encontrar y Starkey claramente no era esa persona. Sneed le dijo al tipo que estaba esperando a alguien y él la dejó en paz.

Stilwell volvió a mirar la carretera y no vio ningún carrito subiendo. Empezaba a creer que Crane no había mordido el anzuelo, después de todo, y que había pasado sin más del mensaje de Sneed. Empezó a preguntarse si se había equivocado con Crane. Pensó en el responsable del bar, Buddy Callahan. Era uno de los empleados del club que, según Crane, se habían quejado de que Leigh-Anne coqueteaba con los miembros. ¿Era a él a quien Sneed debería haber enviado el mensaje?

El teléfono de Stilwell vibró y vio que era Juárez. Contestó.

—Estoy en medio de algo —dijo rápidamente—. ¿Puedo llamarte dentro de una hora más o menos?

—Claro —contestó Juárez—. Solo quería que supieras que mañana nos veremos.

—¿Qué quieres decir? ¿Para qué?

—Oscar va a comparecer ante un jurado de acusación en el centro.

—¿Tan pronto? ¿No necesitamos tiempo para prepararnos? ¿Sabes lo que va a decir?

—He estado negociando con su abogado toda la tarde. Y con la Unidad de Integridad Pública. Créeme, estamos preparados. Acusaremos a Allen de conspiración para cometer un crimen y Oscar será un cómplice no acusado.

—¿Eso es todo?

—Empezaremos con eso. Y más adelante añadiremos la incitación al asesinato, así como los cargos en el caso Dano.

—¿Qué más tiene Terranova en cuanto a pruebas?

—Su abogado me puso otra grabación por teléfono. Es mejor que la primera que nos puso Oscar. Se trataba del secuestro de Tash y Oscar le dice a Allen que se ha pasado de la raya y que no quiere participar en eso. El alcalde hace una confesión. Dice que está harto de tener que arreglar los errores de Oscar y que la única forma de llegar a ti es a través de Tash. Es oro, Stil. Lo tenemos.

Stilwell asintió. Aunque el asesinato de Henry Gaston era el crimen mayor, quería que alguien pagara por el secuestro de Tash. Parecía que Allen iba a pagar por los dos.

—Cómplice no acusado —dijo—. Así que Baby Head se lleva la inmunidad. ¿Vuestros jefes estaban de acuerdo con eso?

—Por ahora queda libre —dijo Juárez—. Todos los presentes han dado su visto bueno. Firmará un acuerdo formal antes de testificar.

—Y no habrá justicia para un búfalo asesinado.

—Bueno, al menos no hoy. Pero se hace un bien mayor. O debería decir que se acaba con un mal mayor.

Stilwell no estaba tan seguro de eso. Volvió a mirar por la ventana y vio un carrito que subía por la colina. Tenía un característico techo a rayas granate y blanco que hacía juego con el toldo de la terraza trasera del Black Marlin Club. Crane estaba llegando.

—Tengo que colgar —dijo Stilwell.

—Te necesito aquí mañana para presentarte ante el jurado de acusación —anunció Juárez.

Stilwell pensó en Tash acampando sola cerca de Two Harbors.

—¿Cuándo? —preguntó.

—A primera hora —dijo Juárez—. Se sentarán a las diez.

—De acuerdo. ¿Dónde es?

—En el edificio del tribunal penal, sala 308. No tiene letrero, así que espérame en el pasillo. Irás tú y luego Oscar, y eso debería de ser todo lo que necesitamos.

—¿Y Tash?

—Hablamos de ella y no creemos que la necesitemos para mañana. Pero sin duda la necesitaremos si vamos a juicio. Ella será el núcleo emocional del caso, y un jurado la adorará.

Stilwell lo entendió y sabía que le correspondería a él convencer a Tash de que testificara y luego prepararla para el juicio.

—Vale, ¿y qué hay de Corum? —preguntó—. ¿Lo han puesto al día?

—Es mi siguiente llamada, a menos que quieras hacerlo tú.

—No, gracias. Ya te he dicho que estoy en medio de algo.

—De acuerdo, lo llamaré.

—¿Hay una citación para mí para mañana?

—Eh…, no. Contaba con que comparecieras de forma voluntaria. ¿De verdad tengo que citarte?

—Ayudará con Corum, porque supuestamente estoy suspendido de mis funciones.

—Entendido. Tendré una citación para ti por la mañana. Voy a necesitar que guíes al jurado de acusación a través de todo el caso, empezando por la entrega de la orden de registro en la nave.

—El comienzo fue la decapitación del búfalo.

—Ya sabes lo que quiero decir. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—Tengo que colgar —dijo.

—De acuerdo. Te veo mañana a las diez.

Stilwell colgó y se alejó de la ventana para no ser visto mientras Crane aparcaba el carrito del BMC y caminaba hacia el vestíbulo del hotel. Stilwell volvió al asiento frente a la pantalla de vídeo y se puso los auriculares. Era la hora de la verdad.

La asistencia a la hora feliz entre semana seguía siendo baja, lo que era una ventaja para Stilwell. Podía oír las bromas entre el

camarero y Starkey aunque no estuvieran en el rango de alcance del micrófono. Había una familiaridad entre los dos que le decía a Stilwell que el escritor se perdía pocas horas felices del hotel.

La energía nerviosa hizo que Stilwell se pusiera de pie mientras miraba la pantalla. Había pensado en pedir a uno de los ayudantes del sheriff fuera de servicio que estuviera en el bar como medida de precaución, pero lo descartó por temor a que Crane conociera a los agentes asignados a la isla. No había nadie más que él y, aunque estaba a solo una puerta del bar, tenía que estar listo para actuar si Crane decidía pasar a la acción de alguna manera con Leslie Sneed.

Justo a tiempo, Crane entró en el bar por el vestíbulo, miró a su alrededor y observó a las parejas sentadas en las dos mesas y luego a las dos personas sentadas a tres taburetes de distancia en la barra. Tomó asiento entre ellos y le dijo algo en voz baja a Starkey que Stilwell no entendió. Pero la respuesta de Starkey fue audible:

—Lo siento, amigo, juego para el otro equipo.

Starkey había tomado lo que Crane dijo como una insinuación. Crane se encogió de hombros y se volvió hacia Sneed. De nuevo, su voz era demasiado baja para que Stilwell la oyera. El micrófono oculto apuntaba directamente a la chica, pero Crane estaba a dos taburetes de distancia. La voz de Sneed se oyó con claridad.

—Eso es —dijo—. ¿Me has traído algo?

Crane se acercó al taburete de al lado del que ocupaba Sneed y se sentó. Miró a Starkey con recelo y, cuando se volvió, el camarero estaba allí para tomar su pedido.

—Tomaré lo mismo que ella —dijo Crane.

El camarero sacó una copa de vino de un estante superior y se dirigió a la nevera de vinos. Sneed lo vio alejarse y, en ese mismo momento, Crane hizo un movimiento, deslizando una mano por la espalda de Sneed y otra por la parte delantera de la blusa holgada que llevaba puesta.

—¡Eh! —exclamó Sneed bruscamente.

El camarero se volvió para ver cuál era el motivo del alboroto. Crane levantó las manos, con las palmas hacia afuera.

—Tenía que comprobarlo —le dijo a Sneed—. Déjame ver tu teléfono.

—No te voy a dar mi teléfono —repuso ella.

—O lo reviso o no tenemos esta conversación. ¿Quieres el dinero o no?

—Está bien.

Sneed abrió el bolsito que había estado en la barra, junto a su vaso. Sacó su móvil y se lo entregó. Era una jugada que Stilwell había anticipado y para la cual había planeado una respuesta.

—Desbloquéalo —dijo Crane.

Levantó el teléfono y Sneed escribió una contraseña. Crane empezó a buscar en sus aplicaciones. El camarero le puso una copa de vino delante y se alejó. Crane encontró por fin la aplicación de notas de voz, la abrió y vio que había una grabación en curso.

—Qué chapucera —dijo—. ¿Crees que soy estúpido?

Detuvo la grabación, la borró y dejó el teléfono en la barra.

—¿Crees que puedes jugar conmigo así? —prosiguió él—. Pues que te jodan, cariño. Esta conversación ha terminado.

Se levantó y dio una patada al taburete con el pie.

—Si te vas, te arrepentirás —dijo Sneed, pronunciando con maestría la frase que le había apuntado Stilwell.

Crane se quedó de pie, pero no se dirigió hacia la salida. Se inclinó hacia Sneed, un movimiento diseñado para intimidar a la joven.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Ya te he dicho lo que quiero —dijo Sneed—. Quiero dinero. También he decidido que quiero un trabajo en el Black Marlin. Estoy harta de atender a turistas y golfistas sudorosos que se creen graciosos. Quiero lo que tenía Leigh-Anne.

—¿O qué?

—O llamo a Stilwell, el tipo del sheriff que vino a preguntar por Leigh-Anne, y le cuento lo que ella me dijo la mañana antes de que la asesinaran. Dejé esa parte fuera cuando vino.

—¿Qué es exactamente?

—Que iba a ir a verte para conseguir su dinero y decirte que dejaba el club… y a ti.

Era otra parte del guion de Stilwell, una suposición basada en lo que había averiguado durante la investigación. La reacción de Crane en ese momento determinaría si había caso o no.

—Todo eso es mentira —dijo Crane—. Y lo sabes.

—¿En serio? —contestó Sneed—. Vivía conmigo, estúpido. Seguro que te lo dijo. Y solo dejaba que te la follaras para conservar su trabajo y ligarse a uno de esos ricachones gilipollas, como Easterbrook. Esa mañana bromeó diciendo que te dejaría. Dijo que eras asqueroso y que no te tomarías muy bien la noticia. Supongo que acertó.

Sneed se había salido del guion. Stilwell se preguntó si la conversación que acababa de relatar había ocurrido realmente o si solo estaba improvisando. En cualquier caso, era buena y sus palabras golpearon a Crane con fuerza. Incluso con una cámara cenital, Stilwell vio la reacción furiosa del hombre y supo que organizar la reunión en un lugar público había sido la elección correcta. Era lo único que lo mantenía bajo control. Estaba tenso y a punto de arremeter contra Sneed.

En ese momento, Stilwell supo que Crane había matado a Leigh-Anne Moss.

—¿Qué dijo ella que te hizo explotar? —preguntó Sneed—. Debe de haber sido muy difícil de asimilar, después de todo ese tiempo en el que pensabas que estabas al mando. Fue duro descubrir que ella te dirigía a ti, y no al revés. Te asustaste por lo que ella haría a continuación, a quién se lo contaría.

Crane se inclinó de nuevo para devolver el golpe.

—Sois todas iguales, ¿verdad? —dijo con la mandíbula apretada—. Os creéis que podéis destruir a los hombres. Bueno, tu amiguita recibió exactamente lo que se merecía y tú también lo harás si crees que vas a quitarme lo que es mío.

No fue una confesión completa, pero estuvo cerca. Stilwell sintió que un dedo frío le recorría la columna. Casi tenía lo que necesitaba.

Las palabras de Crane también revelaron que Leigh-Anne podría haber amenazado con delatarlo durante su último encuentro, lo que le habría costado su trabajo y su sustento.

—Mira, no voy a hablar más de esto —dijo Sneed—. Ya sabes que el ayuntamiento ha puesto una recompensa. Diez mil dólares, y los miembros de tu club han anunciado que la igualarán. Supongo que, o me das eso y algo más, o lo consigo después de entregarte. ¿Qué vas a hacer?

—¿Crees que tengo veinte mil dólares? —replicó Crane—. Eres igual que ella. No solo quería su sueldo. Quería más. Quería todo lo que yo tenía, y yo no se lo iba a dar. Has cometido un gran error, cariño. Igual que ella.

—No intentes asustarme. Te meteré en la cárcel.

—Me estás chantajeando y eso es una mala idea. Pregúntale a tu amiguita. Ah, espera, es verdad, no puedes, porque está muerta.

La ira y el odio de Crane irradiaban desde la pantalla y Stilwell de repente no estaba seguro de que Sneed estuviera a salvo a pesar de encontrarse en un lugar público. Crane no se había incriminado directamente todavía, pero había dicho lo suficiente para ayudar a persuadir a un jurado. Stilwell se quitó los auriculares y se alejó del monitor. Se guardó la grabadora en el bolsillo y atravesó el vestíbulo del hotel hacia el bar. Se acercó a Crane por detrás sin que lo viera, le puso una mano en la nuca y lo empujó hacia delante y hacia abajo; Crane se golpeó el pecho con la barra y volcó su copa de vino.

—Charles Crane —dijo—, queda detenido por el asesinato de Leigh-Anne Moss.

Stilwell sacó unas esposas del bolsillo y, con gran habilidad, le sujetó las muñecas a Crane por detrás de la espalda.

—¿Qué diablos es esto? —protestó Crane.

—Ya me ha oído —dijo Stilwell—. Queda detenido.

Stilwell miró a Sneed.

—Buen trabajo, Leslie —añadió—. Tenemos lo que necesitábamos. Puede retirarse.

Sneed se deslizó de su taburete y miró a Crane mientras se alejaba.

—Es un placer hacer negocios así, cariño —dijo la chica, recalcando la última palabra.

Crane se abalanzó sobre Sneed, pero Stilwell lo contuvo con facilidad y lo empujó con fuerza contra la barra.

—¡No tenéis una mierda! —gritó Crane—. Yo no he hecho nada. Es una extorsionadora y solo estaba intentando asustarla.

Stilwell sujetó a Crane contra la barra mientras empezaba a rebuscar en sus bolsillos. De uno de ellos, sacó un fajo de billetes de cien dólares. Tiró el fajo sobre la barra y este se deshizo. Probablemente había más de mil dólares.

—¿En serio? —dijo Stilwell—. ¿Iba a asustarla con billetes de cien dólares?

—Eso no era para ella —dijo Crane—. No tiene pruebas de eso.

—Lo que usted diga, Crane. Ahora, escuche esto.

Stilwell le leyó sus derechos. Mientras pronunciaba las palabras, pensó en Leigh-Anne Moss, en Daniel Easterbrook y en que el crimen que Crane había cometido había destruido más de una vida.

46

Crane estaba sentado, esposado a las argollas metálicas de una silla en la sala de interrogatorios de la comisaría. Stilwell lo había metido allí y lo había dejado durante media hora antes de volver. Entró y empezó a hablar como si ya estuvieran en medio de una conversación.

—¿Sabe qué no entiendo? —dijo Stilwell, sentándose—. Por qué denunció la desaparición de la escultura y acusó a Leigh-Anne de ello. Es decir, si la hubiera limpiado y la hubiera vuelto a poner en el pedestal después de matarla, todavía estaríamos intentando identificar a la mujer del agua y no estaría ahí esposado a una silla.

—Yo no he matado a nadie —dijo Crane.

—Supongo que se rompió. La escultura. Estaba tan enfadado y la golpeó tan fuerte que se rompió, y luego no pudo volver a colocarla. Tuvo que inventarse una historia para encubrir que había desaparecido. Eso fue lo que pasó, ¿verdad?

—No sé nada de esto ni sé de qué está hablando. Si fuera tan amable de traerme mi teléfono, me gustaría llamar a mi abogado.

—Bueno, eso es un problema, porque su teléfono ahora es una prueba en un caso de asesinato. Lo revisaremos para demostrar que se comunicaba con la víctima.

—Ella trabajaba para mí y nos comunicábamos por teléfono. No es prueba de nada. ¿Puedo, por favor, contactar ahora con mi abogado?

—¿Sabe qué? Dado que ha invocado su derecho a un abogado, no puedo hacerle más preguntas…

—Gracias a Dios.

—Pero le voy a decir un par de cosas, y tal vez sea útil que usted y su abogado las sepan.

Stilwell sacó la grabadora de su bolsillo y pulsó el botón de reproducir. Había preparado la reproducción de la declaración más incriminatoria que Crane había hecho a Leslie Sneed apenas una hora antes: «Sois todas iguales, ¿verdad? Os creéis que podéis destruir a los hombres. Bueno, tu amiguita recibió exactamente lo que se merecía y tú también lo harás si crees que vas a quitarme lo que es mío».

Lo apagó.

—«Recibió exactamente lo que se merecía» —repitió Stilwell—. Creo que un jurado popular se lo tragará como si fuera un helado.

—Un jurado nunca lo oirá —dijo Crane—. Porque no hay caso. Necesita pruebas para ir a juicio.

—No sé, Charlie. Quiero decir, se delató allí en el hotel. Por cierto, también lo tenemos en la cámara del hotel. Toda la conversación se reproducirá ante un jurado y lo que se verá es un alma muy oscura. En mi opinión, es un riesgo real dejar que eso suceda.

—Eso nunca va a pasar. Todo fue una trampa.

—Ah, definitivamente, estoy de acuerdo en eso. Le tendimos una buena trampa con ese mensaje. Y mordió el anzuelo.

—El juez lo desestimará. Es una trampa.

—Eso tampoco lo sé. Estamos hablando de un crimen en Catalina, así que el caso irá al juez Harrell, al menos para los alegatos y mociones iniciales. Es duro y he oído que no le cae demasiado bien la gente del Black Marlin Club.

Crane parpadeó y pareció no tener respuesta, la primera señal de que su actitud engreída podría ser una fachada.

Stilwell cogió la grabadora y retrocedió, observando el contador hasta que llegó al número que quería. Reprodujo una versión abreviada de lo que ya había reproducido, repitiéndola como táctica de interrogatorio, reforzando el peligro en el que las propias palabras de Crane lo habían puesto: «Creéis que podéis destruir a los hombres. Bueno, tu amiguita recibió exactamente lo que se merecía y tú también lo harás si crees que vas a quitarme lo que es mío».

Stilwell pulsó el botón de parar.

—Hablando de helados. Dice que una mujer con la cabeza aplastada tuvo lo que se merecía. No sé, no le hace quedar muy bien. Los mejores abogados del estado no podrán evitar que haya mujeres en el jurado. Creo que, si se la juega y va a juicio, caerá. Me apostaría cualquier cosa a que sería así.

Crane no tuvo respuesta esta vez. Stilwell empezó a creer que estaba cerca de hacerlo caer.

—Repasemos las cosas un par de minutos —dijo—. Tenemos pruebas físicas y de vídeo de que el cuerpo de Leigh-Anne Moss fue colocado en el Emerald Sea en mitad de la noche y luego sacado a la bahía y arrojado al Pacífico. También sabemos que, como gerente del club, usted tenía acceso al Emerald Sea.

—Mucha gente tiene acceso a ese barco —dijo Crane—. Eso no prueba nada.

—Pero entonces, de alguna manera, como un fantasma, según alguien dijo, el cuerpo de Leigh-Anne Moss regresa al puerto con las corrientes submarinas. ¿Y quién resulta estar en el puerto limpiando el casco de un barco? Denzel Abbott. Denzel ve el cuerpo y ahora tenemos un asesinato. Al día siguiente, usted denuncia el robo de la escultura y señala a Leigh-Anne como culpable. Creo que lo que pasó fue que se asustó, Charles, e inventó una historia, pero era una mala historia porque aquí estamos.

Stilwell hizo una pausa para ver si Crane quería responder. No dijo nada, pero bajó la mirada. Stilwell continuó.

—Entonces recibe un mensaje de la compañera de piso de Leigh-Anne y sube la colina hasta el Zane Grey para enfrentarse a ella y amenazarla. Tiene que entender que la fiscalía va a exponer esto pieza por pieza ante el jurado, como un martillo golpeando clavos en un ataúd. Y, antes de que llegue al juicio, yo seguiré trabajando en el caso, sacando a relucir más testigos y pruebas. Registraremos el club de arriba abajo. Si limpió allí como en el Emerald Sea, entonces tendrá más problemas. Y ni siquiera he empezado a interrogar a los

miembros del club y a los empleados, aparte de Buddy Callahan, a quien me dirigió para despistarme.

Crane apartó la mirada, como si la idea de que los miembros del club se vieran envueltos en una investigación policial le resultara más embarazosa que una acusación de asesinato.

Stilwell siguió presionando.

—Además, usted dirige un club náutico, así que debe de saber lo que es Yacht Lock, ¿verdad? —dijo Stilwell—. Mason Colbrink lo instaló en el Emerald Sea. Es un localizador GPS oculto que ayuda a las autoridades a rastrear los yates que son robados. Así que presentamos una orden de registro en Yacht Lock y obtendremos todos los movimientos del Emerald Sea. Una vez que localicemos el lugar desde donde arrojó el cuerpo, enviaremos un equipo de buceo. Supongo que encontrarán la escultura que falta, el arma del crimen, y el móvil de Leigh-Anne. Lo que no consigamos de su teléfono, en caso de que estuviera usando un prepago, lo sacaremos del de ella. Ya sabe, todos sus mensajes de texto y tal vez algunas fotos. Y entonces tendremos todo lo que necesitamos para conseguir una condena y encerrarlo para siempre.

—Vive en un mundo de fantasía, Stilwell —dijo Crane—. Pura fantasía.

Fue una respuesta débil, sin el desafío que había mostrado momentos antes.

—Quizá —dijo Stilwell—. Pero no lo creo. Creo que las pruebas son sólidas y un fiscal va a ver titulares y gloria. Y usted va a ver el interior de una celda por el resto de su vida.

Stilwell se levantó y se dirigió a la puerta, pero se volvió antes de abrirla.

—Realmente solo le queda una salida —dijo—. Confiéselo. Dígame lo que pasó. Ella jugó con usted, lo utilizó. Lo sacó de sus casillas y reaccionó. Sin pensarlo, la siguió hasta la puerta y agarró lo primero que cayó en sus manos. Arremetió y la golpeó. No quería matarla; solo quería hacerle daño porque ella le había hecho daño

antes. Eso es homicidio involuntario y hay luz al final del túnel. No la habrá si se trata de un asesinato en primer grado.

Crane sonrió con suficiencia y pareció recurrir a su última pizca de valentía.

—Buen intento —dijo—. ¿Puedo llamar a mi abogado ahora?

—Iré a buscar el teléfono —contestó Stilwell. Abrió la puerta y miró a Crane—. Creo que prefiero eso —añadió—. Saber que nunca podrá volver a utilizar a otra mujer ni hacerle daño.

Stilwell salió y cerró la puerta.

47

Stilwell estaba molesto consigo mismo. Sus faroles no habían funcionado con Crane y se había quedado con un caso que ningún fiscal se atrevería a considerar blindado. Su prueba más sólida también podía ser la más endeble. Las afirmaciones de Crane podían interpretarse fácilmente de diferentes maneras. Él y su abogado solo tendrían que convencer a uno de los doce miembros del jurado de que no estaba más que tratando de asustar a una extorsionista. Cualquier acusación también empezaría en el hoyo, gracias al error del departamento de declarar inicialmente a Easterbrook como el asesino. Hasta un abogado defensor recién salido de la Facultad de Derecho sabría cómo preparar eso para que un jurado viera la investigación como incompetente.

Mientras Crane llamaba a su abogado desde la sala de interrogatorios cerrada con llave, Stilwell fue a su oficina y cogió su teléfono. Vio que tenía tres llamadas perdidas del capitán Corum. Sabía de qué se trataba y decidió no evitar la confrontación por más tiempo. Puso la transmisión de vídeo de la sala de entrevistas en la pantalla de su ordenador y silenció el audio para poder vigilar a Crane sin invadir el privilegio abogado-cliente; luego llamó a Corum. Su jefe contestó antes de que terminara el primer tono. Al cabo de un instante, Stilwell sostenía el teléfono lejos de su oreja mientras el capitán gritaba.

—¿Qué cojones, Stilwell? ¿Vas a ir a por el puto alcalde de Avalon y ni siquiera pensabas avisarme?

—¿De qué está hablando? Le dije que el alcalde estaba en el radar.

—Sí, me dijiste que estaba en el radar, no que se hubieran hecho tratos ni que vaya a haber un puto jurado de acusación.

—Mire, capitán, las cosas empezaron a escapar de mi control. Oscar Terranova se entregó a la fiscalía del distrito, no a mí. Hicieron un trato con él y, al parecer, se supone que yo también debo testificar ante ese jurado de acusación. Pero me enteré de esto casi al mismo tiempo que usted.

—Stilwell, estás suspendido de tus funciones a la espera de una investigación de la TAI. ¿No entiendes lo que eso significa? No puedes testificar en un caso de un jurado de acusación.

—Capitán, la fiscal dijo que hay una citación a mi nombre. No tengo alternativa. Estoy seguro de que no quiere que infrinja la ley. Tengo que testificar. Y no importa que esté suspendido. El testimonio en los tribunales no cuenta como servicio activo.

Hubo un largo silencio. Corum se dio cuenta de que Stilwell tenía razón y se calmó.

—Vale, ¿qué solidez tiene este caso? —preguntó finalmente.

—Supongo que bastante si lo están presentando ante un jurado —repuso Stilwell—. He hablado con la fiscal hace una hora más o menos y me ha dicho que Terranova tiene grabaciones suyas con el alcalde que son inculpatorias. Dijo que tienen a Allen tanto por el asesinato de Henry Gaston como por el secuestro de Tash Dano.

—¿Has escuchado esas cintas?

—He oído parte de una. Creo que servirá. Juárez, la fiscal, dijo que la otra es aún mejor, pero no la he oído. Estaba demasiado ocupada.

—¿Están limpias? Eso es lo importante.

Stilwell sabía que estaba preguntando si las cintas se habían obtenido de manera legal y serían aceptables como prueba en un juicio.

—Juárez cree que sí —dijo—. Estoy seguro de que la defensa las impugnará, pero eso es de esperar. Me parece que se sostendrán.

—No me gusta que no hayamos formado parte de esto —repuso Corum—. No debería haberse manejado así. Deberíamos haber tenido gente allí desde el principio.

—Estoy de acuerdo, capitán. Pero es lo que hay. Terranova es un tipo inteligente. Él y su abogado probablemente pensaron que era su mejor movimiento. Está consiguiendo un buen trato.

Aunque la conversación estaba repleta de engaños por omisión, Stilwell había logrado hasta el momento no mentir de forma directa a Corum. El capitán podría enterarse al final de que había desempeñado un papel más importante en la detención de Terranova, pero Stilwell esperaba que eso saliera a la luz una vez que el jurado aprobara la imputación y después de la detención del alcalde, Douglas Allen.

—Muy bien, quiero tener noticias tuyas mañana, Stil —dijo Corum—. Cuando haya una imputación, llámame de inmediato y pensaremos en el plan de detención. También necesitaremos una estrategia para manejar a la prensa.

—Lo llamaré de inmediato.

—Después de que testifiques, podemos enviarte de vuelta en un helicóptero. Tú haces la detención y luego traemos al sospechoso aquí y lo fichamos en el condado.

—Parece un buen plan. Pero, eh, ¿está bien si llevamos a dos sospechosos para ficharlos en el condado?

—¿Dos? ¿De qué estás hablando? Me dijeron que Terranova se libraba.

—Sí. Pero acabo de hacer una detención en otro caso.

—¿Qué caso?

—El asesinato de Leigh-Anne Moss.

Hubo un momento de silencio y Stilwell se preparó para la embestida verbal que se avecinaba.

—Joder, Stilwell, ¿qué cojones has hecho?

Esta vez, al menos, la exclamación de Corum no fue lo suficientemente fuerte como para que Stilwell tuviera que apartarse el teléfono del oído.

48

Después de completar su testimonio ante el jurado de acusación, Stilwell salió al pasillo del tercer piso del edificio del tribunal penal y vio a Oscar Terranova sentado en un banco con un hombre que supuso que era su abogado. Juárez siguió a Stilwell después de dirigirse a los miembros del jurado para presentar al siguiente testigo. Ella mantuvo la puerta abierta y saludó a Terranova.

—Oscar —dijo—. Es la hora.

Terranova llevaba un traje a rayas y corbata. Se levantó, pero su abogado no. A este no se le permitía entrar en la sala del jurado de acusación. Terranova se acercó a Juárez mientras se abrochaba la chaqueta del traje. El traje era elegante y caro, pero a ojos de Stilwell seguía teniendo aspecto de matón.

—Lo has hecho bien, Stil —dijo Juárez—. Los has preparado para la atracción principal.

—No debería ser así. Debería caer con el alcalde.

Juárez no hizo caso.

—Te llamaré cuando tengamos la imputación.

—Estaré listo.

Terranova se acercó a ellos y se detuvo.

—¿Listo para qué? —preguntó.

—No es asunto tuyo —dijo Stilwell.

Terranova sonrió con desenvoltura y evaluó a Stilwell con la mirada. Se ajustó la corbata.

—Te mata, ¿verdad? —dijo—. El trato que he conseguido.

—No, Baby Head, no me mata —dijo Stilwell—. Sé que habrá una próxima vez. Con alguien como tú, siempre hay una próxima…

—Oscar —interrumpió Juárez—. Entremos. Están esperando.

Terranova sonrió con aire socarrón, pasó junto a Stilwell y atravesó la puerta. Iba a contar a dieciséis desconocidos cómo su vida de delincuente había resultado en la muerte de dos de sus socios, el trauma de una mujer inocente y la decapitación de un búfalo.

—Vete, Stil —dijo Juárez—. Te llamaré cuando tenga noticias.

49

De vuelta en Catalina, Stilwell hizo su primera parada en la comisaría. Mercy estaba en su escritorio y los ojos se le iluminaron cuando lo vio.

—Stil, estás aquí.

—Aquí estoy. ¿Cómo va nuestro custodiado?

—Está muy tranquilo ahora. Ángel dice que ha estado despierto toda la noche dando vueltas y gritando.

Stilwell asintió. Eso solía pasar con los detenidos primerizos. Quedarse despiertos toda la noche, dormir todo el día. La noche anterior, Stilwell había llamado a Ángel Fernando para que dejara de patrullar y cuidara de Crane durante el turno de noche.

—He oído que el helicóptero del sheriff acaba de llegar —dijo Mercy—. ¿Era usted?

—Sí. He tenido que ir al juzgado.

—No ha vuelto a despegar. ¿Van a trasladar a nuestro detenido al condado?

—Sí, pero no de inmediato. Puede que tengamos que añadir un pasajero.

—¿De verdad? ¿Quién?

—Estoy esperando a averiguarlo.

Stilwell confiaba en Mercy sin reservas, pero era prudente no hablar de las detenciones antes de que ocurrieran. Pronto se enteraría de que estaba a punto de producirse la detención de más alto perfil en la historia de la isla, es decir, si el testimonio de Oscar Terranova convencía al jurado de dictar una acusación.

Stilwell entró en el calabozo para ver a Crane. Como esperaba, estaba en su litera y parecía que estaba durmiendo. Stilwell volvió a la sala de trabajo, cogió una Coca-Cola Light de la nevera, entró en

su despacho y cerró la puerta. Tenía que preparar la documentación de detención tanto para Crane como para Allen.

La llamada de Juárez llegó poco antes de las dos. Para entonces, Stilwell había pasado por tres niveles de ansiedad, preguntándose qué había salido mal con el caso y temiendo que los miembros del jurado no hubieran creído ni a él ni a Terranova.

—Ve a por él —dijo Juárez.

—Vale. ¿Qué han dictado? —preguntó Stilwell.

—Lo que pedimos. Conspiración para cometer asesinato, pero también añadieron obstrucción a la justicia en el secuestro.

—Fue más que obstrucción a la justicia.

—No te preocupes, aumentaremos los cargos más adelante.

Stilwell se aseguraría de decírselo a Tash.

—De acuerdo —dijo—. Iremos a buscarlo y lo enviaremos en el helicóptero.

—¿Vienes con él? —preguntó Juárez.

—Probablemente no. En realidad, no es necesario y tengo que estar en otro sitio.

—¿Tash?

Stilwell dudó. Parecía que Juárez estaba tratando de volver a la mezcla de bromas profesionales y personales que a menudo habían compartido antes de la revelación de su complicidad con Terranova. Sabía que las cosas nunca volverían a ser iguales. Nunca podría confiar en ella.

Juárez se sumió en el silencio, aparentemente entendiendo que las cosas habían cambiado.

—Está bien, Stil, ve a hacer lo tuyo.

Stilwell colgó y procedió a imprimir el papeleo en el que había estado trabajando. Como había una única impresora común en la oficina, no había querido hacerlo antes de que Juárez le diera luz verde.

Salió de la oficina y recogió las copias impresas antes de que Mercy pudiera echarles un vistazo.

—Mercy, ¿quién está de patrulla? —preguntó.

—Ilsa y Ralph —dijo Mercy.

—¿Alguno de los dos está de servicio?

—Eh, no; la última vez que Ralph se ha comunicado, estaba apostado junto al campo de golf. Él fue quien preguntó por el helicóptero del sheriff. Lo vio llegar.

—¿Y Ramírez?

—Estaba en Crescent, junto al muelle del ferri.

—¿Puedes ponerte en contacto por radio y decirles que se reúnan conmigo en el ayuntamiento? Voy para allá ahora mismo.

—¿Debo decir para qué es?

—No. Solo diles que se reúnan conmigo allí en la rotonda. No es una llamada de refuerzos.

Nada más lejos de la intención de Stilwell que transmitir por radio que necesitaba refuerzos en el ayuntamiento. Dobló los papeles, se los metió en el bolsillo trasero y salió hacia el John Deere.

50

El ayuntamiento estaba en Avalon Canyon Road. No se podía estacionar en el círculo de ladrillos de la parte delantera, pero Stilwell aparcó allí de todos modos, deteniéndose justo enfrente de las puertas de cristal con marco verde de la entrada principal. Mientras esperaba a que aparecieran Lampley y Ramírez, llamó al capitán Corum. Como de costumbre, este no respondió con un saludo.

—¿Estás en posición?

—Sí. Solo estoy esperando refuerzos.

—¿Refuerzos? ¿Crees que habrá problemas?

—No creo. Pero quiero más gente, para que a nadie se le ocurra una mala idea.

—Bien. ¿El helicóptero está en posición?

—Y esperando. Enviaremos dos.

—Y aquí los recibiremos.

—¿Tiene a los de relaciones con los medios trabajando en comunicados de prensa?

—En proceso. Gran día para Catalina.

—Mal día.

Ilsa Ramírez detuvo su carrito junto al de Stilwell.

—Los refuerzos están aquí —le dijo a Corum—. Debería irme.

—Llámame cuando estén en el aire —ordenó el capitán.

—Lo haré.

—Y, por cierto, me acaban de informar de que la fiscalía ha dado el visto bueno al disparo. También tenemos la evaluación psicológica y vuelves al servicio.

Stilwell lo pensó por un momento.

—¿Me has oído? —preguntó Corum.

—Es bueno saberlo, capitán —dijo Stilwell—. Pero voy a necesitar un par de días libres después de esto. Tengo un asunto personal que atender.

—No hay problema. Pero sería bueno que estuvieras de vuelta el fin de semana.

—Ese es el plan.

Después de terminar la llamada, Stilwell vio que Lampley se detenía detrás de Ramírez. Bajó y caminó entre sus carritos.

—¿Qué pasa, jefe? —dijo Lampley—. ¿Ha vuelto al trabajo?

—A partir de ahora, sí —dijo Stilwell.

—Bienvenido de nuevo —dijo Ramírez—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Vamos a detener al alcalde —dijo Stilwell—. Por conspiración para cometer asesinato.

Ambos ayudantes se quedaron sin habla. Stilwell continuó.

—No espero otra cosa que una respuesta verbal —dijo—. Pero estad preparados. Tiene muchos compinches en este edificio. Estad alerta.

—Entendido —dijo Lampley.

—Recibido —añadió Ramírez.

El edificio del ayuntamiento, construido por William Wrigley Jr. en 1929, era una extensa estructura de una sola planta que presentaba la misma mezcla de elementos de diseño *art déco* y renacimiento mediterráneo que tenía el emblemático Casino de la ciudad. El trío tuvo que navegar por un laberinto de pasillos y flechas indicativas hasta el conjunto de oficinas del alcalde, mientras las pistolas en los cinturones y las placas atraían la atención de los transeúntes. Por el camino, Stilwell sacó su teléfono y escribió un mensaje rápido. Lo envió justo cuando llegaron a un conjunto de puertas de madera oscura con el sello de la ciudad de Avalon tallado en ellas.

Pasaron. En el vestíbulo de la suite del alcalde, las dos mujeres que ocupaban dos escritorios idénticos parecían un formidable equipo de cancerberas de madre e hija. La sorpresa se abrió paso en

sus rostros al ver la potencia de fuego que había llegado. La portera mayor habló primero.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Es una evacuación?

—No, no es eso —dijo Stilwell—. Solo tenemos que ver al alcalde Allen.

La mujer bajó la vista hacia su escritorio, donde aparentemente guardaba la copia impresa de la agenda diaria del alcalde, y empezó a negar con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. No creo que ustedes…

—No, no tenemos cita —interrumpió Stilwell—. ¿Está en la oficina?

—Está con gente en este momento. Quizá pueda hacerle un hueco esta tarde si me dice qué…

—Eso no nos va a servir.

Stilwell pasó entre los dos escritorios y se dirigió al siguiente juego de puertas dobles, que sabía que conducían al santuario interior. Había estado en la oficina del alcalde una sola vez antes. En su primer día de trabajo en la isla, había sido convocado allí para una reunión de bienvenida, durante la cual Allen dejó claro que tenía el control firme y permanente de la ciudad, mientras que Stilwell era un simple oportunista que servía a su antojo y conveniencia.

—Disculpe —dijo la cancerbera mayor—. No puede entrar ahí sin más. El alcalde está…

—Ocupado —concluyó Stilwell—. Sí, lo sé.

Continuó adelante y Ramírez y Lampley lo siguieron. Stilwell empujó las puertas para abrirlas de par en par y entró en la espaciosa oficina. Había un escritorio a la izquierda y una zona de asientos a la derecha. Allen estaba sentado en una silla a la derecha; otro hombre ocupaba un sofá a su izquierda y había un tercero de pie frente a un caballete con un dibujo de artista de lo que parecía un pequeño hotel o edificio de apartamentos.

El hombre del caballete interrumpió bruscamente su presentación y se mostró asustado. Allen se volvió para ver quién había entrado y se puso de pie de inmediato.

—¡Stilwell! —bramó—. No puede entrar aquí como si fuera una especie de…

—Douglas Allen —dijo el sargento en voz alta, acallando la protesta del alcalde—, queda detenido. No se resista y ponga las manos detrás de la espalda.

Stilwell hizo una señal a sus subordinados para que se acercaran y esposaran a Allen. Lampley vaciló, como si estuvieran cometiendo un error, pero Ramírez no. Se acercó a Allen, que levantó una mano para intentar detenerla.

—¿Qué coño es esto, Stilwell? —gritó.

—El jurado de acusación del condado de Los Ángeles lo ha imputado por conspiración para cometer asesinato y obstrucción a la justicia —dijo Stilwell con calma—. Si intenta resistirse, lo tumbaremos en el suelo. Ponga las manos detrás de la espalda y ríndase pacíficamente.

Avergonzado por su vacilación, Lampley se acercó a Allen, pasando por delante de Ramírez, y agarró al alcalde por un brazo en un intento de darle la vuelta para esposarlo. Allen se zafó de él y levantó una mano para señalar a Stilwell.

—Es cosa suya —dijo—. Se ha inventado todo esto.

—Esposadlo —ordenó Stilwell—. Ahora.

Lampley volvió a agarrar a Allen por el brazo con fuerza y le hizo girar hasta el respaldo de la silla en la que había estado sentado. Le esposó una de las muñecas y fue a por el otro brazo.

—¡Me está haciendo daño! —gritó Allen.

—Se está resistiendo —le respondió Stilwell.

Con la ayuda de Ramírez, el otro brazo también terminó a su espalda y esposado.

—Ponedlo en la silla —dijo Stilwell.

Miró a los dos hombres que habían estado en la reunión. Tenían los ojos muy abiertos y estaban poniéndose lívidos.

—Ustedes dos, fuera —ordenó—. Ahora.

Un hombre se dirigió a la puerta; el otro agarró el caballete sin doblar las patas y lo siguió torpemente. Stilwell fue tras ellos y vio a

las cancerberas paradas en la puerta, bloqueando la salida.

—Y ustedes dos, atrás —ordenó—. Ahora.

La portera más joven se dio la vuelta y se dirigió a su escritorio. La otra se mantuvo firme.

—Alcalde, ¿a quién tengo que llamar? —preguntó.

Stilwell se acercó a ella para empujarla fuera de la oficina. Ella lo vio venir y empezó a salir mientras Allen le gritaba:

—Dotty, llama a Derek Haas. Dile que me consiga a alguien. Necesito un abogado que haga pedazos a estos cabrones.

—Ahora mismo —repuso ella.

—Ha cometido un gran error, Stilwell —dijo Allen—. No sé qué cree que tiene, pero va a caer. Está acabado.

Stilwell no hizo caso de sus palabras.

—Señor alcalde, tenemos un helicóptero esperándole —informó—. Será acusado de los cargos que figuran en la imputación en la cárcel del condado.

Luego miró a Lampley y a Ramírez.

—Llevadlo a los carritos.

Los ayudantes del sheriff tomaron cada uno un brazo de Allen y empezaron a llevarlo hacia las puertas. Cuando pasaron junto a Stilwell, el alcalde lo miró con los ojos cargados de odio.

—Está acabado —le dijo—. ¿Me oye? ¡Está acabado!

Con los agentes a ambos lados, Allen fue conducido a través del edificio, cuyos pasillos estaban ahora llenos de trabajadores municipales que de alguna manera ya se habían enterado de un arresto en la oficina del alcalde. Vieron muchas bocas abiertas y oyeron susurros a su paso. Allen mantuvo la cabeza gacha y no le hizo caso a ninguno. Cuando salieron del edificio, Lionel McKey estaba allí esperando con el teléfono en alto y listo para grabar la procesión del delincuente. Le disparó preguntas a Allen, pero el alcalde no hizo caso hasta que tuvo el cinturón firmemente sujeto en el asiento del pasajero del carrito de Lampley. Luego miró directamente a la cámara y habló:

—Soy inocente de estos cargos —dijo—. Soy víctima de una investigación corrupta por parte de un agente de la ley corrupto y demostraré mi inocencia cuando tenga ocasión en el tribunal.

Stilwell dio dos palmadas en la parte superior del carrito y miró a Lampley.

—Llevadlo al helicóptero —dijo—. Ramírez, tú lo sigues. No os detengáis por nada y esperad hasta que llegue con nuestro otro detenido antes de despegar.

—Recibido —dijo Lampley.

—De acuerdo —convino Ramírez.

Los dos carritos eléctricos se alejaron, dejando a Stilwell de pie junto a McKey.

—Gracias por el mensaje —dijo este.

—Me debes una.

—¿De qué se lo acusa?

—Publicarán un comunicado de prensa en cuanto lo detengan.

—¿No puedes decírmelo?

—Conspiración para cometer asesinato.

—¡Mierda! ¿Estás hablando de la mujer del agua?

—No, de Henry Gaston.

Stilwell se acercó al John Deere. McKey lo siguió.

—No lo entiendo —dijo.

Stilwell se puso al volante.

—Por eso te dije que esperaras el comunicado de prensa. Tienes vídeo y fotos. El comunicado te dará las palabras para acompañarlos.

—Vamos, Stilwell. No puedes hacerme esto.

—Ya lo he hecho.

Stilwell giró la llave y puso el carrito en marcha. Movió el volante y apretó el acelerador. El vehículo arrancó y dejó atrás a McKey. El periodista lo llamó:

—¿Quién es el otro detenido?

Stilwell no respondió. Siguió conduciendo.

EPÍLOGO

Tash no le había dicho exactamente adónde iba, pero Stilwell sabía que su lugar de acampada preferido en la isla era Long Point Beach. Era lo que se conocía como acampada primitiva, sin agua ni instalaciones sanitarias. Eso mantenía el lugar aislado y era el motivo de que le gustara tanto. Había un sendero que subía y cruzaba la cresta hasta Button Shell Beach, donde sí había esas comodidades. Pero Long Point se mantenía virgen. Se encontraba debajo de una escarpada pared rocosa que cambiaba de color a la luz del sol de la mañana y proporcionaba sombra por las tardes.

Stilwell sacó del puerto la Zodiac de la comisaría y a mitad de camino de Two Harbors viró hacia Long Point. A cien metros de distancia, vio la tienda Firefly azul y verde de Tash detrás del chaparral que bordeaba la playa rocosa. No había otros barcos ni tiendas a la vista.

El sol había teñido la catedral de roca que se alzaba sobre su punto de acampada de un color púrpura grisáceo. Stilwell se acercó en la Zodiac, apagó el motor y subió la hélice mientras la embarcación se movía sobre las algas hasta la playa pedregosa. Estuvo atento a los corales afilados, que podrían rasgar la lona de la barca inflable, luego saltó de la proa y apartó la embarcación con seguridad más allá de la línea de marea.

Tash no estaba en la tienda de campaña y el kayak apoyado contra la pared de roca detrás de ella estaba seco. Su caña de pescar estaba en su sitio, en las abrazaderas del kayak, y su traje de neopreno se estaba secando en una rama baja de un arbusto cercano. Supuso que había ido a pescar por la mañana y luego había caminado por el sendero hasta Button Shell para ducharse o visitar a unos amigos que dirigían el campamento juvenil donde había pasado

muchos veranos durante su infancia. Revisó los suministros que había guardado en la tienda y encontró la nevera portátil con una lubina de buen tamaño encima de las bolsas de hielo Yeti.

Stilwell volvió a la Zodiac y cogió las dos sillas plegables que había traído, así como la mochila impermeable con sus propios suministros. Cuando regresó a la tienda, vio a Tash bajando del comienzo del sendero. Dejó todo y se quedó de pie, preparado para el saludo que ella le ofreciera.

Sintió que el corazón se le elevaba cuando vio cómo se iluminaban los ojos de Tash bajo el viejo sombrero de ala ancha que llevaba.

—Has venido —dijo Tash.

—Te dije que lo haría.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—Todo el tiempo que tú puedas.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Quiero decir, si estás dispuesta a compartir algo de esa lubina que has pescado.

—Quizá tengas que pescar tú otra. —Le dedicó una sonrisa burlona.

—Puedo intentarlo —dijo él.

Tash cruzó el campamento y se fundieron en un abrazo que Stilwell había estado esperando durante mucho tiempo. Ella apoyó la frente contra su pecho, como siempre hacía, y él hundió la nariz en su cabello.

—¿Estamos a salvo? —preguntó ella.

—Sí, estamos a salvo —dijo él.

—¿Y se ha acabado?

—Todo ha terminado.

Tash lo miró.

—Bien —dijo—. Entremos en la tienda.

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los que han contribuido a la escritura de este libro, entre ellos Asya Muchnick, Emad Akhtar, Bill Massey, Jane Davis, Heather Rizzo, Tracy Roe, Betsy Uhrig, Pamela Marshall, Linda Connelly y Dennis Wojciechowski.

Cualquier error relacionado con la geografía, fauna o costumbres de la isla de Santa Catalina son únicamente responsabilidad del autor. Los que estén familiarizados con Catalina y el Zane Grey Pueblo Hotel sabrán que el bar mostrado en esta novela es ficticio, como lo son el Black Marlin Club y la torre de capitanía de puerto. Catalina es una isla hermosa. Por favor, visiten y apoyen si pueden la sociedad de conservación de la isla de Catalina en <catalinaconservancy.org>.

Título original: *Nightshade*

Edición en formato digital: noviembre de 2025

Diseño de cubierta: Compañía

Copyright © 2025 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-22-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.